LAMARTINE

CIVILIZADORES Y CONQUISTADORES

1

10866

1687

BIBLIOTECA
PROVINCIAL Y DEL INSTITUTO
DE GUADALAJARA.

Estante
Tabla
Número de la Tabla

Est
Tab.
Núm.

10866

CIVILIZADORES Y CONQUISTADORES

1000167

BIBLIOTECA CLÁSICA

TOMO LIII

CIVILIZADORES

Y

CONQUISTADORES

POR

A. DE LAMARTINE

Traducción del francés por

F. NORBERTO CASTILLA

963
Reg

TOMO I

MADRID

LIBRERÍA DE LOS SUCESORES DE HERNANDO

Calle del Arenal, núm. 11.

1910

MADRID.—Imp. de los Suc. de Hernando, Quintana, 33.

CRISTÓBAL COLON.

I.

No aparece Dios en el detalle de las cosas humanas, pero se revela en el conjunto. Ningun hombre sensato ha negado jamás que los acontecimientos que forman la vida histórica de la humanidad estuviesen reunidos, enlazados secretamente por hilo invisible que sostiene la omnipotente mano del Soberano ordenador de los mundos para concurrir á un designio, á un plan preconcebido. ¿Cómo habia de ser ciego aquel que dió luz á los ojos? ¿Cómo habia de estar destituido de pensamiento aquel que dió pensamiento á su criatura? Los antiguos llamaron Destino, Fatalidad al plan oculto absoluto, irresistible de Dios en las cosas humanas; los modernos le llaman Providencia, nombre mucho más inteligible, más religioso y más paternal.

Imposible es, al estudiar la historia de la humanidad, dejar de reconocer, encima y debajo de la accion libre del hombre, la accion soberana y trasparente de la Providencia; accion de conjunto y de

masas que en nada excluye la libertad de nuestros actos, que forma por sí sola la moralidad de los individuos y de los pueblos, que les deja moverse, obrar, extenderse con latitud completa de intención, de eleccion entre el bien y el mal, en derminada esfera de accion y con lógica consecuencia de penas incurridas ó de merecidas recompensas, segun que su intencion es más ó ménos recta, más ó ménos viciosa; pero á ella sola pertenecen los grandes resultados generales de los actos de los individuos ó de los pueblos; pareciendo como que se los reserva independientemente de nosotros, para los fines divinos que no conocemos y que solamente nos deja entrever cuando están casi realizados.

El bien y el mal son nuestros y nos pertenecen; pero la Providencia es superior á nuestras perversidades así como á nuestras virtudes, y de este bien y de este mal obtiene con sabiduría igualmente infalibre la realizacion de sus designios sobre la humanidad. El oculto pero divino instrumento que usa esta Providencia cuando se digna servirse de los hombres para preparar ó realizar una parte de sus planes, es la inspiracion. La inspiracion es verdaderamente un misterio humano cuya fuente difícilmente podria encontrarse en el hombre, sino que parece proceder de más alto y de más léjos. Hé aquí por qué se le ha dado tambien un nombre misterioso, que en ningun idioma se define con claridad: genio. El genio es un don: no se adquiere por el trabajo, tampoco se obtiene por la virtud; existe ó no existe, sin que el mismo que lo posee pueda dar exacta cuenta de su naturaleza ni de su posesion. A este genio manda la Providencia una inspiracion, inspiracion que es al genio lo que el iman al acero. Atráele independientemente de toda conciencia y

de toda voluntad, hácia algo fatal y desconocido, como el polo. Sigue el genio la inspiracion que le arrastra, y encuéntrase el mundo moral ó el mundo físico.

¡Este es Cristóbal Colon y el descubrimiento de América!

II.

Aspiraba Colon en su mente á completar el mundo, al que parecíale faltaba una de sus mitades, y fundábase para esto en la necesidad de la unidad geométrica terrestre, necesidad que le trabajaba interiormente y á la vez era inspiracion de su época. Existen ideas que flotan en el aire cual miasmas intelectuales y que respiran al mismo tiempo millares de hombres. Cada vez que la Providencia prepara el mundo, sin que éste se aperciba de ello, á una trasformación religiosa, moral ó política, puede observarse casi regularmente este mismo fenómeno: una aspiracion y tendencia más ó ménos completa á la unidad del globo, por la conquista, por el idioma, por el proselitismo religioso, por la navegacion, por los descubrimientos geográficos ó por la multiplicacion de las relaciones entre los pueblos, por medio de la aproximacion y contacto de estos mismos pueblos que vías de comunicacion, necesidades y comercio funden en uno solo. En determinadas épocas, esta tendencia á la unidad del globo es uno de los hechos providenciales más visibles en los resultados de la historia.

Así, por ejemplo, cuando parece extenuada de vejez la gran civilizacion oriental de las Indias y del Egipto, y quiere Dios llamar al Asia y al Occidente

á civilizacion más jóven, más movible y activa, Alejandro parte sin saber por qué de los valles de Macedonia, arrastrando en pos las miradas y auxiliares de la Grecia, y bajo el terror y la gloria de su nombre, se convierte en uno sólo todo el mundo conocido, desde el Indo hasta el último extremo de Europa.

Cuando quiere preparar auditorio inmenso al transformador Verbo cristiano en Oriente y en Occidente, extiende el idioma, la dominacion y las armas de Roma y de César, desde las riberas del golfo Pérsico hasta las montañas de Escocia, uniendo en un solo espíritu y en una sola creencia Italia, las Galias, la Gran Bretaña, Sicilia, Grecia, Africa y Asia.

Cuando algunos siglos despues quiere arrancar á la barbabarie la Arabia, la Persia y sus dominios, y hacer prevalecer el irresistible dogma de la unidad de Dios sobre las idolatrías y sobre las indiferencias de aquellas apartadas y corrompidas regiones del mundo, arma á Mahoma con el Coran y la espada, y permite al islamismo conquistar en dos siglos todo el espacio comprendido entre el Oxus y el Tajo, entre el Thibet y el Líbano, entre el Atlas y el Taurus, respondiendo anticipadamente inmensa unidad de imperio á inmensa unidad de idea.

Así sucede con Carlomagno en Occidente, cuando su monarquía universal, á uno y otro lado de los Alpes, prepara desde la Scitia y la Germania el inmenso lecho donde la civilizacion cristiana va á recibir y bautizar á los bárbaros.

Así sucede con la revolucion francesa, reforma del mundo occidental por el raciocinio, cuando Napoleon, tan emprendedor como Alejandro, pasea sus victoriosos ejércitos por el continente dome-

ñado, establece por un momento la gran unidad de la Francia, y creyendo cimentar su imperio, sólo consigue en realidad arrojar las semillas del idioma, ideas é instituciones de la Revolucion.

Así sucede en nuestros dias, no ya bajo la forma de conquistas, sino bajo la de comunicaciones intelectuales, comerciales, pacíficas, entre todos los continentes y pueblos del globo, siendo la ciencia la conquistadora universal con gloria y provecho de todos. Parece que la Providencia ha encargado ahora al genio de la industria y de los descubrimientos prepararle la unidad del globo terrestre más completa que jamás reunió los tiempos, los espacios y los hombres en masa más compacta y asimilada. La navegacion, la imprenta, el descubrimiento del vapor, esa fuerza económica é irresistible que lanza el hombre y sus ejércitos y sus mercancías tan léjos y tan pronto como su pensamiento; la construccion de los caminos de hierro, que allanan las montañas horadándolas, y que nivelan tòda la tierra; el descubrimiento de los telégrafos eléctricos, que dan á las comunicaciones entre los dos hemisferios la instantaneidad del rayo; el descubrimiento de los globos aerostáticos, que buscan todavía su timon, pero que al fin harán navegable un elemento más universal y simple que el Océano; todas estas revelaciones de la Providencia casi contemporáneas por la inspiracion del genio industrial, son medios de enlace, de concentracion, de contraccion del globo sobre sí mismo; instrumentos de aproximacion y homogeneidad de los hombres entre sí. Tan evidentes y activos son estos medios, que es imposible no ver en ellos un plan de la Providencia, un paso hácia lo desconocido, y deducir que Dios prepara para nosotros y para nuestros descen-

dientes algun designio oculto aún á nuestra escasa vista; designio cuya realizacion prepara haciendo caminar al mundo hácia la unidad más poderosa, la unidad del pensamiento, que presagia alguna grande unidad de accion en lo porvenir.

Preparado estaba, y de esta manera, el espíritu del siglo XVI para alguna extraña manifestacion humana ó divina, cuando nació el grande hombre cuya historia vamos á referir. Esperábase algo, porque el espíritu humano tiene presentimientos que son vagos profecías de próximas realidades.

III.

En la primavera del año de 1471, en mitad del dia, bajo un sol abrasador que calcinaba los caminos de Andalucía, por lo alto de una colina, como á media legua del puertecillo de Palos, viajaban á pié dos extranjeros, roto el calzado por el mucho andar, cubierta de polvo la ropa, en la que veíanse restos de antigua holgura, bañadas de sudor las frentes, y que al fin llegaro y se sentaron á la sombra del pórtico exterior de un convento pequeño llamado de Santa María de la Rábida. Hospitalidad pedian por ellos su aspecto y su cansancio. Eran en aquella época los conventos de los franciscanos hospederías de los viajeros á quienes la pobreza impedia acercarse á otros albergues. Aquellos dos viajeros llamaron la atencion de los frailes.

Uno de ellos era jóven, en plena edad viril, alto, robusto, majestuosa apostura, noble frente, fisonomía franca, mirada profunda y con graciosos y dulces labios. Sus cabellos, de color castaño claro en la niñez, se habian llenado prematuramente en la

parte de las sienes de las blancas hebras que producen las desgracias y el trabajo mental; alta era su frente, y su tez, ántes sonrosada, habia palidecido por el estudio, bronceándola el sol de la mar. Varonil era el timbre de su voz, sonoro y penetrante como el acento del hombre acostumbrado á proferir profundos pensamientos. En sus ademanes no se revelaba nada ligero ó irreflexivo, siendo graves y simétricos hasta sus menores movimientos, conociéndose que se respetaba modestamente á sí mismo ó que no obraba sino con la piadosa reserva del fiel en el templo, cual si se encontrase en presencia de Dios.

El otro era un niño de ocho á diez años. Sus facciones, más femeninas, pero robustecidas ya por las fatigas de la vida, tenian tanta semejanza con las de su compañero, que era imposible no suponerlo hijo ó hermano suyo.

IV.

Aquellos dos caminantes eran Cristóbal Colon y su hijo Diego. Compadecidos y curiosos los monjes ante el noble aspecto del padre y la gracia del niño, que contrastaban con la indigencia de su equipo, les hicieron entrar en el convento para ofrecerles el abrigo, el pan y el descanso que se daba á los peregrinos; y miéntras Colon y su hijo refrescaban y recuperaban fuerzas con agua, pan y aceitunas de la mesa de la hospedería, los frailes notificaron al prior la llegada de los viajeros, manifestándole el interes que inspiraba su noble aspecto y lo que contrastaba este con su pobreza. Movido el prior por estas noticias, bajó á conversar con ellos.

El superior del convento de la Rábida era el padre

Juan Perez de Marchena, antiguo confesor de la reina doña Isabel, que con D. Fernando reinaba entónces en España. Hombre austero el P. Marchena, virtuoso, de ciencia y recogimiento, habia preferido la sencillez de su claustro á los honores é intrigas de la corte; mereciendo por esto mismo mucho respeto en palacio y conservando grande influencia sobre la Reina. La Providencia habia guiado los pasos de Colon, para abrirle con mano poderosa, aunque invisible, las puertas del consejo, el oido y el corazon de los soberanos.

V.

El prior saludó al extranjero, acarició al niño, y preguntó con benevolencia qué circunstancias les obligaban á viajar á pié por los solitarios caminos de España y á pedir hospitalidad bajo el humilde techo de un monasterio pobre y aislado. Colon refirió su oscura vida, y expuso sus inmensos pensamientos ante el atento fraile; vida y pensamientos que no eran otra cosa que una esperanza y un presentimiento. Hé aquí lo que despues se supo.

VI.

Cristóbal Colon era hijo primogénito de un cardador de lanas de Génova, oficio ínfimo hoy, pero entónces profesion liberal y casi noble. En las repúblicas industriales y comerciales de Italia, los artesanos, orgullosos al encontrar ó inventar industrias, formaban corporaciones ennoblecidas por su mismo arte é importantes en el Estado. Colon habia nacido en 1436, y tenía dos hermanos. Bartolomé y Diego,

á quienes llamó despues para que le ayudasen en sus trabajos; teniendo tambien una hermana, la menor de la familia, que casó con un obrero de Génova, y á la que por mucho tiempo preservó su oscuridad del brillo é infortunio de sus hermanos.

Nuestros instintos nacen de los primeros espectáculos que la naturaleza ofrece á nuestros sentidos en los parajes en que vemos la luz, especialmente cuando estos espectáculos son majestuosos ó infinitos, como las montañas, el cielo y el mar. Nuestra imaginacion viene á ser como espejo de las primeras escenas que nos impresionan, y las primeras miradas del niño Colon contemplaron el cielo y el mar de Génova. Muy pronto la astronomía y la navegacion arrastraron sus pensamientos hácia aquellos dos espacios abiertos ante sus ojos, espacios que llenaba con sus sueños ántes de llenarlos con sus continentes y sus islas. Contemplativo, silencioso, de inclinacion piadosa desde sus más tiernos años, arrebatábale su genio á los espacios, no solamente para descubrir más, sino para adorar más. Lo que en último caso buscaba Colon en la obra divina era á Dios.

VII.

Su padre, hombre perspicaz y acomodado en su esfera, no resistió á la vocacion que con estudiosas inclinaciones manifestaba su hijo, enviándole á Pavía para que estudiase geometría, geografía, astronomía, astrología, ciencia imaginaria de aquel tiempo, y navegación. Pronto traspasó su talento los límites de aquellas ciencias incompletas entónces, porque tenía un alma de las que van más allá

del término donde las vulgares se detienen diciendo basta. A los catorce años sabía cuanto se enseñaba en aquellas escuelas, y regresó á Génova con su familia, donde la profesion sedentaria de su padre no podia aprisionar sus inclinaciones. Durante muchos años navegó en buques de comercio, de guerra, de expediciones aventureras que los comerciantes de Génova armaban en el Mediterráneo para disputar sus flotas y sus puertos á los Españoles, á los Arabes, á los Mahometanos, especie de cruzadas perpétuas en las que el tráfico, la guerra y la religion hacian de las marinas de las repúblicas italianas escuelas de comercio, de lucro, de heroísmo y de santidad. Soldado, sabio y marinero á la vez, navegó Colon en los barcos que su patria prestaba al duque de Anjou para conquistar á Nápoles, en la flota que el rey de Nápoles mandó contra Túnez, en las escuadras genovesas que combatian á España. Dícese que obtuvo mandos de oscuras expediciones navales en la marina militar de sú país; pero la historia le pierde de vista en estos principios de su vida. Su destino no era aquel; sentíase oprimido en aquellos pequeños mares y en aquellas cosas pequeñas; porque su pensamiento era más grande que su patria. Meditaba una conquista para la especie humana y no para una estrecha república de la Liguria.

VIII.

En el intervalo de aquellas expediciones encontraba Colon á la vez, en el estudio de su arte, satisfaccion de su gusto por la geomería y navegacion y recursos para la vida, dibujando, grabando

y vendiendo mapas marinos, alcanzando apénas este pequeño comercio á cubrir sus primeras necesidades. Pero no buscaba tanto el lucro como el progreso de la ciencia. Fijos continuamente en los astros y los mares su espíritu y sus sentidos, perseguía con el pensamiento el fin que él solo habia entrevisto.

Un naufragio en la rada de Lisboa, á consecuencia de un combate naval y del incendio de la galera que montaba, le fijó en Portugal. Lanzóse al agua para librarse de las llamas, asióse de un remo con una mano, y nadando con la otra, consiguió llegar á la orilla. Dominado entónces Portugal por la pasion de los descubrimientos marítimos, convenia admirablemente á las inclinaciones de Colon, que esperaba encontrar allí ocasiones y medios para lanzarse á su placer al Océano; pero solamente halló el ingrato trabajo del geógrafo sedentario, la oscuridad y el amor. Asistiendo diariamente á los oficios religiosos en la iglesia de un convento de Lisboa, enamoróse de una educanda cuya belleza le impresionó. Aquella jóven era hija de un noble italiano que se encontraba al servicio de Portugal, y su padre la habia confiado al cuidado de las religiosas de aquel convento al partir para lejana expedicion naval. Llamábase doña Felipa de Palestrello. Impresionada ella á su vez por la belleza reflexiva y majestuosa del jóven extranjero que veia asistir diariamente á los oficios de la iglesia, sintió amor igual al que habia inspirado. Encontrándose los dos sin parientes, sin fortuna y en tierra extranjera, nada podia contrariar el atractivo que mutuamente experimentaban, y uniéronse en matrimonio confiando en la Providencia y el trabajo, único dote de Felipa y de su amante. Para mantener á su suegra

y á su esposa, continuaba Colon haciendo mapas y globos que, por su gran perfeccion, buscaban mucho los navegantes portugueses. Dícese que los papeles de su suegro, que su esposa le entregó, y sus correspondencias con el famoso geógrafo florentino Toscanelli, le suministraron nociones precisas sobre los lejanos mares de la India y medios para rectificar los elementos confusos ó fabulosos entónces de la navegacion.

Entregado completamente á su felicidad doméstica y á sus estudios geográficos, tuvo su primer hijo, al que dió el nombre de Diego en recuerdo de su hermano.

Su sociedad íntima la formaban marinos que habian regresado de lejanos viajes ó que soñaban con tierras desconocidas y rumbos no trazados aún en el Océano. Su taller de mapas y globos era foco de ideas, de conjeturas y proyectos que alimentaban constantemente su presentimiento acerca de algo grande y desconocido en el globo. Su esposa, hija y hermana de marinos, participaba de su entusiasmo. Al trabajar Colon en redondear sus globos y situar en sus mapas las islas y continentes, hirió sus ojos el inmenso vacío que quedaba en medio del Océano Atlántico, pareciéndole que faltaba allí á la tierra el contrapeso de un continente. Rumores vagos, maravillosos y hasta terribles hablaban á la imaginacion de los navegantes de costas entrevistas desde las cimas de los Azores, de islas inmóviles ó flotantes que aparecian en dias serenos, pero que desaparecian ó se alejaban cuando temerarios pilotos pretendian acercarse á ellas. Marco Polo, navegante veneciano, a quien se consideraba entónces como inventor de fábulas, pero cuya veracidad se ha reconocido despues, referia á Occidente las maravi-

llas de los continentes, estados y civilizaciones de la Tartaria, de la India y de la China que se suponia extenderse allí donde en realidad se encuentran las dos Américas. El mismo Colon se lisonjeaba de encontrar en el extremo del Atlántico los países del oro, de las perlas, de la mirra, de los que obtenia sus riquezas Salomon, aquel Ophir de la Biblia, velado despues por las nieblas de lo lejano y maravilloso. No buscaba un continente nuevo, sino un continente perdido. El atractivo de lo falso lo llevaba á la verdad.

Calculando segun Ptolomeo y los geógrafos árabes, suponia que la tierra era un globo cuyo derredor podia seguirse por completo; suponia, además, las dimensiones de este globo con algunos millares de leguas ménos de lo que realmente tienen; deduciendo de aquí que la extension de mar que habia que recorrer para llegar á aquellas tierras desconocidas de la India, no era tan inmensa como creian los navegantes. La extension de estas tierras quedaba confirmada para él por el testimonio de los pilotos que se habian aventurado más allá de las Azores; habiendo visto unos flotar sobre las olas ramas de árboles desconocidos en Occidente; otros, pedazos de maderas talladas, pero que no manifestaban huellas de herramientas de hierro; éstos, abetos monstruosos vaciados para formar canoas de una sola pieza, que podian llevar ochenta remeros; aquéllos, bejucos gigantescos; otros, en fin, cadáveres de hombres blancos ó cobrizos, cuyas facciones en nada recordaban las razas occidentales, asiáticas ó africanas.

Todos estos restos que de tiempo en tiempo flotaban á consecuencia de las tempestades del Océano, y ese inexplicable vago instinto que procede

siempre á las realidades, como la sombra precede al cuerpo cuando tenemos el sol á la espalda, anunciaban maravillas al vulgo y revelavan á Colon la existencia de tierras al otro lado de las playas trazadas por mano de los geógrafos en el mapa-mundi; si bien estaba convencido de que aquellas tierras no eran otra cosa que prolongacion del Asia, que llenaba más de la tercera parte de la circunferencia del globo. Esta circunferencia, desconocida entónces á los filósofos y geómetras, entregaba al campo de las conjeturas la existencia de aquel Océano que era necesario atravesar para llegar á aquella Asia imaginaria: extension que creian algunos inconmensurable; figurándosela otros como una especie de éter profundo y sin límites en el que se perderian los navegantes, como hoy los aeronautas en los desiertos del firmamento. Ignorando el mayor número las leyes de la gravedad y de la atraccion que llaman los cuerpos al centro, y sin embargo, admitiendo ya la redondez de la tierra, creian que los buques ú hombres á quienes el azar llevase á los antípodas, se desprenderian para caer en los abismos del espacio. Desconocian igualmente las leyes que dirigen los niveles y movimientos del Océano, y se representaban el mar, más allá de cierto horizonte determinado por las islas conocidas, como una especie de cáos líquido, cuyas desmesuradas olas se alzaban cual inaccesibles montañas, abriendo abismos sin fondo, precipitándose desde el cielo en cataratas infranqueables, que arrastrarian y devorarian las temerarias naves que osasen acercarse á ellas. Los más instruidos, admitiendo las leyes de la gravedad y cierto nivel en los espacios líquidos, creian que la redondez del globo daba al Océano tal pendiente hácia los antípodas, que arrastraria á los buques á

playas sin nombre, pero que no les permitiria remontarla para regresar á Europa. Estas diferentes preocupaciones sobre la naturaleza, forma, extension, subidas y bajadas del Océano, constituian un terror general y misterioso que solamente el pensamiento de un genio investigador podia abordar y afrontar de hecho audacia sobrehumana. Tratábase de la lucha del espíritu humano contra un elemento, y solamente un hombre superior podia intentarla.

IX.

El invencible atractivo que el pobre geógrafo sentia hácia aquella empresa, era el verdadero lazo que le retenia tantos años ya en Lisboa, cual si esta fuese la patria de sus pensamientos. En aquella época, gobernado Portugal por Juan II, príncipe ilustrado y emprendedor, entregábase en su deseo de colonizacion, de comercio y aventuras, á incesantes tentativas navales para relacionar Europa con el Asia, y acercábase el momento en que Vasco de Gama, el Colon portugues, descubriria la ruta marítima de las Indias por el Cabo de Buena-Esperanza. Convencido Colon de que encontraria camino más ancho y directo lanzándose en línea recta hácia el Oeste, obtuvo despues de muchas solicitudes audiencia del Rey para revelarle sus proyectos de descubrimientos é impetrar de él medios para realizarlos en gloria y provecho de sus Estados. El Rey le escuchó con interes, pareciéndole que la fe de aquel desconocido en sus esperanzas no estaba tan despojada de fundamento que mereciese se la considerase quimérica. Tenía Colon, ademas de su elocuencia natural, la elocuencia del convencimien-

to, y con ella consiguió impresionar al Rey lo bastante para que reuniese un tribunal formado de sabios y políticos que examinase las proposiciones del navegante genoves y le informase sobre las probabilidades de su empresa. El Consejo, formado por el confesor del Rey y algunos geógrafos, tanto más reputados en la corte, cuanto ménos se separaban de las preocupaciones vulgares, declaró quiméricas las ideas de Colon y completamente contrarias á todas las leyes de la física y de la religion.

Otro tribunal de exámen, al que apeló Colon con licencia del Rey, agravó más y más la decision primera; pero estos consejeros, con perfidia que ignoró el Rey, comunicaron los planes de Colon á un piloto é hicieron partir secretamente una nave, para intentar, sin que éste lo supiese, el rumbo que indicaba hácia el Asia. Este buque, que cruzó durante algunos dias más allá de las islas Azores, regresó asustado del vacío é inmensidad del espacio que habia entrevisto, y confirmó al Consejo en el desprecio de los planes de Colon.

X.

Durante estas inútiles solicitudes en la corte de Portugal, perdió Colon á su esposa, su amor, su consuelo y la que le alentaba en sus proyectos. Habiendo descuidado sus intereses por la perspectiva de los descubrimientos, se encontraba arruinado; cayendo los acreedores sobre los productos de su trabajo, se apoderaron de sus globos y mapas, y hasta le amenazaron con la prision. Habia perdido muchos años esperando inútilmente, avanzaba en edad, crecia su hijo, y solamente descubria la hor-

rible perspectiva de la miseria el que habia entrevisto un mundo para él. Evadióse secretamente de Lisboa, y á pié, sin otro recurso que la hospitalidad que encontrase en los caminos, llevando unas veces de la mano á su hijo Diego, y otras sobre sus robustos brazos, entró en España decidido á ofrecer á D. Fernando y á doña Isabel, que reinaban entónces, el imperio ó continente que habia despreciado Portugal. Y siguiendo aquella larga peregrinacion en busca de la movible corte de España, llegó á la puerta del convento de la Rábida, cerca de Palos.

Proponíase ir primero á la villa de Huerta, en Andalucía, donde vivia su cuñado, dejarle su hijo Diego, y marchar solo á sufrir las dilaciones, azares y hasta la incredulidad de la corte de los monarcas.

Créese que ántes de venir á España, como italiano y genoves, creyó deber ofrecer su descubrimiento á Génova, su patria, y tambien al Senado de Venecia; pero estas dos repúblicas, ocupadas en ambiciones más concretas y en rivalidades más urgentes, contestaron á sus solicitudes con frialdades y negativas.

XI.

El prior del convento de la Rábida era más versado en las ciencias relativas á la navegacion de lo que podia suponerse en un hombre de su ministerio. La proximidad de su convento, desde el que veia el mar, al puerto de Palos, uno de los más activos entónces de Andalucía, le habia puesto en frecuente trato con navegantes y armadores del pueblo, dedicados exclusivamente á la marina. Además, miéntras vivió en la capital y la corte, habia dirigido

sus estudios á las ciencias naturales y los problemas que agitaban entónces las inteligencias. Primeramente experimentó compasion hácia el genoves, pero muy pronto sus conversaciones cotidianas le entusiasmaron por un hombre que consideró desde luégo muy superior á su fortuna, viendo en él uno de esos emisarios de Dios, rechazados del umbral de los príncipes y de las ciudades, cuando llevan en manos indigentes invisibles tesoros de verdades. La religion comprendió al genio, revelacion que como la otra, necesita fieles, y el prior se sintió movido á ser uno de los fieles que participan de las revelaciones del genio, no por el descubrimiento, sino por la fe. Casi siempre envia la Providencia uno de estos creyentes á los hombres superiores para impedirles domine el desaliento ante la incredulidad, la dureza ó las persecuciones del vulgo, y estos creyentes constituyen la forma más sublime de la amistad, siendo amigos de la verdad despreciada, confidentes del porvenir imposible.

Sentíase el P. Juan Perez predestinado por el cielo para ser, desde el rincon de su retiro, introductor de Colon en el favor de la reina doña Isabel, y apóstol de su gran proyecto. Y no fué únicamente su proyecto lo que estimó en Colon, sino Colon mismo, su belleza, su carácter, su valor, su modestia, su gravedad, su elocuencia, su piedad, su virtud, su dulzura, su paciencia, la nobleza con que soportaba el infortunio, prendas todas que revelaban en aquel extranjero uno de esos séres marcados con mil perfecciones por el sello divino que impide olvidar y obliga á admirar á un hombre único. Despues de la primera conversacion, el P. Juan Perez no solamente creyó en el genoves, sino que le profesó profunda estimacion, y, cosa rara, aquella es-

timacion no se entibió jamás. Desde aquel dia tuvo Colon un amigo.

XII.

Invitóle el Prior á que aceptase por algunos dias asilo para él y su hijo, ó al ménos, lugar de descanso en el humilde convento, y durante su corta permanencia en él, comunicó á sus amigos de Palos la llegada y aventuras del extranjero, rogándoles fuesen al convento á conversar con él acerca de sus conjeturas, de sus intenciones y planes, para poder apreciar si convenian sus teorías con las ideas prácticas de los marinos de Palos. Un hombre eminente, amigo del Prior, el médico Fernandez, y un habilísimo piloto de Palos, llamado Pedro de Velasco, acudieron, por invitacion del P. Juan Perez, al convento, en el que pasaron muchas veladas escuchando á Colon; y quitando aquellas conversaciones la venda de sus ojos, participaron de sus ideas con el calor de espíritus rectos y corazones sencillos, formando ese primer cenáculo donde incuba toda fe nueva en el seno de la confianza de algunos prosélitos, á la sombra de la intimidad, del retiro y del misterio. Toda gran verdad comienza por un secreto entre dos amigos, ántes de brillar en alta voz en el mundo. Aquellos dos amigos que Colon ganó á sus convicciones en la celda de un pobre fraile, tal vez le fueron más caros que el entusiasmo y aplauso de España entera, cuando el éxito coronó sus previsiones. Los primeros creyeron en la fe de su palabra; los otros no debian creer sino en la fe de sus descubrimientos realizados.

XIII.

Confirmado el Prior en sus impresiones por la aprobacion que las ideas del genovés merecian de la ciencia del médico Fernandez y de la experiencia del piloto Velasco, se apasionó, lo mismo que éstos, de su huésped, invitándole á confiarle su hijo en el convento de la Rábida y á marchar á la corte á ofrecer sus descubrimientos á Fernando é Isabel, solicitando de los soberanos la asistencia necesaria para la realizacion de sus propósitos. La casualidad quiso que el pobre fraile fuese introductor natural y poderoso para Colon en la corte de España, en la que habia vivido mucho tiempo, dirigiendo la conciencia de la Reina, y en la que habia conservado relaciones de amistad con el nuevo confesor que él mismo propuso cuando su pasion por el retiro le alejó del Palacio. Este nuevo confesor, ministro de la conciencia de los Reyes en aquella época, era el P. Fernando de Talavera, superior del convento del Prado, hombre de mérito, acreditado y virtuoso, ante quien se abrian todas las puertas de Palacio. El P. Juan Perez dió á Colon eficacísima carta de recomendacion para el P. Talavera; proporcionóle conveniente equipo para que se presentase decentemente en la corte, una mula, un guía, una bolsa con dinero, y abrazándole en el umbral del monasterio, rogó por él y por sus proyectos á Dios inspirador de las grandes ideas.

XIV.

Penetrado de agradecimiento Colon hácia aquel primero y generoso amigo que nunca separó de él los ojos ni el corazón, y á quien atribuyó siempre el orígen de su fortuna, se encaminó á Córdoba, residencia entónces de la corte, avanzando con esa confianza en el éxito que, si es la ilusion, tambien es la estrella del genio; ilusion que muy pronto iba á desvanecerse, estrella que no tardaria en quedar oscurecida.

Mal elegido parecia el momento en que el aventurero genoves iba á ofrecer un mundo á la corona de España, ocupados como estaban D. Fernando y doña Isabel, más que en pensar en la adquisicion de problemáticas posesiones al otro lado de mares desconocidos, en reconquistar á los moros su propio reino. Los musulmanes, conquistadores de la Península, despues de larga y próspera posesion, veian desaparecer para ellos una á una ciudades y provincias, no ocupando ya más que las montañas y valles que rodean á Granada, capital y maravilla de su imperio. D. Fernando y doña Isabel empleaban toda su pujanza, todos sus esfuerzos y los recursos todos de sus dos reinos unidos para arrancar á los moros aquella ciudadela de las Españas. Unidos en matrimonio político, al que sirvió de cimiento el amor y que gloria comun ilustraba, habia llevado en dote el uno el reino de Aragon, y la otra el de Castilla á aquella comunidad de coronas. Pero no obstante haber confundido por este medio sus separadas provincias, tanto el Rey como la Reina conservaban do-

minacion distinta é independiente sobre su respectivo reino hereditario, teniendo consejo y ministros especiales para atender á los intereses de sus antiguos súbditos personales; consejos que solamente se fundian en uno cuando lo exigian intereses patrióticos comunes á los dos esposos y á los dos reinos. La naturaleza habia dotado á aquellos dos soberanos de cualidades y perfecciones de alma y cuerpo diversas, pero casi iguales; como para completar con el uno y la otra aquel reinado de prestigio, conquista, civilizacion y prosperidad que les destinaba. D. Fernando, algo mayor que doña Isabel, era valiente guerrero y consumado político. Cuando apénas habia llegado á la edad en que empieza á adquirirse triste experiencia para conocer á los hombres, él los adivinaba; siendo su único defecto cierta incredulidad, cierta frialdad, hijas de la desconfianza y que cierran el corazon al entusiasmo y magnanimidad. Pero si le faltaban en cierto grado estas virtudes, compensábanlas en sus consejos la ternura de alma y generosidad de corazon de doña Isabel. Jóven, bella, admirada por todos, adorada por su esposo, instruida, piadosa sin superstición, elocuente, entusiasta por todo lo grande, admiradora de los hombres eminentes, confiando en las ideas vastas, imprimia á la corte y á la política de D. Fernando el heroísmo que nace del pecho y la brillantez que brota de la imaginacion. Ella inspiraba, él ajecutaba, encontrando la Reina su recompensa en la fama de su esposo, y el Rey su gloria en la admiracion y amor de su consorte. Aquel reinado de dos coronas, que debia llegar á ser casi fabuloso para España, solamente esperaba para inmortalizarse entre todos los reinados la llegada de aquel pobre extranjero que venia á implo-

rar proteccion á la puerta del palacio de Córdoba, trayendo en la mano la carta de un pobre fraile.

XV.

Habiendo leido con prevencion é incredulidad aquella carta del confesor de la Reina, solamente abrió á Colon larga perspectiva de espera, negativas de audiencia y desaliento. Unicamente en la soledad y gozando de gran quietud de ánimo, prestan oidos los hombres á los pensamientos atrevidos; en la agitacion de los negocios y de las cortes, no tienen benevolencia ni tiempo.

En todas las puertas rechazaron á Colon porque era extranjero,—dice el historiador Oviedo, contemporáneo de aquel grande hombre,—porque iba pobremente vestido y porque no traia otras recomendaciones para los cortesanos y ministros que la carta de un solitario fraile franciscano, olvidado desde mucho tiempo en las cortes.

Los Reyes ni siquiera oyeron hablar de él, burlando, por indiferencia ó desprecio, el confesor de la Reina, la confianza que en él tuvo el P. Juan Perez. Pero obstinado Colon como la certidumbre, no se alejó de Córdoba, con objeto de acechar el momento oportuno, y despues de gastar la módica cantidad que le dió su amigo el prior de la Rábida, ganó miserablemente su vida con su pobre industria de globos y mapas, teniendo siempre á la vista por este medio imágenes de un mundo que habia de conquistar. En la oscuridad de largos años de ruda y paciente vida, solamente se descubre miseria, trabajo y esperanzas defraudadas. Pero, jóven sensible, amó de nuevo y fué correspondido durante

aquellos años de prueba, puesto que su hijo Fernando nació por aquel tiempo de un amor misterioso, que nunca consagró el matrimonio (1) y cuya memoria y remordimientos recuerdan tristes palabras de su testamento. Colon educó á este hijo natural con tanto cariño como á su hijo Diego.

---

(1) Esta afirmacion del autor es demasiado atrevida, porque, si bien no se ha encontrado partida de matrimonio de Colon con doña Beatriz Enriquez, como tampoco se ha encontrado la de bautismo del gran navegante, todo induce á creer que este segundo matrimonio se realizó.

La Reina doña Isabel, delicada en alto grado en asuntos de honestidad, nombró paje del Príncipe de Asturias al hijo de doña Beatriz, cosa que seguramente no habria hecho si el nacimiento de éste hubiese estado manchado con sello de ilegitimidad. Los Enriquez de Córdoba eran familia ilustre, aunque no acaudalada, celosos de su honra, á la antigua usanza española; y con Colon fueron á América hermanos y primos de doña Beatriz, cosa que seguramente no habrian hecho de no ser legítimas las relaciones de éste con la dama córdobesa.

Colon dió siempre el nombre de esposa á doña Beatriz, y así la llama en su testamento; y en la fundacion del mayorazgo Colombino, lo mismo llama á Diego, hijo habido en el primer matrimonio, que á Fernando, hijo de doña Beatriz.

La legitimidad de éste la han puesto en duda Humboldt y Washington Irving, quienes en cierto modo indirecto, trataron de rebajar la gloria del almirante, cuya honrada vida y morigeradas costumbres han celebrado todos los historiadores, tanto españoles como extranjeros; pero nos parece increible, que no oponiéndose nada á su matrimonio con doña Beatriz Enriquez, no lo realizara dejando á su hijo Fernando la mancha de ilegitimidad que tan fácilmente podia hacer desaparecer.

Si estas consideraciones no constituyen prueba plena que acredite el segundo matrimonio de Cristóbal Colon, son por lo ménos indicios vehementes que nos autorizan á calificar de sobradamente atrevida la afirmacion de Lamartine.—N. del T.

XVI.

La dignidad y nobleza exterior del genoves traspiraban, no obstante, su humilde profesion, y los personajes distinguidos que se le acercaban, por motivos de su comercio científico, recibian de su persona y conversaciones esa impresion de extrañeza y simpatía, que prodria llamarse profecía eléctrica de un gran destino en el seno de humilde condicion; comercio y conversaciones que le proporcionaron insensiblemente amigos cuyos nombres ha conservado la historia para asociarlos á la gratidud del mundo futuro, citándose á Alonso de Quintanilla, inspector de Hacienda de la reina Isabel; Geraldini, preceptor de los Príncipes; Antonio Geraldini, Nuncio del Papa en la corte de Don Fernando y, en fin, el cardenal Mendoza, arzobispo de Toledo, personaje de tal importancia, que solian designarlo con el nombre de Tercer rey de España.

XVII.

Alarmado al principio el Arzobispo por aquellas novedades geográficas que parecian, sin razon para ello, contradecir las nociones sobre el mecanismo celeste que contiene la Biblia, quedó muy pronto tranquilo ante la profunda y sincera religiosidad de Colon, cesando de ver una blasfemia en ideas que ensanchaban la obra y sabiduría de Dios: y seducido por el sistema al mismo tiempo que prendado del autor, obtuvo de sus Soberanos audiencia para su protegido. Despues de esperar dos años, se pre-

sentó Colon á aquella audiencia con la modestia de humide extranjero, pero con la confianza de un tributario que lleva á sus señores más de lo que pueden darle.

«Pensando en lo que era, — escribió despues, — confundíame la humildad; pero pensando en lo que llevaba, sentíame igual á los Reyes; porque ya no era yo sino el instrumento que Dios habia elegido y señalado para realizar un gran designio.»

XVIII.

D. Fernando escuchó á Colon con gravedad, doña Isabel con entusiasmo. A la primera mirada, á las primeras palabras del extranjero, experimentó hacia el enviado de Dios tal admiracion, que frisaba en fanatismo, y tal simpatía, que rayaba en ternura. La naturaleza habia dado á Colon la hermosura que atrae las miradas y la elocuencia que granjea los corazones; pareciendo que le destinaba por primer apóstol una reina, y que la verdad con que iba á dotar á su siglo debia recibir calor en el pecho de una mujer. Esta mujer fué doña Isabel, cuya constancia en favor de Colon no flaqueó ni ante los indiferentes de su corte, ni ante sus enemigos, ni ante los reveses. Creyó en él desde el primer dia y fué su prosélita en el trono y su amiga hasta la tumba.

Oido Colon, nombró D. Fernando un tribunal de exámen en Salamanca, bajo la presidencia del padre Fernando de Talavera, príor del Prado, formando el tribunal los varones de ambos reinos más versados en las ciencias divinas y humanas, reuniéndose en el convento de dominicos de la capital literaria de España. Colon recibió hospitalidad en él.

La civilizacion se encontraba entónces en el santuario, y de todo decidian en España los frailes y los sacerdotes. Los reyes solamente imperaban por sus actos; las ideas pertenecian á los pontífices. La Inquisicion, policía sacerdotal, vigilaba, alcanzaba y heria hasta alrededor del trono á todo lo que estaba manchado de herejía.

El Rey agregó al tribunal profesores de astronomía, geografía, matemáticas y de todas las ciencias que se estudiaban en Salamanca. Aquel tribunal no asustaba á Colon, que creia iban á juzgarle sus iguales, pero que fué juzgado por sus competidores. La primera vez que compareció en la gran sala del convento, los frailes y los pretendidos sabios, convencidos préviamente de que toda teoría que traspasase su ignorancia y su rutina habia de ser sueño de mente enferma ó soberbia, solamente vieron en aquel genoves oscuro un aventurero que buscaba fortuna por medio de sus quimeras. Nadie se dignó escucharle, exceptuando dos ó tres religiosos del convento de San Estéban de Salamanca, frailes oscuros y sin autoridad, que se entregaban en sus celdas á estudios que despreciaba el alto clero. Los demas examinadores de Colon le abrumaron con citas de la Biblia, de los profetas, de los psalmos, del Evangelio y de los padres de la Iglesia, pulverizando desde luégo con indiscutibles textos la teoría del globo y la quimérica é impía existencia de los antípodas. Entre otros, Lactancio hablaba terminantemente en cuanto á esto en un pasaje que oponian á Colon.

«Nada hay tan absurdo—dice Lactancio—como creer que existen antípodas con los piés opuestos á los nuestros, hombres que caminan con los piés hácia arriba y la cabeza hácia abajo; que existe una

parte del mundo donde todo está al reves y crecen los árboles con las raíces en el aire y las ramas en el suelo.»

Otros doctores, tomando una metáfora poética por un sistema de mundo, citaban al geógrafo el versículo del psalmo en que se dice que Dios extendió el cielo sobre la tierra como una techumbre, de lo que resultaba, segun ellos, que la tierra debia ser plana.

En vano contestaba Colon á sus interlocutores con piedad profunda, que no excluia el conocimiento de la naturaleza; en vano, siguiéndoles respetuosamente en el terreno teológico, se mostraba más religioso y ortodoxo que ellos, porque era más entusiasta de la obra de Dios. La elocuencia caldeada por la verdad, perdió toda su brillantez y apagó todos sus resplandores en las voluntarias tinieblas de aquellas inteligencias obstinadas. Solamente algunos frailes se manifestaron dudosos y conmovidos ante el convencimiento que revelavan las palabras de Colon. Diego de Deza, de la órden de Santo Domingo, hombre superior á su siglo, y que despues llegó á ser arzobispo de Toledo, se atrevió á combatir enérgicamente las preocupaciones del tribunal y prestó su palabra y su autoridad á Colon; pero tan valioso é inesperado auxilio no fué parte á dominar la indeferencia y obstinacion de los examinadores. Multiplicáronse las conferencias, pero sin resultado, hasta que al fin languidecieron cansando á la verdad con dilaciones que son el último refugio del error; interrumpiéndolas definitivamente la nueva guerra de don Fernando y doña Isabel contra los moros de Granada.

Despreciado, triste, desalentado Colon y sostenido solamente por el favor de la reina doña Isabel y

la conquista de Diego de Deza á su teoría, seguía miserablemente á la corte y al ejército de campamento en campamento y de pueblo en pueblo, esperando en vano una hora de atencion que el tumulto de las armas le impedia obtener. Sin embargo, tan fiel la Reina al favor secreto que le dispensaba, cuanto le era adversa la fortuna, continuaba esperando mucho de aquel genio desconocido y protegiéndole; mandando destinar á Colon una casa ó una tienda de campaña en tódas las etapas del ejército, y ordenando á su tesorero mantener al sabio genoves, no como á inoportuno parásito que mendiga socorro, sino como á distinguido huésped que honra al reino y quieren los soberanos conservar á su servicio.

XIX.

Muchos años pasaron así, durante los cuales los reyes de Portugal, Inglaterra y Francia, habiendo oido á sus embajadores hablar de aquel hombre extraordinario que ofrecia un nuevo mundo á los soberanos, mandaron hacer proposiciones á Colon para que entrase á su servicio; proposiciones que no aceptó en virtud del profundo agradecimiento que profesaba á la reina doña Isabel, y el amor que sentia por doña Beatriz Enriquez de Córdoba, madre de su hijo Fernando; continuando por consiguiente Colon siguiendo á la corte, y conservando á la jóven Reina un imperio en cambio de la bondad con que le trataba.

Estos motivos le hicieron asistir al sitio y conquista de Granada, y vió á Boabdil entregar á don Fernando y doña Isabel las llaves de aquella ciudad, los palacios de los Abencerrajes y el alcázar de

la Alhambra. Formó parte del cortejo de los Soberanos cuando entraron triunfalmente en aquel último asilo del islamismo, viendo ya más allá de los muros y valles de Granada otras conquistas y otras entradas triunfales en dominios más vastos. Comparado con sus proyectos, todo le parecia pequeño.

Realizada esta conquista en 1492, la paz que la siguió dió lugar á otra reunión de examinadores de sus planes en Sevilla, con objeto de informar á la Corona. El informe, que en vano combatió como en Salamanca Diego de Deza, fué que se rechazasen los ofrecimientos del aventurero genoves, si no como impíos, al menos como comprometedores de la dignidad de la corte de España, que no podia autorizar tamaña empresa estando basada en muy débiles fundamentos.

Sin embargo, influyendo doña Isabel en su esposo, dulcificó éste la dureza del informe del tribunal al comunicarlo á Colon; haciéndole esperar que en cuanto quedase realizada la completa pacificacion de España con la expulsion total de los Moros, la corte favorecería con subsidios y con buques la expedicion de descubrimientos y conquistas de que hablaba tantos años ya.

XX.

Miéntras esperaba Colon, sin mucha confianza, la realizacion de las promesas del Rey, constantemente aplazadas, y de los deseos de doña Isabel, acercóse á dos grandes señores españoles, el duque de Medinasidonia y el de Medinaceli, para que intentasen la empresa á su costa. Uno y otro duque poseian puertos y buques en la costa de España, y

al pronto les sonrió la perspectiva de la gloria y poderío que traerian á sus casas dominios marítimos, pero incredulidad ó indolencia les hizo abandonar la idea. Encarnizábase contra Colon la envidia, ántes aún de que la mereciese por un triunfo; perseguíale anticipadamente y como por instinto hasta en sus esperanzas, disputándole lo que apellidaba quimeras, y oprimiéndole hasta el punto de que, llorando, abandonase otra vez su tentativa. La frialdad de los ministros al escucharle, la obstinacion de los frailes en rechazar sus ideas como una impiedad de la ciencia, las promesas vanas y las eternas dilaciones de la corte, produjéronle desaliento tal, despues de seis años de angustia, que renunció definitivamente á nuevas solicitudes ante los soberanos de España, determinando ir á ofrecer su imperio al rey de Francia, del que habia recibido algunas insinuaciones.

Arruinado, abatido, cansado de esperar, destrozado el corazon por la necesidad de alejarse de aquella doña Beatriz, á la que tanto amaba, partió al fin de Córdoba á pié, no ya confiando en el porvenir, sino para buscar á su fiel amigo, el prior Juan Perez, en el conveto de la Rábida. Proponíase recoger á su hijo Diego que habia dejado allí, traerlo á Córdoba, y ántes de marchar á Francia encargarlo á doña Beatriz, madre de Fernando, su hijo natural. Educados los dos hermanos bajo la direccion y cariño de la misma mujer, experimentarian recíprocamente el amor fraternal, que era la única herencia que podia dejarles.

XXI.

Lágrimas derramó el prior Juan Perez cuando vió á su amigo á pié, vestido con mayor pobreza que la primera vez, llamar á la puerta del convento, atestiguando con lo raido de sus ropas y la tristeza de su rostro la incredulidad de los hombres y la ruina de sus esperanzas. Pero la Providencia habia ocultado otra vez el resorte de la prosperidad de Colon en el seno de la amistad. La fe del pobre fraile en la verdad y porvenir de los descubrimientos de su protegido, en vez de abatirle, le indignó, dándole caritativo valor contra sus desgracias. Abrazóle, gimió y lloró con él; pero recobrando en seguida su energía y autoridad, mandó llamar de Palos al médico Fernandez, antiguo confidente de los misterios de Colon, á Alonso Pinzon, rico navegante del puerto, y á Sebastian Rodríguez, piloto muy experto de Lepi. Desarrollando de nuevo Colon sus ideas ante aquel tribunal de amigos, les entusiasmó hasta el fanatismo. Suplicáronle que no marchase, que intentase fortuna otra vez y que conservase á España, aunque incrédula é ingrata, la gloria de una empresa única en la historia. Pinzon prometió contribuir con su fortuna y sus barcos al armamento de la flotilla inmortal en cuanto el Gobierno le autorizase para ello. El P. Juan Perez escribió, no ya al confesor de la Reina, sino á la Reina misma, interesando su conciencia, al mismo tiempo que su gloria, en una empresa que habia de sacar de la idolatría á naciones enteras trayéndolas á la fe; apeló á todos los recursos de la elocuencia, empleando el lenguaje que persuade, porque toma ca-

lor en la amistad y en el engrandecimiento de la patria. Desalentado Colon y negándose á llevar aquella carta á una corte cuya inaccion y aplazamientos tan dolorosamente habia experimentado, encargóse el piloto Rodriguez de llevarla él mismo á Granada, donde residian á la sazon los Reyes; marchando acompañado por los buenos deseos y oraciones del convento y de los amigos que Colon tenía en Palos.

Catorce dias despues de su partida, viéronle volver alegremente al convento. La Reina habia leido la carta del P. Juan Perez, y leyéndola, habia visto confirmadas sus favorarables disposiciones hácia el Genoves. Mandaba que inmediatamente se presentase el venerable prior en la corte, y que Colon esperase en la Rábida el regreso del P. Juan Perez y la resolucion del Consejo.

Regocijándose el prior ante el buen aspecto de la fortuna de Colon, mandó en el acto ensillar su mula y se puso en camino solo, aquella misma noche, por medio de una comarca infestada de moros. Ni el más leve temor le embargaba, porque sentia que velaba por él el cielo, protegiendo en él el gran designio cuya realizacion habia confiado á su amigo.

Llegó, y ante su nombre abriéronse las puertas del Palacio. Vió á la Reina é hizo brotar con mayor fuerza en ella, con el ardor de su propio convencimiento, la fe y entusiasmo que por sí misma habia sentido en favor de aquella empresa. Su piedad hizo á la marquesa de Maya, favorita de doña Isabel, que se declarase en favor del protegido del santo religioso. Aquellos dos corazones entusiastas, inflamados por la elocuencia de un fraile en favor de los proyectos de un aventurero, triunfaron de la resistencia de la corte. Doña Isabel envió á Colon una cantidad de sus fondos particulares para que com-

prase una mula y ropas y viniese inmediatamente á la corte; y el P. Juan Perez, quedando á su lado para apoyar á su amigo con sus relaciones é influencia, mandó un mensajero á la Rábida, portador de las buenas noticias y del socorro pecuniario; mensajero que habia de entregar el dinero y la carta al médico Fernandez, de Palos, para que éste trasmitiese una y otra cosa á Colon.

XXII.

Comprada la mula, y habiendo tomado un criado, marchó el Genoves á Granada, y recibió autorizacion para debatir sus planes y condiciones con los ministros del Rey.

«Veíase entónces—escribe un testigo ocular—á un hombre oscuro y desconocido seguir la corte, confundido ante los consejeros de dos coronas, con la muchedumbre de importunos pretendientes, retirado á los rincones de las antecámaras, repasando en su imaginacion pomposos proyectos de descubrimiento de un mundo. Grave, melancólico y abatido en medio de la alegría pública, parecia contemplar con indiferencia la terminacion de aquella conquista de Granada, que enorgullecia al pueblo de dos cortes: aquel hombre era Cristóbal Colon.»

Los obstáculos procedieron ahora del mismo Colon, quien, seguro del continente que ofrecia á España, queria, en respeto de la grandeza misma del presente que iba á hacer al mundo y á sus soberanos, estipular para él y sus descendientes condiciones dignas, no de él mismo, sino de su obra: porque careciendo de legítimo orgullo, hubiese creido arecer de fe en Dios y de dignidad en su mision.

Pobre, solo, abandonado, trataba como soberano de posesiones que solamente veia en su pensamiento.

«Un mendigo—decia Fernandez de Talavera, presidente del Consejo—pone á los reyes condiciones de rey.»

Exigia Colon el título y privilegios de almirante, autoridad y honores de virey en todas las tierras que añadiese con sus descubrimientos á España, y el diezmo á perpetuidad para él y sus descendientes, de todas las rentas que produjesen aquellas posesiones.

«Extrañas exigencias en un aventurero,—exclamaron sus adversarios en el Consejo,—que le darian préviamente el mando de una flota y la posesion de un vireinato sin límites, si triunfase en su empresa, y que á nada le comprometeria si no triunfara, puesto que en su pobreza actual nada tiene que perder.»

Sus exigencias extrañaron al principio, y concluyeron por indignar; ofreciéronle condiciones ménos onerosas para la Corona; pero á pesar de su indigencia y desvalimiento, todo lo rehusó. Cansado, pero no vencido por diez años de tentativas, desde el dia en que concibió su pensamiento y lo ofreció en vano á los potentados de la tierra, hubiérase avergonzado de rebajar algo en el precio del don que le habia dispensado Dios. Retiróse respetuosamente de las conferencias con los comisionados de D. Fernando, y montado otra vez, solo y desvalido, en la mula que le regalara la Reina, emprendió de nuevo el camino de Córdoba, para marchar desde allí á Francia.

XXIII.

Al enterarse doña Isabel de la partida de su protegido, tuvo como el presentimiento de las grandes cosas que con aquel hombre predestinado se alejaban para siempre de ella, y se indignó con aquellos comisarios que regateaban con Dios, segun exclamaba, el precio de un Imperio, y principalmente el de millones de almas abandonadas, por culpa suya, á la idolatría. La marquesa de Maya, y Quintanilla, el inspector de Hacienda, alentaban sus remordimientos participando de ellos; y el Rey, más frio y calculador, vacilaba, conteniéndole el gasto de la empresa en aquel momento de penuria para el Tesoro.

«Pues bien,—exclamó doña Isabel con arrebato de generoso entusiasmo;—yo sola me encargo de la empresa para mi corona personal de Castilla. Empeñaré mis joyas y diamantes para atender á los gastos de armamento.»

Aquel arranque de energía femenil triunfó del económico D. Fernando, y, con sublime cálculo, adquirió inmensos tesoros de riquezas y provincias para las dos monarquías. El desinteres inspirado por el entusiasmo es la verdadera economía de las grandes almas y la sabiduría verdadera de los grande políticos.

Corrieron, pues, tras el caminante, y el mensajero que doña Isabel le mandó para llamarle, le encontró á pocas leguas de Granada, en el puente de Pinos, desfiladero famoso entre dos rocas, donde moros y cristianos habian confundido frecuentemente su sangre en las aguas del torrente que se-

paraba las dos razas. Enternecido Colon, volvió para echarse á los piés de doña Isabel, quien con sus lágrimas habia conseguido de D. Fernando la ratificacion de las condiciones que exigia Colon. Al servir la abandonada causa de aquel hombre, la Reina creia servir la del mismo Dios, ignorado por aquella parte del género humano que el Genoves iba á conquistar á la fe, y veia el reino celestial en las adquisiciones que su protegido conquistaria para su Imperio. D. Fernando contemplaba en la empresa su reinado terrestre. Soldado de la cristiandad en España y vencedor de los moros, el Papa declaraba súbditos suyos cuantos él añadia á la fe romana; dándole de antemano las bulas de la corte de Roma pleno dominio sobre los millones de hombres que los descubrimientos de aquel aventurero traerian al cristianismo. A sus ojos, todo lo que no era cristiano, era esclavo de derecho; toda parte de la humanidad que no estuviese marcada con el sello de Cristo, no tenia sello humano. Roma, á nombre de su soberanía espiritual en la tierra y en el cielo, la daba ó cambiaba, y D. Fernando era bastante creyente y al mismo tiempo bastante político para dejar de aceptarla.

El tratado entre D. Fernando, doña Isabel y aquel pobre aventurero genoves que algunos años ántes llegó á pié á su capital, sin otro asilo que la hospitalidad de un convento, quedó firmado en Granada el 17 de Abril de 1492, tomando doña Isabel por sí sola, y á cargo de su reino de Castilla, todos los gastos de la expedicion. Justo era que arriesgase más en la empresa la que creyó ántes en ella, y justo era tambien que la gloria del triunfo y la gratitud de los siglos coronasen su nombre más que cualquier otro nombre. Designóse á Colon el puer-

tecillo de Palos, en Andalucia, para organizar la expedicion, y como punto de partida de la escuadra. El pensamiento que en el convento de la Rábida, inmediato á Palos, concibieron el P. Juan Perez y sus amigos en sus primeras conversaciones con Colon, volvia al lugar de su origen. El prior de aquel convento iba á presenciar los preparativos y á contemplar desde su celda la primera vela que desplegaria su amigo hácia aquel mundo desconocido que habian visto juntos con los ojos del genio y de la fe.

XXIV.

Numerosos obstáculos, imprevistos, aparentemente insuperables, se opusieron de nuevo á los favores de doña Isabel y á la realizacion de las promesas de D. Fernando. Carecia de dinero el tesoro real; los buques, empleados en servicios más urgentes, se alejaban de los puertos españoles; los marineros se negaban á engancharse para tan larga y misteriosa travesía y desertaban á medida que iban reclutándolos. Obligadas las ciudades del litoral, por órden de la corte, á suministrar barcos, vacilaban en obedecer y desarmaban los buques sentenciados por la opinion general á segura pérdida. La incredulidad, el terror, la envidia, la sátira, la avaricia y hasta la sublebacion, rompieron cien veces en manos de Colon, y hasta en las de los mismos agentes de la corte, los medios materiales de ejecucion que le habia proporcionado el favor de la reina doña Isabel, pareciendo que fatal genio obstinado en luchar con el genio de la unidad de la tierra, queria separar para siempre los dos mundos que el pensamiento de un hombre pretendia reunir.

Dirigíalo todo Colon desde el convento de la Rábida, donde su amigo el prior Juan Perez le habia hospedado de nuevo, y sin la intervencion é influencia de aquel pobre religioso hubiese fracasado otra vez, y acaso definitivamente, la decretada expedicion. Cuantas órdenes partian de la corte eran impotentes ó quedaban desobedecidas, y fray Juan tuvo que recurrir á sus amigos de Palos que confiaron en su fe, en sus ruegos y en sus consejos, logrando el amigo de Colon llevar el convencimiento y esperanza que le inspiraban al ánimo de tres hermanos, ricos navegantes de Palos, los Pinzon. Creyeron éstos oir la voz de Dios en la del anciano religioso, y se asociaron espontáneamente á la empresa, suministrando dinero, armando tres barcos, de los llamados entónces carabelas, enganchando marineros en los puertecillos de Palos y de Moguer, y para animar y dar ejemplo de confianza á las tripulaciones, dos de ellos, Martin Alonso y Vicente Pinzon, decidieron embarcarse y tomar á su cargo el mando de sus buques. Gracias á este generoso auxilio de los Pinzon, tres barcos, ó mejor dicho, tres barcas, la *Santa María*, la *Pinta* y la *Niña*, se encontraban listas para hacerse á la mar el viérnes 3 de Agosto de 1492.

XXV.

Al amanecer, acompañado Colon hasta el muelle por el prior y la comunidad del convento de la Rábida, que bendijeron el mar y los barcos, abrazó á sus hijos, que dejaba confiados á fray Juan Perez, y embarcó en la mayor de las tres carabelas, enarbolando en ella la insignia de almirante de un Océano

ignorado y virey de tierras desconocidas. Apiñábase en compactos grupos en la playa el pueblo de la costa y de ambos puertos para presenciar la partida que, segun la preocupacion general, no habia de tener regreso. Cortejo de duelo era aquel más bien que saludo de buen viaje, dominando más la tristeza que la esperanza, más las lágrimas que las aclamaciones. Las madres, esposas é hijos de los marineros execraban en voz baja á quel funesto extranjero que, con sus mágicas palabras, habia seducido el ánimo de la Reina y que comprometia tantas vidas sin otro fundamento que un sueño. Seguido Colon á despecho, como todos los grandes hombres que arrastran un pueblo más allá de sus preocupaciones, entraba en lo desconocido al rumor de murmullos é imprecaciones. Esta es la ley de las cosas humanas. Todo aquello que se eleva sobre la humanidad, aunque sea para conquistarla una idea, una verdad ó un mundo, la hace murmurar. El hombre es como el Océano, tiende al movimiento, y por su peso natural á la inmovilidad. De estas dos tendencias contrarias nace el equilibrio de su naturaleza: ¡desgraciado de quien lo rompe!

XXVI.

El aspecto de aquella flotilla, apénas comparable con una expedicion de pesca ó de cabotaje, era el más á propósito para contrastar á los ojos y ante la mente del pueblo, con la magnitud de los peligros que con temeridad tan grande iba á arrostrar. De las tres carabelas, una sola, la que montaba Colon, tenía cubierta, siendo un barco mercante, débil, estrecho, viejo y quebrantando por las olas. Nin-

guna de las otras dos tenía cubierta, y una ola habría bastado para sumergirlas: pero la popa y la proa estaban muy elevadas sobre el mar, á la manera de las galeras antiguas, teniendo medias cubiertas, bajo las cuales se refugiaban los marineros en los temporales é impedian que el peso de una ola embarcada hiciese zozobrar la nave. Estos barcos tenian dos palos, uno en el centro y el otro en la popa; el primero llevaba una sola vela grande y cuadrada, y el segundo vela latina triangular. Largos remos, rara y difícilmente empleados, se armaban durante las calmas en las bordas bajas del centro, pudiendo, en caso necesario, impulsar lentamente la carabela. En aquellos tres barcos, de tamaño diferente, distribuyó Colon los ciento veinte hombres que formaban el total de sus tripulaciones, y solamente él embarcó con rostro sereno, mirada segura y tranquilo corazon. En diez y ocho años trascurridos, sus cálculos habian tomado en su espíritu el vigor de la realidad, y aunque ya habia pasado de la mitad de la vida, teniendo entónces cincuenta y siete años, no daba valor alguno al tiempo trascurrido, reconcentrando su existencia y su mirada en lo porvenir, sintiéndose jóven con la esperanza de la inmortalidad. Como para tomar posesion de aquellos mundos hácia los cuales orientaba sus velas, escribió y publicó, en cuanto embarcó en su buque, solemne relato de todas las fases que su espíritu y fortuna habian recorrido hasta entónces para concebir y realizar su proyecto; añadiendo la enumeracion de los títulos, honores y mandos con que los Soberanos acababan de investirle sobre sus futuras posesiones é invocando á Cristo y á los hombres para que protegieran su fe y fuesen testigos de su constancia.

«Y por ello,—decia terminando aquella proclama al antiguo y nuevo mundo,—me obligó á no dormir durante esta navegacion y hasta la realizacion de todas estas cosas.»

XXVII.

Blanda brisa de Europa le impulsó suavemente hácia las Canarias, última recalada de los navegantes del Océano, y aunque daba gracias á Dios por aquellos buenos comienzos que contribuian á tranquilizar las tripulaciones, tal vez hubiese preferido que viento tempestuoso le llevase rápidamente fuera de los rumbos conocidos y frecuentados por los buques. Temia, con razon, que la vista de las lejanas costas de España atrajese con la invencible dulzura de la patria los ojos y el corazon de tímidos é indecisos marineros que vacilaron hasta en el momento de embarcarse. Necesario es en las empresas supremas no dar á los hombres tiempo para reflexionar, ni ocasion para arrepentirse. Bien lo sabía Colon, y deseaba ansiosamente pasar los límites de los horizontes conocidos, y que dependiese de él solo la posibilidad del regreso, poseyendo solamente él el secreto del derrotero, de los mapas y de la brújula. Demasiado bien fundada estaba su impaciencia por perder de vista las costas del antiguo continente. Una de las tres carabelas, la *Pinta*, cuyo timon se habia roto y que hacía agua por la cala, le obligó, á pesar suyo, á ponerse en demanda de las Canarias, para cambiarla allí por otro barco. Tres semanas perdió en aquellos puertos sin poder encontrar buque apropósito para su larga travesía, viéndose obligado á carenar la *Pinta* y poner otro velámen á la

Niña, barco pesado y lento que retrasaba su marcha. Renovó tambien el agua y los víveres, no permitiéndole la pequeñez y falta de cubierta de los barcos llevar provisiones sino para determinado numero de días.

Alejándose ya de las Canarias, el aspecto del volcan de Tenerife, en plena erupcion que inflamaba el cielo y reverberaba en el mar, infundió terror en el ánimo de los marineros, que creian ver la espada flamígera del ángel que arrojó del Eden al primer hombre, prohibiendo á los hijos de Adan la entrada en mares y tierras cerrados para ellos. El almirante pasó de un barco á otro para disipar el pánico y explicar científicamente á quellos hombres sencillos las leyes físicas del fenómeno. Pero la desaparicion del pico de Tenerife, cuando se hundió en el horizonte, les entristeció tanto como les habia aterrado su aspecto. Aquél era para ellos el último faro, el último límite del viejo mundo. Al perderle de vista creyeron haber perdido hasta los jalones de su camino á traves de inconmensurable espacio, sintiéndose como desprendidos de la tierra y navegando en el éter de otro planeta, apoderándose de todos completa postracion de cuerpo y de espíritu, y pareciendo espectros que habian perdido hasta su tumba.

Otra vez les reunió Colon en torno suyo en su barco, reanimando su alma con la energía de la suya; y entregándose, cual poeta de lo desconocido, á la elocuente inspiracion de sus esperanzas, les describió, cual si ya las hubiese visto, las tierras, las islas, los mares, los reinos, las riquezas, la vegetacion, el sol, las minas de oro, las playas sembradas de perlas, las montañas resplandecientes de piedras preciosas, las llanuras embalsamadas por el

arona de las especias, que se alzaban y extendian para ellos al otro lado de aquel mar cuyas olas llevaban los barcos á la posesion de aquellas riquezas y maravillas. Pintadas estas imágenes con los brillantes colores de la rica inaginacion del almirante, les reanimaba y daba valor; soplando constante y suavemente del Este los vientos alísios, secundaban la impaciencia de los marineros. Solamente la distancia podia espantarles ya; y para ocultarles Colon una parte del espacio á traves del cual navegaban, deducia diariamente de su cálculo de leguas marinas una parte de la distancia recorrida, engañando de esta manera á pilotos y marineros en la mitad del camino. Secretamente, y para él solo, anotaba la verdadera *estima*, para conocer él solo tambien el número de leguas que habia recorrido y los jalones del rumbo que queria conservar ocultos á sus rivales. Y en efecto, ilusionadas las tripulaciones con la igualdad del viento y la tranquila oscilacion de las olas, creian flotar lentamente en los últimos mares de Europa.

XXVIII.

Tambien hubiese querido ocultarles un fenómeno que empezó á ocurrir á doscientas leguas de Tenerife, y para el que no encontraba explicacion en su ciencia: este fenómeno era la variacion de la brújula, último, y, en su opinion, infalible guia que vacilaba á su vez en los límites de un hemisferio desconocido. Durante algunos dias guardó para sí aquella duda terrible; pero los pilotos, atentos como él á la bitácora, observaron muy pronto aquellas variaciones. Asombrados á su vez, y ménos decidi-

dos que su jefe en la inquebrantable resolucion de desafiar hasta á la misma naturaleza, creyeron que los elementos se perturbaban ó cambiaban su ley en el borde del espacio infinito; y el vértigo que suponian en la naturaleza se apoderó de sus ánimos. Pálidos y temerosos, se comunicaron sus dudas y abandonaron los buques á merced de los vientos y las olas, únicos guias que tendrian en adelante. Su desaliento consternó á los marineros, y Colon, que en vano procuraba explicarse á sí mismo aquel misterio, cuya razon todavía busca la ciencia en nuestros dias, recurrió otra vez á su poderosa imaginacion, brújula íntima con que le habia dotado el cielo, inventando una explicacion falsa, pero especiosa para hombres sin cultura, explicacion por la que atribuia las variaciones de la aguja imantada á la influencia de astros nuevos que circulaban alrededor del polo, cuyos alternativos movimientos en el firmamento seguia la brújula. Esta explicacion, conforme con los principios astronómicos de la época, satisfizo á los pilotos, devolviendo la fe y la tranquilidad á los marineros. La presencia de una garza y de un ave tropical que á la mañana siguiente aparecieron volando alrededor de los palos de la flotilla, operó en sus sentidos lo que las explicaciones del almirante habian operado en su pensamiento. Aquellos dos habitantes de la tierra no podian vivir en un océano sin árboles, sin hierbas y sin agua dulce, considerándolos, por tanto, las tripulaciones como dos testigos que venian á confirmar, ántes de la prueba ocular, las meditaciones de Colon, navegando entónces con mayor confianza bajo la fe de un ave. La suavidad de la temperatura, igual y serena en aquella parte del Océano, la limpidez del cielo, la trasparencia del agua, los juegos de los delfines

alrededor de la proa, la blandura del viento. los perfumes que de léjos traian las olas, que parecian brotar entre sus espumas, la refulgente brillantez de las constelaciones, todo concurria en aquel hemisferio á dar tranquilidad á los sentidos y convencimiento al ánimo. Respiraban los presagios del mundo invisible aún, y recordaban los dias resplandecientes, los astros queridos y luminosas noches de primavera en Andalucía.

Segun escribió Colon, «solamente faltaba el ruiseñor.»

XXIX.

Tambien el mar comenzaba á ofrecer presagios, flotando frecuentemente sobre las olas plantas desconocidas. Algunas—dicen los historiadores del primer viaje de Colon—eran plantas marinas que solamente crecen en los bajos próximos á tierra; eran otras, plantas saxilarias que arrancan las olas á las rocas; otras fluviales; no faltando algunas que, recientemente desarraigadas, conservaban el fresco color que da la savia, trayendo una un cangrejo vivo, navegante embarcado en un tallo de hierba. Aquellas, plantas y aquellos séres vivos no hubieran podido resistir muchos dias en el mar sin marchitarse ó morir. Atravesó el espacio un pájaro de los que nunca posan en las olas, ni duermen jamás sobre el agua: de dónde venía? ¿á dónde iba? ¿podia estar lejano el punto de su descanso? Más adelante el Océano cambiaba de temperatura y de color, indicio de desiguales fondos; en unos parajes parecia inmensas praderas marinas, cuyas hierbas separaba la proa y dejaban por algun espacio abierta la estela; por tar-

ce y mañana, lejanas nieblas, como las que suelen cubrir las cimas elevadas del globo, presentaban en el horizonte formas de playas y montañas. A punto de brotar estaba de todos los labios el grito de tierra, y Colon procuraba no confirmar ni desvanecer tampoco esperanzas que servian á sus propósitos reanimando á sus compañeros; pero no se creia á más de trescientas leguas de Tenerife, y, segun sus conjeturas, no encontraria la tierra que buscaba hasta setecientas ú ochocientas leguas más allá.

XXX.

No contando entre sus compañeros con amigos de corazon bastante esforzado para igualarle en constancia, así como tampoco bastante seguros para guardar la confidencia de sus temores secretos, el almirante ocultaba á todos sus conjeturas; no teniendo, durante aquella larga travesía otro interlocutor que su propio pensamiento, ni más conversacion que con los astros y con Dios, por quien se sentia apoyado. Casi sin dormir, como dijo en su proclama de despedida al viejo mundo, pasaba los dias en su camorote de popa, anotando en caracteres que solamente comprendia él, las latitudes, los espacios que creia haber atravesado, y pasaba las noches sobre cubierta, con los pilotos, estudiando los astros y observando el mar. Casi siempre solo, como Moisés al guiar al pueblo de Dios por el desierto, inspiraba á sus compañeros, con su gravedad meditabunda, respeto unas veces, desconfianza otras, y hasta terror que le alejaban de él; aislamiento y distancia que casi siempre se observa alrededor de los hombres superiores en ideas y resoluciones á

sus semejantes, ora sea porque los genios inspirados necesiten más soledad y recogimiento para conversar consigo mismos, ora porque los hombres inferiores á quienes intimidan no gusten de acercárseles por temor á medirse con tan elevados espíritus y á sentir la propia pequeñez ante esas grandes obras de la creacion.

XXXI.

No obstante los indicios, la tierra no aparecia sino en las ilusiones de los marineros, disipando el sol de la mañana ante la proa de los barcos los fantásticos horizontes que la bruma de la tarde les habia hecho tomar por costas, y seguian, por consiguiente, penetrando en aquel abismo sin orillas y sin fondo. La misma regularidad y constancia del viento del Este que les impulsaba sin que necesitasen orientar ni una sola vez las velas en tantos dias, era para ellos causa de perturbacion de espíritu; llegando á creer que aquel viento reinaba eternamente en aquella region del grande Océano, cinturon del globo, y que despues de hacerles bajar con tanta facilidad hácia el Oeste, sería obstáculo insuperable para el regreso. ¿Cómo habian de conseguir nunca vencer aquella corriente de vientos contrarios, sino bolineando sin cesar? Y si necesitaban bolinear en bordadas sin fin para encontrar las costas del viejo mundo, ¿cómo habian de bastar á tan largos meses de navegacion las medioconsumidas provisiones de agua y víveres? ¿Quién les preservaria de morir de hambre y sed en la obstinada lucha con aquellos vientos que les rechazarian de los puertos? Muchos empezaban á contar los dias, encontrando el nú-

mero de raciones muy inferior, y murmuraban de la obstinacion engañada siempre del jefe, y se arrepentian en voz baja de perseverar en una obediencia que sacrificaba la vida de ciento veinte hombres á la demencia de uno solo.

Pero siempre que el murmullo iba á crecer hasta la sedicion, enviábales la Providencia presagios tan convincentes como inesperados para trocarlos en esperanzas. Asi pues, el 20 de Setiembre, aquellos vientos favorables, pero alarmantes por su constancia, variaron, pasando al Sudoeste. Los marineros saludaron aquel cambio, aunque contrario á su derrotero, como señal de vida y de movilidad en los elementos, que les hacía reconocer la palpitacion del aire en las velas. Por la tarde revolotearon piando alrededor de los palos algunos pajarillos de las especies más débiles, de los que anidan en arbustos y en los jardines de las casas. Sus débiles alas y alegres cantos no indicaban ni el más pequeño cansancio ni el temor más leve, cosas que se observan en el vuelo de las aves á quienes las rachas llevan, á pesar suyo, mar adentro. Semejantes sus cantos á los que los marineros oian en los mirtos y naranjos de Andalucía, les recordaban la patria y les auguraban vecinas costas, reconociendo en ellos pájaros que habitan siempre el techo del hombre. Más verdes y más espesas las hierbas en la superficie de las aguas, imitaban praderas y campos ántes de la madurez de las mieses. Oculta bajo el agua la vegetacion, aparecia ántes que la tierra, agradando á los ojos de aquellos hombres cansados del eterno azul de las olas; pero llegaron muy pronto á ser tan espesas, que temieron se enredasen en ellas los timones y quillas, quedando aprisionados en aquellas algas, como los buques del mar del Norte en los hie-

los. De esta manera cada alegría se trocaba en seguida en lágrimas; ¡tanto aterra lo desconocido al corazon del hombre! Buscando Colon su camino á traves de aquellos misterios del Océano, veíase obligado á manifestar que comprendia aquello que le asombraba como á los demas, teniendo que inventar explicacion para todo lo que asustaba á sus marineros.

XXXII.

Consternáronle las calmas del ecuador. Si en aquellos parajes moria todo, hasta el viento, ¿quién hincharia las velas y moveria los barcos? Repentinamente alzóse el mar sin viento, creyendo todos existian convulsiones subterráneas en su lecho. Vióse dormida sobre las olas una ballena inmensa, y creyeron en monstruos que devoraban las naves. La ondulacion de las olas les llevaba á corrientes que no podian vencer por la falta de viento, y se figuraron que se acercaban á las cataratas del mar y que corrian á precipitarse en los abismos donde el diluvio acumuló sus mundos de agua. Sombríos é irritados, agrupábanse los marineros alrededor de los palos, comunicándose en alta voz sus temores, hablando de obligar á los pilotos á virar de bordo y de arrojar al almirante al mar por insensato que no dejaba á sus compañeros más eleccion que entre el suicidio y el asesinato. Colon, á quien las miradas y los murmullos revelaban estas tramas, las contenía con su actitud ó las desconcertaba con su confianza.

La naturaleza acudió en socorro suyo, haciendo soplar otra vez los frescos vientos del Este y calmando el mar bajo las proas. Antes de terminar e

dia, Alonso Pinzon, que mandaba la *Pinta*, y que navegaba bastante cerca del almirante para poder conversar con él bordo á bordo, lanzó desde lo alto de la popa el primer grito de *¡Tierra!* Todas las tripulaciones repitiendo aquel grito de salvacion, de vida y de triunfo, cayeron de rodillas sobre las cubiertas y entonaron el himno *¡Gloria á Dios en los cielos y en la tierra!* Este cántico religioso, primer himno que subia al Criador desde el seno de aquel joven Océano, resonó lentamente sobre las olas. Cuando terminó, todos subieron á los palos, á las gavias, á las jarcias más altas de los barcos para tomar posesion con los propios ojos de la costa que habia entrevisto Pinzon al Sudoeste. Solamente Colon dudaba, pero deseaba demasiado creer, para ser el único que contradijese el delirio de las tripulaciones; y aunque buscaba su tierra al Oeste, permitió gobernar al Sur durante toda la noche, prefiriendo retrasar algo en su camino á perder la popularidad pasajera debida á una ilusion que demasiado pronto disipó la salida del sol. Con la bruma de la noche habia desaparecido la imaginaria tierra de Pinzon, y el almirante emprendió de nuevo su meditado rumbo hácia el Oeste.

XXXIII.

El Océano habia recobrado la tranquilidad, y el sol, despejado, sin el menor celaje, reflejaba en él como en otro cielo. Blandas olas acariciaban las proas con ligeras espumas; más numerosos que ántes los delfines, saltaban en la estela; todo el mar parecia habitado; volaban peces, que saltaban y caian en los barcos, pareciendo que la naturaleza se

concertaba con Colon para mantener razonable esperanza en los marineros que olvidaban los dias. El 1.º de Octubre creian no haberse alejado más de seiscientas leguas de las aguas frecuentadas por los navegantes; pero el almirante tenía anotadas en su libro secreto de estima más de ochocientas. Multiplicábanse en derredor todas las señales de tierra, y no aparecia tierra alguna en el horizonte. Apoderóse el terror de los marineros, y el mismo Colon, bajo su aparente tranquilidad, tuvo momentos de duda, temiendo haber pasado sin notarlo entre las islas de un archipiélago, dejando á su espalda la extremidad de Asia que buscaba, y haber penetrado ahora en otro Océano.

La *Niña*, que era la carabela más ligera y navegaba á vanguardia, izó por fin el 7 de Octubre la bandera de descubrimiento, y disparó un cañonazo para anunciar tierra á las otras dos naves, que al acercarse, reconocieron que una nube habia engañado á la *Niña*. Arrebatando el aire aquella nube, llevóse la momentánea alegría, dejando en su lugar consternacion. Nada cansa tanto el corazon del hombre como las alternativas de falsas alegrías y amargas decepciones. Estos son los sarcasmos de la fortuna. Todos los rostros manifestaron en seguida enojo contra Colon, á quien imputaban las tripulaciones, no solamente sus fatigas y divisiones, sino su vida sacrificada sin esperanza. Iban á faltar el pan y el agua.

Desconcertado el almirante por la inmensidad de aquel espacio cuyos límites habia creido tocar al fin, abandodó su rumbo ideal, trazado en el mapa, y durante dos dias y dos noches siguió el vuelo de las aves, pilotos celestiales que la Providencia le mandaba cuando flaqueaba en él la ciencia humana. E.

instinto de esas aves, se decia, no las dirigiria al mismo punto del horizonte si allí no existiese tierra. Pero los marineros creian que hasta las mismas aves estaban de acuerdo con los desiertos del Océano y con los engañadores astros para burlarse de las naves y de sus vidas. Al terminar el tercer dia, subidos los pilotos en los obenques á la hora en que, declinando el sol, descubre mejor el horizonte, le vieron sumergirse en las mismas olas, de las que en vano se levantaba tantas auroras ya. Entónces creyeron que las aguas eran infinitas, y la desesperacion que les dominaba se trocó en furor. ¿Qué consideracion podian guardar ya á un jefe que habia engañado á la corte, y cuyos títulos y autoridad sosprendidos á la confianza de los Soberanos iban á desaparecer con sus ilusiones? ¿Seguirle más léjos no era asociarse á su crímen? ¿No terminaba la obediencia allí donde terminaba el mundo? ¿Quedaba otra esperanza, si es que quedaba esta, que volver las proas hácia Europa, y luchar bolineando contra los vientos, cómplices del almirante, atando á un palo al almirante mismo, para que le maldijesen los moribundos, si llegaba el caso de morir, ó para entregarlo á la venganza de España, si el cielo les permitia ver alguna vez sus puertos?

Estos murmullos se habian convertido en clamores; pero el intrépido almirante los contuvo con la impasibilidad de su rostro, invocando contra los sediciosos la autoridad, sagrada siempre para los súbditos, con que le habian investido los Soberanos; invocando tambien al cielo, juez en aquellos momentos entre ellos y él. Mantúvose enérgico y ofreció su vida como garantía de sus promesas, pidiendo solamente, con acento de profeta que ve lo que el vulgo no puede ver, que aplazasen por tres dias

su incredulidad y su resolucion de regresar; jurando (juramento temerario, pero político) que si en el curso del tercer sol no se veia tierra en el horizonte, cederia á sus instancias y les volveria á Europa. Tan visibles eran á los ojos del almirante las señales reveladoras de la proximidad de islas ó continentes, que al mendigar aquellos tres dias á sus tripulaciones sublevadas, creíase seguro de llevarlas á su destino. Tentaba á Dios fijando término á su revelacion, pero tenía que pactar con hombres. A pesar suyo concedieron las tripulaciones aquellos tres dias, y Dios, que le inspiraba, no le castigó por haber confiado temerariamente en él.

XXXIV.

Al amanecer el segundo dia, aparecieron alrededor de las naves juncos recientemente arrancados, y sucesivamente flotaron en las aguas una tabla trabajada con hacha, un baston artísticamente cincelado por medio de un instrumento cortante, un tallo de oxiacanto en flor, y últimamente un nido de pájaro, lleno de huevos que la madre incubaba aún, suspendido de una rama arrancada por el viento. Lós marineros recogieron aquellos testigos escritos, parlantes y vivos de próxima tierra, siendo todos ellos voz de las playas que confirmaba la de Colon. Antes de contemplar la tierra con los ojos del cuerpo, contemplábanla en aquellos indicios de vida, y los sediciosos cayeron de rodillas á los piés del almirante ultrajado la víspera, implorando perdon por su desconfianza, y entonaron himnos de gratitud á Dios que los habia asociado á su triunfo.

Cerró la noche entre aquellos cánticos de la Igle-

sia que saludaban á un nuevo mundo. El almirante mandó cargar las velas, sondar delante de los barcos y navegar con precaucion, por temor de encontrar bajos y escollos, convencido de que, á los primeros resplandores del dia, descubririan tierra ante las proas de sus naves. Nadie durmió en aquella noche suprema, porque la impaciencia del espíritu habia arrebatado el sueño á los ojos; marineros y pilotos, subidos á los palos, á las vergas y á los obenques, rivalizaban en puesto y atencion para dirigir la primer mirada hácia equel nuevo hemisferio. El almirante habia ofrecido un premio al primero que lanzase el grito de *¡Tierra!* si, reconocida la tierra, confirmaba el descubrimiento. Pero la Providencia le reservaba á él mismo esta primer mirada que habia merecido con veinte años de su vida, con tanta constancia y peligros. Cuando paseaba solo, á media noche, en la toldilla de su carabela, sumergiendo su penetrante mirada en las tinieblas, luz de fuego pasó, extinguióse y volvió á pasar ante sus ojos al nivel de las olas. Temiendo le engañase una alucinacion ó alguna fosforencia del mar, llamó en voz baja á un caballero español de la corte de doña Isabel, apellidado Gutierrez, en quien confiaba más que en los pilotos. Indicóle con la mano el punto del horizonte donde habia entrevisto el fuego, y le preguntó si veia luz hácia aquel lado. Gutierrez contestó que en efecto veia brillar fugitiva luz en aquella direccion. Para confirmarse más y más Colon en su convencimiento, llamó á Rodrigo Sanchez de Segovia, otro confidente suyo, no vacilando Sanchez, como no habia vacilado Gutierrez, en asegurar la existencia de una luz en el horizonte. Pero aquella luz desaparecía en cuanto habia aparecido, para aparecer de nuevo por alternativa emersion del Océano,

bien porque fuese alguna hoguera encendida en una playa baja, descubierta y oculta alternativamente por el ondulante horizonte de grandes olas, bien porque fuese fanal flotante de una canoa de pescadores que se alzara y bajara con el movimiento del mar. De esta manera aparecieron á Colon y sus dos confidentes la tierra y la vida en forma de luz en la noche del 11 al 12 de Octubre de 1492. El almirante recomendó silencio á Rodrigo y á Gutierrez, y guardó para sí su vision, temiendo comunicar á las tripulaciones otra falsa alegría y despues amarga decepcion. Perdida de vista la luz, veló hasta las dos de la madrugada, orando, esperando y desesperando entre el triunfo y el regreso que iba á decidir la mañana siguiente.

XXXV.

Sumido estaba en la angustia que precede á las grandes apariciones de verdades, como la agonía precede á la gran liberacion del alma por la muerte, cuando á pocos centenares de brazas delante de él, resonó sobre el Océano un cañonazo, estallando en su oido como el ruido de un mundo, estremeciéndole y haciéndole caer de rrodillas sobre la popa. Aquel era el grito de *¡Tierra!* lanzado por el bronce, señal convenida con la *Pinta*, que navegaba á vanguardia para señalar el rumbo y sondear el mar. Aquel ruido provocó un grito general de *¡Tierra!* en todas las vergas y jarcias de las naves, y en el acto aferraron las velas y esperaron la aurora. El misterio del Océano habia dicho su primera palabra en el seno de la noche, y el dia iba á descubrirle por entero ante todas las miradas. Suaves y desconocidos

perfumes llegaban en ráfagas hasta las naves con las sombras de una costa, el ruido de olas rompiendo en arrecifes y el viento de tierra. El fuego que Colon habia visto revelaba la presencia del hombre y el primer elemento de la civilizacion. Jamás pareció tan lenta una noche en despejar el horizonte, porque aquel horizonte era para Colon y sus compañeros segunda creacion de Dios.

XXXVI

Al extenderse el crepúsculo por el horizonte, hizo brotar poco á poco los contornos de una isla del seno de las aguas. Perdíanse sus dos extremos en las brumas de la mañana, alzándose el centro de la costa en anfiteatro hasta la cumbre de montañas cuyo oscuro verdor contrastaba con el límpido azul del cielo, y á pocos pasos de la espuma de las olas, que morian en playa de amarilla arena, extendíanse bosques de majestuosos é innominados árboles, formando escalones en los sucesivos niveles de la isla. Verdes ensenadas y luminosos claros dejaban penetrar á medias la mirada en aquellos misterios de la soledad. Entreveíanse habitaciones diseminadas, parecidas á colmenas de hombres, por su forma redonda y techos de hojas secas. Aquí y allá alzábanse humaredas sobre los bosques, y entre los troncos de los árboles más cercanos á la playa presentábanse grupos de hombres, mujeres y niños semidesnudos, con más asombro que terror, avanzando tímidamente, retirándose en seguida y manifestando con inocentes gestos tanto temor como

curiosidad y admiracion ante aquellos barcos y aquellos extranjeros que la noche habia sacado de las aguas.

XXXVII.

Despues de contemplar silenciosamente Colon aquella primera costa avanzada de la tierra tan frecuentemente construida en sus cálculos y tan brillantemente coloreada en su imaginacion, la encontró superior á sus esperanzas. Ardia en deseos de ser el primero en hollar con planta europea aquella arena y enarbolar con la insignia de la cruz y la bandera de España el estandarte de la conquista de Dios y de la conquista de sus soberanos por su genio. Pero contuvo en sí mismo y en las tripulaciones la impaciencia por abordar á la playa, queriendo dar á aquella toma de posesion de un nuevo mundo la solemnidad del acto más grande tal vez que realizó jamás un navegante, y, á falta de hombres, invocaron á Dios y á los ángeles, la mar, la tierra y el cielo como testigos de su conquista sobre lo desconocido. Revistióse con todos los distintivos de su autoridad de almirante del Océano y virey de futuros reinos, desplegó su manto de púrpura, y empuñando con la diestra mano el estandarte bordado con la cruz y las cifras de D. Fernando y doña Isabel, enlazadas como sus reinos y cobijadas por la corona, bajó á su chalupa y avanzó, seguido por las de los dos Pinzon, hácia la playa. Al saltar en tierra, arrodillóse para consagrar con un acto de humildad y adoracion el don y la grandeza de Dios en aquella parte de sus obras: besó la arena, y con el rostro en tierra lloró. Lágrimas de

doble sentido y de doble augurio, que por primera vez mojaban la arcilla de aquel hemisferio que visitaban hombres de la vieja Europa; lágrimas de alegría para Colon, que desbordaban de su corazon noble, agradecido y piadoso; lágrimas de luto para aquella tierra vírgen, que parecian presagiarle las calamidades, las devastaciones, el fuego y el hierro, la sangre y la muerte que le traian aquellos extranjeros con su orgullo, su ciencia y su dominacion. ¡El hombre derramaba lágrimas, y era la tierra la que debia llorar!

XXXVIII.

«¡Dios eterno y todopoderoso,—exclamó Colon levantando su frente del polvo, pronunciando una oracion latina que conservaron sus compañeros;—Dios que por la fuerza de tu palabra creadora sacaste de la nada el firmamento, el mar y la tierra, bendito y glorificado sea en todas partes tu nombre! ¡exaltadas sean por los siglos de los siglos tu majestad y soberania universal, porque has permitido que, por medio del más humilde de tus esclavos, tu sagrado nombre se conozca y extienda en esta mitad de tu imperio oculta hasta ahora!»

En seguida dió á aquella isla el nombre de Cristo, llamándola San Salvador.

Sus tenientes, sus pilotos y marineros, ebrios de alegría y dominados por sobrehumano respeto hácia aquel que habia visto por ellos más allá del horizonte visible, y al que la víspera ultrajaban con su desconfianza, vencidos por la evidencia y anonadados por esa superioridad que prosterna al hombre, cayeron á los piés del almirante, reconociendo

en aquel instante la soberanía y casi divinidad del genio; víctimas ayer de su obstinacion, compañeros hoy de su constancia y participando del esplendor de la gloria de que acababan de blasfemar. ¡Así es la humanidad; persigue á los iniciadores y hereda sus glorias!

XXXIX.

Durante la ceremonia de la toma de posesion, se habian acercado poco á poco los habitantes de la isla, retenidos primeramente á distancia por el terror y atraidos despues por esa curiosidad instintiva que es el primer lazo que une á los hombres. Interrogábanse entre ellos sobre el maravilloso espectáculo de aquella noche y aquella aurora. Aquellas naves, moviendo sus velas, sus antenas y sus vergas como inmensos miembros, desplegándose y replegándose á impulsos de un pensamiento interior, les habian parecido séres animados y sobrenaturales descendidos durante la noche del firmamento de cristal que rodeaba su horizonte, alados habitantes del cielo que se posaban en las playas de que eran dioses. Sintiendo profundo respeto á la vista de las chalupas que abordaban á su isla y de hombres vestidos con brillantes trajes y con armas que reflejaban la luz, habian concluido por acercarse como fascinados por su omnipotencia, adorándoles é implorándoles con la inocencia de niños que no suponen el mal bajo la brillantez. Examinándoles á su vez los españoles, les asombraba no encontrar en aquellos insulares ninguno de los caracteres físicos de conformacion y color de las razas africanas, asiáticas ni europeas que frecuentemente habian

visto. Tenian la tez cobriza, laxa y ondulante la cabellera, cayéndoles sobre los hombros, ojos oscuros como su mar, facciones delicadas y femeninas, rostro franco y confiado; y últimamente su desnudez, y los dibujos de varios colores con que adornaban sus miembros, revelavan una raza enteramente distinta de las familias humanas extendídas por el antiguo hemisferio, raza que conservaba aún la sencillez y dulzura de la infancia, olvidada por tantos siglos en aquel ignorado rincon del mundo, y que, á fuerza de ignorancia, conservaba la ingenuidad y el candor de los primeros dias.

Persuadido Colon de que aquella isla era un apéndice avanzado en el Océano de las Indias, hacia las que continuaba creyendo que navegaba, dió á los habitantes el nombre imaginario de indios, que conservaron hasta su extincion, sobreviviendo el error de lenguaje al error del navegante.

XL.

Familiarizándose en seguida los indios con los extranjeros, les enseñaron sus manantiales, sus chozas, sus aldeas, sus canoas; trajéronles frutos de los que les servian de alimento, su pan de cazabe (1), con el que renovaron sus víveres los españoles, y algunos adornos de oro puro que llevaban en las orejas y en las narices, y las mujeres en el cuello y en las piernas, á guisa de collares y ajorcas. Erales desconocido el comercio y el uso de la moneda, suplemento venal, pero necesario á la vir-

(1) Prepárase este pan con harina de raiz de yuca; á esta harina se da en Europea el nombre de tapioca.

tud de la hospitalidad; en cambio, recibian con trasporte de alegría hasta los objetos más baladíes de los europeos, adquiriendo cada cosa inmenso valor á sus ojos por la novedad. Raro y precioso son sinónimos en todo el universo. Como los españoles buscaban el país del oro y de las piedras preciosas, informáronse por signos de los parajes de donde adquirian este metal, señalándoles los indios el Mediodía. El almirante y sus compañeros creyeron comprender que hácia aquel punto existia una isla ó continente de las Indias que correspondia por su riqueza y sus artes á los maravillosos relatos del veneciano Marco Paolo. En su opinion, aquella tierra, de la que se encontraban muy cercanos, era la isla fabulosa de Cipangú ó del Japon, cuyo soberano hollaba con sus plantas pavimentos formados con placas de oro. La impaciencia por marchar hácia aquel término de su quimera ó de su avidez, les hizo embarcarse prontamente, habiendo hecho aguada en los frescos arroyos de la isla y teniendo cargados los barcos de frutos, raíces y cazabes regalados por aquellos pobres y felices indios, llevándose tambien uno de éstos para que aprendiese su idioma y en seguida les sirviese de intérprete.

XLI.

Al doblar la isla de San Salvador encontráronse como perdidos en los canales de un archipiélago formado por más de cien islas desiguales, pero ostentando todas el mismo exuberante aspecto de juventud, feracidad y vegetacion. Habiendo abordado á la más grande y poblada, rodeáronles canoas labradas en una sola pieza de troncos vaciados, y

comerciaron con los indígenas dándoles botones y cascabeles á cambio de oro y de perlas. La navegacion y recaladas en aquel laberinto de islas desconocidas no fué para ellos otra cosa que repeticion de la arribada á San Salvador; recibiéndoles en todas partes con igual curiosidad inofensiva. Maravillábales el clima, las flores, los perfumes, los colores y el plumaje de desconocidas aves que cada oásis de aquellos ostentaba ante sus sentidos; pero dominando la mente de todos un solo deseo, el descubrimiento del país del oro, que suponian al extremo del Asia, mostrábanse ménos sensibles á los tesoros naturales y les impedia sospechar la existencia del inmenso y nuevo continente del que aquellas islas eran avanzados centinelas en el Océano. Guiándose por los signos y miradas de los indios que le indicaban una region más espléndida que su archipiélago, hizo rumbo Colon hácia las costas de Cuba, á las que abordó en tres dias de tranquila navegacion, sin perder de vista las encantadoras islas de Bahama que servian de señales á su derrotero.

Cuba con sus costas escalonadas y prolongándose sin límites, unidas á montañas que rasgaban las nubes, con sus ensenadas, sus desembocaduras de rios, sus golfos, sus radas, sus bosques y sus aldeas, recordó al almirante la antigua Sicilia, pero con rasgos mucho más majestuosos. Incierto quedó sobre si era isla ó continente, y fondeando en el umbroso lecho de inmenso rio, saltó á tierra, recorrió la costa, los bosques, los jardines de naranjos y palmeras, las aldeas y chozas de los habitantes, en las que no encontró sér viviente porque al verle acercarse las habian abandonado los indígenas. Embarcóse y remontó con las naves el rio á

cuyas aguas daban sombra palmeras de anchas hojas y árboles gigantescos cubiertos de flores y de frutos. Parecia que la naturaleza habia cuidado de prodigar á aquellos indígenas elementos de vida y de felicidad sin trabajo, recordando todo el Edem de los sagrados libros y de los poemas. Animales inofensivos, aves de plumaje azul y escarlata, cotorras, colibrís, volaban, piaban, cantaban formando nubes de mil colores de rama en rama; luminosos insectos brillaban en el aire; templado el sol por la brisa de las montañas, por la sombra de los árboles y la frescura de los arroyos, fecundaba sin agostar; la luna y las estrellas reflejaban en el rio con suaves resplandores que disipaban los terrores nocturnos, exaltando dulce embriaguez el alma y los sentidos de Colon y de sus compañeros. Ciertamente era aquella tierra más vírgen y más maternal á la vez que la vieja tierra de donde habian venido

«Esta es la isla más bella—escribió Colon en sus notas—que contempló jamás la vista del hombre. Deseárase vivir siempre en ella, porque aquí no se conciben el dolor ni la muerte.»

Persuadiéronle más y más de que Cuba era una prolongacion del Asia, el olor de especias que llegaba á las naves desde el interior, y el hallazgo de las almejas que producen las perlas; imaginando que detras de las montañas de aquella isla ó de aquel continente, porque ignoraba aún si Cuba era ó no tierra firme, encontraria los imperios, la civilizacion y minas de oro con que viajeros entusiastas dotaban á Cathay y al Japon. No pudiendo comunicar con los indígenas, que huian de la costa al acercarse los españoles, mandó dos compañeros, de los que uno hablaba hebreo y el otro árabe, en busca de las fabulosas capitales donde suponia la

residencia del soberano de Cathay. Los embajadores iban cargados de regalos para los indígenas, y llevaban órden de no cambiarlos sino por oro, cuya inagotable fuente suponia en el interior de aquella tierra.

Los emisarios regresaron á las naves sin haber encontrado otra capital que chozas de salvajes y una naturaleza prodigiosamente rica en vegetacion, perfumes, flores y frutos. A fuerza de regalos, habian conseguido se familiarizasen con ellos algunos indígenas y los traian al almirante. El tabaco, planta ligeramente narcótica, cuyas hojas retorcian los indígenas prendiéndolas fuego por un extremo para aspirar el humo; la patata, raíz harinosa que convertian en pan asándola sobre ceniza; maíz; algodon, que hilaban las mujeres; naranjas, limones y muchos innominados frutos de jardin, eran los únicos tesoros que habian encontrado alrededor de las chozas diseminadas por grupos en los claros de los bosques.

Desconcertado en sus sueños de oro, y bajo la fe de indígenas mal comprendidos, el almirante abandonó pesaroso aquella mansion encantada para dirigirse al Este, donde continuaba colocando su fabulosa Asia; embarcando con él algunos hombres y mujeres de Cuba, más atrevidos y confiados que los demas, para que le sirviesen de intérpretes en las tierras inmediatas que se proponia visitar, para convertirlos á la fe y ofrecer á doña Isabel aquellas almas rescatadas por su generosa empresa.

Persuadido de que Cuba, cuyos límites no habia visto, formaba parte de la tierra firme de Asia, navegó durante algunos dias á poca distancia del verdadero continente americano sin verlo, ocultándole su obstinada ilusion aquella realidad tan próxima á

su proa. Pero la envidia, que habia de emponzoñar su vida, habia nacido en el alma de sus compañeros el dia mismo en que sus descubrimientos coronaron el pensamiento de toda su existencia. Américo Vespucio, oscuro florentino, embarcado en una de sus naves, habia de dar su nombre á aquel mundo á que Colon solamente le habia guiado. Vespucio no debió esta fortuna de su nombre sino á la casualidad y á los subsecuentes viajes que hizo con Colon á aquellos parajes. Teniente subalterno y afecto á Colon, nunca trató de arrebatarle su gloria; pero el capricho de la fortuna se la dió, y la rutina se la conservó, sin que nunca tratase él de engañar la opinion de Europa; quedando desheredado el nombre del jefe del honor de designar un mundo, y prevaleciendo el del subalterno. Irrision de la gloria humana de que fué víctima Colon, pero al ménos Américo no fué culpable. Puede imputarse ingratitud é injusticia á la posteridad, pero no hurto voluntario al afortunado piloto florentino.

XLII.

La envidia, que brota en el corazon del hombre el dia mismo del triunfo, mordia ya el pecho de Alonso Pinzon, primer teniente del almirante. Mandando la *Pinta*, segunda nave de la escuadra y mucho más ligera que las otras dos, fingió extraviarse durante la noche, y desapareció á la vista de su jefe, habiendo resuelto aprovechar los descubrimientos de Colon para descubrir por sí mismo, sin genio y sin esfuerzos, otras tierras, y despues de darlas su nombre, ser el primero en regresar á Europa y usurpar las primicias de la gloria y de las

recompensas que eran debidas á su maestro y guia en navegacion. Dias hacía ya que Colon habia observado la envidia é insubordinacion de su teniente; pero debíale mucho, porque sin él, sin sus esfuerzos y auxilios en Palos, nunca hubiese conseguido equipar las naves y enganchar tripulaciones; impidiéndole el agradecimiento castigar las primeras insubordinaciones del hombre de quien tanto habia recibido. El carácter tolerante, modesto y magnánimo de Colon le separaba de todo rigor odioso. Amante de la justicia y de la virtud, esperaba siempre en la justicia y virtud de los demas, y esta bondad del almirante, que consideró debilidad Alonso Pinzon, le alentó á la ingratitud, lanzándose audazmente entre Colon y los nuevos descubrimientos que habia decidido arrebatarle.

XLIII.

Gimió el almirante, entrevió el crímen, manifestó creer en el involuntario extravío de la *Pinta*, y poniendo el rumbo de las otras dos naves al Sudoeste, hácia una sombra inmensa que veia en el mar, arribó á la Española, llamada despues Santo Domingo. A no ser por las nubes que rodeaban las montañas de Santo Domingo, y que le hicieron virar de bordo, habria encontrado el continente. Deslumbrándole y atrayéndole de isla en isla el archipiélago americano, separábale á cada momento del fin á que tocaba sin verlo. Aquel fantasmas del Asia que le llevó á los confines de América, se interponia ahora entre América y él, ocultando con una quimera la grande realidad.

XLIV.

Aquella tierra vírgen, riente, fecunda, inmensa, sumergida en trasparente atmósfera y bañada por un mar de perfumadas olas, le pareció la isla maravillosa destacada del continente de las Indias, isla que buscaba á traves de tanta distancia y de peligros tantos, bajo el quimérico nombre de isla de Cipangu; y la dió el nombre de Española para marcarla con el sello eterno de su patria adoptiva. Los indígenas, sencillos, dulces, hospitalarios, cándidos y respetuosos, acudieron en tropel á la playa, como para recibir aquellos séres de naturaleza superior que un prodigio celestial les mandaba desde los límites del horizonte ó desde el fondo del firmamento para que les adorasen y sirviesen como á dioses. Feliz y numerosa poblacion llenaba entonces las llanuras y valles de la Española. Tipos de fuerza y belleza eran los hombres y las mujeres, y la perpétua paz que reinaba entre los habitantes daba á sus rostros dulce y bondadosa expresion. Las leyes no eran otra cosa que los buenos instintos del corazon convertidos en tradiciones y costumbres, y creerse pudiera que era aquel un pueblo niño en el que los vicios no habian tenido tiempo de desarrollarse, bastando para gobernarle las inspiraciones de inocente naturaleza. Conocian de agricultura, horticultura y artes lo necesario para la administracion, habitacion y primeras necesidades de la vida. Sus campos estaban admirablemente cultivados; eran elegantes sus casas y estaban agrupadas en pueblos en los linderos de bosques de frutales, en las inmediaciones de los rios ó en las orillas de los arroyos.

Sus vestidos, bajo aquel cielo templado que les preservaba de los rigores del frio y del calor, consistian únicamente en adornos para el embellecimiento, en paños de algodon, trenzas y cinturones que servian de velos al pudor. Su gobierno era sencillo y natural como sus ideas, constituyendo toda la poblacion una familia agrandada por la serie de las generaciones, pero continuando agrupada alrededor de un jefe hereditario al que daban el nombre de cacique. Los caciques eran jefes, pero no tiranos de sus tribus, respetando estos reyezuelos cual si fuesen ley divina las costumbres, constituciones no escritas, pero inviolables y protectoras. Autoridad completamente paternal de una parte, respeto filial por otra, la sublevacion era allí desconocida.

Los indígenas de Cuba que habia llevado Colon para que le sirviesen de guías é intérpretes en aquellos mares y aquellas islas, comenzaban á comprender el idioma de los europeos, y entendian ó poco ménos el de los habitantes de la Española, rama destacada de la misma raza humana, sirviendo, por tanto, para establecer pronta y fácilmente relaciones de inteligencia entre Colon y el nuevo pueblo que visitaba.

XLV.

Los pretendidos indios llevaron sin desconfianza alguna á los españoles á sus casas, ofreciéndoles en ellas los dones del mar, del cielo, de la tierra y del clima; pan de cazabe, sabrosas raíces, aves domesticadas de rico plumaje y melodioso canto, pescados, flores, plátanos, limones, etc., tratándoles como huéspedes, como hermanos, casi como dioses.

«Tan pródiga es allí la naturaleza—dice Colon—que la propiedad no ha engendrado el sentimiento de la avaricia ó de la ambicion. Diríase que aquellos hombres viven en la edad de oro, felices y tranquilos en jardines abiertos y sin linderos, que no están rodeados de fosos, ni divididos por vallados, ni defendidos con tapias. Sin leyes, sin libros y sin jueces, obran recíprocamente con lealtad, considerando malvado á aquel que goza en hacer daño á otro. Este horror del bueno al malo parece ser toda la legislacion.»

La religion no era tampoco otra cosa que el sentimiento de la propia inferioridad y de agradecimiento hácia el Sér invisible que les habia dado la vida y la felicidad.

¡Qué contraste entre el estado de aquellas dichosas tribus en el momento en que las descubrieron los europeos para llevarles el genio del antiguo mundo, y aquel en que los desgraciados indios cayeron pocos años despues de esta visita de sus pretendidos civilizadores! ¡Misterio es de la Providencia que la inesperada visita de Colon al Nuevo-Mundo, al que creia llevar virtud y vida, llevase tiranía y muerte!

XLVI.

Intentando el piloto de Colon penetrar sucesivamente en todas las abras y desembocaduras de rio de la isla, encalló miéntras dormia el almirante. Amenazada la nave de quedar sumergida bajo las mugiente olas, abandonáronla el piloto y parte de la tripulacion, que, so pretexto de llevar un ancla á tierra, huyeron á fuerza de remos para refugiarse

en la otra carabela, suponiendo que Colon moriria inevitablemente. La energía del almirante salvó ahora tambien, no el barco, pero sí á sus compañeros. Luchando entre los arrecifes hasta que saltó la última tabla, construyó una balsa, colocó en ella á sus marineros y arribó como náufrago á aquella misma costa que acababa de pisar como conquistador, reuniéndosele pocos momentos despues el único barco que le quedaba. Su naufragio y su desgracia no entibiaron la amistad del cacique que le hospedó pocos dias antes. Este cacique, llamado Guacanagari, primer amigo, y muy pronto primera víctima de aquellos extranjeros, lloró por el desastre de Colon, ofreciendo su casa, sus provisiones y toda clase de socorros á los españoles. Arrancados á las olas los despojos del naufragio y las riquezas de los españoles, quedaron extendidos en la playa, preservándolos como cosas santas de toda violacion, y hasta de toda importuna curiosidad. Aquellos hombres que no reconocian la propiedad entre ellos, manifestaban reconocerla y respetarla en sus desgraciados huéspedes. Colon describió con enternecimiento al Rey y á la Reina la natural generosidad de aquel pueblo.

«No existe en el universo—escribia—mejor nacion ni mejor país. Aman al prójimo como á sí mismos; usan siempre lenguaje dulce y agradable, y en los labios tienen constantemente tierna sonrisa. Desnudos van, verdad es, pero vísteles su decencia y candor.»

Habiendo entablado Colon con el jóven cacique relaciones de hospitalidad íntima y confiada, recibió de él en regalo algunos adornos de oro. A la vista del metal, de tal modo expresó el rostro de los europeos pasion, avidez y ferocidad, que el ca-

cique y sus súbditos quedaron asombrados, alarmándose instintivamente cual si de repente hubiesen cambiado sus nuevos amigos de naturaleza y disposiciones hácia ellos.

Así era, en efecto; los compañeros de Colon sólo buscaban las fantásticas riquezas del Oriente, miéntras el almirante queria descubrir una parte misteriosa del Universo. La vista del oro despertó su avaricia, y el rostro expresó la dureza y violencia de la pasion. Comprendiendo el cacique que aquel metal era la divinidad de los europeos, les explicó, señalándoles las montañas, que detras de aquellas cumbres habia una region de la que obtenian oro en abundancia. No dudó Colon de haber llegado al fin á los manantiales de las riquezas de Salomon, y, preparándolo todo para regresar rápidamente á Europa y anunciar su triunfo, construyó un fuerte en la aldea del cacique para que quedase en seguridad una parte de sus compañeros durante su ausencia. Entre los oficiales y marineros designó cuarenta hombres de los mejores, poniéndoles bajo el mando de Pedro de Arana, encargándoles recogiesen noticias sobre el país del oro, y que mantuviesen á los indios en el respeto y amistad de los españoles. En seguida partió de regreso á Europa, colmado de los dones del cacique y llevando todos los adornos y coronas de oro puro que habia podido procurarse durante la recalada, por regalo ó por cambios con los indígenas.

Costeando alrededor de la isla, encontró á su infiel compañero Alonso Pinzon, quien, so pretexto de haber perdido de vista al almirante, habia navegado siguiendo distinto rumbo. Oculto en una ensenada profunda de la isla, habia saltado en tierra, y, en vez de imitar la templanza y política de Colon, ha-

bia ensangrentado sus primeros pasos. Al encontrar el almirante á su teniente fingió contentarse con sus explicaciones y atribuir su desercion á la oscuridad de la noche, mandándole le siguiese con su nave á Europa.

Hiciéronse juntos al mar, impacientes por anunciar en España la noticia de su maravillosa navegacion; pero el Océano, que con tanta complacencia les habia llevado de ola en ola á las costas de América, merced á los vientos alisios, con olas y vientos contrarios parecia querer rechazarles obstinadamente ahora de las playas á que deseaban ansiosamente llegar. Gracias á sus conocimientos en navegacion y á sus notas de estima, cuyo secreto guardaba á los pilotos, Colon era el único que conocia el derroterro y apreciaba con exactitud las distancias. Creíanse sus compañeros á dos mil leguas de Europa cuando ya presentia él las Azores, viéndolas poco despues. Terribles huracanes, amontonamientos de nubes, relámpagos y rayos cual jamás habian visto encenderse en el cielo y apagarse en el mar, olas como montañas, torbellinos de espumas, hacian dar vueltas á los barcos insensibles á las velas y al timon, abriendo y cerrando sucesivamente su tumba y la de sus compañeros durante seis dias y seis noches á las puertas de la patria. Dejaron de ser visibles las señales que se hacian las dos naves en la oscuridad, y mutuamente se creyeron perdidas, flotando cada cual á merced de aquella eterna tempestad entre las Azores y las costas de España. Persuadido estaba el almirante de que la *Pinta* se habia sumergido con Pinzon en los abismos, y él mismo, teniendo las velas rasgadas y á merced de las olas el timon, no dirigia ya su carabela, esperando por instantes zozobrar bajo aquellas

montañas de agua con cuya espuma subia y bajaba. Habia hecho el sacrificio de su vida, pero no podia hacer sin desesperacion el de su gloria. Sentir el misterio del descubrimiento que traia al viejo mundo sepultado por muchos siglos con él tan cerca del puerto, era tan cruel irrision del destino, que niáun su piedad la soportaba. Sublevábase su alma contra ella: morir al poner la planta en las playas de Europa y despues de depositar su secreto y su tesoro en la memoria de su país, era destino que aceptaba con alegría; pero dejar morir con él por decirlo así aquel segundo universo, y arrastrar á la tumba la palabra encontrada al fin de aquel enigma del globo, que los hombres, sus hermanos, buscarian tal vez en vano durante tantos siglos como les habia estado oculto, era un millon de muertes en una. Solamente pedia á Dios, en los votos que hacía á todos los santuarios de España, que al ménos llevase á la costa con sus restos las pruebas de su descubrimiento y regreso. Pero tempestades seguían á tempestades; la nave estaba llena de agua; miradas hostiles, irritados murmullos ó sombrío silencio por parte de sus compañeros le echaban en cara la obstinacion con que les habia seducido ú obligado á aquella fatal travesía, considerando la prolongada cólera de los elementos como venganza del Océano irritado porque un hombre demasiado audaz le hubiese arrancado su secreto; llegando á hablar de arrojarlo al mar para obtener, por medio de aquella suprema expiacion, la calma de las olas.

XLVII.

Despreciando su cólera Colon y cuidadoso únicamente del porvenir de su descubrimiento, escribió en diferentes pergaminos relatos sucintos del éxito de su empresa, y, encerrando unos en cilindros de cera y otros en cajas de cedro, los arrojó al mar para que la casualidad les llevase flotando á las playas despues de su muerte. Dícese que un documento de aquellos ha estado meciéndose en las olas por espacio de tres siglos y medio, ó bien en el fondo ó en las arenas del mar, hasta que, hace poco tiempo, un marinero de un buque europeo, estando embarcando lastre en la costa de Africa, frente á Gibraltar, recogió una nuez de coco petrificada y la llevó á su capitan como vana curiosidad de la naturaleza. Partiendo el coco el capitan para ver si la almendra habia resistido á la accion del tiempo, encontró, encerrado en la vacía corteza, un pergamino en el que estaban escritas en letras góticas las siguientes palabras que con gran trabajo descifró un erudito de Gibraltar:

«No podemos resistir un dia más á la tempestad: nos encontramos entre España y las islas descubiertas de Oriente. Plegue al cielo que si la carabela zozobra, recoja álguien este documento.—Cristobal Colon.»

Durante trescientos cincuenta años guardó este mensaje el Océano, restituyéndolo á Europa, cuando América colonizada, floreciente y libre, rivalizaba con el viejo continente. Juego de la fortuna para demostrar á los hombres cuántos siglos pudo con-

tinuar ignorada, si la Providencia no hubiese prohibido á las olas sumergir á Colon, su gran mensajero.

XLVIII.

A la mañana siguiente gritaron ¡Tierra! Era la isla portuguesa de Santa María, situada al extremo de las Azores. La envidiosa persecucion de los portugueses hizo que rechazasen á Colon, que entregado de nuevo á todas las ansiedades del hambre y de la tempestad durante largos dias, no entró hasta el 4 de Marzo en la embocadura del Tajo, donde al fin echó el ancla en costa europea, pero rival de las españolas.

Presentado Colon al rey de Portugal, le relató sus descubrimientos, pero sin revelarle el camino, por temor de que aquel príncipe se anticipase á las flotas de doña Isabel. Los cortesanos de D. Juan II, rey de Portugal, le aconsejaron que mandase asesinar al gran navegante, á fin de sepultar con él su secreto, y juntamente los derechos de la corona de España sobre las nuevas tierras; pero esta cobardía indignó á D. Juan II, que honró mucho á Colon, quien mandó por tierra un correo á sus soberanos anunciándoles su triunfo y próximo regreso por mar á Palos. Al amanecer del 15 de Marzo desembarcó en este puertecillo, en medio de un pueblo ebrio de alegría y orgullo, que entraba en el mar para llevarle en triunfo á tierra, y al tocar en ésta, cayó en brazos de su protector y amigo el pobre prior del convento de la Rábida, el P. Juan Perez, único que creyó desde el principio en él y cuya fe recompensaba una mitad del globo. Descalzo y procesiona-

mente marchó Colon á la iglesia del Convento para dar gracias al Señor por su salvación, por su gloria y por la conquista de España. Un pueblo entero le seguia bendiciéndole en la puerta de aquel humilde monasterio, en la que pocos años ántes pidiera, á pié y solo con su hijo, la hospitalidad de los mendigos. Jamás hombre alguno entre los hombres, desde el orígen del globo, trajo á su patria y á la posteridad conquista semejante, exceptuando los que difundieron en la tierra la revelacion de una idea: y la conquista de Colon no habia costado hasta aquel momento ni un crímen, ni una vida, ni una gota de sangre, ni siquiera una lágrima á la humanidad. Sus dias mejores fueron los que empleó en descansar arrullado por sus esperanzas y por su gloria en el convento de la Rábida, al lado de su amigo el prior, y disfrutando de las caricias de sus hijos.

XLIX.

Y como si el cielo hubiera querido colmar su felicidad y sacarle vencedor de la envidia que le perseguia, Alonso Pinzon, comandante de su segunda nave, entró con la *Pinta* al siguiente dia en el puerto de Palos, donde esperaba adelantarse á su jefe y arrebatarle las primicias del triunfo. Pero burlado en su culpable propósito, y temiendo el castigo de su desercion, que ya habia revelado el almirante, murió de despecho y envidia al llegar á tierra, viendo anclada en el puerto la nave de Colon. Siendo éste demasiado generoso para regocijarse, y mucho ménos para vengarse, la envidiosa Nemesis de los grandes hombres venía á morir por sí misma á sus piés.

I.

Informados doña Isabel y D. Fernando del regreso de Colon y de su triunfo, por el mensajero que les mandó desde Lisboa, le esperaban en Barcelona preparándole ovaciones y magnificencias dignas de la magnitud de sus servicios. De todas las provincias acudió la nobleza española para formar su cortejo, y entró en la ciudad como triunfador y rey de reinos del porvenir. Los indios que habia traido como prueba viviente de la existencia de otras razas humanas en las tierras descubiertas, marchaban á la cabeza del cortejo, pintado el cuerpo de diversos colores y adornados con collares de oro y de perlas; los animales y los pájaros, las piedras preciosas recogidas en las lejanas playas, iban expuestas en bandejas de oro que llevaban sobre la cabeza esclavos negros ó moros. Agrupábase ávida multitud á contemplar los oficiales y compañeros de gloria de Colon, corriendo entre ella fabulosos relatos. Colon, montado en un caballo del Rey, ricamente enjaezado, venía detras, escoltándole numerosa cabalgata de cortesanos y caballeros. Todas las miradas se fijaban en aquel hombre, inspirado por Dios, que habia sido el primero en levantar el velo del Océano; y en sus facciones buscaban los rasgos visibles de su mision que creian descubrir. La belleza y majestad de su rostro, el vigor de perpetua juventud, unido á la gravedad de la edad madura, el pensamiento bajo la accion, la fuerza bajo los cabellos blancos, el sentimiento íntimo de su importancia unido á la reverencia de Dios que le

habia elegido entre todos, la gratitud á sus soberanos, que le devolvian en honores lo que les traia en conquistas, daban en aquel momento á Colon, al decir de los espectadores de su entrada en Barcelona, el aspecto de aquellos profetas y héroes bíblicos á cuyas plantas arrojaba el pueblo las palmas del prodigio y de la adoracion. «Nadie—dicen—se comparaba con él, reconociéndole todos como el más grande y favorecido de los hombres.» Doña Isabel y D. Fernando le recibieron sobre su trono resguardado del sol por dosel de oro; y delante de él se levantaron como ante un enviado del cielo. Hiciéronlo sentar en seguida á su mismo nivel, y escucharon el solemne y detallado relato de sus viajes. Al terminar el relato, al que la elocuencia y poesía que habitualmente brotaban de los labios del almirante habian dado el colorido de su inagotable imaginacion, y comunicado á los soberanos su santo entusiasmo; conmovidos éstos hasta derramar lágrimas, cayeron de rodillas entonando en piadosa exclamacion el *Te Deum*, himno de la victoria más grande que concedió jamás el Tedopoderoso á soberanos.

En el acto partieron correos para llevar á todas las cortes de Europa la gran nueva y triunfante nombre de Colon, y la oscuridad que hasta entónces habia rodeado su vida, se trocó en ruido y esplendor de su nombre, que llenaban toda la tierra. No dejó Colon que aquellos honores tributados á su nombre desvaneciesen su alma, ni que humillase su modestia la envidia que comenzaba á elevarse alrededor de su gloria. Un dia que habia sido invitado á la mesa de los Reyes, un convidado, envidioso de los honores que se dispensaban al hijo de un cardador de lana, le preguntó capciosamente si creia que, de no haber nacido él, nadie habria descu-

bierto aquel otro hemisferio. Temiendo decir poco ó demasiado de sí mismo, Colon no contestó á la pregunta; pero cogiendo un huevo se dirigió á todos los convidados y les invitó á que le pusiesen derecho. Ninguno pudo conseguirlo: el almirante entónces aplastó un poco el huevo por un extremo, y colocándolo sobre el óvalo aplastado, manifestó á sus rivales que ningun mérito habia en una idea sencilla, pero que nadie, sin embargo, podia sospecharla hasta que el primer inventor la comunicaba á los demas, atribuyendo de esta manera al inspirador supremo el mérito de la empresa, pero reivindicando al mismo tiempo para él solo el honor de la primacía. Este apólogo fué desde entónces la respuesta de todo hombre elegido por la providencia para mostrar un camino á sus semejantes, y para marchar el primero por él, por cuyo hecho no debe considerarse mayor que sus hermanos, pero sí más favorecido por la inspiracion.

Honores, títulos, dotaciones futuras de tierras que iria á acabar de descubrir y conquistar fueron la recompensa de Colon, consignada en tratados formales con la corte. Por ellos obtenia el vireinato, administracion y cuarta parte de las riquezas ó productos de los mares, islas y continentes en que plantase la cruz de la Iglesia y la bandera de las Españas. Fonseca, arcediano de Sevilla, quedó encargado, á título de Patriarca de las Indias, de los preparativos y armamentos de la nueva expedicion que iba á llevar el almirante á mayores conquistas. Pero desde aquel dia fué Fonseca oculto rival del gran navegante, y cual si desease rebajar el genio que tenia encargo de secundar, aparentando suministrar medios á Colon, le suscitaba obstáculos, reduciendo con su lentitud y pretextos á diez y siete naves la

escuadra destinada á llevar al almirante al otro lado del Atlántico.

El carácter aventurero de los españoles de aquella época, el espíritu de proselitismo religioso y el de caballería llevaron á aquellas naves considerable número de religiosos, de caballeros y aventureros, impulsados unos por el deseo de propagar la fe y otros por el de adquirir fama ó riquezas, siendo los primeros en lanzarse á aquellas comarcas que ensanchaba la imaginacion humana. Embarcáronse en las naves de trasporte obreros de todos los oficios, agricultores de todas las zonas, animales domésticos de todas las razas, semillas, plantas, cepas de vid, árboles frutales, muestras de todas las artes y comercios europeos, para ensayar el clima, fecundar el suelo y tentar á los hombres de aquellas regiones, para arrancarles oro, perlas, perfumes y especias de la India, á cambio de objetos de poco valor en Europa. Era aquello cruzada de religion, de guerra, de industria, de gloria y de avidez: para unos el cielo, para otros la tierra y para todos lo desconocido y maravilloso.

El más ilustre entre todos los compañeros que se embarcaron con Colon, era Alonso de Ojeda, paje en otro tiempo de doña Isabel, el más bello, intrépido y aventurero de los caballeros de aquella corte. Su corazon estaba templado de tal suerte, que llevaba el valor hasta la demencia. Él fue quien, habiendo subido un dia doña Isabel á la altísima torre de Sevilla llamada Giralda, para admirar su asombrosa elevacion y contemplar desde arriba las calles y las casas de la ciudad que se extendian á guisa de hormiguero á sus piés, se lanzó á un delgado madero que sobresalia de la última cornisa, y comenzó á hacer piruetas sobre un pié en su extremo, ejecu-

tando prodigios de audacia y destreza sobre el abismo, para divertir á su soberana, sin que el vértigo de amenazadora muerte turbase sus ojos ni intimidase su corazón.

LI.

La flota salió de la bahía de Cádiz el dia 25 de Setiembre de 1493, saludando su partida alegres gritos que parecian anunciar esplendente triunfo. Los dos hijos de Colon acompañaron á su padre hasta el buque almirante, donde les bendijo, dejándoles en España para que al ménos la mitad mejor de su vida quedase al abrigo de los peligros que iba á afrontar. Formaban la armada tres naves grandes y catorce carabelas, que cruzaron el Océano con tanta facilidad como las del primer viaje. El 2 de Noviembre descubrió la flota la Guadalupe, cruzó entre las islas Caribes, dando á aquel archipiélago nombres de soberanos piadosos; y tocando poco despues en la punta de la Española, llamada hoy Haití, hizo rumbo Colon hácia el golfo donde habia construido el fuerte y dejado sus cuarenta compañeros. Con ansiedad y esperanza volvia á aquellas aguas, y habiendo cerrado la noche cuando echó el ancla en la rada, no queriendo esperar al dia para asegurarse de la suerte de su colonia, mandó hacer salva de cañonazos para dar á conocer su regreso á los españoles. Pero el fuerte permaneció silencioso, repitiendo solamente el eco de aquellas soledades el saludo de Europa al Nuevo Mundo. Al amanecer del dia siguiente vió desierta la playa, destruido el fuerte, medio enterrados los cañones entre los es-

combros, las osamentas de los españoles blanqueando en la arena y hasta la aldea del cacique abandonada. Los pocos indígenas que se veian á lo léjos en los linderos de los bosques, vacilaban en acercarse, cual si les contuviesen remordimientos ó el temor de la venganza. Mas confiado el cacique en su inocencia ó en la justicia de Colon, á quien respetaba y queria, se adelantó al fin, lloró por los crímenes de los españoles que habian abusado de la hospitalidad de sus súbditos para oprimirles, que les habian arrebatado sus hijas y esposas, reducido á los hombres á la esclavitud y excitado al fin la venganza de la tribu. Despues de haber inmolado gran número de indios é incendiado sus cabañas, fueron á su vez inmolados. El fuerte incendiado que encerraba sus esqueletos era el primer monumento del contacto entre aquellas dos familias humanas, de las que una llevaba á la otra servidumbre y devastacion. Colon deploró los crímenes de sus compañeros y las desgracias del cacique, resolviendo buscar otra playa de desembarque y establecimito en las costas de la isla.

Entre las jóvenes indias cogidas en las islas vecinas y prisioneras á bordo, la más bella, á la que habian dado el nombre de Catalina, enamoró á un cacique que habia visitado las naves de Colon. Entre el cacique y el objeto de su amor tramaron un complot de evasion, entendiéndose con lenguaje de signos que no comprendian los europeos; y la noche en que Colon desplegó las velas, Catalina y sus compañeras, burlando la vigilancia de sus tiranos, se arrojaron al agua, dirigiéndose á nado hácia la playa, donde el jóven cacique habia encendido una hoguera para guiarlas, siendo vana la persecucion de las canoas europeas. Reunidos los dos amantes por

aquel prodigio de fuerza y audacia, se refugiaron en los bosques, poniéndose al abrigo de la cólera de los europeos.

LII.

Abordando de nuevo Colon á una playa vírgen á corta distancia de la primera, fundó en ella la ciudad de Isabela, entabló relaciones de amistad con los indígenas, edificó, cultivó y gobernó la primera colonia de europeos, madre de tantas otras; envió destacamentos armados á reconocer las llanuras y montañas de la Española, acarició primero, atrajo en seguida y sujetó despues con sábias y benignas leyes las diferentes tribus de aquellas vastas comarcas; levantó fuertes, abrió caminos en muchos puntos de su imperio, buscó oro, ménos abundante de lo que esperaba en aquellas regiones que continuaba confundiendo con las Indias, y no encontró otra cosa que las inagotables riquezas de un suelo pródigo y de un pueblo fácil de gobernar. Mandó á España la mayor parte de sus buques para pedir á sus soberanos nuevas remesas de hombres, animales, herramientas, plantas y granos necesarios para la inmensidad de territorio que iba á conquistar á las costumbres, religion y artes españolas. Pero los primeros que se embarcaron en la flota fueron los ambiciosos, los descontentos, los envidiosos, con el fin de propalar contra él murmuraciones, calumnias y acusaciones; quedando el almirante solo, enfermo de gota, sufriendo crueles dolores, condenado á la inaccion del cuerpo, cuando su espíritu trabajaba incesantemente, y sitiado en su naciente colonia por

las rivalidades, sediciones, cábalas, vergonzosos excesos y la penuria de sus tripulaciones.

Colon triunfó solamente con su fuerza moral de las turbulencias de sus compatriotas y de las sublevaciones de sus tenientes, y magnánimo é indulgente como siempre, se limitó á relegar á los insubordinados á las naves ancladas en la rada. Restablecido de su larga enfermedad, recorrió la isla á la cabeza de un destacamento de hombres escogidos, buscando en vano las minas de oro de Salomon, pero estudiando la naturaleza y costumbres de la isla, y sembrando en todas partes á su paso respeto y cariño á su nombre.

LIII.

A su regreso encontró iguales desórdenes, iguales insubordinaciones y los mismos vicios. Los españoles abusaban de la superstición de los indígenas hácia ellos y del terror que les inspiraban sus caballos, creyéndolos séres monstruosos que formaban uno solo con el jinete, que derribaban, herian y exterminaban á los enemigos de los europeos. Merced á este error, sojuzgaban, encadenaban, profanaban, violaban y martirizaban á aquella pacífica y obediente raza. Colon reprendió severamente la tiranía de sus compañeros sobre los indios, á los que queria atraer á la fe y artes de Europa, y no sujetarles al yugo, al vicio y á la muerte. Restablecido algún tanto el órden, embarcóse para reconocer la apénas entrevista isla de Cuba. Llegó á ella y por largo espacio siguió sus costas sin encontrar el extremo, por lo cual la creyó continente. Desde allí se dirigió á la Jamaica, otra isla de inmensa extension, cuyas

cumbres descubria el almirante entre las nubes. Atravesando enseguida un archipiélago, al que dió el nombre de *Jardines de la Reina*, á causa de la riqueza y perfumes de la vegetacion que ostentaban las islas, volvió á Cuba y consiguió establecer algunas relaciones con los indígenas. Con asombro y respeto asistieron los indios á las ceremonias del culto cristiano, que los españoles celebraron en una gruta á la sombra de las palmeras de la playa. Un anciano se acercó á Colon despues de la ceremonia, y le dijo con solemne acento:

«Bien hecho está lo que acabas de hacer, porque parece que ese es tu culto al Dios universal. Dicen que vienes á estas regiones con mucha fuerza y autoridad superior á toda resistencia. Si así es, oye lo que nuestros antepasados dijeron á nuestros padres que nos lo trasmitieron á su vez. Cuando por voluntad de los séres divinos, las almas de los hombres se separan de los cuerpos, van unas á un país sin sol y sin árboles, y otras á regiones de claridad y delicias, segun han merecido aquí abajo, obrando bien ó mal con sus semejantes. Si, pues, tú has de morir como nosotros, cuida de no hacernos daño ni á aquellos que no te lo han hecho.»

Estas palabras del anciano, que refiere Las Casas, prueba que los indios tenían religion casi evangélica por la pureza de su moral, emanacion misteriosa, ó de una naturaleza primitiva cuya lucidez no habian empañado vicios y depravaciones, ó de una civilizacion vieja y gastada que habia dejado sus resplandores en las tradiciones.

LIV.

Despues de largas y penosas exploraciones, regresó Colon moribundo á la Española. Las fatigas y disgustos, unidas al peso de los años, que su espíritu no sentia pero que pesaban sobre su cuerpo, triunfaron momentáneamente de su genio. Postrado é insensible le llevaron sus marineros á la Española; pero la Providencia, que nunca le habia abandonado, veló sobre él durante la pérdida de sus facultades, y cuando recobró el conocimiento encontró á la cabecera de su lecho á su querido hermano Bartolomé.

Bartolomé Colon habia ido de España á la Española, cual si hubiese recibido inspiracion acerca de los peligros y necesidades en que iba á encontrarse su hermano. Bartolomé era la fuerza de la familia, así como Diego era la templanza y Cristóbal el genio. El vigor de su cuerpo corria parejas con el de su alma; su estatura era atlética, de hierro su temple, robusta su salud, imponente su apostura y el acento de su voz dominaba los vientos y las olas. Navegante desde la juventud, soldado y aventurero toda su vida, dotado por naturaleza y costumbre de la audacia que impone obediencia y del amor á la justicia que hace aceptar la disciplina, tan capaz de gobernar como de combatir, era el lugarteniente que más convenia á Colon, en las extremas circunstancias á que la anarquía habia traido á su imperio, y sobre todo esto, era un hermano que respetaba tanto como queria al genio y jefe de su casa. El espíritu de familia respondia á Colon de la fidelidad de su lugarteniente, y el amor fraternal que ambos

sentian era la mejor prenda de confianza en el uno y de obediencia en el otro. Colon le confió el mando y el gobierno durante los largos meses en que sus agotadas fuerzas le condenaban á la inaccion y al descanso, dándole el título de *Adelantado* ó intendente general y subgobernador de las tierras de su dominio. Administador más severo que su hermano, Bartolomé impuso más respeto, pero tambien suscitó mayores resistencias.

La perfidia y temeridad del jóven Ojeda produjeron guerras de desesperacion entre los indios y la colonia. Habiendo penetrado este aventurero intrépido con algunos jinetes en las partes más lejanas é independientes de la isla, persuadió á un cacique á que le acompañase á su regreso con crecido número de indios, para admirar la grandeza y riquezas de los europeos. Seducido el cacique, siguió á Ojeda, quien, despues de algunas jornadas, durante una parada á orillas de un rio, abusando de la sencillez del cacique, le hizo contemplar unas esposas de acero pulido, cuyo brillo le deslumbró. Díjole Ojeda que aquellos hierros eran brazaletes con que se adornaban los reyes de España para presentarse á sus súbditos en los dias grandes; inspirando en seguida al inocente indio deseo de adornarse con ellas, de montar á caballo y presentarse á los de su tribu con aquel pretendido aparato de los soberanos del antiguo mundo. Pero en cuanto el desgraciado cacique montó á la grupa del astuto Ojeda, y tuvo puestas las esposas, objeto de su infantil vanidad, picaron espuelas los jinetes españoles, atravesaron la isla y le llevaron encadenado á la colonia, donde le mantuvieron con los hierros que inocentemente habia deseado.

En vasta insurreccion se alzaron los indios por

aquella perfidia de los extranjeros que al principio consideraran como huéspedes, amigos, bienhechores y hasta dioses. La insurreccion ocasionó venganza por parte de los españoles, que redujeron á los indios á la esclavitud, y que mandaron á España cuatro naves cargadas de víctimas de su avidez para hacer con ellas infame comercio de rebaño humano. Compensando de esta manera con el precio de los esclavos el oro que esperaban recoger como polvo en aquellas comarcas, degeneró desde entónces la guerra en cacería de hombres, secundando á los españoles en aquella inhumana devastacion del país, perros llevados de Europa, á los que amaestraron para aquella caza, y que olfateaban, perseguian y cogian á los indios en los bosques.

LV.

Restablecido al fin Colon de su larga enfermedad, recogió las riendas del gobierno, vióse arrastrado á aquellas guerras encendidas durante su interregno, y despues de ser navegante, fué guerrero y pacificador; obtuvo victorias decisivas sobre los indios, sujetóles al yugo que dulcificaba su bondad y su política, y solamente les impuso ligero tributo en oro y frutos de su comarca, más como señal de alianza que de servidumbre. Bajo su mando floreció nuevamente la isla; pero el desgraciado y sencillo cacique Guanacanari, que fué el primero en recibir aquellos huéspedes en su territorio, avergonzado y desesperado por haber sido involuntario cómplice de la esclavitud de su patria, huyó para siempre á

las escarpadas montañas de la isla, y en ellas murió libre por no vivir esclavo bajo las leyes de aquellos que habian abusado de sus virtudes.

Aprovechando los enemigos de Colon su enfermedad y las agitaciones de la isla, trabajaban para perderle en la corte, consiguiendo hacerle sospechoso á D. Fernando. Más entera doña Isabel en su admiracion al grande hombre, le protegia, aunque en vano, con su favor. La corte habia mandado á la Española un magistrado con facultades secretas que le autorizaban á procesar al virey por sus pretendidos crímenes, desposeerle de su autoridad y enviarle á Europa si los crímenes eran verdaderos. Este juez parcial, llamado Aguado, llegó á la Española cuando el virey se encontraba al frente de las tropas en el interior de la isla, ocupado en pacificar y administrar el país. Olvidando Aguado el agradecimiento que debia á Colon, que habia puesto la primera piedra al edificio de su fortuna, sin recoger informes siquiera, declaró culpable á Colon y destituido provisionalmente de su autoridad soberana. Rodeado y aplaudido desde que puso el pié en tierra por los descontentos de la colonia, mandó órden á Colon para que regresase á Isabela, capital de los españoles, y acatase sus poderes. Encontrándose Colon en medio de sus amigos y soldados más fieles, pudo desobedecer los insolentes mandatos de un inferior; pero léjos de esto, inclinóse ante el nombre del Soberano, se entregó desarmado á Aguado, y poniendo en sus manos toda su autoridad, le dejó instruir libremente el odioso proceso que le intentaron sus calumniadores.

Pero en el momento en que parecia eclipsarse su fortuna ante la persecucion, le preparaba un favor de aquellos que mejor podian reconciliarle con la

corte. Un oficial jóven, llamado Miguel Díaz, habiendo muerto en duelo á un compañero suyo, huyó, temiendo el castigo, al paraje más agreste y apartado de la isla. Gobernaba la tribu que poblaba aquellas montañas una india jóven, muy bella, viuda de un cacique. Enamoróse perdidamente del fugitivo español y se casó con él. Amado y coronado Díaz por la jóven, no podia sin embargo olvidar su patria, ni disimular la tristeza que por el alejamiento de sus compatriotas expresaba su rostro. Queriendo su esposa arrancarle el secreto de su melancolía, supo por él que el oro era la pasion de los españoles y que vendrian á morar con él en aquellas comarcas si pudiesen esperar que encontrarian en ellas el precioso metal. Regocijada la india al saber que, á aquel precio, podia conservar al que amaba, le reveló la existencia de minas inagotables ocultas en las montañas. Poseedor del secreto, y seguro ya Díaz de obtener en cambio el perdon, marchó á poner la noticia en conocimiento del virey, quien mandó con Díaz á Bartolomé Colon y una escolta de soldados para comprobar el descubrimiento. En pocos dias llegaron á un valle en el que un rio arrastraba oro entre sus arenas, estando las piedras de su lecho incrustadas con partículas del precioso metal. Colon construyó un fuerte en las inmediaciones, ahondó y ensanchó minas abiertas desde tiempos antiguos, recogió de ellas riquezas inmensas para sus soberanos, y quedó más persuadido que ántes de haber arribado á la fabulosa comarca de Ophir. Díaz, agradecido y fiel á la jóven india, á la que debia perdon, fortuna y felicidad, hizo que el sacerdote católico consagrase su matrimonio y gobernó en paz su tribu.

LVI.

Despues de este descubrimiento, obedeciendo Colon sin resistencia las órdenes de Aguado, embarcóse con su paje para España, á donde llegó despues de ocho meses de navegacion, más como reo que llevan al castigo, que como conquistador que trae trofeos. Calumnias, incredulidad y acusaciones recibiéronle en Cádiz; porque España, que esperaba prodigios, no veia llegar de la tierra de sus sueños otra cosa que aventureros desalentados, acusadores y esclavos desnudos. El desgraciado cacique sujeto con las esposas que le puso Ojeda y á quien traia Aguado como trofeo viviente á los Reyes, habia muerto en el mar, maldiciendo su confianza en los europeos y su traicion.

Adoptando Colon el traje que convenia á su tristeza y mísera situacion, marchó á Búrgos, donde se encontraba la corte, vistiendo el hábito de franciscano, ceñida una cuerda, y doblegada la cabeza bajo el peso de los años, de los pesares y de las grandes ideas, y desnudos los piés como genio suplicante que va á pedir perdon por su gloria. Solamente doña Isabel le recibió con cariñosa simpatía, obstinada en creer en su virtud y servicios. Aquel favor constante, aunque velado, de la Reina, sostuvo al almirante contra la difamacion y denuestos de los cortesanos. Propuso nuevos viajes y descubrimientos más vastos, y al fin consintieron en confiarle naves; pero hiciéronle consumir en sistemáticas dilaciones los pocos años de energía que su avanzada edad permitia á sus fuerzas. Al otorgar la piadosa doña Isabel nuevos títulos y facultades á Colon, im-

puso en favor de los indios condiciones de libertad y humanidad que se adelantaban á las ideas de su siglo. El corazon de la mujer proscribia por instinto la esclavitud que la religion y la filosofía no condenarian hasta cuatro siglos despues.

Justificado al fin Colon, pudo embarcarse y poner rumbo hácia su nueva patria; pero el odio y la envidia le persiguieron hasta en la misma nave en que debia enarbolar su insignia de almirante del Océano. Breviesca, tesorero de Fonseca, Patriarca de las Indias, y enemigo de Colon, le colmó de denuestos en el momento de levar anclas; y el almirante, á quien hasta entónces habian contenido la fuerza interior, la paciencia y el convencimiento de la inmensidad de su mision, dejóse dominar por primera vez por la indignacion. Ante aquella última ignominia de sus enemigos, fué hombre por un instante, y cayendo desde toda la altura de su alma y con toda la fuerza de su brazo, duplicada por la cólera, contra su indigno perseguidor, derribóle sobre cubierta y pisoteóle con desprecio. Este fué el último adios de la envidia de Europa á aquel que le parecia demasiado grande ó demasiado glorioso para mortal. La repentina venganza del almirante dejó nuevo resentimiento en el corazon de Fonseca y proporcionó á sus enemigos otra acusacion que explotar; pero levantándose viento, lo alejó de las playas y envidia de su patria.

LVII.

Llegando esta vez por distinto rumbo á la isla de Trinidad, la reconoció, le dió nombre, y doblándola en seguida, costeó la verdadera tierra de América,

cerca de la desembocadura del Orinoco. La dulzura del agua del mar, que gustó en aquellos parajes, debiera haberle convencido de que el rio que desaguaba en el Océano con caudal suficiente para dulcificar sus olas, no podia venir más que de un continente. Sin comprenderlo así, bajó á aquellas playas sin sospechar siquiera que pertenecian al mundo desconocido. Encontrólas desiertas y silenciosas como tierra que espera dueño, y no contempló de América otra cosa que una columna de humo que se alzaba á lo léjos sobre inmensas selvas, una cabaña abandonada y huellas de piés desnudos sobre la arena de la playa. Por su parte, tampoco hizo otra cosa que dar un paso y pasar una noche bajo la vela que le servia de tienda; pero aquel paso debia haber bastado para dar su nombre al nuevo mundo.

LVIII.

Partióse del golfo de Pária, y, despues de laboriosos reconocimientos en aquellos mares, volvió á las costas de la Española. Sus padecimientos de alma y cuerpo, su prolongada paciencia en España, la ingratitud de sus compatriotas, la frialdad de don Fernando, el odio de sus ministros, las vigilias durante las travesías y las enfermedades de la edad, habíanle quebrantado más que las olas. Tenía inflamados los ojos por efecto de los insomios y la contemplacion de mapas y el firmamento; y rígidas y doloridas las piernas á causa de la gota, negábanse á sostenerle. Solamente su alma estaba sana, y su genio, penetrando en lo porvenir, le alzaba con el pensamiento sobre las enfermedades y más allá del tiempo. Su hermano Bartolomé, que habia conti-

nuado gobernando la colonia durante su ausencia, fué ahora tambien su consuelo y apoyo, saliendo á recibir al almirante en cuanto los vigías señalaron velas en el mar.

Refirió Bartolomé á su hermano las vicisitudes por que habia pasado la Española durante su ausencia. Apénas habia terminado Colon el reconocimiento y pacificacion del territorio, cuando los excesos de los españoles y las conspiraciones de sus propios tenientes destruyeron la obra de su prudencia y política. Un superintendente de la colonia, llamado Roldan, hombre popular y astuto, se habia formado partido entre los marineros y aventureros, hez de España arrojada por la madre patria á la colonia. Roldan se habia establecido con sus parciales en la playa opuesta de Santo Domingo, y aliándose contra Bartolomé con los caciques de las tríbus vecinas, habia levantado ó arrebatado fortalezas desde las que desafiaba la autoridad de su legítimo jefe. Viendo los indios las disensiones de sus tiranos, se habian aprovechado de ellas para sublevarse y negar el tributo, encontrándose la isla en plena anarquía, debiéndose la conservacion de lo poco que quedaba á la colonia al heroísmo y fuerte brazo de Bartolomé. Ojeda habia fletado por su propia cuenta buques en España, y habia venido á cruzar en la costa meridional de la isla, saltando en tierra y uniéndose á Roldan. Este habia hecho despues traicion á Ojeda, poniéndose bajo la autoridad del gobernador.

Durante estas disensiones de la colonia, un jóven español, de extraordinaria belleza, llamado D. Fernando Guevara, habia inspirado violenta pasion á la hija de Anacoana, viuda del cacique que Ojeda quiso llevar á España y murió cautivo en la travesía. Ana-

coana era jóven aún y célebre entre los suyos por su maravillosa hermosura, su talento natural é inspiracion poética, que la hacía sibila adorada por sus compatriotas. No obstante las desgracias de su marido, la viuda sentia profunda admiracion é inclinacion invencible hácia los españoles, siendo asilo de los extranjeros la comarca que gobernaba en compañía de su hermano, dándoles regalada hospitalidad, oro y consuelos en sus desgracias. Sus súbditos, más civilazados que los de las otras tribus, vivian en paz, ricos y felices bajo sus leyes. Roldan, que gobernaba la parte de la isla sometida á la bella Anacoana, se mostró celoso de la permanencia é influencia de Fernando de Guevara en la corte de la princesa, le prohibió casarse con su hija y le mandó embarcar para España. Reteniendo el amor á Fernando, se negó á obedecer y conspiró contra Roldan; pero sorprendiéndole los soldados de éste en casa de Anacoana, le encadenaron y llevaron á Isabela para ser guzgado allí.

De esta ciudad habia partido una expedicion so pretexto de recorrer la isla, expedicion que habian recibido en la capital de Anacoana con amistosos obsequios. El pérfido jefe de la expedicion, abusando de la confianza y hospitalidad de la reina, habia conseguido de ésta que invitase á treinta caciques del Mediodía de la isla para que asistiesen á las fiestas que preparaba en honor de los españoles; y éstos durante las danzas y festines á que asistian, habian convenido la muerte de su generosa protectora, de su familia, convidados y súbditos, y el incendio del pueblo. Para ejecutar el plan invitaron á Anacoana, á su hijo, y á los caciques y á todo el pueblo para que presenciasen las evoluciones y simulacro de la caballería, y cuando el pueblo se en-

contraba reunido, desarmado, y por curiosidad en la plaza, lo acuchillaron y pisotearon con los caballos. Rodeando en seguida con una fila de infantes el palacio de Anacoana para impedir que ésta y sus amigos pudiesen salir, incendiaron aquella morada preparada aún para los festines.

Este crímen contra la hospitalidad, la inocencia y la soberanía, contra la belleza y el genio de que la célebre Anacoana era símbolo entre los suyos, habia producido en la isla un horror y trastorno tales, que Colon no podria en mucho tiempo triunfar de ellos, no obstante su bondad y su política. Las llamas de aquel palacio y la sangre de aquella reina, cuya belleza les deslumbraba y cuyas poesías nacionales les embriagaban de amor y entusiasmo, se extendieron entre los opresores y los oprimidos. Convirtióse la isla en un campo de matanza y cementerio de desgraciados indios. Los españoles, tan fanáticos en su proselitismo como bárbaros en su codicia, preludiaron en la Española los crímenes que poco despues habian de despoblar á Méjico. Aquellas dos razas de hombres se ahogaban al abrazarse (1).

---

(1) Es indudable que los primeros españoles que colonizaron los territorios que descubrió Colon, cometieron excesos, como los han cometido todos los europeos que han colonizado países salvajes. Pero el autor, frances y poeta, se complace en pintarlos con los colores más recargados y que más pueden empañar las glorias de nuestra patria, glorias que casi ningun escritor frances ha considerado con imparcialidad. Olvidando Lamartine este imperioso deber de todo historiador, atribuye todas las virtudes á los indios; todos los vicios, hasta los más repugnantes, á los españoles, y jamás hace mencion de la perfidia que en mil ocasiones emplearon los primeros, ni de la necesidad de defenderse en que se encontraban los segundos, que tan

LIX.

Miéntras estudiaba Colon la manera de separar y pacificar aquellas dos partes de los pobladores de la isla, informado el rey D. Fernando por los enemigos del almirante, atribuía las desgracias de la Española al mismo que se esforzaba en remediarlas. Habiendo pedido Colon á la corte un magistrado de elevada categoría para que impusiese con sus sentencias la autoridad real á sus indisciplinados compañeros, los Reyes mandaron á Bobadilla, hombre íntegro, pero fanático y de indomable orgullo. La autoridad mal definida con que le investia el decre-

---

léjos de la patria, recibiendo con suma dificultad escasísimos refuerzos, perdidos en una isla en medio de los mares, contándose uno para cientos, necesitaban emplear recursos extremos y hasta medios violentos para hacerse respetar y temer por los indios. El autor no tiene muy en cuenta la rudeza de aquellos tiempos de larga guerra en España, que habia dado á nuestros soldados temple de hierro, ni tampoco que era raza salvaje la que poblaba las posesiones que los españoles querian colonizar. En estas circunstancias, el choque habia de ser necesariamente violentísimo, y habian de cometerse grandes excesos, excesos que no excusamos, excesos que deplora todo corazon sensible, pero que, en último caso, dadas la época y ocasion en que se cometieron, más merecen compasion y explicaciones, que los sombríos colores con que los describe Lamartine, dejando que se sobreponga el poeta al historiador para rebajar las glorias españolas.

Dicho esto, que sin duda desde las primeras páginas se habrá dicho á sí mismo el lector, no pondremos comentarios á nada de cuanto en adelante diga el autor del libro que publicamos, cuyo mérito, no obstante algunas apreciaciones ofensivas para nosotros, está universalmente reconocido.—N. del T.

to real, le subordinaba y á la vez le hacía superior á cualquiera otra autoridad. Prevenido contra el almirante, al llegar á la Española intimó con insolencia que compareciese ante él como acusado, y, habiendo mandado traer cadenas, mandó á los soldados las pusieran á su general. Acostumbrados los soldados al respecto y amor de su jefe, venerable á sus ojos por la edad y la gloria, permanecieron inmóviles, cual si les hubiesen mandado cometer un sacrilegio; pero Colon tendió espontáneamente los brazos á los hierros que le mandaba su Rey, dejando le encadenase de piés y manos uno de sus propios criados, verdugo voluntario, vil asalariado de su servidumbre, apellidado Espinosa, cuyo nombre ha conservado Las Casas como tipo de insolencia é ingratitud.

El mismo Colon mandó á sus hermanos Bartolomé y Diego, que se encontraban mandando tropas en el interior, que se sometiesen sin resistencia ni murmuracion al juez. Encerrado en el calabozo de la fortaleza de Isabela, sufrió en él durante muchos meses la instruccion de un proceso, en el que todos los insubordinados y todos sus enemigos, convertidos en acusadores y jueces, le cargaron á porfía con las acusaciones más odiosas y absurdas. Hecho objeto de la burla y animadversion públicas, desde el fondo de su prision oia las carcajadas feroces con que sus perseguidores venian á insultarle todas las tardes, esperando á cada instante ver entrar á los verdugos. No se atrevió, sin embargo, Bobadilla á cometer el último crímen, y mandó que fuese expulsado de la isla el almirante y llevado á España para entregarlo á la justicia ó clemencia del Rey. Quedó encargado de su custodia durante la travesía Alonso Villejo, hombre de recto corazon, que obe-

decia por deber militar, bondadoso y compasivo en su misma obediencia. Al verlo entrar en el calabozo Colon, creyó llegada su última hora, á la que se encontraba preparado por medio de la oracion y la inocencia de toda su vida. Sin embargo, como hombre que era, se turbó al creer cercana la muerte.

—«¿Dónde me llevais?—exclamó interrogando con la mirada y la palabra al oficial.

—A la nave, en que os vais á embarcar, monseñor,—contestó Villejo.

—¿Embarcarme?—replicó Colon, no creyendo en aquellas palabras que le prometian la vida:—¿no me engañais, Villejo?

—No, monseñor,—dijo el oficial;—os juro por Dios que esta es la verdad.»

Cargando Colon con el peso de las cadenas, perseguido por los insultos de cobarde populacho, llegó apoyado en Villejo, hasta el barco que debia trasportarlo.

En cuanto las naves se hicieron á la mar, Villejo y Andrés Martin, comandantes de la que venía á ser calabozo flotante de su jefe, se acercaron respetuosamente á él, así como toda la tripulacion, y quisieron quitarle las cadenas. Pero Colon, para quien aquellos hierros eran prueba de obediencia á doña Isabel y á la vez testimonio de la iniquidad de los hombres, que si le hacian padecer en el cuerpo, glorificaban su alma, dió gracias á los comandantes y conservó obstinadamente las cadenas.

—«No,—contestó;—los soberanos me han mandado someterme á Bobadilla, y en su nombre me ha cargado éste de hierros. Los llevaré hasta que ellos mismos me los quiten; y despues los conservaré —añadió con amargura recordando sus servicios y su inocencia—como agradecimiento á la recompen-

sa que conceden los hombres á mis trabajos.»

Refiere su hijo, así como tambien Las Casas, que Colon observó fielmente su promesa; que conservó siempre aquellas cadenas colgadas á su vista en las moradas que habitó, mandando en su testamento que las encerrasen con él en su ataud: cual si por este medio quisiese apelar á Dios de la justicia é ingratitud de sus contemporáneos, y presentar al cielo las pruebas materiales de las inquiedades y crueldad de la tierra.

LX.

Pero los odios de partido no cruzan los mares, y el abatimiento, cautividad y cadenas de Colon despertaron la misericordia é indignacion del pueblo de Cádiz. Cuando vieron á aquel anciano que en otro tiempo habia traido un imperio á su patria, traido él mismo desde aquel imperio como vil criminal, para expíar el servicio con el opropio, todos los corazones se sublevaron contra Bobadilla. Doña Isabel, que se encontraba entónces en Granada, derramó lágrimas por aquella indignidad, mandó que reemplazasen los hierros con ricos vestidos y los guardianes con escolta de honor. Llamóle á Granada, y al caer á sus piés el almirante, ahogáronle la voz por mucho espacio sollozos de agradecimiento.

El Rey y la Reina no se dignaron siquiera examinar el proceso de aquel grande acusado, á quien absolvian, no solamente el respeto que lo profesaban, sino tambien su virtud propia. Por algun tiempo conservaron al almirante en la corte y enviaron otro gobernador llamado Ovando, para reemplazar á Bobadilla. Ovando poseia las virtudes que hacen al

hombre honrado, pero carecia de la grandeza de alma que le hace generoso. Su cáracter todo lo hacía mezquino, hasta el deber, pareciendo en él la honradez parsimonia de naturaleza, siendo por tanto el ménos á propósito para reemplazar á un grande hombre. Mandóle doña Isabel que protegiese á los indios, prohibiéndole venderlos como esclavos, así como tambien remitir á Colon la parte de rentas que le eran debidas por los tratados y los tesoros de que le habia despojado Bobadilla. Una flota de treinta velas llevó al nuevo gobernador á la Española.

Insensible Colon á la vejez, y repuesto ya de las persecuciones, llevaba con impaciencia el descanso y hasta los honores en su patria. Vasco de Gama acababa de descubrir el camino de las Indias por el Cabo de Buena-Esperanza, habiendo asombrado y admirado al mundo el descubrimiento del navegante portugues. Noble rivalidad trabajaba el espíritu de Colon, quien convencido de la redondez del globo, creia llegar á las tierras prolongadas del Este navegando recto al Oriente. Solicitó, pues, del Gobierno de España el mando de otra expedición, y se embarcó en Cádiz el dia 19 de Mayo de 1502: esta fué la última vez. Acompañábanle su hermano Bartolomé y su hijo Fernando, que habia cumplido ya los catorce años. Su flota la formaban cuatro naves pequeñas á propósito para costear y penetrar en las ensenadas y rios que queria explorar. Las tripulaciones no pasaban en conjunto de ciento cincuenta marineros. Aunque Colon frisaba ya en los setenta años, el vigor de su alma resistia el peso de los años, no sepárandole de su objeto ni sus dolorosas enfermedades ni la perspectiva de la muerte.

«El hombre—decia—es una herramienta que debe romperse en el trabajo en manos de la Providencia

que la emplea para sus designios. Mientras el cuerpo puede, el espíritu debe querer.»

Habia resuelto tocar al paso en la Española para carenar los barcos, y para ello tenía licencia de la corte; y cruzando el Océano con mar tempestuosa, llegó á la vista de la Española, con los palos rotos, rasgadas las velas y sin agua ni víveres. Sus conocimientos marítimos le presagiaban un huracan más terrible que los que acababa de arrostrar, y en vista de ello, mandó una chalupa al gobernador Ovando, pidiéndole permiso para guarecerse en la rada de Isabela. Conociendo por sus pronósticos el peligro del mar por el desencadenamiento de las tempestades, manifestaba en su carta Colon á Ovando que retrasase la partida de la numerosa flota que se aprestaba á salir de la Española para España cargada con los tesoros del nuevo mundo. Ovando negó inflexiblemente á Colon el asilo de un momento que imploraba en los puertos que él mismo descubriera, por lo que se alejó indignado y proscrito, buscando abrigo, lejos del territorio de Ovando, al amparo de las montañas de la isla, esperando allí la tempestad que habia pronosticado al gobernador, tempestad que destruyó toda la flota, sumergió las riquezas que llevaba y costó la vida á mil españoles. Colon sintió sus efectos hasta en la rada, donde se había abrigado, deploró las desgracias de sus compatriotas, y abandonando aquella inhospitalaria tierra, vió de nuevo la Jamaica y abordó en tierra firme en la bahía de Honduras.

Sesenta dias pasó de contínua tempestad, arrojado de un cabo á otro y del continente á las islas, en los desconocidos bordes de aquella América cuya conquista le disputaban las tempestades.

En la desembocadura de un rio, á la que dió el

nombre de playa del *Desastre*, perdió un barco y cincuenta hombres que lo tripulaban.

Obstinándose el mar en cerrarle el camino de aquellas Indias que continuamente creia entrever, echó el ancla entre una isla muy hermosa y el continente. Habiéndole visitado los indios, embarcó siete para familiarizarse con su lenguaje y obtener indicios, costeando con ellos una tierra cuyos moradores poeeian con abundancia oro y perlas. En los comienzos del año de 1504 remontó el rio Veragua y envió á su hermano Bartolomé al frente de sesenta españoles, para que reconociese las aldeas y buscase minas de oro. Bartolomé no encontró otra cosa que salvajes y selvas; en vista de lo cual abandonó el almirante aquel rio y penetró en otro, cuyas riberas habitaban indios que prodigaban oro á los marineros á cambio de bagatelas europeas. Creia el almirante haber realizado sus sueños y se encontraba en el colmo de sus reveses; la guerra estalló entre aquel puñado de españoles y la numerosa poblacion ribereña. Bartolomé Colon derribó con su propia mano y se llevó prisionero al cacique más poderoso y temible de los indios; pero éstos á su vez asaltaron é incendiaron durante una noche el caserío que habian construído los españoles en la costa para comerciar con el interior, cayendo ocho españoles atravesados por las flechas, y quedando sepultados bajo las ruinas de sus propias cabañas. Bartolomé Colon reunió los más valerosos y rechazó las hordas al interior de los bosques; pero la sangre derramada acrecentó la antipatía por ambas partes, y multitud de canoas indias atacaron la chalupa de la escuadra que intentaba remontar más adelante el rio, inmolando á todos los españoles que la montaban. Durante aquella encarnizada lucha, retenian

á Colon á bordo de las naves enfermedades y achaques de la vejez, no pudiendo hacer otra cosa que guardar prisioneros al cacique y jefes indios de quienes se habian apoderado los españoles. Enterados estos jefes de los estragos que sufria su territorio y del cautiverio de sus mujeres, intentaron evadirse levantando durante una noche oscura la escotilla que cerraba su flotante calabozo; mas el ruido despertó á los marineros, que les rechazaron al encierro y reforzaron la escotilla con una barra de hierro. Cuando á la mañana siguiente la abrieron para llevarles alimento, no encontraron mas que sus cadáveres. En su desesperacion se habian dado muerte unos á otros para libertarse de la esclavitud.

LXI.

Separando las rompientes al almirante de su hermano, que continuaba en tierra con los restos de la expedicion, sólo pudo comunicar con él merced á la intrepidez de un oficial que cruzaba á nado los escollos para llevar y traer noticias que cada vez eran más siniestras. No pudiendo alejarse de los suyos ni abandonarles en sus desastres, la inquietud, las enfermedades, el hambre, la perspectiva de un naufragio sin refugio y sin testigos en aquella tierra tan deseada y tan funesta, luchaban en su pecho con su heroica constancia y su piadosa resignacion á las disposiciones de Dios, del que se sentia enviado y víctima. Durante sus insomnios, describia de esta manera el estado de su espíritu:

«Extenuado, me habia adormecido, cuando una voz, con acento de dolor y compasion, me hizo oir

estas palabras:—¡Oh estulto y tardo á creer y á servir á tu Dios, Dios de todos! ¿Qué hizo él más por Moises ó por David su siervo? Desque naciste siempre él tuvo de tí muy gran cargo. Cuando te vido en edad de que él fué contento, maravillosamente hizo sonar tu nombre en la tierra. Las Indias, que son parte del mundo, tan ricas, te las dió por tuyas: tú las repartiste adonde te plugo, y te dió poder para ello. De los atamientos de la mar océana que estaban cerrados con cadenas tan fuertes, te dió las llaves; y fuiste obedescido en tantas tierras, y de los cristianos cobraste tan honrada fama. ¿Qué hizo el más alto pueblo de Israel cuando le sacó de Egipto? ¿ni por David, que de pastor hizo Rey en Judea? Tórnate á él, y conosce ya tu yerro: su misericordia es infinita: tu vejez no impedirá á toda cosa grande: muchas heredades tiene grandísimas. Abraham pasaba de cien años cuando engendró á Isaac, ¿ni Sara era moza? Tú llamas por socorro incierto: responde: ¿quién te ha afligido tanto y tantas veces? ¿Dios ó el mundo? Los privilegios y promesas que da Dios no las quebranta, ni dice despues de haber recibido el servicio que su intencion no era esta, y que se entiende de otra manera, ni da martirios por dar color á la fuerza: él va al pié de la letra: todo lo que él promete cumple con acrescentamiento. Esto es uso. Dicho dejo lo que tu Criador ha fecho por ti y hace con todos. Ahora, medio muestra el galardon de estos afanes y peligros que has pasado sirviendo á otros (1).—¡Y la voz que me hablaba, me dejaba consolado y fortalecia mi constancia!»

---

(1) Hemos tomado el texto original de las palabras que Colon creyó oir, de la traduccion española de la *Historia de Colon y de sus viajes*, del conde Roselli de Lorgues, hecha

LXII.

El cambio de estacion calmó al fin el mar, y los dos hermanos, por tanto tiempo separados, se reunieron en las naves, regresando lentamente á la Española. Al acercarse á la costa zozobró una carabela, no quedando á Colon más que dos barcos viejos para aglomerar las tripulaciones. Abatidos sus compañeros, sin víveres y sin fuerzas, perdidas las anclas, haciendo agua los barcos por todas sus junturas, apolillados y con tantos agujeros, dice el mismo Colon, «como un panal de miel;» implacables los vientos y el mar, que le rechazaban de la Espa nola á la Jamaica; en inminente peligro de sumergirse las naves, apénas tuvo tiempo para barar en la arena, en una bahía desconocida, atarlas por medio de cables y tablas que formaban de las dos una sola pieza, levantar en las dos cubiertas reunidas tiendas para las tripulaciones, y esperar, en la espantosa situacion del náufrago, socorros de la Providencia.

Atraidos los indios por el espectáculo del naufragio y moviéndoles á curiosidad la fortaleza que habian levantado los extranjeros en su playa, cambiaron con ellos víveres por objetos sin valor, que adqui-

---

por don M. Juderías Bender. 2 t. en 4.º, segunda edicion de 1858.

Refiriéndose M. Villamain á este discurso, dice en su *Tableau de la littérature aumoyen âge*, t. II, «que es preciso cerrar el siglo XV con las palabras de la vision sublime del almirante, porque nada falta en ellas, ni el genio, ni el entusiasmo ni la desgracia de un grande hombre admirablemente sentida y expresada.—N. del T.

rian precio á sus ojos por la novedad. Pero trascurrieron meses, agotábanse las provisiones, aumentaban los temores acerca del porvenir, y los sediciosos murmullos de las tripulaciones ponian al almirante en penosa ansiedad, siendo su única esperanza de salvacion dar aviso de su desastre al gobernador de la Española. Pero separábanle de él cincuenta leguas de mar, y solamente podia poner á flote una canoa de los salvajes. ¿Habria hombre con bastante abnegacion por sus hermanos que arriesgase la vida, en un elemento tan vasto y terrible, en un tronco hueco y sin más jarcia que un remo? Diego Mendez, jóven oficial de la escuadra, que en circunstancias extremas habia demostrado ya el olvido de sí mismo, que hace héroes y milagros, se ofreció una noche á la memoria del almirante. Llamóle secretamente al lecho en que le tenía postrado la gota, y le dijo:

—«Hijo mio, de todos cuantos estamos aquí, tú y yo solamente conmprendemos el peligro que nos amenaza, cuyo final no puede ser otro que la muerte. Un solo medio queda que intentar; necesario es que uno se exponga á morir para salvar á los demas. ¿Quieres tú serlo?»

Mendez contestó:

—«Muchas veces me he sacrificado por mis hermanos, pero algunos de ellos murmuran diciendo que me elegís siempre que se ha de intentar alguna accion brillante. Proponed mañana á toda la tripulacion lo que me ofreceis, y si ninguno la acepta, yo os obedeceré.»

A la mañana siguiente hizo el almirante lo que Mendez le habia pedido, y toda la tripulacion se espantó ante la imposibilidad de aquella travesía inmensa en un pedazo de madera, juguete del viento

y de las olas. Entónces se presentó Mendez y dijo con modestia:

—«Solamente tengo una vida que perder, y dispuesto estoy á sacrificarla en servicio vuestro y por la salvacion de todos: me entrego á la proteccion de Dios.»

Dicho esto, partió, perdiéndose entre las tinieblas y espumas del horizonte, á la vista de los españoles cuya vida llevaba con la suya.

LXIII.

El aislamiento y separación del mundo conocido, el exceso de sufrimiento y la ansiedad del que aguarda casi sin esperanza, levantaron las tripulaciones contra el almirante, á quien atribuian su pérdida, siendo los primeros en murmurar, insultar y capitanear la sedicion dos hermanos llamados Diego y Francisco de Porras, á quienes el almirante habia tratado como á hijos y conferido los principales mandos de la escuadra. Aprovechando éstos un recrudecimiento de la enfermedad que tenia clavado en el lecho á Colon, y arrastrando á la mitad de los marineros y soldados, se apoderaron de una parte de los víveres, amotinaron á sus cómplices á los gritos de ¡Castilla! ¡Castilla! y se deshicieron en maldiciones y ultrajes al almirante, quien, desarmado por la enfermedad y no pudiendo hacer otra cosa que levantar las manos al cielo, les rogó en vano volviesen á la senda del deber. Pero los amotinados despreciaron sus lágrimas lo mismo que sus ruegos, echándole en cara su vejez, sus cabellos blancos, sus padecimientos corporales, y llegando á levantar

el hierro sobre su cabeza; pero Bartolomé Colon, empuñando su lanza, se arrojó entre ellos y el almirante, á quien sostenian algunos criados, y secundándole la parte fiel de la tripulacion, salvó la vida y la autoridad de su hermano sobre las naves. Los dos Porras y cincuenta compañeros suyos salieron de los barcos, saquearon la comarca, sublevaron á los indígenas con sus crimenes, trataron inútilmente de construir barcas para arribar á la Española, pe reciendo algunos en la tentativa; volvieron á atacar á Colon y á sus compatriotas en los barcos, y venciéndoles otra vez el intrépido Bartolomé, que mató al jefe y se sometieron al fin al deber, suplicando á Colon perdonase su ingratitud y su rebelion.

Entretanto, dirigiendo la Providencia el débil leño que trasportaba por aquel desierto de agua al mensajero de Colon, arribó, arrojado por el mar cual resto de lejano naufragio, á los escollos de la Española, y guiándole los indígenas á través de la isla, despues de innumerables fatigas y peligros, llegó hasta el gobernador Ovando, á quien entregó el mensaje de Colon, aumentando con su relato la compasion que la posicion desesperada de sus compañeros debía inspirar á compatriotas. Pero bien por incredulidad, bien por lentitud, bien por secreta esperanza de perdicion de un rival demasiato grande para no hacer pesada la gratitud, los españoles de la Española dejaron, con diferentes pretextos, trascurrir dias y meses, mandando al fin, y como á disgusto, un barco ligero, al mando de Escobar, para reconocer la situacion de las carabelas, sin abordar á la costa y sin hablar á las tripulaciones. Este barco apareció y desapareció una noche en alta mar á las miradas de Colon y de sus compañeros, con tanta rapidez y misterio, que los supersticiosos le creyeron

nave fantástica que venía á tentar su credulidad ó á profetizar su muerte.

Ovando se decidió al fin á mandar barcos al almirante que le salvasen de la sedicion, del hambre y de la muerte; y despues de diez y seis meses de naufragio, agobiado por los años, las enfermedades y reveses, pudo ver Colon, por poco tiempo, aquella isla de la que había hecho un imperio y de la que le proscribian la ingratitud y la envidia. Pasó en ella algunos meses, bien recibido aparentemente en casa del Gobernador, pero sin influencia alguna en el gobierno, contemplando á sus enemigos en favor, expulsados ó perseguidos á sus amigos á causa de su fidelidad, y llorando la ruina y esclavitud de aquella tierra que descubrió como jardin del mundo y que volvia á ver como tumba de sus queridos indios. Confiscados sus bienes, dilapidadas sus rentas, incultas ó despobladas sus tierras, le reducian en su vejez y enfermedades á la indigencia. Embarcado al fin, con su hermano, su hijo y algunos criados en un buque que salia para España, una mar implacable le llevó de tempestad en tempestad á Sanlúcar, donde desembarcó el 7 de Noviembre, desde donde le llevaron á Sevilla, extenuado y moribundo de cuerpo, pero invencible de espíritu, nmortal por la voluntad y la esperanza.

LXIV.

El poseedor de tantas islas y continentes no tenía echo que le albergase.

«Si deseo comer y dormir,—escribia desde Sevilla á su hijo,—necesito llamar á la puerta de una hostería, y frecuentemente no tengo con qué pagar la comida y alojamiento.»

Pero éranle ménos intolerables sus desgracias é indigencia, que la miseria de los compañeros y servidores que, por medio de tantas esperanzas, habia unido á su fortuna y que ahora le atribuian su desengaño y pobreza. En favor de éstos escribia á los Reyes; pero el ingrato Porras, aquel rebelde vencido que debia la vida á su magnanimidad, le habia precedido en la corte y prevenia contra su bienhechor el ánimo de D. Fernando.

«He servido á vuestras Majestades—escribia Colon á los Reyes—con tanto celo y constancia como podia haber empleado para merecer la bienaventuranza; y si en algo he faltado, ha sido porque mi espíritu ó mis fuerzas no podian hacer más.»

Con razon contaba con el favor de su protectora la reina doña Isabel; pero iba á flaquear este sosten de su causa, porque tambien alcanzaban á ella los infortunios domésticos. La Reina languidecia inconsolable por la muerte de su hija predilecta. Pronta ya á espirar, escribia en su testamento este rasgo de su humildad en el rango supremo y de constancia en su amor por el esposo al que deseaba permanecer unida hasta en la muerte:

«Que sea enterrado mi cuerpo en la Alhambra de Granada, al nivel del suelo, para que puedan hollarlo con los piés; y que una simple piedra diga m nombre; pero si el Rey, mi señor, elige sepultura en cualquier templo ó punto de nuestros reinos, deseo que mi cuerpo sea exhumado, trasladado y sepultado junto al suyo, á fin de que la union de nuestros cuerpos en la sepultura atestigüe y signifique la de nuestros corazones durante nuestra vida, y espero, por la misericordia de Dios, la de nues tras almas en el cielo.»

«¡Ay, hijo mio!—escribia Colon á su hijo al saber

la muerte de su bienhechora; — que esto te sirva de leccion para lo que habrás de hacer al presente. Que lo primero sea encomendar piadosa y afectuosamente al Señor el alma de la Reina, nuestra soberana. Tan buena y santa fué, que podemos estar seguros de su gloria eterna y de su abrigo en el seno de Dios contra los cuidados y tribulaciones del mundo. La segunda cosa que te recomiendo es que vigiles y trabajes para el servicio del Rey, que es jefe de la cristiandad. Cuando pienses en él, recuerda que cuando padece la cabeza, todos los miembros padecen. Todo el mundo debe rogar por su consuelo y la conservacion de sus dias, pero principalmente nosotros que somos sus servidores.»

Tales eran los sentimientos de gratitud y fidelidad que animaban á Colon hasta cuando se encontraba en el colmo de sus desgracias. Pero la muerte de doña Isabel no arrastraba solamente su fortuna, sino que tambien su vida. Reteniéndole en Sevilla la extrema pobreza en que se encontraba, y á la par sus enfermedades, que iban en aumento, no tenía otros consuelos que los que le prodigaban su hermano Bartolomé y su hijo segundo Fernando. Este, que á la sazon tenía quince años, gozaba de las cualidades graves de la edad madura unidas á las gracias de la adolescencia.

«Amale como á hermano, — escribia Colon á su hijo Diego, que se encontraba entónces en la corte:—no tienes otro, cuando diez hermanos no serian demasiados para tí. Nunca he tenido yo mejores amigos que mis hermanos.»

Despues rogó á Bartolomé que llevase al jóven á la corte y lo recomendase á su hijo legítimo Diego, y Bartolomé marchó con Fernando á Segovia, don-

de la corte residia á la sazon. En vano procuró allí despertar interes y que se hiciese justicia á su hermano, quien permaneció en Sevilla, hasta que llegada la primavera marchó también á Segovia, acompañándole sus hermanos y sus hijos. Importuna pareció su presencia al Rey, y su indigencia era una acusacion contra la corte. Encargóse á consejos de conciencia el exámen de su conducta y la restitucion de sus bienes y privilegios, y estos consejos, sin atreverse á negarle sus derechos, agotaban su paciencia con dilaciones y al mismo tiempo agotaban su vida; aumentando sus padecimientos corporales las inquietudes de su espíritu, previendo la desnudez en que iba á dejar á sus hermanos y á sus hijos.

«No cree vuestra Majestad conveniente realizar las promesas que recibí de vos mismo y de la Reina, que actualmente está en el cielo,—escribia Colon al Rey desde su lecho de dolor.—Luchar contra vuestra voluntad sería luchar contra el viento. He hecho lo que debia hacer; Dios, que siempre me ha favorecido, hará lo demas segun su divina justicia.»

Sentia que iba á faltarle, no la constancia, sino la vida. Por órden suya habian partido su hermano Bartolomé y su hijo Diego para implorar merced á la reina doña Juana, que regresaba de Flándes á Castilla. Los padecimientos físicos, la angustia moral, el convencimiento de la abreviacion de sus dias, demasiado cortos ya para que pudiese esperar justicia ántes de su muerte; el triunfo de sus enemigos en la corte, la burla de los cortesanos, la frialdad del Rey, los presentimientos de su última hora, el aislamiento en que le dejaba en una ciudad olvidadiza ó ingrata la ausencia de su hermano y de su hijo los recuerdos de su vida, cuya mitad había pa-

sado esperando la hora de su gran destino, y la otra mitad deplorando la inutilidad de su genio; sin duda tambien su compasion hácia aquella inocente raza de indios que encontró libres y niños en su jardin de delicias y á los que dejaba esclavos, despojados y profanados en manos de sus opresores; sus hermanos sin apoyo, sus hijos sin herencia; la duda sobre la suerte que tendria su memoria entre los hombres del porvenir, que es la agonía del genio despreciado; todas estas tribulaciones de sus miembros, de su espíritu, de su cuerpo y de su alma, del pasado, del presente y del porvenir, pasaron á la vez ante el anciano abandonado en su cámara de Segovia durante la ausencia de sus hermanos y de sus hijos. Pidió á un criado, antiguo y último compañero de sus travesías, de sus glorias y miserias, un breviario, regalo del papa Alejandro VI, en el tiempo en que los soberanos le trataban como á soberano, y con temblorosa mano escribió su testamento en una página de aquel libro, al que atribuia virtud de consagracion divina.

¡Extraño espectáculo para aquel pobre criado! ¡Aquel anciano abandonado por el universo y tendido en un lecho de indigente en una casa de alquiler de Segovia, disponia en su testamento de mares, hemisferios, islas, continentes, naciones ó imperios! Instituyó por heredero principal á su hijo legítimo Diego, y faltando éste, le sustituia en derechos su hijo natural Fernando; y si el mismo Fernando moria ántes de tener sucesion, la herencia pasaria á su querido hermano Bartolomé y á sus descendientes.

«Ruego á mis soberanos y á sus sucesores—decia—mantengan siempre mis disposiciones en la distribucion de mis derechos, de mis bienes y de

mis cargos; porque habiendo nacido en Génova, he venido á Castilla á servirles y he descubierto al Oeste la tierra firme, las islas y las Indias... Mi hijo poseerá mi título de almirante de la parte del Océano que está al Oeste de la línea tirada de polo á polo...»

Pasando en seguida al empleo que debia darse á las rentas que le asignaban sus contratos con la reina doña Isabel y con D. Fernando, distribuia con liberalidad y prudencia entre sus hijos y Bartolomé los millones que debia recibir su familia; asignando la cuarta parte á Bartolomé y dos millones anuales á Fernando. Recordaba tambien á doña Beatriz Enriquez, madre de D. Fernando, con la que no estuvo casado (1), cuyo abandono, durante sus largos años de peregrinacion por los mares, le remordia la conciencia. Encargaba á su heredero asignase opulenta pension á aquella compañera de sus dias oscuros, miéntras luchaba en Toledo con los rigores de su primera suerte. Parece tambien que se acusaba de ingratitud ú olvido hácia el objeto de su segundo amor, porque añade al legado que le hacía, estas palabras, que debieron pesar mucho á su moribunda mano:

«Y que esto se cumpla para descargo de mi conciencia, porque este nombre y este recuerdo pesan mucho sobre mi alma.»

Refiriéndose despues á su primera patria, á la que nunca hace olvidar la de adopcion, tuvo un recuerdo para la ciudad de Génova, de la que el tiempo habia arrancado su casa paterna, pero en la que quedaban algunos parientes lejanos suyos, como esas raíces que quedan en el suelo despues de cortado el tronco.

---

(1) Véase la nota de la página 24.

«Mando á mi hijo Diego—escribia—que mantenga siempre en la ciudad de Génova un miembro de nuestra familia, que residirá continuamente en ella con su esposa, y que le asegure honrosa existencia cual conviene á pariente nuestro. Quiero que este pariente conserve pié y nacionalidad en aquella ciudad, en calidad de ciudadano, porque allí nací y de allí he venido.

»Que mi hijo—añade con el sentimiento caballeresco de vasallaje y de infeudacion de la propia persona al soberano, que era la segunda religion de aquel tiempo,—que mi hijo sirva, en memoria mia, al Rey, á la Reina y á sus sucesores, áun á costa de los bienes y de la vida, puesto que, despues de Dios, ellos son los que me proporcionaron medios para hacer mis descubrimientos.

»Verdad es—dice en seguida con involuntaria amargura, parecida á una queja mal sofocada en su memoria—que desde muy léjos vine á ofrecerles, y que pasó mucho tiempo ántes de que se dignasen creer en el presente que traia á sus Majestades; pero natural era que sucediese así, porque se trataba de un misterio para todo el mundo, y solamente podia inspirar incredulidad. Por esta razon debo yo compartir mi glória con aquellos soberanos que fueron los primeros en fiar en mí.»

LXV.

En seguida reconcentró Colon todo su pensamiento en Dios, al que habia considerado siempre como su verdadero y único soberano; pareciéndole que dependia directamente de aquella Providencia, de la que sentíase, más que otro alguno, ministro ó

instrumento. Los dos resortes de su vida, la resignacion y el entusiasmo, no le faltaron en su muerte. Humillóse bajo la mano de la naturaleza y se irguió bajo la de Dios, al que siempre habia visto entre sus triunfos y reveses y al que veia más cerca en el momento de su partida de la tierra. Anonadóse bajo el peso de sus faltas y en la esperanza de su noble inmortalidad. Poeta de corazon, como se ha visto en sus discursos y en sus escritos, tomó de la poesía sagrada de los psalmos las últimas inspiraciones de su alma y los últimos balbuceamientos de sus labios, pronunciando en latin el supremo adios á este mundo, y entregando en alta voz su alma al Criador: siervo satisfecho de su obra y despedido del mundo visible que habia ensanchado, marchaba al mundo invisible para morar en el espacio inconmensurable de los universos infinitos.

LXVI.

La envidia é ingratitud de su siglo y de su soberano se desvanecieron con el último suspiro del grande hombre que fué su víctima. Los contemporáneos se apresuran siempre á expiar en los muertos las persecuciones con que afligen á los vivos. Tributáronse á Colon exequias reales; su cuerpo, y más tarde el de su hijo, despues de descansar en varios monumentos fúnebres en diferentes catedrales de España, fueron trasportados y sepultados, segun sus deseos, en la Española, como el conquistador en su conquista. Actualmente reposan en Cuba. Pero por incomprensible disposicion divina, ó por ingrata inconsecuencia de los hombres, de todas

aquellas tierras de América que se disputaron el honor de guardar sus restos, ninguna guarda su nombre.

LXVII.

Reúnense en Cristóbal Colon todos los caracteres del verdadero grande hombre: genio, laboriosidad, paciencia, oscura suerte vencida por la fuerza de carácter, perseverancia suave, pero inquebrable; resignacion al cielo, lucha contra las circunstancias, prolongada meditacion de su designio en la soledad, ejecucion heroica del pensamiento en la accion, intrepidez y serenidad ante los elementos en las tempestades y ante la muerte en las sediciones; confianza en el destino, no de un hombre, sino de la humanidad; desprecio de la vida al penetrar sin mirar atras en aquel Océano desconocido y lleno de fantasmas, Rubicon de mil quinientas leguas mucho más decisivo que el de César; estudio infatigable, conocimientos tan vastos como el horizonte de su tiempo; manejo hábil, pero honrado, de los corazones para atraerlos á la verdad; urbanidad, nobleza y dignidad en las formas exteriores, que revelaban la grandeza de alma y que atraian ojos y corazones; lenguaje elevado, como los pensamientos; elocuencia que convencia á los reyes y domaba las sediciones de los marineros; poesía de estilo, que ponia sus relatos al nivel de las maravillas de sus descubrimientos y de las imágenes de la naturaleza; amor inmenso, ardiente y activo á la humanidad hasta relegado en aquel alejamiento donde ésta no recuerda nunca á los que la sirven; prudencia de legislador y templanza de filósofo en el gobierno de

sus colonias; cariño paternal hácia aquellos indios, niños de la raza humana á quienes queria dar en tutela al viejo mundo, y no como esclavos á opresores; olvido de las injurias, magnanimidad en el perdon á sus enemigos; religiosidad, en fin, virtud que comprende y diviniza todas las demas, cuando llega al grado en que la atesoraba el alma de Colon; presencia constante de Dios en su espíritu, justificacion en la conciencia, misericordia en el corazón, gratitud al Señor en los triunfos, resignacion en los reveses, adoracion siempre y en todas partes.

Ninguno conocemos más completo, y pudiera decirse que comprende muchos en uno solo. Digno era de personificar el mundo antiguo ante aquel mundo desconocido, al que iba á ser el primero en abordar, llevando á aquellos hombres de otra raza todas las virtudes del viejo continente, sin uno solo de sus vicios. Inmensa fué su influencia en la civilizacion. Completó el universo y terminó la unidad física del globo, adelantando infinitamente más de lo que habia adelantado hasta entónces, la obra de Dios, LA UNIDAD MORAL DEL GÉNERO HUMANO. Esta obra, á la que Colon contribuia en medida tal, era, en efecto, demasiado grande para que obtuviese por recompensa la imposicion de su nombre al cuarto continente de la tierra. No lleva su nombre América; pero el género humano, que él aproximó y reunió, lo proclamará siempre en todo el globo.

GUTTENBERG.

I.

La imprenta es el telescopio del alma. Así como el instrumento óptico llamado *telescopio*, aumentándolos, acerca á los ojos todos los objetos de la creacion, tanto los átomos como los astros del universo visible; así la imprenta acerca y pone en comunicacion inmediata, contínua, perpétua, el pensamiento del hombre aislado con todos los pensamientos del mundo invisible, en el pasado, en el presente y en el porvenir. Hase dicho que los caminos de hierro y el vapor suprimian la distancia, y decirse puede que la imprenta ha suprimido el tiempo. Gracias á ella, todos somos contemporáneos. Yo hablo con Homero y Ciceron; los Homeros y Cicerones de los siglos venideros conversarán con nosotros, de suerte que es posible vacilar ántes de decidir si la prensa tiene tanto de verdadero sentido intelectual que Guttenberg reveló al hombre, como de máquina material. Sin duda alguna, entran en ella papel, tinta, caracteres, cifras, letras que caen bajo el dominio de los sentidos; pero al mismo tiempo salen pensamientos,

sensaciones, moral, religion, es decir, una parte del alma del género humano.

Antes de hablar del inventor, examinemos el fenómeno.

L

No constituyen al hombre los sentidos solamente, puesto que los brutos los tienen como nosotros, y algunos infinitamente más delicados, más fuertes é infalibles que los nuestros. Al hombre lo constituye el pensamiento; pero el pensamiento existe en nosotros como si no existiese miéntras no se revela á sí mismo y á los demas por medio de la palabra.

Si la palabra no es el pensamiento, es su manifestacion necesaria y simultánea. Miéntras el hombre no pudo decir «¡Pienso!» no pensó; soñó, tuvo instintos, pero no ideas; inteligencia fué sin duda, pero inteligencia cautiva, aletargada en el silencio y la noche de los sentidos, á la manera que el fuego duerme en la pólvora, pero que no estalla hasta que poniéndose en contacto la chispa, le da llama, luz y libertad.

La chispa que da al pensamiento llama, luz, libertad, energía en el hombre y en la especie humana, es la palabra, es el *verbo*, como le llamaban los antiguos, que, bajo este nombre, hacian de una facultad verdaderamente divina, cierta cosa intermediaria entre el hombre y Dios. Razon tenian: la palabra es la revelacion del alma al alma. Ahora bien; ¿quién sino Dios podia hacer al alma, obra y misterio suyo, esta revelacion de sí misma?

Por esta razon no nos inclinamos á creer que la palabra nació espontáneamente como casual balbu-

ceo en los labios del hombre primitivo, que de siglo en siglo fué atribuyendo vagas significaciones á sonidos inarticulados y dando á los demás hombres, sobre el sonido, encadenamiento y significacion de estos vagidos humanos, lecciones que no habia recibido él.

Para llegar de esta manera desde el murmullo instintivo á la palabra, de la palabra al acuerdo unánime sobre el sentido de las palabras, del sentido de algunas palabras al verbo y á la frase, del verbo y de la frase á la sintáxis lógica, de esta sintáxis á la lengua de Moises, de David, de Ciceron, de Confucio, de Racine, necesario sería suponer al género humano más siglos de existencia en este globo de barro, que estrellas visibles é invisibles tiene la via láctea; necesario seria tambien suponerle innumerables siglos de embrutecimiento, durante los cuales, él, género humano, sér esencialmente moral é intelectual, habria buscado en vano, de la misma manera que los brutos, su instrumento de moralidad y de inteligencia, sin poder encontrarle hasta pasados millares de generaciones sin palabra, y por consiguiente sin inteligencia ni moralidad. ¡Muda y sorda la humanidad durante cien mil años!... Temeria blasfemar al creer este misterio.

Prefiero creer en el otro, es decir, en el misterio paternal del Criador inspirando por sí mismo á su criatura la palabra, el verbo, la expresión innata que á primera vista da á las cosas nombre apropiado á su forma y naturaleza; porque nombrar las cosas con su propio nombre, es verdaderamente ciarlas otra vez.

Sí; la primera palabra debió enseñarla á la primera lengua aquel que hizo la inteligencia y el sentimien-

to para comunicarse, el pecho para que vibrase el sonido de todas las fibras tensas y conmovidas de nuestras pasiones á manera de clave interior, completo siempre, que llevamos en nosotros mismos; el que hizo la lengua para articular, los labios para pronunciar, y la voz para lanzar al exterior los ecos del alma.

De los restos de aquella lengua primitiva y perfecta, descompuesta merced á decadencias intelectuales, formaríanse sin duda las otras lenguas diferentes é imperfectas, á la manera que las piedras de un templo arruinado forman lentamente en el desierto albergues para las caravanas.

III.

Dada, encontrada ó inventada la palabra, muchos siglos habian de pasar aún ántes de llegar á este otro fenómeno: encerrar el pensamiento material é invisible en signos visibles y materiales, grabados en una sustancia palpable.

Este fenómeno es la escritura.

La escritura traslada el pensamiento de un sentido á otro.

La palabra comunica el pensamiento, por medio del sonido, de la boca al oido; la escritura se apodera al paso del impalpable sonido, lo trasforma en signos ó en letras, y comunica así el pensamiento de la mano á los ojos.

Los ojos lo comunican al alma por medio de esa relacion, perpétuamente misteriosa, que existe entre nuestra inteligencia y nuestros sentidos; y hé aquí convertida la palabra en visible y palpable, de invisible é inmaterial que era.

¿Hay milagro comparable á este?

Ignórase en realidad quién inventó la escritura. Todo lo que es casi divino es anónimo. Ningun hombre puede dar su nombre personal á un descubrimiento evidentemente colectivo y que pertenece á la humanidad entera; pero no puede dudarse que en esto obraron los hombres solos y no el mismo Dios.

Convertida la palabra en hecho, sólo restaba llevarla del oido á los ojos. Difícil era en verdad la obra; pero al fin era obra humana.

Por la escritura adquirió la palabra dos cualidades inseparables, que no habia tenido miéntras fué hablada y fugitiva como el sonido. La palabra escrita obtenia perpetuidad y trasmisibilidad, convirtiéndose, por tanto, en eterna y universal. Posible era ya conservarla siempre y escucharla en todas partes.

IV.

Desde el dia en que fué escrita la palabra, la humanidad, en perpétuo coloquio consigo misma, á pesar de la distancia y á pesar de la muerte, realizó progresos de civilizacion inmensos y casi no interrumpidos, quedando, como Dios, presente á todos los tiempos. Enriquecióse con el pasado, cultivó el presente y elaboró para lo venidero. Escribió sus ideas, sus cantos, sus historias, sus leyes, ciencias, artes, religiones, su tierra y su cielo. Dejó inmóviles, por decirlo así, sus ideas fugaces, é hizo los manuscritos de las instituciones.

La civilizacion de cualquiera comarca del globo casi siempre se resume en una sola manifestacion: el *libro*. El universo no fué otra cosa que *Biblias*.

Zoroastro, Moises, Confucio, Mahoma fueron, respectivamente, otros tantos libros, otras tantas civilizaciones, otras tantas morales, legislaciones, filosofías, dogmas, teologías, apoderándose sucesivamente del mundo ó disputándoselo para poseerlo. En la actualidad el mundo pertenece al libro más santo y universal.

Un millon de manos empuñaron la caña del egipcio, la pluma del griego, el stilo del romano; cogieron el papirus, la corteza del palmero, el pergamino de la Edad Media, el papel del europeo, y se apresuraron á grabar en todas las lenguas la palabra, convertida en objeto de fe para el espíritu, objeto de comercio para el arte, objeto de trasporte para la industria, y multiplicáronse los manuscritos en incalculable proporcion sobre la tierra.

La China, nuestra abuela en inventos, era la única que poseia, con una lengua tres veces más perfecta que las nuestras, una especie de estereotipia ó imprenta que vulgarizaba entre sus innumerables pueblos las ideas, la moral, las leyes y la religión. Fuera de allí, la mano del hombre era la única máquina del espíritu.

La profesion de copistas era de las más numerosas, distinguidas y lucrativas; manteniendo millares de ellos los libreros que revendian las copias, les pagaban el salario y realizaban ganancias sobre el pensamiento. En Roma y en las grandes ciudades de Grecia y Asia, existian barrios especiales donde se hacía el tráfico de las ideas y de la palabra escrita. Los ricos tenian esclavos escogidos, comprados á elevados precios y á los que trataban con más familiaridad que á los otros, exclusivamente dedicados á copiar para sus bibliotecas las obras célebres de la antigüedad ó de sus épocas. El Gobierno

mantenia considerable número para sus edictos, y los oradores para sus discursos. Más adelante, en el Bajo Imperio, los eunucos, raza degradada y privilegiada á la vez, fueron los encargados en Bizancio de copiar las obras maestras de la antigüedad griega, romana y hebraica. Ultimamente los monjes, copistas voluntarios, fueron los que se dedicaron, en el silencio de los claustros, á la multiplicacion de la palabra sagrada ó de la palabra profana, copiando y recopiando millares de ejemplares de la Biblia, del Evangelio y de los autores ilustres de la antigüedad, contribuyendo poderosamente al renacimiento de las letras.

De la misma manera que los esclavos y los eunucos, aquellos monjes, alimentados y vestidos gratuitamente en los conventos que fundaba y dotaba la munificencia de los reyes, de los grandes de la tierra ó de los fieles, podian dar á módico precio publicidad á los trabajos del espíritu, no necesitando salario, puesto que, enriquecida su órden religiosa con los dones y bienes de la religion, proveia á todas sus necesidades.

Muy poco despues, aquellos manuscritos, ocupacion de sus ocios para los monjes, profesion manual y comercial para los seglares, llegaron á ser objetos de arte que dieron ocasion á obras maestras de paciencia, de caligrafía, de miniatura, de dibujo á pluma y de colorido á pincel.

El arte de la imprenta, por perfeccionado que se encuentre hoy, no ha igualado aún, ni tal vez igualará nunca, á algunos de esos manuscritos sobre cuyas páginas, como sobre los templos de Jerusalen, de Roma ó de Colonia, han pasado millares de manos y se han consumido sucesivamente vidas enteras de religiosos ó de artistas.

Sin embargo, este medio de reproduccion de la palabra escrita tenía dos inferioridades inmensas relativamente á la imprenta. Era lento y caro; no producía suficiente número de copias para las necesidades del consumo indefinido de lectores, y únicamente podian tener bibliotecas los ricos.

Los resplandores del espíritu eran privilegios de la Iglesia, de los príncipes, de las cortes y de los afortunados de la tierra, no descendiendo jamás á las últimas zonas del pueblo. La sociedad tenía la cabeza en la luz y los piés en la sombra. Faltaba otra facultad á la palabra escrita: la rapidez.

El periodismo, que con vertiginosa velocidad la lleva en cortas horas y pequeño volúmen de un extremo á otro de cualquier imperio, no podia existir. La palabra era libro, nunca página; no se monetizaba bastante para circular de mano en mano en todo el universo, como el óbolo del día, y quedaban grandes vacíos y prolongados silencios en el coloquio del espíritu humano consigo mismo. Por consecuencia de esto, los progresos de la verdad, de la ciencia, de las letras, de las artes, de la política eran lentos, y quedaban suspendidos durante largos períodos.

V.

Tal era todavía en 1400 el estado de la palabra humana. Necesitábase una revolucion de la mecánica para preparar las innumerables revoluciones del pensamiento que la Providencia se reservaba realizar en la humanidad por mano de un oscuro mecánico; siendo lo más notable que este mecánico, cual si la Providencia le inspirase proféticamente

no obró el prodigio por casualidad ó cupidez, como tantos otros inventores. No, obrólo por piedad y con la santa pasion y conciencia perfecta de lo que queria realizar. Desde sus primeros años habíase dicho:

«Dios padece en la multitud de almas á las que no puede descender su santa palabra; la verdad religiosa queda cautiva en el corto número de libros manuscritos que guardan el tesoro comun en vez de propagarlo. Rompamos el sello que cierra las cosas santas, demos alas á la verdad, y que por medio de la palabra, no escrita con grandes gastos por la mano que se cansa, sino multiplicada como el aire por infatigable máquina, vaya á buscar á toda alma que venga á este mundo.»

VI.

El hombre que tan hermosas palabras se decia á sí mismo y se proponia el problema para resolverlo ó perecer en la demanda, era Guttenberg.

Juan Gensfleich Guttenberg de Sorgeloch nació el año de 1400 en Maguncia, ciudad libre y opulenta de las orillas del Rhin. Su padre, Freile Gensfleich, casó con Elsa de Guttenberg, que dió su nombre á su segundo hijo Juan.

Probablemente, si Maguncia, su patria, no hubiera sido ciudad libre, aquel hijodalgo no habria podido concebir ni realizar en ella su invento. El despotismo, como la supersticion, impone silencio, y habria ahogado el eco universal é irresistible que el genio del hombre meditaba crear á la palabra.

La imprenta y la libertad debian nacer en el mismo suelo y respirar el mismo aire.

Maguncia, Strasburgo, Worms y otras ciudades municipales del Rhin, se gobernaban entónces bajo la suzeranía del imperio, como repúblicas federativas, de la misma manera que Florencia, Génova, Venecia y otras repúblicas de Italia.

De tiempo en tiempo disputábanse la superioridad, como en todas partes, la guerrera nobleza, la floreciente clase media y el laborioso pueblo, que flotaba entre una y otra, halagado y oprimido sucesivamente. La vanidad ó el interés suscitaban luchas civiles, en las que unas veces quedaba la victoria por los patricios y otras por los plebeyos, dando por resultado vencedores, vencidos y proscritos. Esta es la historia de todas las ciudades, de todas las repúblicas y de todos los imperios. Maguncia era una miniatura de Roma ó de Aténas; pero los proscritos no tenian que cruzar los mares para alejarse de la patria; salian de las murallas, atravesaban el Rhin, los de Strasburgo dirigiéndose á Maguncia, los de Maguncia á Strasburgo, y esperaban que la fortuna favoreciese á su partido, ó les llamasen sus conciudadanos.

VII.

En estas luchas intestinas de Maguncia, el jóven Guttenberg, que combatia por la causa más santa á los ojos de un hijo, la de su padre, quedó vencido por la clase media, siendo desterrado, con todos los caballeros de su familia, fuera del territorio de la ciudad, quedando solas la madre y las hermanas en posesion de sus bienes, como víctimas inocentes á quienes no se imputaba el crímen de su nobleza. No fué

largo aquel destierro, quedando restablecida la paz con el regreso de los proscritos. Pero á los diez y nueve años de edad, en 1420, Guttenberg fué desterrado otra vez á consecuencia de vana querella sobre presidencia en las ceremonias públicas, con ocasion de la entrada solemne del emperador Roberto, acompañado del arzobispo Conrado, en Maguncia.

La ciudad libre de Francfort se ofreció esta vez como mediadora entre los nobles y plebeyos maguntinos, consiguiendo el regreso de los primeros, aunque en condiciones de igualdad con la clase media en las magistraturas del gobierno. Pero Guttenberg, bien porque su valor en la guerra civil le hubiese hecho más temible y hostil á la clase media, bien que su orgullo, alimentado con las tradiciones de raza, soportase con trabajo el peso de los plebeyos, ó bien que diez años de destierro y estudios en Strasburgo hubieran dirigido su pensamiento hácia un objeto más noble que vanos honores en una república municipal, se negó á volver á su patria.

Su madre, que desde Maguncia velaba por su hijo, pidió á la república le asignase módica pension sobre la renta de sus bienes confiscados; pero la república contestó que la negativa á regresar á su ciudad era declaracion de guerra por parte del jóven patricio, y que no pagaba pensiones á sus enemigos; quedando Guttenberg, que se obstinaba en su destierro voluntario y en su desden, reducido á vivir de los ocultos socorros de su madre.

Pero de tal popularidad gozaba ya en Strasburgo, merced á su carácter y á sus estudios, que pasando un dia el primer magistrado de Maguncia por territorio de la ciudad, los amigos de Guttenberg le prendieron y encerraron en un castillo, y no consintieron en devolverle la libertad hasta que Magun-

cia firmó un tratado por el que devolvia al proscrito su patrimonio.

Así, pues, aquel jóven, aquel gran tribuno del espíritu humano, que con su invento iba á destruir para siempre las preocupaciones de raza, y con el tiempo á devolver libertad é igualdad civiles á todos los plebeyos del universo, empezaba su vida, ignorada aún, por combates de castas contra el pueblo, á la cabeza de los nobles de su patria. Complácese la fortuna en estos contrastes. Pero creciendo, con la edad, la razón de Guttenberg, iba á reunir en estrecho abrazo aquel pueblo y aquellos patricios que se miraban como enemigos.

VIII.

La restitucion de sus bienes permitió al jóven Guttenberg satisfacer sus gustos literarios, religiosos y artísticos, viajando de ciudad en ciudad para visitar á los hombres de todas condiciones, célebres por su ciencia, su arte y hasta por su oficio. Gozaban entónces los artesanos en Alemania casi del mismo rango que los artistas, siendo aquella la época en que, apénas descubiertos los oficios, se confundian con las artes, y en que las profesiones más humildes producian sus primeras obras maestras, que se admiraban como prodigios á causa de la novedad.

Guttenberg viajaba solo y á pié, llevando á la espalda la maleta con su ropa y libros, como estudiante que visita las escuelas ó artesano que busca maestro.

De esta manera recorrió las orillas del Rhin, Italia, Suiza, Alemania y después Holanda; pero no

sin objeto, no como quien deja vagar su imaginacion al capricho de sus pasos, sino llevando siempre consigo su pensamiento fijo, cual voluntad inmutable movida por un presentimiento.

Este pensamiento fijo consistia en difundir con la Biblia la palabra de Dios sobre mayor número de almas; siendo por tanto la religion la que buscaba, en aquel jóven apóstol ambulante, criba sembradora que derramase en la tierra una sola semilla, é iba á encontrar sembrador de millares de granos diferentes. Gloria grande es para la imprenta que la religion y no la industria la haya dado al mundo. Solamente el celo religioso era digno de inventar el instrumento de toda verdad.

Ignórase qué procedimientos mecánicos combinaba entónces Guttenberg en su imaginacion; pero una circunstancia casual le hizo abandonarlos todos y acercó á su descubrimiento.

Encontrándose en Haarlem, en Holanda, el sacristan de la catedral, llamado Lorenzo Koster, con quien se habia ligado con amistad curiosa, le enseñó en la sacristía una gramática latina para la instruccion de los seminaristas, ingeniosamente reproducida por medio de caracteres tallados en una tabla de madera. El azar, ese revelador gratuito, habia engendrado aquel boceto de la imprenta.

IX.

El jóven y pobre sacristan de Haarlem estaba enamorado, y cuando en primavera paseaba los dias de fiesta fuera de la ciudad, entregándose á sus ilusiones, sentábase bajo los sauces, en las orillas de los canales. Llevando en el corazon la imágen de su

amada, complacíase, como todos los enamorados, en grabar con su cuchillo la primera letra del nombre de ésta y de su propio nombre enlazadas, como rústico símbolo de la union de sus almas y de sus destinos. Pero en vez de grabar aquellas letras en la corteza para que creciesen con el árbol, de la misma manera que se ven tantas cifras misteriosas en los linderos de los bosques y en las orillas de los arroyos, esculpíalas en pedacitos de sauce, despojados de la corteza, exudantes aún de savia primaveral, llevándolos á la que amaba en testimonio de recuerdo y esperanza.

Habiendo tallado un dia las letras en madera verde, y seguramente con más perfeccion que de ordinario, envolvió su obra maestra en un pedazo de pergamino y se le llevó á Haarlem. Cuando á la mañana siguiente desenvolvió el pergamino, quedó asombrado al ver perfectamente reproducida la cifra en él y en color oscuro, merced al relieve de las letras, cuya sabia habia exudado durante la noche reproduciendo la imágen. Esto fué una revelacion para él.

Talló otras letras en una tabla, reemplazó la savia con un líquido negro, y obtuvo la primera plancha de imprenta. Pero no podia imprimir mas que una página; faltaban la movilidad é infinita combinacion de los caracteres que los multiplican en proporcion indefinida segun las necesidades de la palabra escrita.

El procedimiento del pobre sacristan Koster hubiese cubierto la superficie de la tierra con planchas talladas en hueco ó en relieve, y no habria conseguido reemplazar una caja de imprenta móvil. Sin embargo, el gérmen del arte habia brotado en la sacristía de Haarlem, y dudarse podria en atribuir la

gloria á Koster ó á Guttenberg si en el uno no hubiese sido el invento completamente casual, como don del amor, y en el otro conquista de la paciencia y del genio.

X.

Al contemplar aquella tosca plancha, bróto la luz para Guttenberg. En su pensamiento la analiza, la descompone, la compone, la modifica, la disloca, la ajusta de nuevo, la invierte, la cubre de tinta y la somete á la presion de un tornillo. Extrañando el sacristan su largo silencio, presenciaba sin saberlo la eclosion de una idea incubada durante diez años en el cerebro de Guttenberg, que cuando se retiró llevaba un arte completo consigo.

XI.

Como aquel que posee un tesoro, y no duerme ni descansa hasta ponerlo en paraje secreto, salió Guttenberg de Haarlem á la mañana siguiente; remontó apresuradamente las orillas del Rhin, llegó á Strasburgo, se encerró en su laboratorio, construyó por sí mismo herramientas, tanteó, rompió, volvió á empezar, arrojó de nuevo, comenzó otra vez sus ensayos y consiguió al fin una prueba de impresion sobre pergamino con caracteres movibles horadados lateralmente con un agujerito, ensartados y reunidos por medio de un hilo á guisa de cuentas cúbicas de rosario, que en una faceta tuviesen en relieve una letra del alfabeto.

Alfabeto tosco, pero sublime; conjunto de veinti-

cuatro letras que se multiplicarán como las ovejas del patriarca y que concluirán por llenar el globo de caracteres, en los que encarnará un elemento nuevo é inmaterial: el pensamiento.

XII.

Dominado por el entusiasmo que le inspiraba el triunfo, durmió trabajosamente aquella noche, y tuvo un sueño, que refirió despues á sus amigos. Tan profético y próximo á la verdad fué aquel ensueño que, al leerlo, dudarse podria si fué presentimiento meditado de sabio despierto ó delirio febril de artesano dormido.

Hé aquí el relato ó la leyenda de aquel ensueño, conservado en la biblioteca del consejero áulico Beck:

«Un hombre de pálida frente, luenga barba y mirada fija, encontrábase delante de una mesa, con la cabeza apoyada en una mano, en una celda del convento de Arbogasto: aquel hombre se llamaba Juan Guttenberg. De tiempo en tiempo levantaba la cabeza y brillaban sus ojos como iluminados por luz interior; en estos instantes se pasaba la mano por la barba con rápido movimiento de alegría: y era que el solitario de la celda buscaba un problema cuya resolucion entreveia. De pronto levantóse Guttenberg lanzando un grito, grito que era expansion de un pensamiento por mucho tiempo comprimido.

»Juan corre á un baul, lo abre, saca un instrumento cortante, y en seguida, con nerviosos movimientos, comienza á tallar un pedacito de madera. Aquellos movimientos revelaban alegría y ansiedad, cual si temiese perder su idea, diamante que habia

encontrado y que queria tallar y fijar para la posteridad.

»Guttenberg trabajaba con febril actividad; cubríase de sudor su frente, y sus ojos seguian con fijeza el progreso de su obra. Así trabajó mucho tiempo, pero el tiempo le pareció corto.

»Al fin bañó la madera en un líquido negro, la colocó sobre un pergamino, y aplicó la mano cargando sobre ella todo el peso del cuerpo, é imprimió la primera letra que habia tallado en relieve. Contempló su obra, y de sus labios brotó otro grito, el grito de éxtasis del genio satisfecho; cerrando en seguida los ojos con tal beatitud, que podrian haberla envidiado los santos del Paraíso, cayó sobre un escabel.

»Cuando iba apoderándose de él el sueño, murmuraba:—¡Soy inmortal!

»Entónces tuvo un sueño que turbó su alma.

»Escuché dos veces—dice—dos voces desconocidas y de timbre distinto, que alternativamente me hablaban en el espíritu. Una me decia:

«¡Regocíjate, Juan, eres inmortal! ¡En adelante, y merced á tí, se propagarán todas las luces por el mundo! Los pueblos que viven á millares de leguas de tí, extraños á los pensamientos de nuestro país, leerán y comprenderán todos los pensamientos mudos hoy, y que por tí y por tu obra se extenderán y multiplicarán como reverberaciones del fuego. ¡Regocíjate, Juan, eres inmortal; porque eres el intérprete que esperaban las naciones para conversar entre sí! ¡Eres inmortal, porque tu descubrimiento va á dar perpetua vida á los genios que sin tí habrian muerto recien nacidos, y que por gratitud proclamarán sucesivamente la inmortalidad del que les inmortaliza!»

»Calló la voz y dejóme en el delirio de la gloria. Pero oí la otra voz que me decia:

«¡Sí, Juan, eres inmortal! ¡Pero á qué precio! ¿Por ventura el pensamiento de tus semejantes es siempre bastante puro y bastante santo para merecer que se entregue á los oidos y á los ojos del género humano? ¿No hay muchos, quizá el número mayor, que ántes merecerian mil veces ser ahogados y aniquilados que repetidos y multiplicados en el mundo? Con mucha más frecuencia es perverso el hombre que sabio y bueno: profanará el don que le haces, y abusará del nuevo sentido que le créas. Más de un siglo te maldecirá en vez de bendecirte. Nacerán hombres cuyo espíritu será poderoso y seductor, pero con soberbio y corrompido corazon. Sin tí, permanecerian en la sombra, encerrados en estrecho círculo, y solamente habrian acarreado desgracias á los más próximos y á sus dias; por tí, llevarán vértigo, calamidades y crímenes á todos los hombres y á todas las edades. ¡Mira esos millares de jóvenes pervertidos por libros cuyas páginas destilan los venenos del espíritu! ¡Mira esas jóvenes inocentes, infieles, duras para los pobres, merced á libros que les harán beber los venenos del corazon! ¡Mira esos padres avergonzados por sus hijas! Juan, ¿no es demasiado cara la inmortalidad que cuesta tantas lágrimas y angústias? ¿Deseas la gloria á ese precio? ¿No te estremece la responsabilidad que gloria tal hará pesar sobre tu alma? Créeme, Juan: vive como si nada hubieses descubierto. Considera tu invento como ensueño seductor, pero funesto, cuya ejecucion solamente sería útil y santa si el hombre fuese bueno... Pero el hombre es malo, y prestar armas al malvado, ¿no es participar de sus crímenes?»

»Desperté con el horror de la duda, y por un momento vacilé; pero consideré en seguida que los dones de Dios, si peligrosos algunas veces, nunca son malos, y que dar un instrumento más á la razon y á la noble libertad humana, era ensanchar el campo de la inteligencia y de la virtud, divinas las dos; y me dediqué, por consiguiente, á la ejecucion de mi descubrimiento.»

(*Sueño traducido por M. Garaud, en Strasburgo, del manuscrito original*).

XIII.

Abarcando Guttenberg con una sola mirada el inmenso alcance moral é industrial de su invento, comprendió que no bastarian para él su débil mano, corta vista y módica fortuna.

Experimentaba á la vez dos necesidades contradictorias: la de tomar auxiliares para los gastos y trabajos mecánicos, y la de ocultar á estos auxiliares el secreto y fin verdadero de aquellos trabajos, por temor de que, divulgada ó usurpada la invencion, le arrebatasen la gloria.

Fijó la vista en los nobles y ricos patricios que conocia en Strasburgo y Maguncia; pero como probablemente le rechazarian á causa de la preocupacion que dominaba entónces á la nobleza sobre el trabajo manual, preocupacion que no permitia al caballero convertirse en artesano sin degradarse, vióse obligado á degradarse él mismo, hacerse artesano, asociarse con ellos y confundirse con el pueblo para elevar al pueblo á todos los niveles de la moralidad y de la inteligencia.

So pretexto de trabajar en comun en obras de

maravillosa y nueva industria, como bisutería, relojería, talla y engaste de piedras preciosas, hizo un contrato de asociacion con dos vecinos acomodados de Strasburgo, llamados Andrés Dritzehen y Juan Riffe, bailío de Lichteneau, y despues con Fausto, platero y banquero de Maguncia, cuyo nombre confundido con Fausto, hechicero popular y maravilloso de Alemania, familiar de los misterios y confidente de los espíritus, hizo se atribuyese á la magia la invencion de la imprenta; y últimamente asocióse con Heilman, cuyo hermano acababa de fundar en Strasburgo la primera fábrica de papel.

XIV.

Con el fin de ocultar á sus socios por todo el tiempo posible el objeto real de la empresa, Guttenberg se dedicó efectivamente con ellos á várias industrias artísticas y secundarias. Continuando en secreto sus investigaciones mecánicas para la imprenta, trabajaba al mismo tiempo en público en diversos oficios. En Dritzehen enseñaba el arte de lapidario; pulimentaba por sí mismo el cristal de Venecia para construir espejos; tallaba estos cristales en facetas; engastábalos en marcos de cobre, y los enriquecia con figuritas de madera, representando personajes de la fábula, de la Biblia ó del Evangelio.

Estos espejos se vendian en la feria de Aquisgran, aumentaban los fondos de la sociedad y ayudaban á Guttenberg en los gastos secretos destinados á realizar y perfeccionar su invento. Para ocultarlo mejor á la inquieta curiosidad pública, que comenzaba á sospechar de hechicería á Guttenberg,

salió éste de la ciudad, estableciendo sus talleres en las ruinas de un antiguo monasterio abandonado, llamado convento de Arbogasto. La soledad de aquel paraje, habitado únicamente por mendigos de los arrabales, ocultó sus primeros ensayos.

En el fondo de aquellos espaciosos claustros, entregados á sus ocios para trabajos ménos secretos, se habia reservado Guttenberg una celda para él solo, celda cerrada siempre con llaves y cerrojos, y en la que nadie podia entrar. Creíase que se dedicaba en ella á dibujar los planos, arabescos y figuritas de la bisutería y marcos de espejos; pero en realidad pasaba los dias y las noches consumiéndose en insomnios y en fatiga para la aplicacion de su descubrimiento.

Allí tallaba en madera sus letras móviles; meditaba fundirlas en metal, y buscaba laboriosamente la manera de sujetarlas en ramas de madera ó de hierro para formar palabras, frases, líneas y páginas reproducidas en papel.

Inventaba betunes de colores, oleosos y secos á la vez, para la reproduccion de los caracteres; bruzas ó rodillos para extender aquella tinta sobre las letras, y tornillos y pesos para comprimir.

Meses y años consumía, al mismo tiempo que su fortuna, y con ella los fondos de la asociacion, en estas pruebas, ensayos, triunfos y reveses.

Habiendo construido al fin en pequeño una *prensa* que le pareció reunir todas las condiciones de la imprenta, segun la concebia entónces, ocultó el modelo bajo la capa, y entrando en la ciudad, fué á casa de un hábil tornero en madera y metales, llamado Conrado Saspach, que habitaba en la encrucijada Mercier, para encargarle la construccion en grande; y á la vez recomendóle el secreto, di-

ciéndole solamente que era aquella una máquina con la que se proponia ejecutar obras maestras de arte y de mecánica, cuyos prodigios se verian despues.

Cogió el tornero aquel modelo, lo examinó detenidamente con el desden que el artesano hábil suele mostrar por los bocetos, y le dijo con acento algo burlon:

—Lo que me pedís, messire Juan, es sencillamente una prensa.

—Sí,—respondió con tono grave y exaltado Guttenberg;—es una prensa en efecto; pero prensa tal que de ella ha de salir en inagotables raudales el licor más abundante y maravilloso para calmar la sed de los hombres. Por ella recobrará Dios su Verbo, y manará una fuente de verdad pura. Esa prensa será un astro nuevo que disipará las tinieblas de la ignorancia y hará que luzca sobre los hombres claridad desconocida hasta hoy.

Dicho esto, se retiró.

Nada comprendió el tornero de aquellas palabras, pero construyó la máquina y la llevó al monasterio de Arbogasto.

Aquella fué la primera prensa.

Al entregarla á Guttenberg, el tornero comenzó á sospechar algun misterio.

—Veo claramente, messire Juan,—dijo á Guttenberg,—que teneis en realidad comercio con los espíritus celestes, por lo que, en adelante, os obedeceré como á un espíritu.

XV.

En cuanto tuvo Guttenberg la prensa comenzó á imprimir.

Poco se sabe acerca de los primeros libros que salieron de su máquina; pero el carácter profundamente religioso del inventor no deja duda acerca de la clase de obras á que debió consagrar las primicias del arte. Segun todas las probabilidades, debieron ser libros sagrados.

El arte inventado para Dios, y por inspiracion divina, comienza siempre por Dios. Atestíguanlo así las impresiones posteriores de Maguncia: los divinos cantos de los Psalmos y la célebre Biblia latina fueron las primeras páginas que salieron en Maguncia de la máquina que inventara Guttenberg, y que se aplicó al uso de los afectos humanos más piadosos: el entusiasmo lírico por el Criador, y el gemido terrestre por nuestros destinos. La alabanza y la plegaria fueron, bajo las manos de aquel hombre piadoso y desgraciado, los dos primeros gritos de la prensa, por lo que debe ser perpétuamente glorificada.

No existen detalles ni en Strasburgo ni en Maguncia, donde los hemos buscado, sobre las primeras impresiones auténticas, porque, fuera por humildad ó por orgullo, Guttenberg no puso su nombre en ninguna de aquellas obras de tipografía.

Creian unos que se abstenia de firmar por sentimiento de modestia cristiana, que le impedia atribuir á nombre humano la gloria que referia por completo al divino inspirador de su invento; otros creen que no firmó porque en su época aquellas

impresiones eran obra industrial y servil que hubiese degradado á su familia y nobleza, haciéndole perder su rango en la patria.

Sabemos solamente, por un acta de donacion hecha á su hermana Hebele, religiosa en el convento de Santa Clara de Maguncia, que la puso en posesion de libros piadosos que habia impreso en Strasburgo, prometiéndola enviarle sucesivamente todos aquellos que saliesen de su prensa.

Empero grandes tribulaciones le esperaban al dia siguiente de su triunfo. Ya hemos visto que la necesidad de reunir fondos para su empresa le obligó á buscar socios; y la necesidad de auxiliares para los multiplicados trabajos de una grande imprenta le obligó á poner en conocimiento de aquellos socios y de otros muchos artesanos el mecanismo de su obra y hasta el secreto del procedimiento.

Cansados los socios de suministrar fondos para una empresa que, por falta de consumo, no lès remuneraba aún, se negaron á proseguir aquella obra ingrata. Rogóles Guttenberg que no le abandonasen en el momento en que ya tocaba á la fortuna y á la gloria, pero no consintieron en proporcionarle nuevos subsidios sino á condicion de entrar en participacion completa de todos aquellos misterios, de todos sus beneficios, de toda su propiedad y de toda su gloria, y por el éxito de la obra les vendió su fama.

Lo asociacion absorbió al inventor y desapareció el nombre de Guttenberg, quien al propio tiempo no era más que un artesano de su propio taller.

Las tripulaciones á quienes Cristóbal Colon dió un nuevo mundo le trajeron encadenado en su propia nave.

XVI.

No fué esto todo. Los herederos de uno de los socios le intentaron un proceso disputándole el invento, la propiedad y explotacion de la obra, y le llevaron ante los jueces de Strasburgo para hacerlo condenar á no sabemos qué despojo más formal y jurídico que el voluntario á que se había condenado él mismo.

Grande fué su vacilacion delante de los jueces. Erale necesario, para justificarse, entrar en detalles técnicos acerca de aquel arte que no quería divulgar aún por completo, deseando conservar al ménos para él solo el misterio de sus esperanzas.

Curiosos los jueces, le estrechaban con preguntas insidiosas, que por las respuestas hubiesen revelado el secreto de todos sus procedimientos.

Guttenberg las eludia, prefiriendo la condenacion á la divulgacion de su arte.

Queriendo los jueces conocer bien el invento que preocupaba la imaginacion del pueblo, citaron á los obreros de más confianza de Guttenberg y les intimaron declarasen lo que supieran; pero aquellos hombres sencillos y honrados, que estimaban profundamente á Guttenberg, se negaron á toda revelacion, quedando más segura en su corazon la propiedad de su maestro que en el de sus ávidos asociados. En virtud de esto, nada pudo saberse de los últimos misterios del arte.

Arruinado Guttenberg, condenado, expulsado quizá, se retiró solo é indigente á Maguncia para comenzar allí de nuevo sus trabajos y reconstruir su vida y su gloria.

Era jóven aún, y el ruido de su proceso en Strasburgo habia popularizado su nombre en Alemania; pero regresaba como artesano á una patria de la que salió como caballero. La humillacion, la indigencia y la gloria luchaban en su destino y en las miradas de sus conciudadanos; solamente le reconoció el amor por lo que habia sido y por lo que habia de ser algun dia.

XVII.

Hé aquí lo que sobre el particular dicen las tradiciones locales, y lo que atestiguan dos monumentos auténticos de los archivos de la catedral de Strasburgo del año de 1437, uno en el que consta que la señora Aneta de la Puerta de Hierro, esposa de Guttenberg, hizo un donativo á la catedral para tener derecho á inscribir su nombre en la lista de bienhechores, y asegurar por este medio sufragios para ella y sus descendientes; y el otro hace mencion de su fallecimiento.

Cuando los plebeyos vencedores de la nobleza expulsaron por segunda vez á Guttenberg, amóle una jóven, noble como él, de la ciudad de Strasburgo. Llamábase Aneta de la Puerta de Hierro, apellido de su casa, tomado sin duda de la posesion de algun castillo feudal de las montañas del Rhin.

Amóla Guttenberg tambien con la pasion ardiente, formal y caballeresca de aquellos tiempos de fidelidad, y mutuamente se prometieron por escrito el matrimonio.

No se creyó desligada de su promesa la jóven por la pobreza y desgracias de su amante, y le guardó su juventud, belleza y corazon.

Á su regreso al territorio de Maguncia, debia Guttenberg reclamar el cumplimiento de la promesa ó retirar la prenda de su propia fe que tambien habia jurado, pero no lo hizo. Sea que temiese arrastrar á Aneta, jóven, noble y honrada, á la humillacion é indigencia en que habia caido él, sea que el convencimiento de su degradacion por los trabajos mecánicos le hiciese indigno á sus propios ojos del rango feudal de su raza, imposibilitándole para aspirar á sangre noble, es lo cierto que Guttenberg no reivindicó la fe prometida, ni quiso retirar la suya, esperando la rehabilitacion y dias mejores de que hacer participar á la que amaba.

Su humildad y escrúpulos le hicieron resistir á las tiernas instancias de su prometida, y solamente pudo vencerlos intimacion jurídica hecha ante la magistratura de Strasburgo, para que cumpliese la promesa de matrimonio que habia jurado en otro tiempo.

Esta intimacion de Aneta de la Puerta de Hierro á su amante existe todavía hoy como el único monumento auténtico de su matrimonio.

Guttenberg cedió al fin á esta generosa violencia del amor, y se casó con Aneta. Sus hijos no vivieron.

La herencia y el heredero de los grandes hombres es su invento y el género humano.

Despues de la sentencia en el proceso de 1439, que dejaba á Guttenberg dueño de su secreto, condenándole solamente á pagar una indemnizacion á los herederos de Andrés Dritzehen, abandonó los claustros del monasterio de San Arbogasto, y volvió á la ciudad de Strasburgo, estableciéndose en la casa de Thiergasten y montando en ella su primera imprenta.

Tal vez sea curioso observar que el emplazamiento de aquella casa es actualmente la plaza del Liceo, cual si un gran designio hubiese señalado de antemano aquel paraje para que, despues de fijar las ciencias por la tipografía, fuese el destinado á su propagacion por medio de la enseñanza.

Cuando en 1446 se vió obligado Guttenberg á abandonar á Strasburgo, dejó en él las tradiciones de su arte en sus colaboradores y obreros iniciados en su invento y procedimientos; así es que vemos á Mentel ó Mentelin, notario público, que no se hizo inscribir ciudadano de Strasburgo hasta 1447, y á d'Eckstein, canónigo de la catedral, quienes, ayudados con fondos que suministraba el convento de los cartujos, y sin haber trabajado por sí mismos en aquel arte tan poco comun entónces, se establecieron tipógrafos y procedieron con grandísima celeridad á dar á luz una Biblia alemana.

Otras muchas obras aparecieron sucesivamente con la firma de la imprenta de Mentel, quien rápidamente se enriqueció, miéntras que, arrojado por la miseria, el desgraciado Guttenberg volvia fugitivo á Maguncia.

La fortuna, que habia aumentado la influencia de Mentel, y la rivalidad que subsistia entre las ciudades independientes de Maguncia y Strasburgo, favorecieron sus ambiciosos deseos de sustituir su nombre al de Guttenberg, consiguiéndolo tan por completo, que á los pocos años quedó olvidado ó voluntariamente separado Guttenberg y proclamado en Strasburgo Mentel como inventor del *arte divino*, estableciéndose fiestas en su honor.

XVIII.

De regreso en Maguncia, y libre de la miseria y ruina, merced á la mano de una mujer amada, como Mahoma por su primera esposa, entregóse completamente Guttenberg á su arte; asocióse con Fausto y con Schœffer, yerno de éste; montó sus talleres, y publicó, bajo el nombre de sus socios, Biblias y Psalterios con admirable pureza de caracteres.

Schœffer habia sido muchos años calígrafo, y habia hecho el comercio de manuscritos en Paris. Sus viajes y trato frecuente con artistas de esta ciudad, le habian dado á conocer procedimientos mecánicos para el empleo de los metales, que aplicándolos á la imprenta á su regreso á Maguncia, le suministraron medios nuevos para fundir en plomo las letras móviles en matrices de cobre mucho más precisas, dando de esta manera completa limpieza á los caracteres.

Por este nuevo procedimiento se imprimió el Psalterio, primer libro que lleva su fecha y que se dió á luz en 1457. Poco despues apareció la Biblia de Maguncia, reconocida como obra maestra del arte, impresa bajo la direccion de Guttenberg, con caracteres fundidos por el procedimiento de Pedro Schœffer.

El alcance de aquel nuevo arte, que empezaba por la vulgarizacion de libros sagrados, bajo los exclusivos auspicios de la Iglesia, escapó durante los primeros años á la corte de Roma, que vió auxiliares allí donde muy pronto habia de ver agresores.

«En el número de los beneficios recibidos de Dios

bajo vuestro pontificado, y por los que debemos alabarle,—dice una dedicatoria de aquel tiempo á Paulo II, soberano pontífice,—se cuenta este invento que permite á los más pobres comprar bibliotecas á bajo precio. ¿No es altamente glorioso para Vuestra Santidad que volúmenes que ántes costaban cien piezas de oro, no cuesten hoy más que cuatro y á veces ménos, y que los frutos del genio, presa en otro tiempo de los gusanos bajo el polvo en que quedaban sepultados, comiencen bajo vuestro reinado á resucitar y á extenderse con profusion sobre la tierra?»

La ciudad de Venecia prestó muy pronto sus prensas á las controversias religiosas, imprimiéndose en lengua slava las obras de Juan Hus en 1490, veinte años apénas despues de la muerte de Guttenberg.

Francia habia invitado en 1480 á los impresores alemanes á establecerse en Paris, distinguiéndose muy especialmente Luis XI por la cordial acogida que otorgó á la tipografía y la generosa proteccion que dispensó al nuevo arte.

En Paris se intentó un proceso contra Fausto por haber vendido Biblias impresas adornadas con viñetas, como manuscritas, á precios exorbitantes, y existe un recibo firmado de su mano en Paris en 1468, de un ejemplar de una obra de Santo Tomás de Aquino, vendido en el enorme precio de quince escudos de oro.

El Parlamento de Paris absolvió á Fausto, por indicacion de Luis XI, atendiendo á que aquellos libros eran producto de un invento nuevo desconocido aún en Francia. El mismo Rey desistió de sus derechos de fisco con ocasion de la muerte de Herman Statters, que vendía en Paris libros impresos por Schœffer, los cuales, segun las leyes de aquel

tiempo, eran propiedad de la Corona, por muerte de extranjero.

«Considerando—dice la ordenanza—la utilidad que obtiene y puede obtener la cosa pública del arte de la imprenta, tanto por el aumento de la ciencia como por otras causas, etc., etc., hemos condescendido liberalmente en hacer restituir la cantidad de 2.428 escudos y 3 soles torneses á los herederos, etc...»

Despues de los libros sagrados, el primero que se imprimió contenia las obras de Ciceron; no pensándose hasta el tiempo de León X, es decir, un siglo despues del invento de Guttenberg, en reglamentar y encadenar la imprenta.

XIX.

El banquero Fausto y el artesano Schœffer, los nuevos colaboradores de Guttenberg, no tardaron en sucumbir como Mentel ó Mentelin en Strasburgo á la tentación de apropiarse insensiblemente su gloria, su propiedad más halagüeña, porque es la inmortalidad, esperando, como tantos otros, engañar á lo porvenir, si no conseguian engañar al presente.

Despues de haber reconocido en una epístola dedicatoria del Tito Livio, traducido al aleman, impreso por Juan Schœffer, y dedicado al emperador Maximiliano, «que el arte de la imprenta habia sido inventado en Maguncia por el sublime mecánico Juan de Guttenberg,» olvidaron esta confesion, y siete años despues usurparon para sí mismos todo el mérito y honor del descubrimiento.

Poco tiempo despues, el emperador Maximiliano,

asimilando los impresores y compositores á una especie de sacerdocio del espíritu, les indultó de toda derogacion de nobleza atendiendo á la excelencia del oficio, ennobleciendo en masa al arte y los artistas; autorizóles á llevar vestidos bordados de oro y plata, que solamente los nobles tenian derecho á usar, y les dió por blason un águila con las alas desplegadas sobre el globo, símbolo del vuelo y conquista de la palabra escrita sobre el universo.

XX.

Pero Guttenberg no pertenecia ya á la tierra, y no pudo por tanto gozar de aquella posesion del mundo intelectual, religioso y politico que solamente habia entrevisto, como Moises, desde lo alto de sus visiones en el ensueño del monasterio de San Arbogasto.

Habiéndole despojado sus colaboradores de su propiedad y de su gloria, arrojándole la miseria por última vez de su patria, siguiéndole y consolándole solamente su amante esposa, fiel compañera en todas sus vicisitudes, privado de sus hijos por la muerte, viejo ya, sin pan y poco despues sin familia por el fallecimiento de Aneta, recogióle el generoso Adolfo, Elector de Nassau, quien le nombró consejero de Estado y chambelan, con objeto de gozar en honrosa familiaridad de la conversacion de aquel maravilloso genio que, más adelante, habia de departir con todos los tiempos y países.

Perpétuamente ilustrará á Nassau y á su príncipe el asilo otorgado á Guttenberg: hospitalidades refiere la historia que han dado la inmortalidad á los

príncipes ménos importantes y á los Estados más pequeños.

Guttenberg continuó imprimiendo con sus propias manos en Nassau, á la vista del Elector, que era su Mecenas, durante algunos años de paz y tranquilidad; pero murió á los sesenta y cuatro de edad, no dejándo herencia alguna á su hermana, pero dejando al mundo el imperio del espíritu humano descubierto y conquistado por un artesano.

«Lego á mi hermana—dice en su testamento—todos los libros que imprimí en el monasterio de San Arbogasto.»

¡Pobre inventor que solamente podia legar á la que le sobrevivia la riqueza de casi todos los inventores como él, su juventud consumida, sus persecuciones, su nombre desconocido, sus trabajos, sus insomnios y el olvido de sus contemporáneos!

XXI.

Así vivió y murió aquel grande hombre, pero su arte no murió con él.

Despues de su muerte se propagó la imprenta con la instantaneidad de la explosion.

En pocos años hubo prensas en todas las capitales de Europa.

Aquella fué la fecha de la civilizacion renaciente é indefinida.

Francia, bajo el reinado de Luis XI, Inglaterra, Holanda, Alemania, Venecia, Génova, Roma, Polonia, se apoderaron á porfía del nuevo invento para multiplicar sus libros sagrados y profanos.

Los judíos que residian en Constantinopla impri-

mieron en el año 1500 tratados de literatura rabínica, dando á conocer el nuevo arte en Oriente.

Pero hasta el siglo diez y ocho próximamente no se sirvieron de él por sí mismos los musulmanes.

En fin, Rusia estableció en 1500 una imprenta en Moscou, bajo la inspeccion del metropolitano, sirviéndose de operarios procedentes de Magdeburgo.

XXII.

Diríase que la humanidad ha de pagar con lágrimas sus progresos, y que el sufrimiento es ley fatal de todo grande adelanto.

La imprenta tuvo sus apóstoles y tuvo tambien sus mártires, entre los que descuella Estéban Dolet por el brillo de su talento, la pureza de sus costumbres y la atrocidad de su suplicio.

Estéban Dolet nació en Lyon en 1509, en la época en que comenzaba el renacimiento intelectual y literario, y cuando iban á comenzar tambien sus primeras luchas las controversias religiosas. Dolet era sabio como Guillermo Budé, poeta como Marot, y tal vez filósofo como Rabelais, pero sin mezclar á su filosofía el licencioso escepticismo del cura de Meudon. Puede hacerlo creer así la circunstancia de que aquel hombre ardiente y fogoso, que no ocultaba sus opiniones, que habia tomado por armas parlantes y símbolo de la accion de la imprenta un hacha ó dola atacando á un árbol nudoso, protestaba contra las doctrinas de Lutero, á pesar de haber sido condenado como ateo. A lo que parece, sus adversarios querian ahogar en él el raciocinio, y el hombre más bien que las creencias.

En aquel tiempo de pasiones y costumbres vio-

lentas, la vida de aquellos que consagraban sus fuerzas al desarrollo de la inteligencia humana, era una larga lucha en la que tarde ó temprano era preciso sucumbir.

Estudiante sucesivamente en Paris y Padua, secretario de Juan de Lanzeac, embajador del rey de Francia en Venecia, estudiante de derecho en la facultad de Tolosa, apénas tenía veinticuatro años Estéban Dolet, cuando por último argumento de sus discusiones, sus enemigos le hacian encerrar en un calabozo, de que le sacó en seguida la intercesion de Juan Pinus, obispo de Rieux. Asesinos pagados pusieron entónces asechanzas á su vida, y como á pesar de los peligros el intrépido jóven no abandonaba Tolosa, se consiguió un decreto del Parlamento para desterrarle (1533).

Entónces regresó Dolet á Lyon, donde despues de grandes esfuerzos obtuvo privilegio para imprimir sus *Comentarios de la lengua latina* (1535), obra de inmensa erudicion, que le pone al nivel de los Bembo, de los Scaliger y de los Erasmo, llevándole á mantener brillante plaza en el torneo abierto entónces sobre Ciceron.

Tan hermosos estudios quedaron interrumpidos por una tentativa de asesinato contra Dolet, quien mató valientemente á su agresor. Excelente pretexto fué este para los adversarios que ansiaban su pérdida, y le encarcelaron como asesino, siendo necesario para sacarle de la prision nada ménos que la voluntad absoluta de Francisco I, interesado en favor de Dolet, primero por su talento, y además, segun se cree, por la proteccion que le dispensaba la reina de Navarra. La munificencia real dió al sabio perseguido el título de impresor más extenso que se conocia entónces, como para indemnizarle en

lo posible de sus inmerecidos padecimientos (1537).

Desde aquella época salieron sucesivamente de las prensas de Dolet las obras de Marot y Rabelais, publicando además anualmente sus propias obras y los libros más ilustres de la antigüedad. Nuevas persecuciones vinieron en 1542 á interrumpir sus trabajos, quedando encerrado durante quince meses en la Conserjería de París, en virtud de várias acusaciones de herejía.

Ya no era jóven Francisco I y habia calmado su ardimiento en la proteccion de las letras. Un buen libro, una obra de arte, no bastaba ya para proteger á un artista contra sus fanáticos consejeros.

Roberto Etienne y Marot habian abandonado la Francia.

Tranquilo en su conciencia y aventurero siempre, Dolet no quiso imitarles.

En vano hacía quemar sus libros el Parlamento de Paris despues de haber tenido que absolverle en vista de la evidente nulidad de las acusaciones que le dirigian: no por esto abandonaba la lucha, y el escritor vengaba al librero.

De regreso en Lyon, publicó poemas sobre su cautiverio, y una traduccion de los *Diálogos* de Platon. Tanta energía habia de serle funesta al fin.

Aprisionáronle de nuevo en 1544, y desconfiando ahora de la imparcialidad de sus jueces, consiguió evadirse y refugiarse en el Piamonte. Pero el amor de su arte le trajo en seguida al lazo en que debia de caer.

Habia escrito al Rey cartas en verso implorando su proteccion, que ya le habia salvado otra vez, y no pudo resistir al deseo de vigilar por sí mismo la impresion de estas cartas.

Volvió, pues, secretamente á Lyon, pero sus ene-

migos acechaban la presa; y apoderándose de él, compareció ante la facultad de Teología de París, que le condenó como ateo relapso por párrafos de sus libros que protestó tres veces no haber escrito jamás, siendo sometido á tormento extraordinario *para enseñar á sus compañeros*, segun dice la sentencia condenatoria; en seguida le ahorcaron y quemaron en la plaza Maubert, siendo reducidos á cenizas su cuerpo y sus libros, y confiscados sus bienes.

Solamente tenía treinta y siete años Dolet, y murio con tanto valor como habia vivido, dejando en la indigencia á su esposa é hijo.

XXIII.

Dado estaba el impulso, y estas persecuciones solamente podian servir para ilustrar el nuevo invento sin detenerle una hora. Los mismos soberanos se honraron grabando é imprimiendo con sus manos los libros antiguos que se encontraban, cual si esta participacion manual en la vulgarizacion de las obras maestras del genio les hiciese participar del genio mismo. El pensamiento fué rey y reinó sobre los reyes.

María de Médicis, esposa de Enrique IV, dibujaba é imprimia estampas para ediciones reales. Esta Reina regaló á Felipe de Champagne una figura de jóven grabada por su propia mano.

Luis XV en su juventud, convirtiendo el arte en curiosidad instructiva, imprimió en su propio palacio un *Tratado de geografía europea.*

Los grandes impresores de los siglos que sucedieron al de Guttenberg fueron al mismo tiempo artistas, sabios y escritores, que exhumaron la anti-

güedad toda entera, la comentaron, la explicaron é interpretaron para las nuevas sociedades. La historia renació con la imprenta.

Desde Guttenberg hasta nuestros dias han existido escuelas, tradiciones y generaciones de impresores célebres, como existieron escuelas de pintores, escultores y filósofos.

Los tipógrafos, honrados á justo título con el nombre de compositores, participaron de la gloria que sus ediciones de los autores griegos y latinos restituian á los poetas, historiadores y oradores del mundo antiguo; formaron parte, por decirlo así, de la familia de aquellos hombres de genio, y constituyeron poderes sucesivamente honrados, temidos, recompensados ó perseguidos por los gobiernos segun que estos gobiernos eran hijos de la luz ó de las tinieblas.

Las impresiones de los Alde, de los Morel, de los Turnebe, de los Elzevir, naturalizaron estos nombres de la tipografía en el universo sabio por la limpieza de los caracteres, por la correccion de los textos y por el número de obras con que enriquecieron las bibliotecas.

La familia de los Etienne ocupó durante siglo y medio en París el pináculo del arte. Protegiéndoles los reyes, y principalmente Francisco I; perseguidos por la Universidad, guardadora tan celosa de sus ignorancias, como de sus verdades; aprisionada por la Iglesia por una edicion de la Biblia acusada de contener errores; refugiados en Ginebra y encarcelados otra vez en aquella metrópoli del calvinismo por impresiones que atacaban á la Reforma; llamados de nuevo á Francia; desterrados otra vez, trasladando sucesivamente sus prensas de Ginebra á París y de París á Ginebra, la historia de esta familia de im-

presores, dice M. Didot, es la del espíritu humano durante el Renacimiento.

Pero, durante estos cinco siglos, los procedimientos y las máquinas no hacen progresar ménos á la imprenta que las ciencias á las letras.

El arte tiene en los Bedoni de Parma y en los Didot de Paris, Fidias que esculpen en cierta manera para los ojos la forma material del pensamiento en caracteres y adornos de lujo.

Un Didot inventa en 1753 la prensa de un solo golpe; otro canta en un poema los progresos de su arte, y él mismo imprime su canto.

El tercero trae de Inglaterra la prensa de metal de lord Stanhope y la cilíndrica, que cual generacion perpétua de caracteres, produce la palabra escrita en torrentes inagotables, como lava del espíritu humano, para los periódicos y las tribunas.

El cuarto, en fin, Ambrosio Fermin Didot, escribe é imprime en nuestros dias, bajo el modesto título de *Ensayos sobre la tipografía*, la historia más erudita y completa del arte, del que á la vez es maestro é historiador.

La instruccion elemental de las masas da ilimitados consumidores á la palabra impresa, los ferrocarriles le abren camino, el vapor le presta alas, el telégrafo óptico le da señales; y, en fin, la reciente invencion de la telegrafía eléctrica le comunica la instantaneidad del rayo. Con más verdad que en el célebre verso de Franklin: «*Eripuit cœlo fulmen*,» y dentro de algunos años, una palabra pronunciada y reproducida en cualquier punto del globo podrá iluminar ó incendiar el universo.

Perfeccionado el invento de Guttenberg, la palabra, por la materia, volverá á ser tan inmaterial como cuando era únicamente pensamiento; pero

este pensamiento habrá llegado á ser universal y brotará de una inteligencia ó de una voluntad humana.

El espíritu se turba de admiracion ante las consecuencias futuras de estos inventos y ante el próximo reinado de la idea por la palabra.

Guttenberg ha espiritualizado al mundo.

Por mucho tiempo fué desconocido su nombre; por mucho tiempo le disputaron su gloria, pero es necesario recordar que su objeto no era la gloria humana. Habíale colocado más alto. ¡Que goce de él!

Tal es la suerte de los inventores, así en espíritu como en materia: piérdese el nombre, pero el beneficio se encuentra con sus consecuencias en el fondo más oculto de las cosas humanas, y Dios sabe á quién se le debe. ¿Qué importa el olvido y la ingratitud de los hombres, si el Juez supremo se lo premia?

JACQUARD.

Primera condicion de la historia es la veracidad, y la segunda es la medida en la apreciacion de estima y gloria que atribuye á sus héroes. No queremos convertir en poema ó novela la humilde vida pasada delante de un telar y herramientas de carpintería empleadas durante sesenta años en perfeccionar el paso de las lanzaderas entre la trama, y el juego de las poleas entre cuatro piés derechos; no queremos tampoco dar el nombre de grande hombre al pobre obrero en seda, sencillo, bueno y útil, sin más horizonte que el de su profesion, sin otras luces que las de su lámpara; pensador, sin embargo, ingenioso, obstinado en el descubrimiento, perseverante en la invencion y dotado de instinto tan exclusivamente mecánico, que los talentos superiores que le oian hablar sobre asuntos distintos á los de su oficio, se marchaban diciendo:

«Aquí no hay nada; esto es una máquina inventora de otra máquina.»

No pensamos de otra manera nosotros tampoco; no lo compararemos ni á Triptolemo, que inventa el arado alimentador de los hombres; ni á Platon·

que inventa ideas transformadoras de los filósofos; ni á Homero, que inventa mundos fantásticos, poemas, sentimientos, imágenes, para vaciar en lágrimas de compasion y nobles sentimientos el pecho humano; ni á Arquímedes, que inventa fuerzas físicas capaces de levantar una montaña bajo la presion de un insecto; ni á aquel Fidias que inventa lo bello en las formas de los templos, para contener la belleza suprema en la idea, los dioses; ni á Cristóbal Colon, que inventa un mundo; ni siquiera á Montgolfier, que inventa la navegacion aérea, cuyas alas desplegarán un dia los hijos de nuestros hijos y recogerán nuevas civilizaciones.

No, rebajar sería la gloria y gratitud del género humano aplicar la misma palabra á inventos tan diferentes. Para el grande hombre, la inmortalidad; para el hombre sencillamente útil á sus semejantes, el aprecio de su profesion, de su pueblo, de su época y una línea en la historia de su arte: esto es cuanto se le debe y con lo que se le paga. Escribimos aquí el nombre de Jacquard, el artesano de Lyon, para mostrar á los artesanos de todos los oficios manuales, tan numerosos é interesantes en nuestros dias, el escollo y á la vez el modelo del obrero.

II.

Manifestaremos desde luégo lo que más nos llama la atencion en la vida de este hombre, y es que la contemplacion del trabajo, de la miseria y decaimiento físico y moral del obrero industrial, le impulsaron á buscar medio de aliviar aquel suplicio y á meditar durante sesenta años su invencion. Esta es la pri-

mera leccion que resalta de la vida que vamos á escribir; leccion muy á propósito para hacer reflexionar al campesino que vive del oficio natural, eterno y universal, ántes de abandonar ese oficio de los oficios, que puebla el universo, que crea, que alimenta constantemente las poblaciones á que da orígen, para dedicarse en el seno de las ciudades á oficios manuales, precarios, pasajeros, inseguros, engendrados por el capricho y que otro capricho destruye, que suprime la invencion de una clavija ó la colocacion de una bobina en una máquina de tejer, y que devoran por millares las familias en cuerpo y alma so pretexto de mejor salario. Comparemos el obrero de la tierra con el obrero industrial, y la comparacion producirá asombro cuando no lástima.

III.

Habito en paraje próximo á ese gran taller moderno, á esa Sidon de la Francia, á ese Damasco de Occidente que llaman Lyon. Conozco bien la condicion y costumbres de esa *tribu de párias europeos* llamados *canutos*, por no sé qué degradante asimilacion con la canilla, utensilio de su oficio, ó por no sé qué cinismo de lenguaje; término trivial que parece envolver el sentido de alguna enfermedad de raza ó antigua maldicion de la suerte.

Por otra parte, habiendo nacido y vivido la mayor parte de mis dias entre campesinos, en país montañoso y pobre, en donde escaso el suelo, pobre, pedregoso é ingrato, solamente produce lo que se le arranca, conozco igualmente bien la condicion y costumbres del trabajador de la tierra. Pues bien:

dignaos acompañarme en espíritu y por un momento al taller industrial de Lyon ó al taller de Dios: el campo. Cuantas veces los he comparado con el pensamiento, no he podido ménos de repetir aquellos versos de Burns, el poeta mozo de labranza:

«¡Si ciudades hizo el hombre,
Las campiñas hizo Dios!»

IV.

Entremos en el arrabal de Lyon. Techos ennegrecidos por el humo de las máquinas y el vapor de las calderas en que se tiñen lanas y sedas, apénas sobresalen de la niebla; miasmas densos, visibles, pesados, se extienden sobre las casas, y en vano se esfuerza en arrojar á las colinas aquellos jirones de bruma el fresco viento que sigue la corriente de dos rios. La fresca brisa del Ródano y del Saona sólo consigue arrancar al sol escasos y pálidos rayos que resisten manchar su luz con el contacto del inmundo aliento de una ciudad de fuego y humo.

A derecha é izquierda de este arrabal, dañada artéria de cuerpo enfermo, álzanse calles trepadoras, estrechas, tortuosas, interrumpidas por escalones de piedra, encajadas entre casas de cuatro ó seis pisos, que se disputan el aire y la luz, y que no teniendo en el suelo bastante amplitud para extenderse, á porfía se alzan buscando espacio en el cielo.

Millares de ventanas sin balcon ni entablamento horadan las paredes ennegrecidas y con manchas verdes, y en aquellas ventanas no se ve el tiesto de flores, imagen consoladora del mundo vegetal, que trae un recuerdo ó regala perfume á la muchacha,

ni la jaula en que revolotea el pájaro del niño. La mayor parte de estas ventanas carecen del vidrio que tamiza la luz, reemplazándole, para que el sol no devore el color de las telas, hojas de papel engrasado á las que la lluvia da tinte amarillo. Rotos por el viento ó el granizo, algunos papeles de éstos flotan á pedazos en las ventanas, produciendo el ruido muerto de las hojas secas, único murmullo de aquellas sombras que jamás vegetan, y que imprimen á las casas tal aspecto de indigencia, de ruina y catacumba que comprime el corazon en el pecho y hace apresurar el paso al transeunte para buscar luz y vida. En aquellas casas no se oye otro ruido que el monótono y candencioso de la lanzadera, de los rodajes y poleas que golpean, rechinan y silban en todos los pisos, sin dejar al transeunte el intervalo de una respiracion; sordo y perpétuo roce de los leñosos músculos y nervios de la avaricia y de la industria, movidos por invisible resorte en el autómata ó esqueleto de la ciudad muerta.

V.

Quien penetre en aquellas casas ú hormigueros humanos, encontrará primeramente larga, estrecha y oscura bóveda á que se da el nombre de portal; bordéalo por ambos lados fétida y húmeda canal por la que corre el sudor de la casa al arroyo de la calle. Deslízanse los piés en el blando lodo que sin cesar producen el sucio calzado de los vecinos y de los visitadores, los paraguas mojados y las podredumbres amontonadas en aquel suplemento de sumidero, pórtico de cloaca. Conduce el portal á una escalera comun á los doscientos habitantes que pueblan la

casa; desgastados sus peldaños por el roce de herrados zapatos, sudan como el suelo del portal, fétida humedad. En cada meseta de esta escalera, puertas entreabiertas dejan escapar emanaciones subterráneas de otras alcantarillas. Junto á estas puertas y al olor de estas inmundicias, otras ocho ó diez, herméticamente cerradas, sólo dejan oir en el interior vagidos de niños é impaciencia de las madres interrumpidas en su trabajo por aquellos devoradores de sus pechos. El sordo golpe de los peda les del telar que nunca reposa bajo los pies de la hermana, del hermano ó del padre, es el único que interrumpe el llanto de los niños. Subid, bajad, recorred los pasillos de aquel laberinto sin guia; en todas partes encontraréis el mismo aspecto, el mismo murmullo, igual melancolía: ¡inmensa cárcel del trabajo con invisibles carceleros!

VI.

Si mirais por una puerta de las que entreabre el fabricante que viene á examinar la tela, á traer el dibujo ó á pagar la semana, vereis habitaciones desnudas casi completamente ocupadas por el telar, picota de la familia. Madejas de seda tapizan las paredes; pilares de madera, cuerdas, poleas, hilos, bobinas, lanzaderas, cilindros, cartones llenos de agujeros, contrapesos y palancas muévense con estrépito bajo la mano del obrero encorvado ante la trama, miéntras le ayudan sus hijos delante de un telar igual, sobre cuyo cuadro están extendidas las hebras de seda, que las hijas suben y bajan sucesivamente con maquinal movimiento. Toda la familia sotenta en el rostro y actitudes el sello de la profe-

sion sedentaria, encerrada, inmóvil, que es su tortura en aquella celda del trabajo: pequeña estatura torcidas piernas, rodillas gruesas, piés largos, hombros altos, pecho deprimido, brazos delgados, dedos secos, cóncavas mejillas, tez amarilla y ojos empañados. El rostro dulce pero sin virilidad en el hombre, sin atractivo en la mujer, parece haber contraido en la monotonía y reclusion del oficio como un estupor mecánico petrificado en las facciones. Trivial y triste sonrisa vaga por los gruesos labios, y los ojos salientes, redondos y desmesuradamente abiertos expresan perpétuo asombro. La voz es cascada, y hasta el lenguaje especial de esta raza separada del resto de la poblacion merced á su exclusiva cohabitacion consigo misma, no se parece al lenguaje que se habla en la calle, sino que tiene ideas, palabras, jergas, proverbios y acentos que le hacen lengua muerta ó impenetrable para el resto del pueblo; es doliente como el gemido, canta como la cautividad y se lamenta como el tedio eterno de la monotonía: bastaria por sí sola para revelar los sufrimientos de una tribu á todas las tribus de la tierra: tribu que trabaja en la sombra como el tejedor en su cueva, cuyo trabajo, igual siempre, no ejercita la inteligencia ni el corazon, y reduce la existencia de un hombre á un movimiento solo, eternamente repetido desde la cuna al sepulcro.

El canuto apénas se separa del telar para comer, devorando el pan y la salazon en la punta del banco; teniendo allí delante de los ojos constantemente el instrumento de su jornal y de su suplicio: este es el último objeto que hiere su vista cuando se duerme: este es tambien el primero que ve al despertar. Su mujer y sus hijos no tienen tampoco otro hori-

zonte; y apénas penetra la luz en la buhardilla por entre la niebla de la mañana, cada cual ocupa el puesto y coge el hilo de la víspera, y el gemido de los rodajes y poleas en todo aquel negro cuartel anuncia á la calle que ha empezado nuevo dia para el mismo pueblo.

Solamente el domingo interrumpe con reposo tan igual como la faena, la monotonía de esta vida. El obrero cambia de ropa, apoya los codos en la ventana para hablar con el obrero de otro piso ó de la fachada opuesta, y se les oye sin comprenderles. La mujer, las hijas, los hermanos y los aprendices salen con trajes de fiesta, mezclándose muy poco con otros grupos de la poblacion; véseles salir de las iglesias, recorrer las calles á lentos pasos y en familia como los forasteros, mirándolo todo y asombrándose de la luz y movimiento de la ciudad. Por la tarde se dispersan por los caminos y terrenos baldíos de los alrededores de Lyon; siéntanse sobre la polvorienta hierva, sobre los surcos ó en las orillas de los senderos, y contemplan melancólicamente la postura del sol detras de las verdes colinas del Saona. Algunas veces atrae el baile á los mozos y á las muchachas; el ocio lleva al padre y á la madre al ventorrillo frecuentado únicamente por los de su profesion, y poco despues vuelven todos con lento paso á la oscura calle, á la alta habitacion, para comenzar al dia siguiente la misma alternativa de trabajo y de descanso.

A fuerza de años y de economía sobre el pan cotidiano, consiguen algunos reunir escasos ahorros que les permiten comprar uno ó varios telares y alrededor de ellos explotar parsimoniosamente el trabajo de sus aprendices, como los fabricantes explotaron su juventud. A su vez llegan á ser fabricantes;

se enriquecen; toman casa en la ciudad; abandonan la parda blusa del canuto para vestir el ámplio gaban del negociante; acumulan ahorros sobre ahorros; se naturalizan en dos ó tres generaciones en la honrada y laboriosa clase media de Lyon, á la que llevan y en la que conservan la exagerada economía que es á la vez la virtud y el vicio del trabajo enriquecido. Estos no aprecian al hombre, lo numeran, teniendo un signo único y cabalístico para medirlo todo aquí bajo: la fortuna. Para ellos no existe otra cosa que lo que pesa en la mano y lo que suena sobre el mostrador, son idólatras del metal, y como les ha costado tanto adquirir oro, consideran impiedad gastarlo.

Pero estos son poco numerosos. La mayor parte consume en la manutencion de la familia el jornal de los dias felices; y cuando el trabajo cesa y desaparece el jornal, los padres y los hijos se aprietan el cinturon para sentir ménos el vacío del estómago, desparramándose en grupos indigentes de mujeres y niños por las calles de la ciudad y por las lejanas campiñas del Forez ó de la Bresse, cantando las tristes coplas de la miseria bajo las ventanas de los ricos, y comiendo sin murmurar el pan del invierno hasta la vuella del trabajo.

Algunos, cuando llegan á la vejez, precoz siempre entre ellos, se cansan del trabajo, se entregan á la intemperancia y mueren en los hospitales. Entiérranles en la fosa comun, existe una boca ménos en la familia y el telar continúa moviéndose á la mañana siguiente. ¡Esta es una raza de hombres! y así era la vida del obrero en Lyon apénas hace cincuenta años.

VII.

La vida del bracero, del habitante pobre de los campos, es al ménos vida humana, en comparacion de la maquinal del obrero en seda ó algodon de las ciudades. El del campo no tiene que abandonar su suelo, ni su sol, ni su casa para encerrarse entre cuatro paredes. Las raíces del árbol están á sus piés, las del hombre en el corazon; y es mucho para el hombre verse desarraigado en su savia. El bracero de los campos crece donde nació, y los sentimientos y costumbres de familia, de vecindad, de parentesco, de paisanaje, le forman una atmósfera de afecciones innatas crueles de romper y difíciles de reformar; no viéndose nunca en la necesidad de secuestrarse de la naturaleza física, medio necesario para que el hombre se vea sano y perfecto. Sobre la cabeza tiene el cielo, el suelo á sus piés, el sol en los ojos, el aire en el pecho, vasto y libre horizonte ante sus miradas: el espectáculo quizá no muy elocuente para él, pero perfectamente nuevo, del firmamento, de la tierra, del dia, de la noche, de las estaciones, alimenta sin palabras, pero sin cansancio, los sentidos, el corazon y el espíritu del campesino. Rudos son sus trabajos, pero variados, exigiendo mil aplicaciones diversas del pensamiento, mil actitudes diferentes del cuerpo, mil empleos de horas y de brazos: cavar, labrar, sembrar, escardar, segar, levantar vallados, construir tapias, criar, alimentar, cuidar los animales domésticos, trillar, aventar, recoger el grano, vendimiar, pisar la uva, recolectar el fruto del nogal y del castaño, secar las cosechas, guardarlas para el invierno, regar los

prados, vigilar las exclusas del molino, limpiar los estanques, uncir y desuncir los bueyes, trasquilar las ovejas, prensar la leche de las cabras, cortar leña para el hogar, reparar el techo de la casa, trenzar mimbres, cardar el cáñamo, cuidar el gusano de la seda, hilar la lana durante los dias de nieve, son otras tantas ocupaciones que, dando variedad al trabajo del bracero, le hacen amarlo y truecan la fatiga en interes, y á veces en verdadera pasion por la obra.

Casi todos estos trabajos se ejecutan al aire libre y en plena luz, salud y alegría del hombre. En el campo el hombre no es máquina, es hombre desplegando en él su emulacion, orgullo, destreza, fuerza, exactitud, habilidad; en el campo es activo y asiduo, pero no esclavo; siéntese libre y se mueve á su placer en el inmenso taller rural abierto ante sus pasos. Allí se hace robusto y permanece sano; luchando sin cesar con las fuerzas de la naturaleza, ejercita las suyas; tiene la altivez y el valor de su libertad, y se encuentra dispuesto para todo. Cuando se ha desarrollado en el rudo ejercicio de los trabajos campestres, el sable y el fusil le parecerán ligeros despues del arado y el azadon, siendo tan útil para defender su pais como para fertilizarlo. Da virilidad á sus facciones el sello de salud, vigor, franqueza, libertad y modesta fiereza que ostenta su rostro. Mira de frente, camina erguido, habla recio y respira á plenos pulmones, no temiendo ni envidiando á nadie. Colocad juntos un obrero en seda de Lyon y un campesino de Auvernia ó de los Alpes, y comparad hombre con hombre: el uno os regocijará; os entristecerá el otro, al ver que la raza humana ha producido tanto raquitismo al lado de tanta majestad.

VIII.

Tampoco es comparable la miseria de los campos á la de las ciudades manufactureras; experiméntase privaciones en ellos, pero casi nunca desnudez y hambre. Si el hijo del cultivador no posee alguna herencia que cultivar, fácilmente se coloca como criado ó como jornalero en la granja del colono ó en el campo del propietario. Criado, puede economizar todo el salario; jornalero, puede economizar todo el jornal. El alimento y vestidos se encuentran tan baratos en los campos, que son casi gratuitos para el jornalero sóbrio. En pocos años puede comprar un pedazo de terreno y construir en él, casi solo, casa y establo. Esta es la posicion de casi todas las familias de cultivadores en los países montañosos. Dos ó tres mil pesetas de tierra inculta bastan para mantener al padre, la madre y los hijos hasta la edad en que éstos entran al servicio de los propietarios vecinos para ganar y economizar á su vez. Algunas veces mueren de hambre personas en la ciudad, y esta es legítima censura á la civilizacion; jamás se muere de hambre en la choza del campesino. Necesítase tan poco suelo para producir el pan del invierno, el maíz, la patata, la castaña, el alforfon para las gallinas, el trébol para la vaca, la hierba para la cabra, la leña para el hogar y la paja para el lecho, que casi es desconocido el grito verdadero del hambre. Cuando se escucha en los campos el lamento de la miseria, todo el mundo sale á la puerta con un pedazo de pan en la mano; Porque el campesino avaro de dinero, tiene el corazon abierto para socorrer en especie á aquellos

cuya indigencia conoce. Pero la miseria extrema que reclama alimento no la conoce el trabajador activo ni su familia, manifestándose solamente en las casas desprovistas de habitantes válidos, en las que algun viejo, algun enfermo, alguna viuda ó algunos huérfanos han quedado solos ó abandonados en el hogar desierto por la muerte de los hijos, de los padres ó de los esposos. Estas indigencias accidentales no pasan jamás del uno ó dos por ciento de la poblacion pobre, y por consiguiente, bastan holgadamente para socorrerlas las fuerzas caritativas de la poblacion propietaria.

IX.

En cuanto á la diferencia de bienestar físico y moral entre el obrero de los campos y el de los talleres, puede medirse con una sola palabra: aquél vive y muere en comunicacion con la naturaleza y con Dios, y éste vive y muere encerrado: aquél tiene por taller la tierra, las plantas, cariñosos animales, los árboles, las aguas y el sol; éste cuatro pilares de madera y una trama sin fin entre las paredes de perpétua prision. El uno es comparable al pobre insecto que hila su seda y muere; el otro es un sér que se incorpora con la mirada y el pensamiento á la creacion entera y que nada tiene que envidiar de cuanto ha dado Dios á la especie humana de duracion, actividad, inteligencia, sentimiento, sensaciones y felicidad. ¿En qué consiste que, á pesar de esto, generaciones enteras penetran diariamente en los talleres de las ciudades para aumentar esa tribu de la seda y morir sobre los telares? Esto es lo que mi inteligencia no ha podido

comprender jamás, porque es el misterio del oro, que hemos de renunciar á sondearlo: las ciudades tienen corrientes invisibles como el mar que arrastran las campiñas contra el escollo.

X.

El padre de Jacquard era un campesino, propietario acomodado en Couzon, pueblecillo inmediato á Lyon, cuyas canteras inmediatas al Saona suministran en grandes sillares una piedra compacta, roja como el granito egipcio, á las construcciones de la ciudad.

El campesino abandonó el techo paterno para alistarse en la fabricacion de la seda; no se enriqueció, y murió jóven, como mueren los obreros de su profesion; dejando á su hijo dos télares en herencia. Este hijo era Jacquard, destinado á inmortalizar su nombre en la ciudad.

Jacquard, cuya inteligencia era superior al trabajo manual en que se habia educado, soñó desde muy jóven dos cosas que hacen soñar á todos los hombres en la mañana de su existencia: el amor y la fama. Enamoróse de la hija de un armero de Lyon, amigo de su padre; el armero le concedió la mano de su hija, y Jacquard fué feliz. Claudina Boichon recompensaba con su gracia, ternura y docilidad á los caprichos algo extravagantes de su esposo la falta de la dote que su padre habia prometido, y que su mala fortuna le impidió dar. Poco importaba esto á Jacquard, que solamente pedia al matrimonio felicidad y la paz necesaria para proseguir los inventos mecánicos que constituían su vocacion innata. Todas las noches se dormia, y todas las ma-

ñanas despertaba con un proyecto nuevo para simplicar ó perfeccionar las herramientas de su arte ó de otro cualquier oficio. En vez de sentimientos y de imágenes, componian su poesía palancas, resortes, cilindros y rodajes que ponia en movimiento en su cabeza, haciéndoles producir todas las obras de la mano del hombre. En los artesanos, la poesía toma casi siempre formas de la mecánica. Los mecánicos son los poetas de la materia, que en vez de poemas y de dramas, hacen ejecutar evoluciones á pesos, contrapesos y poleas; y así como los poetas crean los movimientos del alma, los mecánicos crean los movimientos del cuerpo. Arquímedes y Vaucanson son los Homero y los Virgilio de esta poesía. En grado inferior, Jacquard pertenecia á esta raza creadora.

Ordinariamente nada puede hacer el mecánico sin la geometría y las matemáticas, siendo estas ciencias cifras de sus cálculos y términos por los que expresa su pensamiento. Pero las ciencias, que son el elemento principal de los espíritus vulgares, son sirvientes del genio, que pasa sin ellas cuando no las tiene á mano, ó las inventa por segunda vez, por su propia fuerza y para su propio uso Viva y paciente imaginacion, ese don de la naturaleza que los sabios de profesion afectan despreciar, es la única fuente de todos los grandes inventos que han cambiado la faz del mundo material. Las máquinas más bellas han salido completas de la cabeza de un artesano, de un alfarero, de un cardador de lana, de un marinero, de un tejedor de sedas, de un herrero ignorante, y no de la mano de los sabios. En este género, los talleres han producido más obrás maestras que las academias. Los pastores de la Caldea revelaron, descompusieron y recompusieron

pieza por pieza la gran máquina de los mundos, la astronomía. El azar y la imaginacion son el padre y la madre del invento; la ciencia solamente es la nodriza.

XI.

Jacquard no sabia nada y lo creaba todo. Hablando un dia con un cuchillero amigo suyo, y observando que la hoja del cuchillo pasaba por las manos de dos ó tres obreros ántes de que se engastase en el mango, quedó pensativo por corto rato ante el taller del artesano.

—¿En qué piensas?—le preguntó el cuchillero.

—Mañana lo verás, —contestóle Jacquard.

A la mañana siguiente llevó al taller de su amigo el plano completo de una máquina pue hacía sola en cinco minutos la obra de cuatro operarios en un dia. Demasiado pobre el cuchillero para hacer construir la máquina de Jacquard, se contentó con admirarla y guardarla en su taller como una obra maestra. Pocos dias despues, la rompieron los aprendices, temiendo que el invento del canuto de tal manera simplificase el trabajo, que suprimiese el jornal, y, por lo tanto, el pan de millares de obreros en cuchillería.

XII.

Habiendo sabido poco tiempo despues que las ciudades marítimas de Francia é Inglaterra prometian un premio al inventor del procedimiento más económico para tejer redes de pesca, meditó en ello

un domingo entero paseando solo por el campo. Por la tarde tenía el problema completamente resuelto en la cabeza; por la noche trazó el modelo de la máquina de hacer redes, y á la mañana siguiente presentó la máquina á su fabricante. Este ilustrado fabricante, M. Pernon, disuadió al obrero de su invento poco productivo, é inclinó sus meditaciones hácia el perfeccionamiento de los telares para seda, cuyo universal consumo prometia al inventor ilimitada gloria y fortuna.

XIII.

Mucho tiempo hacía ya que pensaba en ello Jacquard; arrastrándole á hacer aquellos esfuerzos de imaginacion motivo más noble que la fortuna y la gloria: la compasion que le inspiraban la miseria y padecimientos de aquellos hombres, mujeres y niños que dislocaban sus miembros y abreviaban su vida delante de telares imperfectos.

Desde aquel dia reconcentró su pensamiento con obstinacion en las combinaciones del telar para seda. Modificar aquel telar, verdadero suplicio físico de la numerosa clase de los obreros, obreras y niños condenados á él, era servir no solamente á la industria sino que tambien al género humano.

El trabajo de la seda, extendido desde el extremo de la India hasta el centro de Francia, es el jornal y el pan de muchos millones de hombres en la superficie de la tierra. Un insecto imperceptible tejiendo su tumba, ha trasformado, alimentado, asalariado, poblado y civilizado la tercera parte del globo. Nunca ha podido la economía política presentar á la admiracion de los hombres fenómeno

más vasto del trabajo debido á artífice más pequeño. Fijemos por un momento nuestra consideracion en este fenómeno para apreciar mejor el alcance del invento que debia aumentarlo más aún.

XIV

El gusano de seda se metamorfosea cuatro veces durante su vida de pocas semanas. Huevo, desarróllase en diez dias bajo un rayo directo de sol, del que sin duda toma los colores; larva, viste y arroja tres ó cuatro veces túnicas de diferentes matices en ménos de un mes, como para adornarse á su vez con los sedosos y brillantes tejidos que despues ha de elaborar para nosotros; obrero, hílase para sí mismo un sudario para envolverse y permanecer durante veinte dias oculto á todas las miradas; período en el cual realiza su misteriosa encarnacion bajo otra forma. El dia veintiuno, rásgase silenciosamente este sudario ó capullo; asómase una cabeza, aparecen alas, y sale á la luz una mariposa que busca su compañera para perpetuar la vida de la especie por medio del amor, esa inmortalidad de la creacion. La hembra deposita huevos del tamaño de la semilla de flor aérea, y despues el macho y la hembra mueren al mismo tiempo, seguros de revivir. Llega el hombre; apodérase del sepulcro vacío, rodeado del sudario amarillo ó blanco; humedécelo para descomponerlo, lo divide, y hé aquí la seda.

XV.

Al principio limitábase el hombre á recoger el capullo al pie de la planta, sobre la que lo habia hilado el insecto; pero muy pronto, queriendo la industria multiplicar el precioso producto, se apoderó del animal, estudió sus necesidades, sus costumbres, su alimento, su trabajo, y se asoció á él para producir juntos madejas más numerosas de su hilo de oro.

Las delicadas manos de las mujeres se encargaron de tocar cuidadosamente á estos imperceptibles artesanos de su adorno. Recogieron los huevos ó semillas para conservarlos en temperatura igual, incubáronlos en su propio seno, haciéndoles brotar por este medio el calor de su propia vida. Otras los abrigaron y los abrigan aún bajo su almohada; cogieron para ellos hojas verdes y tiernas, á propósito para que pudiesen roerlas sus invisibles dientes, y al cabo de algunas semanas vieron con encanto que el gusano extraia de su boca, como la abeja, líquida y dorada saliva, que, saliendo por dos orificios, por la voluntad del insecto, se reunia y solidificaba, y tomando enseguida al aire la consisténcia de la tela de araña, contorneábase en bóveda oval alrededor de la larva para servirle de nido, de túnica, de velo, de sombra, de lecho ó de tumba.

Despues de admirar aquel nido, las mujeres lo pesaron, y su ligereza les reveló lo delicado del tejido. Dividiéronlo, y al dividirlo apreciaron su solidez. Midiéronle, y su longitud las asombró haciéndolas ver su finura: el hilo de seda de un capullo se extiende sin romperse cerca de mil pasos. Las mu-

jores atendieron en seguida con toda suerte de cuidados á las dificultades, enfermedades y crudeza de estaciones que los climas ménos favorecidos oponían á la educacion, eclosion y alimentacion de su obrero natural. Por sí mismas hilaron la seda, que en seguida eclipsó todos los demas hilos groseros que se obtenian del cáñamo, del lino, del algodon, del vello de las plantas, de la piel de los animales, filaturas que hasta entónces habian sido las únicas de que podian usar para sus trajes y para su lujo. El invento de la seda tejida, teñida y recamada constituye una fecha en la historia de la humanidad.

XVI.

Como siempre, la última parte del mundo que visitó el nuevo invento fué Europa. El Oriente, cuna de todo por derecho de primogenitura en el género humano, en ideas, en filosofía, en religion, en artes, poseyó el gusano de seda mucho ántes que nuestros antepasados. Mil y setecientos años ántes de Jesucristo habian descubierto los chinos el gusano de seda, plantado el moral y fabricado los tejidos más maravillosos, y tambien los más usuales con el hilo animal del insecto. Las caravanas traian de China á la Persia y á la India el misterioso brocado, cuya materia ignoraban aquellos pueblos y con el que tapizaban, empleando *treinta mil colgaduras* los palacios babilónicos de Kosroes. Los chinos ¡pueblo de granito! que conocian la economía política más refinada ántes que Europa sospechase siquiera la influencia de la industria más rudimentaria en el destino de los pueblos, comprendian perfectamente el valor de aquel invento por su prepon-

derancia comercial en Oriente, haciendo por tanto un ministerio de él, como despues lo hicieron del té, y prohibiendo bajo pena de muerte revelar la naturaleza, eclosion, trabajo y exportacion de semilla al extranjero. Unicamente los indios y los persas se esforzaban en adivinarlo. Roma y el pequeño espacio alrededor del Mediterráneo, que la vanidad antigua llamó mundo romano, apénas conocia el nombre de la China, y solamente habia visto algunos jirones de seda que los persas ó los parthos habian traido hasta Tyro. Las mujeres de Tyro, que extraian de las venas de otro insecto ó molusco la púrpura con que teñian sus lanas, vieron estupefactas aquellas muestras de seda, presintiendo que aquel tejido destronaria la púrpura, triunfando un insecto de otro insecto. Pero la curiosidad natural de las mujeres hácia todo aquello que puede embellecerlas, es decir, la vanidad, prevaleció sobre el interes: las bellas tejedoras de púrpura de Tyro y Sidon deshilaron los pedazos de tela de seda que trajeron de la China los mercaderes del golfo Pérsico, hiláronlos de nuevo y formaron un tejido de seda y lana de mallas flojas, ligero como el aire y trasparente como el agua de su mar, destinado para el adorno de las reinas. A esta tela dieron el nombre de *viento tejido*.

XVII.

Mil doscientos años conservaron los chinos el monopolio con el secreto. Seiscientos años despues de Jesucristo, en la decadencia de Roma, gobernando Justiniano el imperio de Constantinopla, pudo

éste arrancar á la China aquel tesoro de la industria y de la civilizacion.

La China era tolerante entónces en materia de religion, permitiendo la introduccion de nuevas ideas y de dioses nuevos en el Imperio con tanta liberalidad filosófica, como rigor industrial desplegaba para impedir la exportacion á Occidente de sus elementos y procedimientos de trabajo. Predicábase allí libremente el Dios de los cristianos, y Justiniano mandó á China dos monjes persas de la religion de Cristo, so protexto de difundir allí la nueva fé; pero su verdadera mision era descubrir y traer á Europa el secreto de la seda. El comercio comenzaba á llevar todo el oro de Europa y de Asia á China, Persia y á las Indias, y Justiniano se alarmaba por el empobrecimiento del Imperio que se arruinaba por un tejido.

XVIII.

Llegaron los dos monjes á Pekin; residieron allí dos años; sorprendieron la naturaleza del insecto y los procedimientos de la fabricacion; adquirieron semilla de gusanos de seda y la ocultaron en dos báculos huecos que les servian para apoyarse. Por este medio salvaron el hurto de la suspicacia de los chinos, regresaron á Constantinopla, rompieron los báculos en presencia de Justiniano y depositaron la semilla en la falda de la mujer más bella entre todas las artistas, la emperatriz Teodora, Cleopatra del imperio griego, digna ama de un insecto que venía á hilar para las mujeres y los dioses el prendido de la belleza y los adornos de los templos.

No seguiremos á este arte más allá de su cuna.

Todo el mundo sabe con cuánta rapidez se propagó y qué obras maestras de tejido, recamado, riqueza, gusto, dibujo, color y relieve produjo en Persia, en Siria, en Italia y en Lyon. Los trabajadores en seda fueron lapidarios del tejido, y sus obras alcanzaron el precio de piedras preciosas.

Despues llegó el arte á su apogeo; la baratura y el uso de la seda descendió de las emperatrices y reinas á mujeres y hombres de condiciones más humildes, siendo hoy vestido y pan de innumerables familias. En la tercera parte del hemisferio crece el moral para alimentar el insecto. Cuatrocientos millones de hombres en la China; quinientos millones en el Thibet, la Tartaria y las Indias; cuarenta millones en Africa; treinta millones en el Asia Menor; veinte millones alrededor del Mar Negro y en las dos Turquías; millones de hombres en las islas del Archipiélago, en Grecia, en el Cáucaso y en las riberas del Adriático; veintiseis millones en Italia, Sicilia, Cerdeña y Saboya; ocho millones en Francia, desde Tolon á Lyon, plantan morales, crian el gusano, trafican en seda, la producen, la fabrican y la consumen. Por miles de millones hay que contar los obreros diferentes de esta agricultura y de esta industria, y el trigo mismo cubre ménos espácio sobre el globo que la sombra del moral (1).

---

(1) El lector extrañará, como nosotros, que en esta detallada enumeracion, algo exagerada sin duda, de los paises productores de seda, no haya tenido el autor una sola palabra para España, siendo ésta, como no podia ignorar Lamartine, uno de los países que más seda producen en Europa.—N. del T.

XIX.

Lyon, en Francia, y podria decirse actualmente en Europa, es la capital del gusano de la seda. Su pueblo, sedentario, rutinario y laborioso como el insecto cuya obra termina, extiende en tejidos por el universo lo que el gusano hila en capullos, bastando apénas el uno al trabajo del otro. La perfeccion de los telares de Lyon nunca ha tenido rival en Europa. Más sufridos y económicos sus trabajadores, le han conquistado y asegurado, por la superioridad de la mano de obra y la baratura, el mercado del universo. El trabajo no tardó en llamar en su ausilio al genio de la mecánica, y la naturaleza hizo nacer este genio á su puerta en Vaucanson, hijo de Grenoble, á principios del siglo XVIII.

XX.

Vaucanson fué el Arquímedes de la Francia, y hubiese igualado al de Sicilia, si el invento de la pólvora de cañon en la China no hubiese sustituido á la fuerza mecánica para la guerra, una fuerza química que daba al hombre la potencia ilimitada del volcan.

Los primeros juegos de Vaucanson niño fueron milagros; su imaginacion desdeñaba imitar otra cosa que al Criador. En su *ánade* que nada, marcha, picotea, vuela, come y digiere; en su *luchador*, en su *flautista*, y más especialmente en su *jugador de dados*, organizó séres autómatas provistos de todos los músculos y de todos los movimientos de la na-

turaleza, á los que solamente falta el espíritu para estar animados. Europa exclamó «milagro,» y todavía repite despues de un siglo aquel grito de asombro.

El Gobierno mandó á Vaucanson á Lyon para que aplicase su incorparable genio á los telares, nombrándole inspector de las manufacturas de seda. En verdad puede decirse que su genio era superior al encargo. Habiendo oido á los fabricantes de la ciudad quejarse de la dificultad de formar obreros capaces de tejer y matizar las telas, sonrió é inventó una máquina movida por un borrico, que tejia, recamaba y matizaba por sí sola tan perfectamente como el obrero más hábil. Dotó á los telares para seda de todos los movimientos y delicadezas de la mano humana, y prodigó sin medida cuanto le pidió para su uso la fabricacion de su tiempo. Murió dejando por herencia á esta industria telares que llevan su nombre, y que manos ménos divinas solamente tenian que retocar para adaptarles los perfeccionamientos que reclamaba otras necesidades. La gloria es la herencia del verdadero genio como el de Vaucanson; necesario es no permitir que se la arrebaten los plagiarios.

XXI.

En esta situacion se encontraba el arte de la seda cuando Jacquard concibió el proyecto de perfeccionarlo, y sobre todo de hacerle más económico, suprimiendo algunas manos costosas y añadiendo algunos ingeniosos rodajes que evitasen la dedicacion de los niños á los telares de Vaucanson. La ocupacion perpétua de su imaginacion, los ensayos, reveses y constante tension de espíritu para la simpli-

ficacion de su arte, las temerarias tentativas que hacen olvidar al obrero el trabajo manual para entregarse á las quimeras del espíritu, arruinaron en poco tiempo su módica fortuna. Burláronse de él sus rivales, sus amigos le censuraron; solamente su esposa le comprendió y lo consoló. Habíale dado un hijo para el que ambicionaba la fortuna y la gloria de su padre, y creia que colocaba su vida á seguro y crecidísimo interes sacrificándola á los estudios de su marido; por lo cual vendió, sin quejarse, los dos telares, sus alhajas y hasta su lecho para pagar lon ensayos y dudas del pobre artesano. Al fin llegó á faltar el pan en la casa, y Jacquard tuvo que separarse llorando de su esposa y de su hijo, que dejaba en la cuna, para entrar como jornalero en casa de un fabricante de cal de Bugey, que lo empleó en calentar el horno. Su mujer entró á trabajar en una fábrica de sombreros de paja para tejer la paja de arroz y de centeno con aquellos mismos dedos con que habia recamado el oro, la seda y las flores en los telares de su marido. En aquella época lactaba á su hijo.

A los tres los pierde por mucho tiempo la historia en el abismo de la miseria, encontrándoles diez y siete años despues cuando el ejército de los convencionales sitiaba á Lyon.

XXII.

Lo mismo que todas las ciudades comerciales, Lyon tiene costumbres republicanas. La movilidad de las fortunas, destructora de toda aristocracia; el sentimiento de la igualdad, que no admite otra supremacía que la del trabajo y del éxito; el odio al

lujo, á pesar de que del lujo solamente vive; la austeridad de la vida, mantenida tanto por la economía como por la virtud; la estimacion del trabajo personal, glorioso título de todos los ciudadanos; el alejamiento de las cortes y la rivalidad con Paris, predisponen á Lyon á la democracia y á las revoluciones. Pero las revoluciones son siempre sacrificios que el presente hace al porvenir, y que exigen por parte de los pueblos que las realizan gran desinteres del momento. Los pueblos pobres son casi los únicos capaces de los grandes movimientos de ideas y de instituciones que derriban valerosamente las cosas viejas para hacer brotar las cosas nuevas. Los pueblos ricos se cansan pronto de este juego, ruinoso cuando no terrible. Levántase en un momento dado al grito de la idea renovadora que les despierta, hacen un esfuerzo y se reclinan de nuevo, casi en el mismo lecho del pasado, retrocediendo con miedo ante la grandeza de la obra.

Este efecto ordinario de las revoluciones sobre pueblos interesados y envejecidos, es tadavía más rápido cuando las revoluciones son desordenadas, furiosas y sangrientas, y se presentan pidiendo, con la espada en la mano, soldados á las familias, oro á los ricos y cabezas á los partidos. La Convencion fué de éstas. Lyon, que tiene en más la propiedad que la vida, se sublevó, no contra la República, sino contra los expoliadores y verdugos. Los ejércitos republicanos habian jurado aniquilar aquel foco de egoismo, de moderantismo, y muy pronto de realismo, que se negaba á aceptar la tiranía de la *salvacion pública*. Caballeros, sacerdotes, fabricantes, obreros, pueblo, todos empuñaron las armas y combatieron heróicamente, unos por sus altares, otros por su rey, éstos por sus riquezas, aquéllos por su

trabajo. Sublime fué la lucha, pero corta. Lyon sucumbió bajó la Francia, y las delaciones, venganzas y asesinatos políticos la inundaron de sangre que derramaron los procónsules militares y los procónsules civiles de la Convencion.

XXIII.

Jacquard, que habia entrado en Lyon para defender sus hogares y que habia combatido al lado de sus conciudadanos, ocultóse, despues de la capitulacion, en el taller de sombreros donde trabajaba su esposa. Su hijo, que entónces tenía diez y seis años, tomó plaza en un regimiento de la Convencion, reclutado en la ciudad conquistada, para enviarlo á las fronteras. El jóven pidió dos filiaciones de voluntarios, y llevó una á su padre, saliendo los dos juntos de la ciudad, cambiando de causa y marchando al Rhin con los republicanos, contra quienes habian combatido en el Rhódano. En uno de los primeros combates en las orillas del Rhin, una bala de cañon mató al hijo al lado del padre, y Jacquard, cubierto de sangre de su hijo único, lo enterró en el campo de batalla; enfermó de dolor y de cansancio, estuvo en los hospitales, y al fin lo licenciaron, volviendo á su patria, dominada por los vencedores.

Al regresar ignoraba hasta el asilo donde se habia refugiado su esposa, encontrándola al fin en un granero de los arrabales ocupada en secar ropa de las lavanderas para ganar el pan. Aquel pobre pan lo compartió con su marido, llorando juntos á su hijo, su juventud, su fortuna y sus esperanzas. La pobre obrera murió de afliccion, pero exhortando á su marido á esperarlo todo de su genio y de la Providencia.

XXIV.

En la soledad y el abandono en que se encontraba, hizo un esfuerzo supremo Jacquard y tranquilizó su espíritu. De dia trabajaba como Jornalero en casa de un fabricante, y de noche tallaba con su cuchillo poleas y bobinas para su máquina. Ayudándole el fabricante M. Perron, la terminó al fin en 1800, y presentó el modelo en la Exposicion de la industria, premiándole el Jurado con medalla de bronce «por una máquina, así lo dice el diploma, que suprime un obrero en la fabricacion de tejidos recamados.»

XXV.

Contento Jacquard con aquel premio, que le ponia en el camino de la fortuna y de la gloria, apresuróse á pedir el privilegio de invencion, título de propiedad de una idea que le aseguraba su monopolio. La máquina de Jacquard, aunque no la habian adoptado aún los fabricantes, le valió cierta fama é importancia en la ciudad. El ministro del Interior, Carnot, para ocupar los ocios de los diputados de Milan, de la consulta italiana, miéntras esperaban en Lyon al primer cónsul, los llevó á casa del obrero que habia inventado el nuevo telar. Jacquard, que era muy sensible á la gloria, se regocijó mucho por aquella visita de dos naciones al taller de un pobre tejedor de seda: recordó el rey recogiendo los pinceles de un pintor, y fué ensanchando su plan, apénas bosquejado, á medida de la atencion pública. Habia suprimido un obrero en el telar y pensó en

suprimir mayor número. El genio es ambicioso, y como tal, insaciable: cuando no puede rivalizar con nadie, rivaliza consigo mismo.

Quizá no reflexionaba bastante Jacquard, en su sed de gloria, que trabajaba contra sus compañeros de oficio; que suprimiendo muchos obreros suprimia muchos jornales, y que millares de familas pagarían el precio de su invento. Decíase, por el contrario, considerando los beneficios que produciria su obra, de aquellos millares de hombres, de mujeres y niños sujetos al telar antiguo, tenian que soportar posiciones violentas, que les ocasionaban deformidades físicas, y que quitándoles la lanzadera se les libertaba del suplicio. Verdad era todo esto; pero la gloria es además muy ingeniosa para crearse pretestos humanitarios.

Para consagrar su descubrimiento á Dios, hizo una novena á la imágen de la Virgen llamada Nuestra Señora de Fourvieres, que se venera en una colina de Lyon. Nueve veces subió los escalones de la santa colina, y al terminar, se encerró de nuevo con un modelo de máquina de Vaucanson que contenia en gérmen el desarrollo de la suya; hizo en ella una modificacion importante, por medio de la cual la hebra de seda se presentaba por sí misma y en su puesto en el tejido al trabajador, y suprimió por este procedimiento una categoría de obreros llamados *tiradores de torzal*.

Otra modificacion en la máquina sirvió para advertir al tejedor acerca del color de la lanzadera que debia impulsar, y quedó suprimida la clase de obreras llamadas *lectoras de dibujo*.

Suprimir tres obreros y dos obreras en cada telar en una ciudad que contaba entónces veinte mil y hoy setenta mil, era borrar millares de trabaja-

dores de la lista de los jornales, y tal vez del libro de la vida.

Jacquard triunfó: presentó su modelo á las autoridades, y las autoridades lo mandaron á Paris para que el Emperador conociese y premiase en aquel hombre el bienhechor de la fabricacion nacional, que, rebajando el precio de la mano de obra en Francia, habia de imposibilitar la concurrencia del extranjero y aumentar el consumo general. El Emperador, que debia ver de léjos, en masa y en detalle los resultados, sin preocuparse por el momentáneo desequilibrio de las existencias, conversó con el inventor, adivinó un genio oculto bajo aquella aparente rusticidad, y mandó se instalase Jacquard en el Conservatorio de artes y oficios para que cómodamente construyese en él su máquina. Terminada ésta, el inventor fabricó por sí sólo y con sus propias manos una pieza de tela admirablemente recamada, que regaló á la emperatriz Josefina; y el Gobierno le otorgó una pension de mil escudos, á condicion de que solamente habia de construir telares para su patria.

XXVI.

Jacquard volvió á Lyon para popularizar su invento, sobre el que tenía privilegio, y ofreció á los fabricantes seguro medio de enriquecerse adoptando el telar que suprimia tantos obreros y tanto reducia los jornales. El deseo de lucro triunfó en poco tiempo de la rutina, inmóvil enemigo de los inventos. Multiplicáronse en la ciudad los telares que llevaban el nombre de Jacquard, y cada uno que se instalaba arrojaba á la calle obreros, obreras, niños, familias

que quedaban sin trabajo y sin pan: empezando todos á comprender que la máquina, milagrosa para el fabricante, era verdugo para el proletario. El nombre de Jacquard, elevado ántes hasta las nubes, resonó en los murmullos y maldiciones del pueblo; formándose grupos para romper sus máquinas y para inmolarlo á él mismo al odio de aquellos á quienes reducia á la indigencia.

—¡Muera el traidor!—gritaban amotinados en las calles grupos ociosos de hombres, mujeres y niños extenuados por el hambre;—¡muera el traidor que se ha mezclado con nosotros para robarnos, con el secreto de nuestros telares, el pan de que vivíamos! ¡Vende el pueblo á los ricos! ¡Le recompensan con nuestra muerte! ¡Le pagan con nuestra sangre! ¿Qué vamos á hacer nosotros, que desde la cuna no hemos aprendido otro oficio que el que destruye él bajo nuestras manos? ¡Que mantenga á nuestras esposas y á nuestros hijos, rechazados hoy de todas las puertas, ó que muera de nuestra misma muerte ese destructor del trabajo del pueblo!

Aquellos murmullos, aquellos grupos, aquellos gritos, injustos desde léjos, justos en el hambre, hacian temblar y ocultarse al pobre inventor. Habiéndole reconocido un dia un grupo de obreros hambrientos en la calzada del Ródano, le rodearon, silbaron, maltrataron y arrastraron por el fango hasta el rio, en el que iban á arrojarlo. La fuerza pública lo arrancó desgarrado y ensangrentado de manos de aquellos miserables. Consternado abandonó la ciudad y se refugió en el campo para dejar pasar la tempestad y esperar á que el trabajo recobrase su nivel, trastornado siempre despues de un descubrimiento. El aumento del número de telares no tardó en recompensar el número de obreros

suprimidos en cada fábrica; pero algunos murieron, otros se expatriaron y sus sucesores aprovecharon el invento: ¡efecto ordinario de las revoluciones de ideas, como de las revoluciones en los procedimientos industriales! Retirado Jacquard del mundo, donde involuntariamente habia abierto un vacío tan grande y tanto ruido habia hecho, envejeció en el silencio, en la tranquilidad, en el estudio, y tal vez deplorando algunas veces los primeros resultados de su descubrimiento.

XXVII.

Habia comprado una casita y un jardin en el pueblecillo de Oullins, cerca de Lyon, en la orilla del Ródano y frente á los Alpes, y cuando soplaba viento del Norte, podia oir desde allí el ruido de innumerables telares á los que habia dado forma, movimiento y vida. Aquella era su posteridad, y le embriagaba el sordo ruido de la ciudad que le debia la preeminencia de su trabajo actual sobre todas las manufacturas de Europa. Una criada fiel y desinteresada, esa providencia de los ancianos, llamada Antonieta, antigua amiga de su familia, cuidaba sus viejos dias. Al morir la esposa de Jacquard recomendó su marido á aquella criada, como niño que necesitase andadores hasta la tumba, porque siempre miraba mucho más lejos de sus pasos y tropezaria en todas las piedras; Antonieta le allanaria el camino y le dispensaria de todos los cuidados de la vida doméstica. Jacquard no tenía otra cosa de que ocuparse que de conversar con sus pensamientos, viejos como él y siempre los mismos. Incesantemente pensaba en perfeccionar su máquina, ignorando que el Tas-

so, queriendo rehacer su obra maestra, la habia desfigurado, y que cuando el fruto, más ó ménos maduro, cae de la rama, el árbol que lo produjo no puede darle ya más savia.

XXVIII.

Divertia sus ocios Jacquard cultivando su jardin. La casita que habitaba en Oullins era la misma que habitó el poeta Thomas, pocos meses ántes de su muerte, cuando vino á buscar en la cumbre de la colina del Ródano, expuesta al sol saliente, aire más templado y cielo más sereno que el de Páris. Thomas meditó sus últimos cantos en el mismo jardin en que meditaba Jacquard sus últimas invenciones mecánicas. Símbolos ambos de dos siglos diferentes, aunque tan poco distantes, el uno buscaba ideas, el otro industrias; aquél soñaba gloria, éste soñaba oro, y á los dos habia de engañarles la gloria y la fortuna. Pero confundíanse los dos en un sentimiento más elevado que el del oro y la gloria, y este sentimiento era el sublime de la religion que santificaba su vida y dulcificaba su muerte. Pero su religion era diferente, como diferente era su naturaleza: la del poeta y filósofo Thomas era la de Platon, que abrazaba los mundos y escuchaba pronunciar á los astros el nombre universal é infinito, escrito en cada rodaje, del gran mecánico de la máquina celeste; la de Jacquard era la del cristiano que repite con fe sencilla el símbolo que le enseñó su madre, y reconoce una providencia divina en la humilde máquina de sus dedos que ayudan al pobre obrero á tejer el hilo de un insecto para ganar su corta vida.

Diariamente veíasele asistir al sacrificio matutino en la iglesita del pueblo, y al salir distribuia á los niños pobres lo poco que le restaba de lo necesario. Los aldeanos y paseantes de Lyon que acudian los domingos á mirar por encima de las tapias del jardin, se mostraban con el dedo aquel anciano á quien respetaban como á grande hombre, superior á ellos, y que en otro tiempo habia recibido del cielo una de esas grandes inspiraciones que cambian la faz de la tierra, inspiraciones que consagran el órgano que Dios ha elegido para manifestarse á los mortales por medio de un descubrimiento ó de una idea. Los viajeros, los industriales y sabios que pasaban por el pueblo, venian algunas veces á llamar á su puerta para conversar con el ilustre inventor, retirándose asombrados de la extraordinaria sencillez y escaso aparato de ideas de aquel hombre elemental que no habia tenido más que un pensamiento en ochenta años de vida. El que habia visto su máquina, habia visto á Jacquard Habíase incorporado completamente á ella, y con gusto hacía recaer en ella la conversacion del que le visitaba: autómata sublime, su espíritu no habia tenido por funcion en el mundo más que un movimiento, y lo repetia, sin cansarse jamás, cuantas veces se ponia el dedo sobre el resorte.

Jacquard vivió hasta la edad de ochenta y dos años, extinguiéndose en el sentimiento de su gloria. Apénas muerto, la gratitud del comercio, que le debia su riqueza, le elevó una estatua y le dedicó una plaza pública en su ciudad natal. Mejor es servir á una industria que á una nacion, á un interes más que á una idea, para gozar pronto de la fama. ¡Cuántos filósofos esperan la estatua del artesano!

El escultor ha reproducido bien su imágen. Cono-

cimos á Jacquard en la ancianidad, y hemos podido comparar al hombre y la piedra.

XXIX.

Jacquard tenía elevada estatura, pero caminaba algo encorvado por la costumbre del trabajo manual y de la fatiga del espíritu. Habia abandonado el traje del trabajador, y vestia holgado gaban de paño, cuyos largos faldones llegaban hasta los piés, cual si quisiese atestiguar con cierto orgullo de pobre, y por medio de inútil prodigalidad de tela, el bienestar del artesano enriquecido. Inclinaba la cabeza sobre un hombro y bajaba la frente hácia adelante, pero alzaba los ojos para mirar con modestia secretamente satisfecha al que le saludaba al pasar. Tenía frente espaciosa, ojos rasgados, boca con labios gruesos y deprimidos en los extremos, mejillas hundidas y tez amarillenta como la del obrero que vive á la sombra. Triste y meditabunda languidez era la expresion habitual de su fisonomía, producida tal vez por timidez de espíritu, ó siendo quizá sello indeleble de las primeras desgracias de su vida, ó bien ocasionada por el amor propio del inventor largo tiempo contrariado que llega á triunfar demasiado tarde y cuando el triunfo casi se confunde con la tumba. Pero bajo aquella melancolía, sombra de su rostro, descubríase visible convencimiento de su mérito. Gozaba en ser considerado, y regocijábanle los homenajes y obsequios de los fabricantes, maestros suyos en otro tiempo, y de quienes habia llegado á ser superior, contemplando tambien sus títulos con la satisfaccion del ennoblecido. Expuestos tenía siempre en derredor suyo sus

medallas de bronce de la Exposicion, sus diplomas de inventor, sus correspondencias con los ministros, sus modelos y su máquina, ostentando tambien con orgullo en el ojal la ancha cinta roja y la cruz de desmesurado tamaño, condecoraciones civiles que le distinguian entre la muchedumbre: revelando el justo orgullo del veterano que se adorna con sus insignias para recordarse á sí propio sus servicios y recordarlos tambien á los demás. Había en su gloria un poco de vanidad, vanidad muy natural en el hombre de condicion oscura que de pronto se encuentra colocado en evidencia y deslumbrado por su propio brillo. Pero en Jacquard, la bondad, la humildad cristiana y la tristeza templaban el amor propio; la satisfaccion de sí mismo no ofendia ni despreciaba á nadie; pero tantas veces le habian repetido que era un grande hombre, que lo creyó, aunque no era otra cosa que un gran mecánico.

Quejábase algunas veces de la ingratitud de los hombres, suponiendo que su máquina era un monumento, cuando solamente era un servicio recompensado con el bienestar, los honores, la consideracion, el descanso y una estatua en perspectiva: elementos suficientes para esperar la inmortalidad que habia arrebatado á Vaucanson y que durará hasta que otro se la quite inventando un procedimiento más perfeccionado y económico. Así marcha el mundo. *¡Sibi lampanda tradunt!* dice Lucrecio (1).

---

(1) En el momento en que escribimos estas líneas, leemos en los periódicos que un milanés, llamado Bonelli, acaba de inventar una máquina movida por la electricidad que teje por sí misma la seda y que ha de suprimir la de Jacquard.

XXX.

Aquel servicio, aunque estimable y real en el fondo, estaba constantemente amargado por las masas de obreros y obreras á quienes había arrancado la herramienta de la mano y el pan de la boca. Terrible cuestion es la de las máquinas: el inventor, que es bienhechor á la larga, es enemigo de cerca. Es indudable que aquel que enriquece al género humano con una fuerza nueva ó una nueva habilidad, mediante el invento de una mecánica, duplica la potencia de las artes, de las industrias, de los oficios; multiplica el trabajo, la produccion, el consumo, la riqueza, la poblacion, y merece agradecimiento de la humanidad: los inventores son los reveladores de la materia; débenseles y casi se les dedican altares. Pero en el momento en que traen al mundo su máquina, desheredan, sin quererlo, las manos humanas que en incalculable número se ocupaban en el oficio que en adelante han de hacer los rodajes. ¿Qué suerte tienen estas manos? Sécanse sobre la herramienta, inútil ya, de su oficio perdido para siempre. El que inventó la máquina de hilar algodon ó lana, mató más familias que una epidemia. La rueca alimentaba y consolaba á la mitad del género humano; en los campos, hilaban las mujeres desde la cuna á la tumba. Aquel jornal módico, pero universal y continuo, vestia, aliviaba, y sobre todo alimentaba la vejez de las pobres madres de familia: el maquinista las ha convertido en onerosa carga en las chozas del pueblo pobre, abreviando y entristeciendo su vejez. Hoy está suprimido este trabajo sedentario, y este pan de surerogacion; sólo les

resta morir. Invetaránse otros trabajos, se dice: verdad es, pero entretanto habrán padecido generaciones, habrán gemido y perecido maldiciendo al maquinista. ¿Acaso la divina máquina humana no tiene derecho á la proteccion, y para gemir cuando se la rompe?

XXXI.

Sucede con los inventores de máquinas industriales lo mismo que con los inventores de verdades religiosas, políticas y morales: unos y otros son grandes revolucionarios. Toda revolucion es desplazamiento de ideas ó de intereses, y todo desplazamiento separa violentamente algo que era, para dejar lugar á algo que debe ser. El porvenir no adelanta sino hollando con los piés el pasado. Así, pues, estos revolucionarios, por bienhechores que hayan de ser en la lejana perspectiva de los tiempos, reciben maldiciones en el momento en que viven. ¡Triste, pero fatal condicion de nuestra pobre humanidad; estúpida si no adelanta, cruel si progresa! Parece que Dios solamente le ha dejado la eleccion entre las dos calamidades de este deplorable dilema: permanecer perpétuamente estacionaria dejando subsistir el mal, ó ser perpétuamente revolucionaria al realizar el bien.

Pero nos engañamos: el poder de la razon pública y el poder de los Estados modernos han puesto en manos de los pueblos y de los gobiernos medio de conciliar sin iniquidades ni crueldad los intereses de los progresos morales é industriales y los de las clases que deja en desamparo la nueva idea ó el nuevo invento. Este medio es la ordenacion lenta y

equitativa de la transicion; la expropiacion por causa de utilidad pública; la medida en el progreso; la indemnizacion nacional, repartiendo entre todos los gastos ocasionados por cambios de sistemas ó de intereses que habrian de soportar algunos solamente. Así, pues, cuando la verdad y la justicia dijeron: «Es indispensable que cese en la ley francesa la esclavitud de los negros y que el hombre no vea ya un esclavo en la criatura de Dios,» calculamos el precio de los trescientos mil esclavos de nuestras colonias, y dijimos al colono: ¡Toma el dinero, danos el hombre!

BENVENUTO CELLINI.

I.

¿Deseais pasar algunas horas en compañía íntima y confidencial con los *Rafael* y los *Miguel Angel*, que nos parecen hoy hombres fabulosos? ¿con los *Leonardo de Vinci*, los *Bandinello*, los *pintores*, los *escultores*, los *literatos*, los *poetas*, los *cardenales*, los *Médicis*, los *Papas* memorables de Italia, los *Francisco I* en el siglo décimoquinto? Coged ese telescopio que aproxima las edades y os hace penetrar en las costumbres de aquel tiempo, como el telescopio de Herschel os introduce en el mundo superior de los astros y nebulosas del séptimo cielo. Este telescopio único, es decir, original, extraño, apasionado, vanidoso, que vamos á analizar, lo constituyen las Memorias de Benvenuto Cellini.

II.

Benvenuto Cellini, procedente de familia acomodada y artista de Toscana, nació en 1500.

«Mi padre, dice, tomó la misma profesion de ar-

quitecto que tuvo el suyo; y como, segun Vitruve, el buen arquitecto debe saber dibujar bien y algo de música, mi padre aprendió lo uno y la otra, y principalmente á tocar la flauta y la viola, aplicándose tanto más á ello, cuanto que nunca salió de su ciudad. Era vecino suyo un tal Estéban Granaci, que tenía varias hijas muy hermosas, y plugo á Dios que se enamorase de una de ellas llamada Isabel, cuya mano le otorgaron á causa de la amistad que mediaba entre las dos familias. Los padres hablaron primero del matrimonio, despues de la dote, presentándose algunas dificultades que fué necesario vencer. Decía Andres á Estéban: «Mi hijo Juan es el muchacho más honrado de Florencia é Italia, y podria proporcionarle la mujer más rica de la ciudad de entre las de nuestra clase.» Estéban contestaba: «Verdad es, pero tengo yo cinco hijas y cinco hijos, y, ajustadas mis cuentas, le doy en dote cuanto puedo darla.» Mi padre Juan, que estaba escondido allí cerca, escuchándoles, salió de improviso exclamando: «¡Ah, querido padre, yo amo á Isabel y no á su dote! ¡Desgraciados aquellos que se casan solamente por dinero! Puesto que celebrais mis cortos conocimientos, ¿creeis que no bastarán para mantener á mi esposa? Solamente deseo vuestro consentimiento; dadme á Isabel y guardaos la dote.» Al escuchar esto, montó en cólera Andres Cellini, porque tenía el genio vivo; pero accedió al matrimonio pocos dias despues. Mi padre y mi madre se amaron con santo amor durante diez y ocho años, dominándoles grandes deseos de tener hijos. Despues de este largo plazo, mi madre abortó dos gemelos, ocurriendo este accidente por la ignorancia de los médicos. Despues tuvo una hija, á la que mi abuela paterna dió el nombre de Rosa. Dos años despues

volvió á estar en cinta mi madre, y como las mujeres en este estado suelen experimentar ciertos deseos, siendo éstos los mismos que en la gestacion anterior, creyóse que daria á luz otra niña, á la que de antemano daban el nombre de *Reparata*, en honor de mi abuela materna. Mi madre dió á luz en la noche de Todos los Santos del año de 1500. La partera, que sabía que mis padres esperaban una hija, despues de lavar el recien nacido vástago y de envolverle en limpios pañales, marchó en busca de mi padre y le dijo: «Os traigo un presente que no esperais.» Mi padre, que era filósofo, le contestó: «Recibo con placer lo que el cielo me envia;» y levantando el pañal, vió un varon, que en efecto no esperaba. Cruzando entónces las viejas manos y alzando los ojos al cielo, exclamó: «¡Gracias os doy, Señor, con todo mi corazon; acepto con alegría el presente que me haces; bien venido sea!» Todos los presentes le preguntaron, al felicitarle, qué nombre iba á dar al niño. «*Bienvenido*, este es su nombre.»

III.

Su padre, que, ademas de arquitecto, era escultor en marfil y flautista muy hábil, entró en la banda de música de la ciudad, y fué muy estimado por los primeros Médicis, aquellos ciudadanos á quienes la riqueza elevó á la tiranía voluntaria de su patria.

Poco tiempo despues formó parte de la congreción de flautistas de la Señoría.

«En esta época, que fué la que precedió á mi nacimiento, dice Benvenuto, estos flautistas eran honrados artesanos que trabajaban en lana ó seda,

por lo que mi padre no desdeñó ser cofrade suyo Su mayor deseo era que llegase yo á ser algun dia notable flautista; y mi mayor disgusto oirle decir que, si queria yo, llegaria á ser en este arte el hombre más notable del mundo. Como ya he dicho, mi padre era celoso servidor y partidario de la casa de los Médicis. Cuando desterraron de Florencia á Pedro, éste le confió cosas de la mayor importancia. Habiéndose colocado despues el magnífico Pedro Soderini á la cabeza del gobierno, y estando mi padre á su servicio en calidad de flautista, empleó sus talentos en cosas más elevadas; muy jóven era yo entónces, y ya acompañaba en los conciertos de la Señoría. Tocaba la flauta, sosteniéndome un criado, para que pudiese leer mejor la música. Algunas veces se complacia el gonfalonero Soderini en hacerme charlar, me daba bombones, y decia á mi padre: «Maese Juan, no dejeis de enseñarle vuestros otros conocimientos.—Deseo, contestaba, que no haga otra cosa que componer y tocar la flauta, porque si Dios le da vida, será el primer hombre del mundo en esta profesion.» Pero un senador viejo le dijo: «Maese Juan, haced lo que os dice el gonfalonero, porque este niño será algo más que flautista.»

»Poco tiempo despues volvieron á llamar á Florencia á los Médicis. El cardenal, que despues fué Leon X, agasajó mucho á mi padre. Habian trascurrido pocos dias cuando llegó la noticia del fallecimiento de Julio II, y habiendo marchado á Roma aquel cardenal, fué elegido Papa, contra lo que esperaba todo el mundo. En seguida llamaron á mi padre, pero se negó á marchar, y para castigarle, el gonfalonero Salviati le quitó su plaza de flautista de palacio.»

IV.

El padre de Benvenuto le destinaba á joyero; y dependiendo la joyería de la escultura por el cincelado, le colocó desde luego en casa de un carbonero, padre del famoso escultor Bandinello. Pero descontento de aquel hombre avaro y rudo, lo retiró casi en seguida, conservándole en su casa hasta la edad de quince años, sin enseñarle otra cosa que á tocar la flauta.

A esta edad entró en casa de un platero famoso llamado Marcone, en calidad de aprendiz sin sueldo; y habiendo encontrado allí el verdadero camino su talento natural, desbordó espontáneamente en facilidad, gracia y vigor. «Sin embargo, dice, no dejé de complacer á mi padre, tocando á su presencia en tanto la flauta, en tanto la trompa, cosa que le sorprendia y arrancaba lágrimas.»

Desterrado por seis meses de Florencia, segun disposicion del consejo de los *Ocho,* por el delito de haber llevado socorros á un hermano suyo que servia en el ejército, marchó á buscar fortuna á Siena, parando en casa de un amigo de su padre, llamado Custeri; el cardenal de Médicis, despues Clemente VII, le vió, le conoció y mandó á Boloña para que estudiase la gran platería artística con un maestro, y la flauta con otro. Ganó allí algun dinero, y aprendió á dibujar con el famoso pintor Escipion Cavaletti. Cumplido el destierro, regresó á Florencia á casa de su padre, que estaba desconsolado por el abandono de la flauta; pero consiguiendo al fin ablandarle, pudo obtener le permitiese ir á dibujar á casa del famoso joyero Enrique Pierino.

V.

Habiéndole sustraido su hermano las ropas estando ausente, se indignó y marchó sin objeto fijo á Pisa, á donde llegó sin dinero; pero rico ya con los progresos que habia hecho en Florencia en la platería y en las letras, confiaba en sus propias fuerzas, sirviendo la Providencia esta vez á la casualidad.

«Detúveme, dice, al lado del puente del Medio, delante de la tienda de un platero, para contemplar su trabajo. Preguntóme en seguida quién era y qué oficio tenía, y le contesté que era oficial de platero. «Pues bien, me dijo, entrad en mi tienda y trabajad conmigo; conozco en vuestra traza que sois muchacho honrado.» En seguida me puso en las manos oro y plata, y, al terminar el dia, me llevó á su casa, en la que vivia honradamente con su mujer, que era muy bella, y sus hijos. Pensando en la pena que mi fuga causaria á mi padre, le escribí que estaba colocado en casa de un hombre de bien, llamado maese Olivero della Chiostra; que hacíamos hermosísimas piezas de platería, y que estuviese tranquilo porque mis progresos en mi profesion le serían algun dia útiles y honrosos.

»Muy pronto tuve contestacion: «Amado hijo, me decia: tanto te quiero, que me parece haber perdido la luz desde que no te veo ni puedo darte mis ordinarias instrucciones; pero el honor, que es lo que más estimo en el mundo, me impide marchar á tu lado.»

»Cayó su carta en manos de mi maestro, que la leyó en secreto y me la devolvió en seguida, di-

ciéndome: «Querido Benvenuto, vuestro aspecto no me engañó, y de ello me convence la carta de vuestro padre, que me parece persona muy honrarada. Así, pues, consideraos en mi casa como en la vuestra.»

»Estando en Pisa, fuí á visitar el *Campo Santo*, encontrando en él, como en otros puntos de la ciudad, antigüedades que iba á copiar en las horas de descanso; y mi maestro, que frecuentemente me visitaba en mi habitacion, se alegraba tanto de verme emplear tan bien el tiempo, que me consideraba como hijo suyo.

»Tan rápidos fueron mis progresos en el año que estuve con él, y tan hermosas piezas labré, que quise ponerme en aptitud de hacerlas mucho mejores. Pero mi padre me escribia cartas que me destrozaban el corazon; rogábame que regresase á su lado, y me recomendaba sobre todo que no dejase de tocar la flauta, habilidad que con tanto trabajo me habia enseñado. Esto era lo que me hacía contener mi deseo de complacerle; tanto horror me inspiraba aquel *maldito flautear*. Parecióme estar en el Paraíso el año entero que pasé en Pisa, durante el cual no se me ocurrió tocar ni una sola vez. Al fin del año necesitó mi maestro ir á Florencia, para vender las limaduras de oro y plata que tenía reunidas; y como el insaludable aire de Pisa me habia dado fiebres, acompañéle. No cesaba mi padre de rogarle que no me llevase otra vez á Pisa, y más de dos meses permanecí á su lado, enfermo y obligado á guardar cama. Tan tiernos cuidados me prodigó, que al fin sané; pero me repetia sin cesar, pulsándome, porque entendia algo de medicina, que temia no me encontrase nunca ya bastante fuerte para tocar la flauta; y cuando mi pulso no respon-

dia á sus deseos, se alejaba llorando; hasta el punto que un dia, desesperado por su afliccion, rogué á una hermana mia que me trajese la flauta, persuadido de que, siendo poco fatigoso el manejo de este instrumento, no me pondria peor. Tan perfectamente toqué, que llegando de improviso mi padre, me bendijo mil veces, asegurándome que habia adelantado mucho durante mi ausencia, y aconsejándome que continuase sin descuidar mi habilidad. Cuando me encontré bien, fuí á trabajar á casa de mi antiguo maestro, el platero Marcone, con quien ganaba bastante y podia ayudar á toda mi familia.

»Por este tiempo llegó á Florencia un escultor llamado Pedro Torrigiani, que venía de Inglaterra, donde habia permanecido bastantes años. Era muy amigo de mi maestro y le visitaba diariamente. Cuando vió mis dibujos y trabajos, me dijo: «He venido á Florencia con objeto de contratar artistas jóvenes; y siendo vuestra manera de trabajar más propia de escultor que de platero, venid á ayudarme á construir grandes obras en bronce, que me tiene encargadas el Rey de Inglaterra, y pronto hareis fortuna.» Aquel hombre era alto, bien formado y más parecia soldado que artista: tenía voz sonora, atrevidos gestos; fruncia las cejas que daba miedo, y todos los dias nos hablaba de la manera libre con que trataba á aquellos ignorantes ingleses.

»Con motivo de un dibujo que habia hecho yo sobre un carton de Miguel Angel Buonarroti, hablóse de este hombre divino.

»Aquel carton fué la primera obra en que dió á conocer su admirable talento. El gran Leonardo de Vinci hacía otro por su parte, y las dos composiciones debian adornar el palacio de la Señoría.

Representaban la ciudad de Pisa sitiada por los florentinos: el de Leonardo ofrecia un combate de caballería, divinamente trabajado, y el de Miguel Angel gran número de soldados de infantería bañándose en el Arno, y que al grito de alerta, corrian á las armas, medio desnudos, en tan hermosas actitudes, en posturas tan bellas, que ni los antiguos ni los modernos habian imaginado hasta entónces nada que se le pudiese igualar. Uno de estos cartones quedó en el palacio Médicis y el otro en la galería del Papa. Mientras estuvieron expuestos fueron escuela de todos los artistas del mundo. Aquel carton ocasionó que el divino Miguel Angel hiciese la gran capilla del papa Julio, de la que solamente terminó la mitad, no pudiendo responder su talento posterior al de sus primeros estudios.

»Pero volvamos á Torrigiani, que, con mi dibujo en la mano, habló de esta suerte: «Siendo niños Miguel Angel y yo, íbamos á dibujar juntos á la iglesia del *Carmine* en la capilla de Mazaccio (1). Complacíase en burlarse de todos los que trabajaban con él, y habiendo empezado un dia á hacer lo mismo conmigo, me irritó hasta el punto que le apliqué tan fuerte puñetazo en la cara, que sentí ceder bajo mi mano los huesos y ternillas de su nariz, por lo que quedará marcado toda su vida (2).» Tanto horror contra Torrigiani me produjeron estas palabras, á causa de mi admiracion á Miguel Angel, que léjos de desear seguirle á Inglaterra, no podia soportar su presencia.

---

(1) Este artista fué uno de los fundadores de la escuela taliana del siglo XI.

(2) Miguel Angel tenía en efecto algo aplastado el centro de la nariz.

»Miéntras estuve en Florencia nunca dejé de estudiar la manera de aquel gran maestro y jamás me separé de ella. Tenía entónces tan estrecha amistad con un jóven de mi edad, oficial de platero y que se llamaba Francisco, hijo de Felipe, *Fra Philippo*, pintor excelente, que no nos separábamos de noche ni de dia. Su casa estaba llena de hermosos estudios hechos por su padre, quien tenía además muchos cuadernos de dibujos del antiguo que copiábamos nosotros, empleando dos años en esta ocupacion. Entre tanto, terminé yo una pieza de plata en bajo relieve del tamaño de la mano de un niño, destinada á cerrar el cinturon de un caballero, segun el uso de entónces. Habia grabado en ella hojas á la antigua, amorcillos y otros adornos. Esta obra, que labré en el taller de un tal Francisco Salimberi, me dió mucha reputacion; y como el furor que tenía mi padre por hacerme tocar la flauta me habia disgustado con él, dije un dia á un amigo mio llamado Juan Bautista, y por otro nombre el *Tasso*, grabador en madera: «Tú tienes más lengua que corazon.—Sí, me contestó, estoy muy enojado con mi madre, y si tuviese dinero, abandonaria mi tienda y marcharia á Roma.—Que no quede por eso, repliqué; tengo bastante dinero para tí y para mí.» Hablando así, nos encontramos, sin pensar en ello, en la puerta de San Pedro. Mira, dije al Tasso, Dios nos ha traído á esta puerta por la que se va á Roma. Paréceme que ya he recorrido la mitad del camino. Puestos de acuerdo, decíamos marchando: ¿Que dirán esta noche nuestros viejos padres? Despues de esta reflexion, juramos no hablar de ellos hasta haber llegado á Roma, y atándonos los delantales á la espalda llegamos á Siena sin desplegar los labios. Ya en esta ciudad, me dijo mi compañero que se ha-

bia lastimado un pié y que le prestase algun dinero para regresar á Florencia. No me queda bastante, le contesté, para mantenerme en el camino; y le aconsejé que me siguiese. Si tienes lastimado un pié, buscaremos un caballo y no tendrás ya excusa para regresar á Florencia.

»Alquilé, pues, un caballo y continué mi marcha hácia Roma. Viéndome el Tasso tan resuelto, no cesaba de murmurar y me seguía cojeando y á pasos muy lentos. Al fin, cuando salí de Siena me compadecí de él, le esperé y le monté á la grupa, diciéndole: «Nuestros amigos se hubiesen burlado mucho de nosotros si, partiendo para Roma, no hubiéramos podido pasar de Siena.—Verdad es,» me contestó; y como tenía carácter muy alegre, comenzó á reir y á cantar, y cantando llegamos á Roma.

»Tenía yo entónces diez y nueve años, comenzados con el siglo, y en seguida me coloqué con un maestro á quien llamaban el *Firenzola de Lombardía*, platero muy hábil. Habiéndole enseñado algunos modelos que había hecho yo en Florencia, en casa de Salimberi, le agradó mucho mi trabajo y me dijo: «Entra en el taller y demuéstrame lo que dices sabes hacer;» y al mismo tiempo me mandó construir una pieza de plata, encargada por un cardenal. Era la tal obra un cofrecillo segun el dibujo del de pórfido colocado delante de la puerta de la Rotonda, y le adorné con tan bellas figuras, que mi maestro lo celebraba por todas partes como trabajo que honraba mucho á su taller. Debia servir de zócalo á un salero para la mesa del Cardenal, y aquel trabajo fué el primero que me produjo alguna utilidad en Roma. Mandé á mi padre una parte de la ganancia, y la otra me sirvió para vivir libre, para poder dibujar modelos antiguos, hasta que, habiendo vaciado

la bolsa, me ví obligado á volver al taller para procurarme nuevas utilidades.

»Mi compañero Bautista regresó muy pronto á Florencia; y cuando terminé las obras que me habían encargado, tuve el capricho de cambiar de maestro, y entré en casa de cierto milanes llamado maese Pagalo Arsago, con quien gané mucho dinero, y siempre mandaba una parte á mi padre, á cuyos ruegos regresé al cabo de dos años á Florencia, entrando de nuevo en casa de Salimberi con el que marchaban bien mis negocios y trabando otra vez relaciones amistosas con Francisco di Philippo, porque la maldita flauta me dejaba algunos momentos libres de noche y de dia para dibujar. Por aquel tiempo hice una hebilla de plata para cinturon, de tres dedos de ancha, de las que servian de adorno á las recien casadas. Adornábanla figuritas en medio relieve, y aunque me la pagaron mal, la fama que me produjo aquel trabajo fué muy superior á su precio.»

VI.

El dominico Savonarola, enemigo de los Médicis, queriendo captarse el favor popular, hizo condenar y desterrar de nuevo á Benvenuto á causa de una riña, en la que habia esgrimido el puñal contra un grupo de jóvenes florentinos. Sin dinero ni recomendacion partió para Roma, pero llevando consigo su valor, su talento, divino ya, y su alegría de artista por todo porvenir. Llegado á Roma en el momento del cónclave que habia elevado al pontificado á Clemente VII, entró en el taller de un platero famoso, llamado Santi. Éste acababa de morir

dejando el taller á su hijo, y su primer oficial, llamado Lucagnolo, dirigia la casa. Benvenuto comenzó trabajando para un obispo español; pero su ambicion, que crecia con su talento, continuaba extendiéndose más allá de su fortuna, y le impulsó á entrar en la *Farnesina,* precioso palacio de recreo, que los famosos banqueros romanos Chigi hacian construir y decorar bajo la direccion de Rafael.

«Allí copiaba, dice, para educar la mano y el gusto, las obras maestras de la historia de Galatea, con las que embellecia las paredes Rafael. La esposa de Segismundo Chigi, que era muy bella y amable, encontrándome frecuentemente en su casa, se me acercó un dia, y viéndome dibujar me preguntó si era pintor ó escultor. Soy joyero, le contesté. «¡Oh! éso está demasiado bien para un joyero,» me dijo; y mandando á una camarera que la trajese un lirio formado de magníficos diamantes montados en oro, me lo enseñó y quiso que lo apreciase. Díjela que valia ochocientos escudos. «Bien lo habeis apreciado, me contestó; ¿os atreveríais á montar estos diamantes de otra manera más nueva?—Con mucho gusto, señora,» la dije; y en el acto la hice un dibujito, trabajando con tanto mayor placer cuanto que me agradaba mucho hablar con persona tan bella y amable.

»Cuando estaba terminando, llegó una hermosa romana, que la preguntó qué hacia. «Me divierto, contestó la Chigi, en ver dibujar á este jóven, que es tan bueno como bello.»

»Algo me ruborizaron estas palabras, pero me dieron valor para decir que, de cualquier manera que fuese, siempre estaria dispuesto á servirla. Entónces me dió el lirio de diamantes, con dos escudos

de oro, añadiendo que guardase el oro viejo en que estaban montados. «Si yo fuese ese jóven, dijo la señora romana, escaparia con ese tesoro.» Pero la señora Chigi contestó que rara vez habitaban las virtudes con los vicios, y que, si obrase de aquella suerte, desmentiria la cara de hombre honrado que tenía; y cogiendo en seguida el brazo de su amiga: «¡Adios, me dijo; adios, Benvenuto!»

»Permanecí algunos momentos más en casa del señor Chigi, para terminar un dibujo de Júpiter, de Rafael, y en seguida marché á trabajar en un modelo de cera para el lirio de la señora Porcia, así se llamaba, que muy pronto fuí á enseñarle. Con ella estaba la bella romana, y las dos se mostraron satisfechas de mi trabajo, prometiéndoles yo hacer algo mejor; ¡tanto regocijaron mi corazon sus elogios! El lirio quedó montado en doce dias, y con los adornos de que le rodeé parecian los diamantes infinitamente más hermosos.

»Mientras trabajaba en esta obra, Lucagnolo, de quien acabo de hablar, se mofaba de mí, diciéndome que ganaria mucho más haciendo hermosos vasos de plata, pero yo sostenia lo contrario. «Pues bien, tú mismo te convencerás, me dijo; al mismo tiempo hemos empezado, tú la joya y yo el vaso de plata; y sobre poco más ó ménos terminaremos á la vez, ya verás cuál obtiene mayor provecho.—Me alegro, le contesté, de poder hacer esta prueba con un hombre tan hábil como tú, y tú mismo juzgarás cuál de los dos se engaña.» Dicho esto, los dos nos pusimos á trabajar á porfía.

»Lucagnolo terminó al mismo tiempo que yo su gran vaso para el Papa, en el que depositaba éste en la mesa lo superfluo del plato, mueble que se usaba por magnificencia más bien que por necesidad. El

vaso tenía dos asas adornadas con figuras, y era el más bello que habia visto hasta entónces.

»—Y bien, me dijo entónces Lucagnolo, ¿convienes en que tenía razon? Pronto veremos quién ha ganado más; — y llevó el vaso al Papa, que mandó pagarle el precio que tenía aquella clase de trabajos, con lo que Lucagnolo quedó muy satisfecho. Por mi parte llevé el lirio á la amable señora Chigi, que quedó maravillada, y me dijo habia superado á cuanto habia prometido, añadiendo que podia pedir cuanto quisiese, porque dándome un castillo, cosa que no estaba en su poder, no creeria que habia pagado bien mi trabajo. Lo único que deseo, contesté riendo, es que quedeis contenta de mí. Volviéndose entónces hácia su amiga: «Mirad, mirad, la dijo, si habia juzgado bien á este jóven. Mi querido Benvenuto, añadió, ¿habeis oido decir que cuando el pobre da al rico se ríe el diablo?—Pues bien, señora, quiero ver cómo ríe.—No, no, dijo, no quiero proporcionarle ese placer.» De regreso al taller, ví á Lucagnolo con un saco repleto del dinero que le había producido el vaso. «Veremos, me dijo enseñándomelo, si tu joya te produce otro tanto.—Paciencia, le contesté, solamente pido dos dias.»

»A la mañana siguiente el mayordomo de la señora Chigi me trajo de su parte una bolsa llena de oro, diciéndome, entre otras cosas agradables, que la señora no quería que riese el diablo, y que lo que me enviaba no era el precio completo de mi trabajo.

»Impaciente Lucagnolo por saber lo que había recibido yo, delante de un oficial y de varios vecinos que deseaban conocer el resultado de nuestra cuestion, cogió su saco con burlona sonrisa, y derramándolo ruidosamente sobre una mesa, nos mostró

veinticinco escudos: disgustábanme los gritos de entusiasmo de los concurrentes y sus pesadas bromas, y entreabriendo mi bolsa y viéndola llena de oro, con los ojos bajos y sin pronunciar palabra la levanté con las dos manos, y moviéndola como tolva de molino, derramé en oro la mitad más de dinero que él; de suerte que los que ántes se burlaban de mí comenzaron á exclamar: «Lucagnolo, la moneda de Benvenuto es más hermosa que la tuya.» Creí que el desgraciado iba á morir de vergüenza y enojo; y aunque la tercera parte de la cantidad le pertenecia como maestro del taller, la envidia pudo más que la avaricia. «Bien, me dijo, puesto que tanto se gana haciendo esas baratijas, ya no voy á hacer otra cosa.—Más difícil te será, contestéle encolerizado, hacer estas cosas, que á mí vasos como los tuyos, y te lo demostraré.» Todos los testigos de esta escena le censuraron en alta voz, considerándolo como un grosero que era, y elogiando mi franqueza.

VII.

»A la mañana siguiente fuí á dar gracias á la señora Chigi, y la dije que, léjos de hacer reir al diablo, le habia obligado á renegar de Dios otra vez; siendo esto asunto de broma entre los dos. Encargóme en seguida otros trabajos, y nos separamos recíprocamente contentos.

»Por aquel tiempo, un músico de la Capilla Pontificia, Juan Jacomo de Cesene, me hizo rogar por medio de Lorenzo de Lucques, que le ayudase á ejecutar algunas piezas escogidas, el dia de la fiesta de Su Santidad, y aunque deseaba ardientemente terminar mi vaso, prometí complacerle, tanto

por mi propio placer como por cumplir la palabra á mi padre. Preparámonos ocho dias ántes; y el 1.º de Agosto, miéntras comia el Papa, ejecutamos piezas escogidas que le agradaron tanto, que manifestó no haber oido nunca tan hermosa música, preguntando á J. Jacomo dónde habia encontrado tan excelente flautista. El maestro pronunció mi nombre. «¿Entónces es el hijo de maese Juan Cellini?» dijo el Papa; y sabiendo ya quién era, quiso tenerme á su servicio. «Dudo que consienta en ello, contestó J. Jacomo: es platero, y trabaja admirablemente en su arte, que le produce mucho más que la música.—En ese caso, lo deseo más, puesto que tiene esa otra habilidad. Le daré el mismo sueldo que á dos, y le haré trabajar para mí en su oficio.» Dicho esto le tendió la mano, dándole una bolsa con cien escudos de oro, encargándole me entregase mi parte.

»Volvió Jacomo y nos repitió punto por punto cuanto le habia dicho el Papa, repartiendo en seguida entre los ocho que estábamos los cien escudos de oro, y diciéndome que iba á inscribirme en la orquesta. Dejad pasar el dia de hoy, le dije; mañana recibireis mi contestacion.

Mucho reflexioné aquella proposicion que, una vez aceptada, contrariaría poderosamente mi gusto por el arte. A la noche siguiente se me apareció en sueños mi padre, diciéndome con lágrimas en los ojos:—¡En nombre de Dios, hijo mio, entra en la orquesta del Papa!—y pareciame que le contestaba: ¡Me es imposible, querido padre! Entónces puso terrible rostro, exclamando:—Elige entre mi maldicion y mi bendicion paternal.—Al despertar, estaba tan asustado, que corrí á hacerme inscribir entre los músicos de su Santidad. Despues referí mi sueño á mi pa-

dre, que por poco muere de alegría, y algo despues me dijo habia soñado lo mismo. Habiéndole proporcionado esta satisfaccion, parecíame que todo debia salirme bien, y me ocupé del vaso que habia comenzado para el Obispo de Salamanca.

»Era este señor muy rico y espléndido, pero difícil de contentar. Diariamente mandaba á saber qué hacía, y cuando el enviado no me encontraba en casa, venía él mismo encolerizado, amenazándome con quitarme el vaso y darlo á otro. La maldita flauta ocasionaba estos retrasos, pero trabajaba de noche y de dia y pronto pude enseñárselo; de lo que me arrepentí en seguida, tal fué su rabioso deseo de verlo concluido. En tres meses lo terminé, habiéndolo adornado con figuras y follajes que no podian ménos de admirarse. Mandélo á Lucagnolo para que lo viese, llevándolo Paulino, que le dijo con mucha gracia: «Señor Lucagnolo, Benvenuto os envia lo que os habia prometido labrar, y espera que le enseñeis alguna *baratija* de las que por vuestra parte prometisteis hacer.» Lucagnolo le cogió la mano, le miró atentamente y le contestó: «Hermoso niño, dí á tu maestro que es hombre muy hábil y que le ruego lo olvide todo y sea amigo mio.»

»Paulino desempeñó muy bien el encargo, y mandé el vaso al Obispo, que quiso hacerlo apreciar. Consultó para ello á Lucagnolo, quien soprepujó en elogios á lo que yo esperaba de el; y el Prelado cogiendo el vaso, dijo á lo español: «Juro á Dios que he de emplear tanto tiempo en pagarle el vaso como ha empleado él para hacerlo.»

»Mucho me disgustaron estas palabras, y maldije á España y á cuantos la deseaban bienes. Entre los adornos del vaso, tenía una tapadera delicadamente trabajada que, por medio de un resorte, se mantenia

derecha sobre la abertura. Enseñándolo un dia por vanidad el Obispo á sus españoles, uno de ellos lo cogió con tanta fuerza que rompió el resorte. Avergonzado de su torpeza, rogó al maestresala que me lo trajese para componerlo en seguida, y que el Obispo no lo notase, cosa que hice en pocas horas. El que lo trajo volvió corriendo para llevárselo, diciendo que su señor lo habia pedido para enseñarlo á varias personas. «¡Pronto, pronto, dádmelo!» decia sin dejarme tiempo para hablar; pero como no queria entregarlo, le dije que no tenía prisa. De tal manera le enfurecieron estas palabras, que echó mano á la espada; yo empuñé un arma por mi parte y dije á aquel hombre que el vaso no saldria de mi taller hasta que me lo pagasen, y que marchase á decirlo así á su amo. No pudiendo obtener nada por la fuerza, recurrió á las súplicas, asegurándome que me traeria el precio lo más pronto posible, pero fuí intransigente. Al fin me amenazó con venir con otros españoles que darian cuenta de mí, y se marchó corriendo.

»Refirieron á monseñor todo lo que habia pasado; y éste me mandó llevar el vaso en seguida, diciéndome que me pagaria bien y que de lo contrario mandaria castigarme; pero no me asustaron sus amenazas, y contesté que iba á dar cuenta al Papa. Habiéndose aplacado su cólera y mis temores, le llevé el vaso, confiado en la palabra de algunos hidalgos y con la seguridad de que iba á pagarme. Sin embargo, me previne con un puñal y una cota de malla.

»Entré en casa del Prelado, seguido por el jóven Paulino que llevaba el vaso: el Obispo mandó entónces que trajesen papel, y dijo: «Escribid de vuestro puño que habeis recibido el precio del vaso y quedais satisfecho.—Con mucho gusto, le contesté,

en cuanto se me pague.» Al oirme se enfureció y me amenazó de nuevo, pero al fin me pagó; dile recibo, y me marché. El Papa Clemente, que habia visto el vaso, se rió de esta escena cuando se la refirieron, y aseguró en voz muy alta que me estimaba mucho.

»El cardenal Cibo quiso que le hiciese un vaso más grande que el del Obispo; y los cardenales Cornaro, Ridolfi, Salviati y otros muchos me encargaron tambien algunas obras, con lo que ganaba cuanto queria. En aquel tiempo me aconsejó la señora Chigi que abriese taller por mi cuenta. Esta amable señora me encargaba frecuentemente objetos para ella, y su amistad contribuyó mucho á mi fama.»

Estas páginas de Cellini están sembradas de arranques de cariño hácia su padre, demostrando en ellos tanta ternura como fogosidad.

Declaróse la peste en Roma, y aquellos dias de duelo y de forzoso descanso los empleó en investigaciones é imitaciones del antiguo. Reuniéronse los artistas para celebrar en un banquete el término de la enfermedad; y Miguel Angel, á quien sus años deberian haber hecho más prudente, les invitó á que cada cual llevase su *corneja* (1), que el que faltase á esta obligacion pagaria una buena comida.

«Contaba yo con llevar á una tal Pentesilea, muchacha muy guapa que me queria mucho, pero tuve que cederla á mi íntimo amigo Bacchiacca, que estaba muy enamorado de ella.

»Acercábase la hora de la comida; cada cual se habia provisto de su *corneja* ménos yo, sintiendo mucho tener que llevar á aquella brillante reunion alguna que me deshonrase. Imaginé, pues,

(1) Su amante.

una broma que habia de aumentar la alegría del festin, y llamé á un niño de diez y seis años, hijo de un latonero vecino mio, muchacho más hermoso que Antinoo, de tez sonrosada, que muchas veces me habia servido de modelo. Nadie conocia á aquel niño, ordinariamente mal vestido, que salia poco de su casa, entregado de continuo como estaba al estudio del latin.

»Conseguí de él que se vistiese de mujer, habiendo preparado un traje que le sentaba maravillosamente. Adornéle el cuello, las orejas y los dedos con las joyas más hermosas que tenía en mis armarios y le llevé á que se mirase en un gran espejo. Diego, que así se llamaba, exclamó: «¡Dios mio, ¿soy yo ese que veo?—Tú mismo, le contesté. Nunca te he pedido ningun favor, pero deseo que me concedas este, que consiste en que vengas á una reunion honrada, vestido como estás.» Virtuoso y prudente el jóven, bajó los ojos y guardó silencio por algunos momentos; en seguida me contestó con firmeza: «Bien, marchemos.» Cubríle con el gran velo, que se llama en Roma manto de verano, y nos encaminamos á la reunion. Todos salieron á recibirnos en cuanto nos vieron; Miguel Angel estaba entre Julio Romano y Juan Francisco, discípulos de Rafael, y cuando levanté el velo de Diego, exclamó: «¡Misericordia! Llamad á todo el mundo; ¡hé aquí un ángel que baja del cielo!»

»Alzábase detras de las damas una espaldera de jazmines naturales, que hacía resaltar tanto su belleza, especialmente la de Diego, que no puedo expresarlo fácilmente: en esta disposicion comimos con el mejor apetito del mundo. Despues de la comida se tocó alguna música, en la que el amable Diego pidió desempeñar su parte, saliendo tan airoso, que

Julio y Miguel Ángel no reian ya, sino que se encontraban como extasiados. Despues de la música, un tal Aurelio d'Ascoli, notable improvisador, hizo un elogio magnífico de las mujeres. Miéntras cantaba, dos de ellas, vecinas del bello jóven, no cesaban de charlar: preguntábale una desde cuándo asistia á reuniones; la otra cuánto tiempo estaba en Roma y conmigo, y otras mil impertinencias. Entónces sospecharon que era hombre, y en el acto comenzaron todos á gritar y á reir á carcajadas, terminando así aquel alegre dia.»

Burlado muy pronto Benvenuto por aquella Pentesilea que Pulci, el florentino, le habia arrebatado, se batió con él y doce testaferros á caballo que le acompañaban. Jóven, fuerte, intrépido, derribó algunos de la escolta; Pulci cayó delante de la puerta de Pentesilea, se rompió una pierna, y murió de la herida, teniendo Benvenuto que ocultarse en casa de un señor napolitano, valiente entre los valientes.

VIII.

Su reputacion de bravura hizo que le buscase la poderosa familia de los Colonna, amiga de los Médicis, en la época en que el Condestable de Borbon puso sitio Roma. Los *bravi*, especie de héroes voluntarios, formaban entónces el nervio de las guerras italianas. Amenazado el Papa, aceptó el socorro de Benvenuto y de una compañía de cincuenta *bravi*, enganchados y mantenidos por los Colonna. Instruido y ejercitado en el arte de la artillería, moderna aún en aquella época, Benvenuto se encerró en el castillo de Sant-Angelo, ciudadela de los Papas en comunicacion con el Vaticano.

El Condestable de Borbon estaba ya á las puertas de Roma. «Marchamos, dice Benvenuto, al Campo Santo, y vimos desde allí el ejército, que se esforzaba en penetrar en la ciudad por aquel lado. Habia perdido ya mucha gente, y el combate era terrible. Volvíme entónces hácia Alejandro (éste era el nombre de Delbene) y le dije: Marchémonos, porque ya no hay remedio. Ya veis que aquellos suben por un lado y los nuestros huyen por otro. Asustado Alejandro me contestó: «¡Pluguiese á Dios que no hubiésemos venido aquí!—Sin embargo, le repliqué, puesto que me habeis traido, quiero dar un golpe de los mios.» Dirigi entónces el arcabuz hácia el punto donde estaba más empeñado el combate, y apunté á un hombre que sobresalia de los demas. Ignoro si estaba á pié ó á caballo, porque el humo me impedia ver con claridad los objetos. En seguida dije á Alejandro y á los otros dos, que preparasen las armas, y los coloqué de manera que no pudiesen alcanzarles desde afuera. Despues de disparar, subí á la muralla, y ví extraordinario tumulto entre los enemigos: el Condestable habia caido á nuestros disparos, como despues supimos. Saliendo de allí, nos marchamos atravesando el Campo Santo y la iglesia de San Pedro, y por detras de la del Santo Angel, llegamos con mucho trabajo á la puerta del castillo. Allí encontramos á Rienzo de Cerri y á Lorenzo Raglioni acuchillando á cuantos huian delante del enemigo, que ya habia entrado en Roma. El comandante del castillo abrió el rastrillo y pudimos entrar los cuatro.

»El capitan Pallone de Médicis se apoderó inmediatamente de mí, porque pertenecia yo á la casa del Papa, y me obligó á separarme de Delbene, cosa que hice á pesar mio. Encontrábame ya en el fuerte,

cuando entró el Papa por la galería del castillo, porque no habia querido salir ántes de San Pedro, no pudiendo imaginar que se atreviesen los imperiales á entrar en Roma.

»Fijéme en seguida en las piezas de artillería, llamé algunos hombres ménos asustados que los demas, y cogiendo en el acto una mecha apunté algunas piezas al punto conveniente, y derribé muchos soldados enemigos: á no ser por esto, parte de los que habian entrado por la mañana en la ciudad y que se dirigian al castillo, hubiesen podido penetrar en él. Hacía fuego continuo, por lo que me bendecian muchos cardenales y señores que me miraban. En fin, aquel dia salvé el castillo, y conseguí con mi ejemplo reanimar el valor de los bombarderos que se retiraban. Todo el dia estuve ocupado en este trabajo. Habiendo nombrado el Papa al señor Santa Croce jefe de la artillería, entró aquella misma tarde en el fuerte, en el momento en que el ejército penetraba en Roma por el barrio del Transtevere. Su primer cuidado fué buscarme, felicitarme mucho, y darme cinco hermosos cañones, que se colocaron en el puesto más alto, llamado el *Angel*. Este sitio es una plataforma de toda la extension del castillo, desde la que se ve Roma y la campiña. Puso á mis órdenes bastantes bombarderos: asignóme paga y víveres, y me recomendó continuase como habia empezado.

»Cuando cerró la noche, estando ya los enemigos en Roma, como siempre he gustado de cosas nuevas, complacíame en considerar el desórden de una ciudad tomada por asalto, cosa que veía desde el puesto que ocupaba, mucho mejor que los que se encontraban en el interior del castillo. Durante un

mes entero que estuvimos sitiados, hice jugar continuamente la artillería, y cosas me ocurrieron dignas de ser referidas; pero omitiré parte de ellas para ser breve y no alejarme demasiado de mi principal objeto.»

IX.

Agradeciendo el Papa aquellos servicios, le visitó varias veces en su puesto, y en una de ellas le demostró Benvenuto el alcance de las piezas partiendo en dos á un coronel español que tomó por blanco de una culebrina; y arrojándose en seguida á sus piés, le pidió perdon por los homicidios que cometia en defensa de la Iglesia.

Ajustada la paz entre Roma y España, licenciaron á Benvenuto, que regresó á Florencia con la bolsa repleta, un buen caballo y un paje. Su padre estuvo á punto de morir de alegría al verle en salvo, rico y poderoso, rogándole, así como tambien dos hermanas suyas, que marchase á Mantua para librarse de la peste que comenzaba á consternar á Florencia. Benvenuto escuchó el consejo, montó á caballo y partió. Allí encontró á Julio Romano, el discípulo querido de Rafael, que rinde homenaje á su prodigioso talento; pero disgustándole el mal clima de Mantua, volvió á Florencia. Habia muerto su padre de la peste, y no encontró mas que á su hermana Reparata, casada; por lo que marchó á Roma, uniéndose de nuevo á sus amigos los *bravi* y los artistas.

La audiencia que obtuvo del Papa el Juéves Santo para que le absolviese de la excomunion, es uno de los pasajes más pintorescos de sus Memorias.

«Encaminámonos Jacobino y yo hácia palacio, el dia de Juéves Santo; y como á él le conocian, y á mí me esperaban, nos introdujeron en la cámara del Papa sin esperar la audiencia. Encontrábase algo indispuesto, y le acompañaban el señor Salviati y el arzobispo de Capua. Pareció que mi presencia le regocijaba mucho; acerquéme con respeto, le besé el pié, y viendo que tenía que decirle cosas importantes, hizo una señal con la mano para que se retirasen, hablándole yo entónces en estos términos:

»Santísimo Padre, desde el saqueo de Roma no he podido recibir la comunion, porque no han querido absolverme. La razon de esto ha sido que cuando fundí el oro de vuestras joyas y el de vuestra tiara, el caballero á quien encargasteis de pagarme me recompensó con injurias. Viéndome sin recursos para regresar á mi casa, acudí á las cenizas de aquel oro, de las que extraje libra y media próximamente, con intencion de devolvéroslo en cuanto pudiese. En este momento me encuentro á los piés de Vuestra Santidad, que es verdadero confesor, y le pido me perdone y permita confesar y comulgar, para que pueda obtener la gracia de Dios.—Exhalando entónces el Papa algunos suspiros, arrancados tal vez por sus pasadas desgracias, pronunció estas palabras: «Benvenuto, creo lo que me dices, y te absuelvo de ese pecado y de todos los que hayas cometido, aunque me hubieses tomado el valor de una de mis tres coronas.—Santísimo Padre, le repliqué, no he tomado otra cosa, y ésta no llega á valer ciento cincuenta ducados, que, unidos á igual cantidad que recibí del dinero de Perusa, me sirvieron para llevar socorros á mi anciano y desgraciado padre.—Tu padre era muy hombre de bien, dijo el Papa, y tú le pareces. Sien-

to mucho no haber conocido bien tus servicios ántes, y me hubiese alegrado de que ese oro valiese más: marcha, pues, á confesarte, si no tienes otros pecados reservados, y cuando hayas recibido la comunion, ven á verme, porque te quiero mucho.»

»Cuando salí del palacio, Jacobino manifestó mucha curiosidad por saber qué habia dicho á Su Santidad, preguntándomelo dos ó tres veces; pero le contesté que no queria decírselo porque no le importaba. En seguida fuí á cumplir con mis deberes cristianos, y pasadas las fiestas, volví á ver al Papa. Recibióme tan bien como siempre, y me dijo que si hubiese llegado ántes, me habria encargado rehacer las coronas que rompimos en el castillo; pero que me encomendaria trabajos más importantes, en los que podria mostrar todo mi talento. «Quiero que trabajes en el broche de la capa pontificia. Este broche ha de tener cerca de ocho pulgadas de diámetro, y ser perfectamente redondo. En medio relieve ostentará la figura de Dios Padre, y emplearás de la mejor manera posible este sobérbio diamante. Caradosso lo comenzó y no lo ha concluido. Para que pueda usarlo algunas veces aún, hazme prontamente un modelo.

En aquella época mataron al hermano de Benvenuto de una puñalada en el puente de Sant-Angelo. El artista juró vengarlo, y mató al matador de otra puñalada; el Papa le perdonó, aconsejándole se guardase de sus enemigos.

«Entónces abrí un taller muy hermoso en los *Banchi* enfrente del de Rafael, dice Benvenuto. El Papa me mandó todas sus joyas, incluso el grueso diamante que empeñó á un banquero genoves en un dia de apuro. Ayudábanme cinco oficiales excelentes, y mi taller resplandecía de oro, plata y ricas pedrerías.

tenía un hermoso perro de pelo largo, que me habia regalado el duque Alejandro, y que, ademas de ser buen cazador, era seguro guardian de la casa, y ademas una hermosa muchacha que me servia de modelo cuando la necesitaba, y que vigilaba todas mis cosas. Una noche en que, contra mi costumbre, dormia profundamente, un hombre que en calidad de platero habia venido muchas veces á mi tienda, viéndola ricamente provista, entró para robarme; mi perro se lanzó sobre él, le rasgó la ropa, persiguióle en la calle, y creo le habria estrangulado si el ladron no hubiese pedido socorro á los transeuntes. Cuando amaneció y bajaron los oficiales á la tienda, lo vieron todo trastornado, y abiertos los armarios. En el acto lanzaron gritos que me despertaron y advirtieron de lo que acababa de pasar. De tal manera me aterré que no tuve valor para abrir la caja donde estaban las joyas del Papa, diciendo á los oficiales que la registrasen ellos. Cuando vieron que estaba intacta la caja y en ella todos los tesoros, lanzaron gritos de alegría, lo que me devolvió las fuerzas é hizo que diese gracias á Dios. Cuando reflexioné sobre aquel acontecimiento, espantóme la idea de que podian acusarme del robo y decir que lo habia fingido para apoderarme de las joyas de Su Santidad. El Papa lo supo muy pronto por un servidor suyo y por otros varios, que fueron Francisco de Nero, Zanna, Billioti, su computista y el Obispo de Vaison (1). «Santísimo Padre, le dijeron, ¿cómo habeis podido confiar tantas riquezas á ese aturdido jóven?—¿Habeis oido decir, les contestó el Papa, que haya robado á álguien?—Eso consiste, dijo Nero, en que no ha tenido ocasion.—Pues

(1) Jerónimo Schio, de Verona, confesor del Papa.

bien, replicó el Papa, continúo considerándole hombre de bien.»

»Sin perder momento, corrí á palacio llevando la caja para entregarla al Papa, á quien Nero (1) habia prevenido en contra mia, sugiriéndole mil sospechas. «¿Qué me quieres, me dijo con terrible mirada y alterada voz.—Os traigo, contesté, vuestras joyas, sin que falte ninguna.—En ese caso, repuso el Papa más tranquilo, eres realmente *bienvenido*.» Miéntras contaba las joyas, le referí mi desgraciada aventura en presencia del que me habia acusado; y el Papa, despues de mirarme muchas veces con la mayor atencion, rió de lo que le habia dicho, y me recomendó continuase siendo hombre de bien como lo habia sido hasta entónces.»

El papa Clemente VII, protector de Benvenuto, murió admirando sus obras maestras.

Elegido papa pocos dias despues el cardenal Farnesio, envió un emisario á Benvenuto para encargarle trabajo y prometerle proteccion: mas el poderoso Pier Luigi, asesinado más adelante en castigo de su ingratitud, declaró enemistad á Benvenuto, obligándole á refugiarse en Florencia, donde le acogió perfectamente el duque Alejandro de Médicis, dándole gruesa suma de dinero para que fuese á Venecia y volviera pronto á trabajar para él. Disgustóse allí con el escultor Sansovino, que engreido con su mérito se creía superior á Miguel Angel, y volvió á Florencia con su amigo Tribolo.

(1) Este Francisco Nero, que acusaba á Benvenuto, era hombre de dudosa probidad, segun *Varchi*.

X.

«Pocos dias despues, dice, volvimos á Florencia, y durante el viaje nos hospedamos en una posada cerca de la Chioggia, cuyo dueño nos pidió el pago por adelantado é invitó á que nos fuésemos á dormir sin tardanza. Parecióme demasiado nuevo este procedimiento, y le contesté que era costumbre pagar al partir. «Mi costumbre es la que he dicho,» contestó; y le repliqué: Pues haced un mundo para vuestro uso. «A pagar, y basta de palabras,» exclamó.

»Medroso como siempre Tribolo, me contenia, por temor á que al posadero se le fuera más la lengua: pagamos como deseaba, y nos acostamos.

»Las camas eran nuevas y esmerada la limpieza de la habitacion que nos dió; pero descansé poco pensando toda la noche en vengarme de su impertinencia. En tanto se me ocurria incendiar la casa, en tanto estropearle cuatro caballos excelentes que tenía en la cuadra; pero temia que Tribolo no pudiese escapar conmigo. Mandé, pues, llevar mi equipaje á la barca, en que habíamos de cruzar el rio, hice entrar en ella á Tribolo, y le encargué no partiese hasta que regresara yo de la posada donde habia dejado olvidadas las zapatillas. En seguida llamé al posadero, que me mandó al diablo. Estaba en la posada un mozo de cuadra medio dormido, que me dijo que el amo no se incomodaria ni por el Papa, y me pidió la propina; mandéle que fuese á dar conversacion al que tenía la cuerda de la barca, miéntras yo buscaba las zapatillas, y esperase allí hasta que volviese. En seguida cogí un cuchillo y marché con propósito de destrozar las camas nuevas del po-

sadero; de manera que le hice al ménos por cincuenta escudos de daño, y guardando algunos pedazos de las colchas en los bolsillos, dije al barquero que nos llevase. Tribolo, que habia olvidado verdaderamente las correas de su maleta, queria volver tambien á la posada, y solamente pude impedirlo enterándole del daño que habia hecho y enseñándole los trozos de las colchas. Terrible miedo se apoderó de él, y no cesaba de instar al barquero para que soltase la amarra, no creyéndose en seguridad ni cesando de temblar hasta que se vió en Florencia. Entónces me dijo: «Por el amor de Dios, guardad la espada y no me hagais nada, porque á todas horas me parecia sentirme atravesado el pecho.—Compañero, le contesté, ningun trabajo os costará guardar la vuestra, puesto que no la habeis desenvainado.» En efecto, jamás ví cobarde semejante. Al escucharme, miró la espada y contestó: «Verdad es, lo mismo está que estaba cuando me puse en camino.» Indudablemente le parecí mal compañero de viaje; y yo pensé lo mismo de él, porque de nada me habia servido, como se comprenderá por lo que acabo de referir.»

XI.

El duque Alejandro de Médicis le recibió bien y le encargó hacer los cuños de sus monedas, y su retrato. En la intimidad de sus relaciones vió muchas veces al Duque durmiendo solo en su cámara en compañía de su primo Lorencino que ya meditaba el asesinato del gran Duque. Lorencino favorecia los vicios de Alejandro, haciéndose pasar, como Bruto, por idiota y cobarde; y so pretexto de secreta cita dada por una hermosa señora de Florencia, de

quien sabía estaba enamorado Alejandro, le arrastró solo de noche á una celada, le dió de puñaladas, y huyó á Ferrara.

En una de sus conversaciones con Benvenuto, rogó Alejandro á Lorencino que se uniese á él para comprometerle á no regresar á Roma. «Lorencino, dice Benvenuto, accedió con frialdad, mirando de mala manera al Duque. Cuando terminé el modelo, lo encerré en una cajita y dije al Duque: Descuide vuecelencia, le haré una medalla más hermosa que la del papa Clemente, porque aquélla fué la primera que hice; y Monseñor Lorenzo, que posee ciencia y talento, me dará idea de un reverso que sea digno de vos. Sonrió el Duque, y mirando á Lorenzo: «Dadle el reverso, le dijo, y no se marchará.» Lorenzo respondió en el acto: «Uno he de daros que sorprenderá á todo el mundo» (1). El Duque, que le consideraba cobarde, se echó á reir y se rebujó en el lecho. Sabiendo despues que á pesar suyo habia partido, me envió cincuenta ducados á Siena, donde me alcanzó un criado suyo, quien me dijo de parte de Lorenzo que me preparaba un *hermoso reverso* para mi vuelta.»

Poco dias despues de su regreso á Roma, llegó la noticia del misterioso asesinato de Alejandro. Consternado quedó Benvenuto, y comprendió entónces el sentido infame de la palabra *reverso* de la medalla. Los fugitivos de Florencia, enemigos del Duque, creyeron en la vuelta de la república. Mas el siguiente correo llevó la noticia del nombramiento de Juan de Médicis para el puesto de su hermano. Alegróse Benvenuto y más aún por haber conocido mejor la volubilidad de los toscanos.

(1) Deseaba matarlo, como lo hizo despues.

XII.

El papa Farnesio, que queria la amistad de Carlos V, hizo llamar á Benvenuto y le encargó para este Príncipe, á quien esperaba en Roma, unas tapas de oro macizo rodeadas de diamantes de enorme valor, para encuadernar un breviario.

«En seguida puse manos á la obra, dice Benvenuto, y poco tiempo despues se la llevé al Papa, quedando tan maravillado de su perfeccion, que me colmó de elogios y prohibió al necio Juvenal, su ministro, que se mezclase en mis asuntos.

»Casi terminado estaba aquel precioso libro cuando llegó el Emperador á Roma, en medio de arcos triunfales y fiestas, que otros sabrán describir mejor que yo. En la primera entrevista, aquel Príncipe regaló al Papa un hermoso diamante que habia costado doce mil escudos, y que yo debia montar en un anillo á la medida de su dedo; pero Su Santidad quiso que primero llevase el libro, aunque sin concluir aún. Consultándome acerca de las excusas que podríamos dar al Emperador sobre aquella imperfeccion, díjele que la mejor sería mi enfermedad, en la que fácilmente creeria S. M. al verme tan flaco y estropeado. «Muy bien, me dijo el Papa; pero es necesario que tú mismo se lo ofrezcas de parte mia;» añadiendo lo que debia hacer y decir en en aquella coyuntura, repitiéndolo yo todo delante de él. «Perfectamente, dijo el Papa, si no te turba la presencia de un Emperador.—Nada tema Vuestra Santidad, contesté; obraré y hablaré mejor aún. El Emperador viste y tiene el aspecto de los demas hombres, y no me turbo delante de Vuestra Santi-

dad, á pesar de su augusta dignidad, de sus ornamentos pontificios y de su ancianidad.»

Aquel Príncipe mandó darle cincuenta escudos. Juvenal, ministro y confidente del papa Farnesio, le calumnió ante Su Santidad, que ya no le recibió como otras veces.

XII.

Este disgusto y su creciente fama comenzaron á hacerle volver los ojos hácia Francia. Más antes de seguirle á la corte de Francisco I, príncipe que por su triple pasion por la guerra, las artes y la galantería igualaba á Enrique IV, Luis XIV y los Valois, refiramos por su boca una anécdota que parece dar la clave de algunos de sus gustos secretos, harto comunes en aquel tiempo de gran corrupcion en Grecia y en Italia:

«Queria viajar solo; mas no pude á causa de un muchacho que tenía, llamado Ascanio, que era el mejor criado del mundo. Habíale recibido de un platero español, que me lo cedió voluntariamente. Le llamábamos *Viejecito*, porque estaba muy flaco, y su razon era muy superior á su edad de trece años; pero en pocos meses se restableció tanto, adquiriendo tan hermoso desarrollo, que pasaba por el muchacho más guapo de Roma. Aprendia con facilidad cuanto le enseñaba, y le trataba como á hijo mio. Gran fortuna habia sido para él caer en mis manos, por cuya razon iba con frecuencia á dar gracias á su antiguo amo, que estaba casado con una jóven muy agradable. «Ascanio, le decia ésta, ¿qué has hecho para ponerte tan guapo?—Me han puesto así los buenos tratamientos de mi maestro

Benvenuto.» Mucho llamaban la atencion á aquella maliciosa mujer estas palabras, y como pasaba por ser muy galante, creo que hubo de hacerle algunas indicaciones poco honestas, porque Ascanio iba á verla con más frecuencia que de costumbre.

»Un dia que estaba yo fuera de casa, el muchacho tuvo la osadía de faltar al respeto á un oficial del taller, quien, á mi regreso, se me quejó. Prohibí á Ascanio que en lo sucesivo se tomase tales libertades; pero habiéndome contestado con impertinencia, la emprendí con él á puntapiés y puñetazos, no pudiendo escapar de mis manos sino dejando entre ellas el gorro y la capa. Dos dias estuve sin saber qué habia sido de él, hasta que un caballero español, llamado D. Diego, para quien habia trabajado yo y era amigo mio, me dijo que Ascanio habia vuelto á casa de su antiguo maestro. Señor don Diego, le contesté, siempre os he conocido como hombre honrado; pero ese Francisco (el platero se llamaba así) es todo lo contrario que vos. Podeis decirle que si él mismo no me trae á Ascanio desde ahora hasta la noche, tendrá que habérselas conmigo, y que de igual manera trataré al muchacho si no abandona la tienda. Don Diego marchó sin contestarme á repetir mis palabras á Francisco, á quien impresionaron tanto, que no sabía qué hacer. Entre tanto marchó Ascanio á buscar á su padre, que aquel dia habia venido á Roma desde Taglia-Bozzo, donde moraba, y que aconsejó á Francisco me devolviese á su hijo. «Llevádselo vos mismo,» le decia; y por otro lado repetia D. Diego: «Va á suceder una desgracia; ya sabeis quién es Benvenuto; vamos, venid, yo os acompañaré.» Paseaba yo impaciente en la tienda esperándoles, dispuesto á hacer algo más terrible de cuanto habia hecho

en mi vida, cuando les ví llegar á los tres con el padre, á quien no conocia. Miréles con enojados ojos cuando entraron, y Francisco, pálido y temblando, me dijo: «Aquí teneis á Ascanio, á quien habia recibido otra vez no creyendo ofenderos.» El mancebo añadió respetuosamente: «Maestro, perdonadme; haré cuanto me mandeis.» Entónces contesté: «¿Vienes para terminar tu aprendizaje como habias prometido?—Para siempre, si quereis, me contestó.—Que le traigan sus ropas, dije, y que se marche donde quiera.» Don Diego quedó sorprendido ante mi conducta, y juntamente con Ascanio y su padre, me suplicó admitiese al muchacho. Habiendo preguntado quién era aquel hombre, y enterado de que era padre de Ascanio, le dije: Por respeto á vos, le recibo. Y así terminó la cuestión.»

XIV.

Benvenuto encargó su taller de Roma á Tilici, uno de sus mejores discípulos, y acompañado de Ascanio y un jóven de Perusa, partió con ellos de Roma á caballo y armados. En Padua le recibió el cardenal Bembo, mandándole hacer su retrato, y regalándole tres caballos turcos para continuar el viaje. Sus aventuras al atravesar los Alpes desde Padua á Lyon están escritas á la manera de *Gil Blas*. «Riendo y cantando siempre, dice, llegamos, y lo mismo desde Lyon á Paris.»

Aunque amenazado de dispendiosa guerra, Francisco I le recibió en Fontainebleau, Vaticano de los Valois. El Rey, que partia para Italia, le invitó á seguirle para hablar de las obras que se proponia encargarle, y Benvenuto montó á caballo con su comi-

tiva, atravesó el Simplon, continuando hasta Ferrara.

«Inmediatamente fuí á saludar al Duque, dice, á fin de poder partir á la mañana siguiente para Loreto. Despues de dos horas de antesala, tuve el honor de verle y de besarle las manos. Quiso que le acompañase á la mesa, pero le rogé me excusara, en vista de que, comiendo muy poco desde mi enfermedad, temia por mi salud si abusaba de sus excelentes manjares; y que no comiendo, tendria más tiempo para contestar á sus preguntas.

»Permanecí con él algunas horas, y habiéndome despedido, encontré en mi posada una mesa cubierta de delicados platos, que habia tenido la bondad de enviarme, con excelente vino. Como ya habia pasado la hora en que acostumbraba á comer, tuve mucho más apetito, y aquel dia fué el que hice mejor comida despues de cuatro meses.

»A la mañana siguiente marché á Loreto, donde oré á la Santa Vírgen.»

XV.

De regreso en Roma, persiguieron á Benvenuto el papa Farnesio y el famoso Pier Luigi, so pretexto de hacerle restituir riquezas que habia sustraido al papa Clemente VII durante el asedio del castillo de Sant-Angelo. Justificóse; mas no por ello dejaron de tenerle encerrado en la fortaleza. Francisco I lo reclamó por medio de su embajador Monthuc; y el inflexible Papa continuó reteniéndole prisionero. Decidióse al fin á evadirse; hizo cuerdas con las sá-

banas de la cama, y realizó su proyecto, consiguiendo salvar el último recinto, pero con una pierna rota. Un pobre *aniero* le llevó en un borrico hasta las gradas de San Pedro, y el cardenal Cornaro le recogió, haciéndole curar y ocultándole en una habitacion secreta del palacio. Cornaro pidió su perdon al Papa, y éste se lo otorgó bondadosamente, confesando que en su juventud habia hecho otro tanto. Farnesio decia la verdad: en otro tiempo estuvo preso en el castillo, del que se evadió. En seguida dijo al Gobernador: «Id á preguntarle quién le ha ayudado en la fuga, y decidles que les perdono á todos.»

XVI.

Antes de ser reducido á prision, tuvo un disgusto por una bagatela con un familiar del cardenal Santa Fiore, y quiso obligarle á batirse. Quejóse éste al Cardenal, que contestó que si Benvenuto le tocaba, le curaria la locura haciéndole perder la cabeza. Si hemos de dar crédito al informe que Pier Luigi dió al Papa, enterado Benvenuto de esta amenaza, tenía siempre preparado el arcabuz para matar al Cardenal, cuyo palacio daba enfrente de su tienda.

«Necesario es que me explique, dice Benvenuto, sobre esta calumnia de Pier Luigi. Aquel familiar del cardenal Santa Fiore me trajo un dia á la tienda un anillo de oro muy sucio, encargándome lo limpiase. Ocupado en otras obras más importantes, y viendo me mandaba con grosería un hombre que no habia visto ni conocido en mi vida, le con-

testé que no tenía tiempo y que fuese á otro. Díjome entónces que era un asno. No, le contesté, no soy asno, y valgo mucho más que vos. No me molesteis más, porque os daré coces más fuertes que las del asno. En seguida marchó á contar al Cardenal, exagerándolo, lo que le habia dicho. Dos dias despues, tiré á la parte alta del palacio Santa Fiore sobre una paloma que anidaba en un agujero y que muchas veces habia errado el platero Tacca, que era mi rival en el tiro de arcabuz. Algunos amigos que estaban en la tienda dijeron: «Mirad qué miedo tiene aquella pobre paloma; apenas se atreve á asomar la cabeza.» En vano se esconde, dije; si cogiese el arcabuz, no la erraria. Desafiáronme á hacerlo, y aposté una botella de vino griego á que le quitaba la cabeza, que era lo único que veia de la pobre paloma. Aceptada la apuesta, cogí el arcabuz y gané la botella de vino griego, no pensando en aquel Cardenal ni en ningun otro.

»Disgustado el Papa conmigo, mandó reducirme á prision, y me llevaron á Sant-Angelo, donde mis amigos continuaban visitándome y ofreciéndome sus servicios. Entre ellos estaba un griego jóven, de veinticinco años de edad, bueno, fiel á la amistad, pero débil y crédulo. Desconfiando de las intenciones del Papa, dije un dia á este amigo: Quieren asesinarme; ya es tiempo de que me socorras. El cuidado que tienen en atender á todos mis gastos, me confirma en la idea de que quieren hacerme traicion. «Querido Benvenuto, me contestó, dicen en Roma que el Papa va á darte un empleo de quinientos escudos de renta; así, pues, te ruego no le irrites con tus sospechas.» Bien sé, le dije, que podria favorecerme si quisiera, pero cree interesado su honor en perderme: por eso te suplico con las

manos juntas que me saques de aquí: te deberé la vida y te la sacrificaré si la necesitas.

»El pobre jóven me contestó llorando: «Querido Benvenuto, quieres correr á tu pérdida; pero aunque te obedezco á pesar mio, dime qué quieres que haga.» Entónces le enteré de lo que debia hacer para conseguir con seguridad buen resultado; y cuando le esperaba, vino á decirme que, en interes mio, no me obedecia; que sabía por buen conducto y por personas inmediatas al Papa, que eran buenas sus intenciones para conmigo; todo lo cual me afligió mucho. Pasaba esto el dia del *Corpus*. Aquella misma noche me trasladaron á la torre de *Nona*, acostáronme en un mal colchon, y me dejaron un centinela que á cada momento me decia: «¡Pobre Benvenuto! ¿qué les habeis hecho?»

»El sitio donde me encontraba y las palabras de aquel hombre me decian claramente lo que me esperaba. Toda la noche reflexioné en lo que podia haber hecho que mereciese tan duro castigo, y no encontré el motivo.

»En medio de tan tristes meditaciones, me dominó por un momento el sueño, despertándome el centinela al amanecer. «¡Desgraciado jóven, me dijo, no es hora de dormir; vienen á traeros una mala noticia!—Cuanto ántes será mejor, le contesté, persuadido de que mi alma se salvará en favor de mi inocencia. Jesucristo no abandona jamás á los que le sirven, y le doy gracias por ello. ¿Por qué no vienen á leerme la sentencia?—El encargado de hacerlo está tan afligido como vos, me contestó el centinela.» Entonces le llamé por su nombre, porque le conocía. Venid, le dije, Sr. Benedetto di Cagli; venid, estoy preparado á todo. Mandadme solamente un sacerdote para que me confiese, aunque ya lo

he hecho delante de Dios. Leedme la sentencia, despachad pronto, para que no me abandonen mis santas resoluciones. Oyendo mis palabras aquel hombre, mandó que cerrasen mi prision, porque nada podia hacerse sin él; y en el acto marchó á casa de la Duquesa esposa de Pier Luigi, que en aquel momento estaba con la otra Duquesa esposa de Octavio, y le habló de esta manera: «Señora, os ruego en nombre de Dios que digais al Papa mande á otro á leer la sentencia á Benvenuto, porque me es imposible hacerlo.» Y salió en seguida con el corazon destrozado por el dolor. La otra Duquesa exclamó entónces: «¿Es así como se hace justicia en Roma, en nombre del Vicario de Cristo? Mi primer marido, que queria mucho á Benvenuto por su talento y buenas cualidades, tenía razon al querer conservarle en Florencia é impedir que viniese á Roma.» Y se marchó murmurando palabras muy agrias.

La esposa de Pier Luigi corrió inmediatamente á ver al Papa, y arrojándose á sus piés delante de varios Cardenales, tantas cosas le dijo, que le hizo ruborizar y le arrancó estas palabras: «Lo perdono por cariño hácia vos, y tanto más, cuanto que no le quiero mal.»

»Pero habló de esta manera porque se encontraba delante de los Cardenales, que habian oido las atrevidas frases de aquella mujer generosa. Entretanto, encontrábame yo lleno de angustias crueles, aumentadas con la presencia de los que habian de ejecutarme; mas habiendo llegado la hora de comer, al contemplar las provisiones que me enviaban, exclamé sorprendido: ¿Habrá vencido la verdad á mi mala estrella? Ruego á Dios me saque pronto de este paraje; y comencé á comer con bas-

tante apetito, porque la esperanza desvanecia mis temores, y permanecí en este estado hasta la una de la noche, hora en que vino el celador con su gente, y empleando corteses palabras me condujo con muchas atenciones, atendiendo al estado de mi pierna, al punto de donde me sacó.

»El Gobernador del castillo vino á verme; habléle con acritud y exclamó encolerizado: «Que le lleven al jardin, y que no me hablen más de él.» Llevaronme, pues, al jardin, y me colocaron en una habitacion muy húmeda, llena de insectos asquerosos y de tarántulas. Arrojáronme un mal jergon y me encerraron, sin cenar, bajo cuatro cerrojos. A las diez de la mañana siguiente me trajeron de almorzar; pedí algunos libros mios, y me dieron la Biblia Vulgata y la Crónica de Villani. En vano pedí otros; contestáronme que con aquellos tenía demasiados.

»En esta situacion pasaba la vida, acostado en mi pobre y húmedo jergon, sin poder moverme á causa de la fractura de la pierna, y obligado á arrastrarme entre inmundicias para proveer á mis necesidades en el exterior, para no aumentar la fetidez del aire de la habitacion.

»Diariamente leía la Biblia, y tanto placer encontraba en ello, que no hubiese hecho otra cosa á tener luz. Desesperábame tanto cuando la oscuridad interrumpia mi lectura, que me hubiese matado. Un dia me decidí á hacerlo, y con grandes esfuerzos suspendí sobre mi cabeza un pedazo enorme de madera que la hubiese aplastado; pero cuando quise hacerle caer con la mano, me detuvieron y arrojaron á cuatro pasos de distancia de un modo invisible. Quedé aturdido y medio muerto, hasta que me trajeron la comida, y oí al capitan Monaldi, que

decia: «¡Desgraciado! ¡qué fin han tenido sus admirables talentos!»

»Despertáronme estas palabras, y le ví con un sacerdote á su lado, que exclamó: «¡Decíais que estaba muerto!» El carcelero contestó: «Lo he dicho porque así lo he creido » En seguida me levantaron del mojado y podrido jergon que arrojaron fuera, y me dieron otro de parte del Gobernador, á quien refirieron lo ocurrido.

»Reflexioné despues sobre la causa que me habia impedido darme la muerte, y la consideré completamente divina. Durante la noche se me apareció en sueños un jóven maravillosamente bello, diciéndome con acento de queja:—Sabes quién te ha dado la vida y quieres quitártela antes de tiempo.—Creo que le respondí que agradecia todos los beneficios de Dios.—En ese caso, ¿por qué deseas destruirlos? me replicó. Déjate guiar y no pierdas la esperanza en su divina bondad.

»Habiendo cobrado valor por mis propias fuerzas, continuaba leyendo la Biblia, y de tal manera me habia acostumbrado á la oscuridad de mi prision, que en vez de hora y media podia destinar tres á la lectura.

»Mucha molestia me causaban las uñas, que habian crecido tanto, que no podia vestirme ni tocarme sin herirme; los dientes enfermaban, y de tal manera se separaban del alvéolo, que podia arrancármelos sin dolor, como si estuviesen metidos en un estuche.

»El buen Gobernador mandaba frecuentemente en secreto á saber qué hacía; y como á fines del mes de julio, regocijándome interiormente por la gran fiesta que se celebra todos los años en Roma el dia 1.° de Agosto, me decia: Hasta ahora he celebrado

esta fiesta con espíritu mundano; este año la celebraré con corazon completamente entregado á Dios: ¡cuanto mayor será el placer que encontraré así! los que me escuchaban fueron á referirlo al Gobernador, que exclamó dolorosamente: «¡Dios mio, vive satisfecho en medio de padecimientos, y yo muero por causa suya, en medio de todas las comodidades de la vida! Marchad, y metedle en la caverna subterránea; tal vez esa prision le quitará la alegría.»

»En seguida vino el capitan Monaldi con veinte hombres armados, y me encontró de rodillas delante de Dios Padre, rodeado de sus ángeles y de un Cristo resucitando victorioso, que habia dibujado en la pared con un pedazo de carbon que encontré en el suelo.

»Durante cuatro meses que habia estado tendido sobre el dorso, á causa de la fractura de la pierna, habia soñado tantas veces que los ángeles venian á vendarla, que al fin lo creí, y ya me encontraba tan fuerte como si nunca hubiese estado malo. Aquellos hombres armados que habian venido á llevarme, me temian como si fuese yo verdadero dragon. El capitan me dijo: «Venimos muchos hombres armados haciendo ruido, y ni siquiera os dignais mirarnos.» Conociendo por estas palabras que venian á aumentar mis males, y encontrándome preparado á soportarlo todo, contesté: He puesto en Dios, rey de los cielos, todos los pensamientos de mi alma, y nada queda para vos. Lo que hay bueno en mí, no cae bajo vuestro poder; así, pues, haced lo que querais. Aquel cobarde, no comprendiendo lo que queria decir, mandó á cuatro soldados de los más robustos que retirasen las armas, temiendo que me apoderase de ellas, y les gritó en seguida: «¡Pronto! ¡pronto! ¡lanzaos sobre él, cogedle y suje-

tadle bien! ¡Ménos temería al diablo! ¡Cuidad que no se os escape!»

»Atado y maltratado por ellos, y esperando mayores males aún, alcé los ojos hácia el Cristo, diciendo: ¡Dios justo! ¡Vos pagasteis en la Cruz todas mis deudas, ¿por qué ha de pagar mi inocencia las de personas que me son desconocidas? ¡Pero cúmplase vuestra voluntad!

»Lleváronme en seguida, alumbrándose con una antorcha, creyendo yo que iban á arrojarme en la mazmorra de *Sammalo*, lugar espantoso que ya habia devorado á muchos, y al que se caía desde lo alto hasta los cimientos del castillo. Pero no sucedió esto, y creí haber escapado bien. Contentáronse con encerrarme en la caverna del *Predicador;* y en cuanto quedé solo, canté un *Miserere* y un *De profundis* y el psalmo *In te, Domine, speravi*. Celebré la fiesta del dia con Dios, y mi corazon quedó henchido de fe y esperanza. Al dia siguiente me sacaron de aquella caverna trasladándome al primer calabozo, y delante de ellos, al ver la figura de mi Dios, derramé lágrimas de alegría.

»El Gobernador continuaba queriendo saber qué hacía; el Papa se informaba tambien de todo, y e primero, despues de haber decidido mi muerte, viéndose muy enfermo, cambió de resolucion, exclamando: «¿No es éste el mismo Benvenuto cuya inocencia tan perfectamente conozco? Marchad y decidle que en vez de la muerte le doy la libertad. Quiero además perdonarle, en mi testamento, todos los gastos que me ha ocasionado.»

»Entre tanto continuaba yo orando y escribiendo el relato de mi cautiverio.

XVII.

»Pocos dias despues, murió el Gobernador del castillo de Sant-Angelo, persuadido de que me encontraba completamente libre. Dieron su puesto á su hermano Antonio Ugolini, encargándole el Papa que me vigilase hasta que dispusiera otra cosa.

»El Sr. Durante de Brescia, de quien ya he hablado, estaba de acuerdo con un soldado, farmacéutico de Prato, para mezclar á mis comestibles alguna sustancia mortal que me hiciese morir en cuatro ó cinco meses: ocurrióseles el diamante pulverizado, que no es veneno por sí mismo, pero que es la única entre todas las piedras cuyo polvo conserva puntas agudas que, introducidas en el estómago ó en los intestinos, los desgarran insensiblemente acabando por matar. Dieron á aquel hombre un diamante de poco valor, y dijéronme que encargaron pulverizarlo á un lapidario llamado Leon Aretino, que se contaba entre mis enemigos más encarnizados. Pero como era muy pobre y aquel diamante al fin y al cabo valia algunas docenas de escudos, se lo guardó y dió al soldado polvo de otra piedra. Mezcláronlo con todos los manjares que me servian, siendo la primera vez en un dia de fiesta en el que tuve mucho apetito, porque habia ayunado la víspera. Sentí en efecto crujir algo entre las muelas, pero me encontraba muy lejos de pensar en tal infamia. Sin embargo, ví brillar algo en el plato entre los restos de una ensalada, y habiéndolo mirado de cerca, creí en verdad que era polvo de diamante. Esto me recordó lo que me crujia en la boca, y pensé en la muerte.

»Inmediatamente recurrí á mis oraciones ordinarias, y dí gracias á Dios por sucumbir de muerte tan dulce y diferente de aquella que tantas veces me habia amenazado. Pero como la esperanza no nos abandona jamás, cogí un cuchillo, comprimí sobre pedazos de hierro algunos granos de aquel polvo, y me cercioré al fin de que no era de diamante, sino de piedra blanda que no podia hacerme ningun daño. Bendije á Dios, y poco despues bendije tambien la pobreza que me habia salvado la vida, cuando á tantos desgraciados mata.

»En esta situacion me encontraba, cuando llegó á Roma el Cardenal de Ferrara. Inmediatamente fué á saludar al Papa, quien le retuvo hasta la hora de comer. Mucho hablaron de Francia y de la generosidad de su gran Monarca; y acerca de este asunto le dijo el Cardenal cosas tan agradables que le pusieron del mejor humor del mundo. Viéndole en excelentes disposiciones, le pidió con insistencia mi libertad, diciéndole que el Rey deseaba mucho verme, y el Papa contestó riendo: «¡Bien, bien, lleváoslo en seguida!» Y dió la órden al levantarse de la mesa.

»El Cardenal mandó aquella órden inmediatamente, y dos de sus principales familiares me sacaron del encierro á las cuatro de la madrugada, llevándome á su palacio, donde se me recibió con toda la bondad posible.

»El nuevo Gobernador, olvidando que su hermano me perdonó al morir todos los gastos que le habia ocasionado, se portó como verdadero esbirro, obligándome á reembolsarle; lo cual me costó bastante dinero.

»El Cardenal me recomendó mucho que me guardase y estuviese prevenido si queria gozar de la

libertad, porque el Papa comenzaba á arrepentirse de habérmela concedido.

»Mencionaré ligeramente un sueño que tuve en la prision, en el que ví un hombre que me escribia sobre la frente misteriosas palabras, encargándome tres veces que no las dejase ver á nadie: al despertar me encontré la frente completamente negra. En derredor de la cabeza me habia quedado cierto resplandor que se veia especialmente al salir el sol ó al ponerse, y mejor aún cuando la tierra estaba cubierta de rocío. Observé esto en Francia, donde el aire está más despejado de nieblas que en Italia. Algunas personas lo vieron tambien, no pudiendo dudar del milagro.

»En el palacio del Cardenal me trataban perfectamente y recibia muchas visitas: todo el mundo queria ver á un hombre que habia escapado á tantos peligros. Para restablecer mis fuerzas salia á pasear en los caballos del Cardenal, acompañado por dos jóvenes, uno discípulo mio y el otro amigo. Un dia fuí á Taglia-Cozzo para ver á Ascanio, y toda su familia me recibió con alegría. Me traje al jóven conmigo á Roma, y durante el camino hablamos mucho de nuestro oficio, estando yo impaciente por dedicarme de nuevo á él. Comencé por una palancana de plata que habia prometido en Francia al Cardenal y que encontré bosquejada; el jarro me lo habian robado con otros muchos objetos preciosos. Dediqué á mi oficial Pagolo á trabajar en la palancana, y yo comencé de nuevo el jarro, que estaba enriquecido con tantas figuras y adornos en bajo relieve que todo el mundo lo admiraba. El Cardenal venía á verme dos veces lo menos cada dia, con los señores Alemani y Cesano, literatos y sabios; y no obstante la premura de mis trabajos, con frecuencia

pasaba horas enteras hablando alegremente con ellos: por todas partes me encargaban nuevas obras. El Cardenal quiso que le hiciese un sello pontificio, que resultó tan bien, que lo consideraba superior á los del célebre Lantizio, complaciéndose el Prelado en compararlo con los de los otros cardenales, que casi todos habian salido de manos de aquel gran maestro. Quiso tambien que le hiciese un modelo de salero que no se pareciese en nada á la moda de la época, y con este motivo dijo muy buenas cosas el Sr. Alemani, añadiendo otras el de Cesano. Muy contento el señor Cardenal por todo lo que con tanta complacencia habia escuchado, me dijo: «Benvenuto, las proposiciones de estos señores me agradan y no sé por cuál decidirme: te dejo la eleccion.» Señores, les dije yo entonces, los hijos de los emperadores y de los reyes tienen en sí algo de majestuoso y de divino; sin embargo, si preguntais al campesino más humilde si quiere más á los hijos de los reyes que á los suyos, os contestará que á los suyos. Yo, como él, tengo mucho amor á mis hijos, que son las obras que ejecuto: por esta razón, Monseñor, el modelo que os presentaré será de mi invencion; y poco despues le presenté un óvalo de unas quince pulgadas de altura, adornado con dos figuras entrelazadas, como el mar abraza á la tierra, y por encima un barco que contenia la sal.

»Una figura representaba Neptuno con el tridente en la mano, llevado por cuatro caballos marinos, y la otra la Tierra, bajo la forma de mujer hermosa, apoyando el brazo en un templo que guardaba la pimienta, y llevando en el otro un cuerno de la abundancia. Debajo de la figura de la Tierra habia colocado toda clase de animales de los que ella cría; y bajo la del Mar, los peces que alimenta.

»Cuando vinieron el Cardenal y aquellos dos señores, les mostré el modelo en cera. El señor Cesano exclamó: «Pero este trabajo no podría terminarse ni aun contando con la vida de diez hombres; y vos, Monseñor, que quereis gozar de él, no lo obtendreis sino para vuestros herederos. Benvenuto ha querido mostraros un hijo suyo, pero no para dároslo como nosotros, que os proponíamos cosas factibles, miéntras que él os ofrece cosas de las que no se hacen.» El señor Alemani me defendió, y el Cardenal dijo que aquella empresa era demasiado considerable. Entonces tomé yo la palabra y dije:

»Seguro estoy de terminar esta obra *para aquel que debe recibirla*, y la haré mas bella aún que el modelo: espero vivir bastante para terminar otras más importantes. Algo disgustado el Cardenal, me contestó: «En ese caso la harás para el rey á quien te llevaré, y no para otro.» Y me enseñó cartas de Francisco I, que le invitaba á regresar cuanto ántes á Francia y llevar á *Benvenuto*. ¡Oh! ¡cuándo llegará ese feliz instante! exclamé alzando las manos al cielo.

»El Cardenal no me concedió más que diez dias para arreglar mis asuntos en Roma y prepararme. El dia de la marcha me regaló un hermoso caballo, llamado *Tournon*, porque se le habia dado el cardenal de este nombre, y Pagolo y Ascanio recibieron cada cual el suyo.

»El Cardenal, que tenía numerosa servidumbre, la dividió en dos grupos. El más noble le siguió por la Romanía á Loreto y Ferrara, su residencia principal; y el otro, mucho más numeroso, pasó por Florencia. El Cardenal no queria que me separase de él, á causa de los peligros que podia correr; mas le supliqué que me permitiese ir á Florencia para

abrazar á mi hermana, que tanto habia sufrido por mis desgracias, y á dos primas, religiosas en Viterbo, donde dirigian un rico monasterio, y que tantas plegarias habian hecho y tantas oraciones recitado para obtener la gracia de Dios en mi favor.»

Trágica aventura le esperaba en Siena.

«Salí del convento de Viterbo con mis dos compañeros de viaje, caminando en tanto delante, en tanto detras de la comitiva del Cardenal, de manera que llegamos el Juéves Santo por la tarde á una posada cerca de Siena. Allí encontré caballos de regreso que estaban deseando alquilar por poca cosa á quien los pidiese. Apeéme de *Tournon* y coloqué mi silla y estribos á uno de aquéllos, dejando el mio para que lo llevasen los muchachos, porque queria llegar temprano á Siena para ver á un amigo. El postillon que me guiaba me enseñó una posada buena, y le devolví el caballo, olvidando recoger la silla y estribos. Pasamos alegremente el resto del dia, y á la mañana siguiente recordé que habia dejado la silla y estribos en el caballo que monté. Repetidas veces mandé á pedirlos al maestro de postas, pero se negó á devolvérmelos, so pretexto de que habia reventado al caballo.

»El posadero que me hospedaba me dijo: «Fortuna tendreis si no os sucede algo peor que perder la silla y estribos. Ese hombre es el más brutal que hay aquí, y tiene dos hijos soldados que son más aún que el padre: por esta razon os aconsejo que compreis otra y calleis.»

»Creí yo, sin embargo, que el maestro de postas me devolveria la silla á fuerza de buenas palabras, y nada temia, por otra parte, con mi excelente arcabuz, mi cota de malla y montando un buen caballo, que manejaba muy bien. Habia acostumbrado á

mis dos compañeros á que llevasen tambien cota de malla, confiando especialmente en Pagolo que nunca se la quitaba en Roma. Era además Viérnes Santo, dia en que los locos deben dar tregua á su locura.

»Cuando llegamos á la puerta reconocí á mi hombre porque me habian dicho que era tuerto; y adelantando solo para hablarle:—Maestro, le dije, ruégoos que me devolvais la silla y los estribos, porque ningun daño he hecho á vuestro caballo. Contestóme tan brutalmente, que le dije:—No sois cristiano, por lo visto, puesto que quereis perjudicarme hasta en Viérnes Santo. «Lo mismo me importa que sea Viérnes Santo que viérnes del diablo. Si no os marchais, ¿veis esta pica y este arcabuz? pues sois hombre muerto.»

»Estas palabras llamaron la atencion á un caballero anciano que venía de la iglesia, y que, apoyando mis razones, le afeó su mala conducta con un extranjero, y sus blasfemias. Sus dos hijos entraron entónces en la casa sin decir palabra; mas el padre, furioso con las reconvenciones del anciano, bajó la pica, jurando que iba á matarme. Viendo su intencion, me separé un poco enseñándole la boca del arcabuz para mantenerle á distancia. Arrojóse entónces sobre mí más furioso que ántes, cuando mi arcabuz, que mantenia algo levantado, se disparó por sí solo, y la bala, chocando en el arco de la puerta, rebotó sobre su cabeza derribándolo al suelo.

»Al ruido acudieron sus hijos, uno con una horqueta y el otro con la pica de su padre, arrojándose éste sobre Pagolo y el otro sobre un milanes que nos acompañaba y que se defendia gritando que nada tenía que ver en la pendencia, lo cual no le

impidió recibir un golpe que le rasgó la boca. Yo habia picado al caballo para volver al combate una vez cargado el arcabuz, decidido á hacerme matar para vengar á mis compañeros, que creia muertos; pero les ví venir diciéndome Ascanio, que llegó el primero, que Pagolo estaba mortalmente herido. «¿Acaso, le pregunté, no llevába la cota de malla?— La habia dejado en la maleta, me contestó.—¡Desgraciado Pagolo, exclamé entónces; no la llevabas más que para echarla de guapo mozo en Roma, y te la quitabas cuando te era más necesaria! ¡Voy á morir por tu necedad!» Pero en el acto supe por el milanes herido, que el golpe dirigido á Pagolo no habia hecho más que arañarle la piel; que el maestro de postas estaba muerto, y que sus hijos se preparaban á vengarlo; y me suplicaron que no comenzase otra vez la lucha, porque sucumbiria en ella. Puesto que estais contentos, les dije, yo lo estoy tambien; adelante, piquemos los caballos y lleguemos á Staggia, donde nos encontraremos en seguridad.

XVIII.

Llegado á Fontainebleau, el Cardenal de Ferrara lo presentó á Francisco I.

Veamos en qué estado encontraba la corte. El amor por la Duquesa de Etampes dominaba al Rey.

Ana de Pisseleu, duquesa de Etampes, llamada antes señorita d'Heilly, querida de Francisco I, nacida hacia 1508, era azafata de Luisa de Saboya, duquesa de Angulema, madre de Francisco I, y tenía diez y ocho años cuando este Príncipe se enamoró perdidamente de ella. Casóla con un tal

Juan de Brose y le dió el condado de Etampes, que despues erigió en ducado para ella.

La Duquesa dominó á Francisco I durante veintidos años; perturbó la corte é introdujo la discordia en la familia real, por su odio á Diana de Poitiers, querida del Delfin. Haciendo traicion al Rey, favoreció, revelando secretos de Estado, los triunfos de Carlos V y de Enrique VIII, con propósito de humillar al Delfin, encargado de combatirles, é hizo firmar á Francisco I el vergonzoso tratado de Crespy.

Gustaba de las artes y los artistas tanto como los favorecia su real amante.

Hé aquí el relato de la primera audiencia que concedió Francisco I á Benvenuto.

«El Cardenal informó en seguida al Rey de mi llegada, y el Rey quiso verme en el acto. Presentéme ante S. M. con la palancana y el jarro de plata y le besé las rodillas. Recibióme con suma bondad, y yo le dí gracias por haberme sacado de la prision, diciéndole que era digno de un gran Monarca como él proteger la inocencia, y que sus beneficios estaban escritos en el cielo y en el corazon de todos los hombres honrados.

»Aquel excelente Príncipe me escuchó con suma atencion, contestándome con palabras benévolas y dignas de él. En seguida cogió los dos vasos, diciendo que no creía hubiesen hecho nunca los antiguos nada tan hermoso, y que sobrepujaba á cuanto habia visto de raro en Italia. Hablaba en frances con el Cardenal, y volviéndose hácia mí, me dijo en italiano: «Descansad, Benvenuto, y divertíos durante algunos días. Pensaré en ocuparos.»

Pocos dias despues, y á instancias del Cardenal, el Rey ofreció á Benvenuto la módica pensión de 300 escudos anuales. Indignado por esta pobreza,

Benvenuto se preparó secretamente para marchar. Súpolo el Cardenal, le mandó llamar y le ofreció, de parte del Rey, igual pension que habia asignado á Leonardo de Vinci, cien escudos de oro al año, y ademas el valor de todos los trabajos que se le encargasen para la corte. A la mañana siguiente le llamó Francisco I y le encargó doce candelabros de plata para su mesa, representando seis dioses y seis diosas. Dióle para taller el palacio pequeño de Nesle, terreno que más adelante ocupó el palacio del cardenal Mazarino, hoy Academia Francesa. El Sr. de Villebon, que ocupaba aquel palacio, declaró que se oponia á la ocupacion, y Benvenuto acudió en queja al Rey. Éste habia olvidado su cara, y le preguntó: «¿Quién sois?—Benvenuto, le contesté. —Si sois ese Benvenuto de quien tantas cosas he oido referir, añadió, obrad segun vuestra costumbre; os doy plena licencia.—Bástame conservar el favor de V. M., le respondí; por lo demás nada temo.—Pues bien, marchad, me contestó sonriendo; no os faltará.»

»En seguida mandó á un secretario, llamado M. de Villeroy (1), que proveyese á todas mis necesidades. Este secretario era íntimo amigo del preboste, á quien pertenecía el Pequeño Nesle, mansion que era una especie de castillo antiguo que tocaba á las murallas de Paris, bastante grande y de forma triangular. Ni un solo soldado lo guardaba, y el señor de Villeroy me aconsejó que buscase otro alojamiento, porque el preboste era hombre poderoso que cualquier dia mandaria matarme. He venido de Italia á Francia, le contesté, para servir á un gran

(1) Nicolás de Villeroy, señor de Villeroy, secretario de Hacienda.

príncipe, y no temo morir, porque tarde ó temprano he de hacerlo.

»El señor de Villeroy tenía mucho talento; era muy rico y admirable en todo, pero enemigo mio en secreto. Puso á mi lado á un tal Marmagne, tesorero de la provincia de Languedoc, y lo primero que hizo este hombre fué buscar en la casa la habitacion más cómoda y apoderarse de ella. En vano le repetí que el Rey me habia dado aquella casa para mí y los mios, y que no queria tener allí á nadie más: aquel hombre era altivo, audaz y violento; contestóme que haria lo que le agradase, y que era dar cabezadas contra la pared tratar de oponerse á él y al señor de Villeroy. Repliquéle que el Rey era más poderoso que el señor de Villeroy, y que él mismo me habia dado aquella casa.

»Furioso entónces, díjome mil injurias en frances, á las que contesté en italiano; y viendo que ponia mano á la daga, que era muy corta, saqué yo la mia mucho más larga, y que no me abandonaba jamás; díjele que era muerto si se movia. Marmagne tenía á su lado dos criados y yo á mis dos jóvenes.

»Arrojaos, les dije, sobre esos dos tunantes; matadles, si podeis, y cuando yo haya muerto á su amo, partiremos. Viendo éste mi decision, se creyó afortunado escapando con vida. En el acto escribí al Cardenal lo que acababa de ocurrir, refiriéndoselo esto al Rey, que lo sintió mucho y me recomendó al Conde d'Orbe, que tuvo conmigo todo linaje de atenciones.»

Tal era la anarquía feudal que reinaba entónces en la administracion.

«Los favores del Rey hacian que me considerase todo el mundo. Recibí la plata que necesitaba para mis estatuas, y comencé por la de Júpiter, que es-

taba ya bastante avanzada cuando el Rey regresó á Paris. En cuanto me vió me preguntó si podia enseñarle algo de mi taller, porque deseaba visitarlo. Habiéndole dicho que sí, aquel mismo dia, despues de comer, vino Su Majestad acompañado por la señora de Etampes, el Rey y la Reina de Navarra, su hermana, Monseñor el Delfin, madama la Delfina, el Cardenal de Lorena, en fin, todo lo más elevado de la corte. Trabajando estaba yo cuando llegó el Rey, y dí órden de que todo el mundo permaneciese en su sitio. Encontróme con una placa grande de plata en la mano para el cuerpo de mi Júpiter; otro estaba haciendo una pierna, otro la cabeza; de suerte que reinaba espantoso ruido en el taller. En aquel momento acababa yo de dar un puntapié á un muchacho frances que habia hecho una diablura y que corrió á guarecerse entre las piernas del Rey, cosa que le hizo reir mucho. Su Majestad me preguntó qué hacía, mandó que continuase, añadiendo que hiciese las cosas á mi gusto, y que me cuidase, porque queria hacerme trabajar por mucho tiempo. Contestéle que enfermaria si no trabajase, sobre todo en lo que deseaba hacer para él. Creyó el Rey que solamente trataba de dirigirle un cumplimiento, y recomendó al Cardenal de Lorena que me repitiese lo que habia dicho; pero le dí buenas razones, que le tradujeron, y se marchó con su comitiva.

»Difícilmente podria expresar las bondades que me dispensó el Rey. Pocos dias despues mandó llamarme, encontrándole con el Cardenal de Ferrara, que comia con él, estando ya en el segundo servicio. Acerquéme y habló mucho conmigo, diciéndome que deseaba un hermoso salero, caja que contenia la sal y las servilletas destinadas al Rey, para que hiciese juego con los vasos que el señor

Cardenal le habia regalado, y que le presentase el diseño todo lo más pronto posible. Vuestra Majestad lo tendrá en seguida si se digna concederme un cuarto de hora. (Hacía mucho tiempo que tenía hecho el diseño esperando ejecutarlo algun dia para el Cardenal). Asombrado el Rey, se volvió hácia el de Navarra y los Cardenales de Lorena y de Ferrara, exclamando: «Benvenuto es verdaderamente hombre admirable y digno de que le quieran y deseen cuantos le conocen.» Luego me dijo que veria con sumo gusto mi dibujo. En seguida partí, lo busqué y añadí el modelo en cera. Al verlos exclamó el Rey: «¡Este trabajo es más que divino! ¡Este hombre no ha descansado jamás!» Y mirándome con satisfaccion me encargó le hiciese el salero.

»El Cardenal de Ferrara me miró para darme á entender que conocia aquel modelo, porque yo habia añadido al Rey que lo haria para el que debia tenerlo, como para vengarme de las vanas promesas del Cardenal; y el dijo al Rey, como para vengarse tambien: «Señor, grande empresa es la que encargais á Benvenuto, y no llegará á terminarla. Estos grandes hombres del arte se prometen más de lo que pueden hacer.» El Rey le contestó que si se pensase siempre en la terminacion de las obras, no se emprendería ninguna. Razon teneis, Señor, me atreví á decir; los príncipes que, como Vuestra Magestad, saben alentar á los que les sirven, nunca encuentran en ellos nada imposible; y puesto que Dios me ha dado tan excelente amo en vos, espero terminar cuanto me habeis encargado. «Yo tambien lo creo,» dijo el Rey levantándose de la mesa. En seguida me llevó á su cámara y me preguntó qué cantidad de oro necesitaria para el salero. Mil escudos, le contesté. En el acto llamó á su tesorero, el señor

de Orbec, y le mandó que me los diese antiguos y de buen peso.

»Despidiéndome del Rey, repasé el Sena; tomé en casa, en vez de saco, una bolsa que me habia dado en Florencia una religiosa parienta mia, y como aun era temprano, marché solo á casa del tesorero que debia darme los mil ducados de oro. Encontréle ocupado en elegirlos, y lo hacía con tal lentitud que cerró la noche ántes de que me los entregase. Sospechando en esto alguna traicion, tuve la prudencia de mandar decir á algunos operarios mios que vinieran á acompañarme. Como no los veia, pregunté si les habian avisado, asegurándome un tunante de lacayo que él habia llevado el aviso, pero que no querian venir, y que si yo lo deseaba, él mismo llevaria el dinero. No, le contesté, lo llevaré yo.

»Cuando hube dado recibo en forma partí, llevando la bolsa sólidamente atada al brazo izquierdo. Iba armado y llevaba la cota de malla. Habia observado que algunos lacayos cuchicheaban y que habian salido al mismo tiempo que yo tomando por una calle opuesta. Por esta razon crucé con rapidez el puente del Cambio y seguí la orilla del Sena en direccion á mi casa. Cuando me encontré delante de los Agustinos (1), paraje muy peligroso, aun distaba demasiado de mi casa para que pudiesen oirme y acudir en mi socorro. Allí precisamente me atacaron cuatro hombres, espada en mano. Envolvíme rápidamente con la capa el brazo en que tenía atada la bolsa y desenvainé la mia.

Con un soldado, les dije cuando más me estrecha-

(1 Los grandes Agustinos, donde en la actualidad se encuentra el mercado de aves. Cellini tenía que pasar necesariamente por allí, para ir desde el puente del Cambio al Pequeño Nesle

ban, solamente se gana la capa y la espada, y yo os las venderé caras. Pero comprendí claramente que estaban aleccionados por los lacayos que habian visto entregarme el dinero. Como me defendia enérgicamente, poco á poco se retiraron, diciendo en frances: «Es un valiente italiano y no el que buscamos, porque no lleva nada consigo.» En fin, como creyeron que no podian ganar más que estocadas, y yo no las economizaba, se limitaron á marchar lentamente detras de mí. Aceleré entónces el paso, porque temia alguna otra emboscada, y viéndome cerca de casa, comencé á gritar: «¡A las armas! ¡á las armas! ¡quieren asesinarme!» Cuatro operarios acudieron con picas y quisieron perseguir á los bandidos, pero les detuve diciéndoles: Dejadme guardar este dinero que me desarticula el brazo, y en seguida caeremos sobre esos cuatro cobardes que no han podido robarme. En cuanto entré me rodearon todos, reconviniéndome porque confiaba demasiado en mí mismo, y añadiendo que algun dia me asesinarian. En fin, despues de mucha conversacion y no pocas bromas, cenamos tan alegremente como si me hubiese ocurrido algo bueno. Verdad es que dice el proverbio que tanto va el cántaro á la fuente que al fin se rompe; pero las desgracias no ocurren nunca de la misma manera. »

XIX.

Benvenuto se entregó entónces completamente á su genio y carácter. Concluyó la estatua de Júpiter de tamaño natural, la de Marte y multitud de obras maestras para la Duquesa d'Etampes y para sus amigos de Italia. Su situacion era excelente; el Rey

le distinguia creyendo haber arrebatado su lustre á Italia con Leonardo de Vinci y Benvenuto, fijándolos en su reino de Francia. A su regreso de la jornada de verano, envióle cartas de naturalizacion y le visitó en el palacio de Nesle, maravillándose y no pudiendo comprender cómo habia podido terminar ó bosquejar tantas obras en tan pocos meses.

«Durante la conversacion, dice Benvenuto, hablóse de Fontainebleau, indicando la Duquesa d'Etampes al Rey que debia encargarme algo para aquel magnífico palacio. «Razon teneis,» contestó el Rey; y me consultó en el acto acerca de lo que podríamos imaginar para aquel delicioso sitio. Manifestéle mi parecer, él me dijo el suyo, añadiendo que iba á pasar quince ó veinte dias en Saint-Germain; que durante este tiempo le hiciese el dibujo más hermoso que pudiera imaginar para adorno de aquel palacio que era lo que más le agradaba en su reino, y que me rogaba desplegase toda mi imaginacion y talento. Dirigiéndose en seguida á la señora d'Etampes: «No he visto nunca hombre que me sea más agradable y que mejor merezca recompensa. Aunque le hablo con frecuencia, nunca me pide nada; sólo piensa en su trabajo: por esta razon quiero fijarlo en Paris á fuerza de favores.» La señora d'Etampes dijo que cuidaria de recordarlo á S. M., y se marcharon.»

XX.

El obrero habia llegado á ser supremo artista. Era evidente que su genio aspiraba á igualarse con la fortuna de su protector, y que los grandiosos

laureles de Miguel Angel le quitaban el sueño. Entónces concibió el monumento colosal de la estatua de Marte, representando á Francisco I. El Rey quedó encantado; pero la Duquesa d'Etampes, disgustada por la preferencia otorgada al Rey, le irritó contra Benvenuto. «Ese hombre, le dijo el Rey, se ha apoderado verdaderamente de mi corazon. Amigo mio, dijo golpeándole en el hombro, no sé quién es más afortunado, si el príncipe que encuentra un hombre, ó el hombre que encuentra un príncipe.»

A peticion de la Duquesa d'Etampes, el Rey hizo venir de Bolonia á Fontainebleau, su residencia habitual, al célebre pintor Primático, para encargarle la galería del palacio, y Benvenuto se indignó por la preferencia, que deseaba acaparar para sus obras. Un proceso escandaloso que le intentaron por venganza, so pretexto de infames amores, de que ya le habian acusado en Italia, le encolerizó en tales términos, que, habiéndolo ganado, se vengó á puñaladas de sus acusadores y les hizo arrepentir cruelmente de sus verdaderas ó falsas delaciones.

Terminado el Júpiter, quiso verlo el Rey, y Benvenuto hizo llevar la estatua á Fontainebleau. Francisco I y toda la corte quedaron estupefactos de admiracion. En vano trató de rebajar su mérito la señora d'Etampes. «¿Qué valen estas cosas, dijo, en comparacion de las obras de la antigüedad, que ni siquiera mirais? ¡Ah! si viésemos esta estatua en pleno dia, no nos pareceria tan hermosa, y ademas la han cubierto con un velo para ocultar sus defectos.»

«Verdad era que le habia colocado yo un velo para darla mayor majestad y para presentarla con más decencia ante las damas de la corte, dice Benvenuto; pero movido por el despecho, lo rasgué é hice ver á

mi Júpiter en toda su hermosa desnudez. La señora d'Etampes creyó que lo habia hecho por desprecio á ella; encendiósele el rostro en cólera, y no pudiendo yo contenerme, quise hablar; pero conociéndolo el Rey, me cortó la palabra, diciendo: «Callad, y ganareis mucho más de lo que pensais.» Obligado á guardar silencio, me retorcia las manos, y la señora d'Etampes estaba igualmente furiosa. Esto dió ocasion á que el Rey se marchase mucho más pronto de lo que hubiese querido, diciendo en alta voz: «He quitado á Italia el hombre más hábil que existió jamás.»

»Dejé mi Júpiter en su sitio y marché á Paris, despues de recibir mil escudos de oro, parte por la pension y parte por los adelantos que habia hecho. Tan contento estaba, que despues de comer repartí á mis compañeros de trabajo todos mis vestidos de finas pieles y hermosas telas, recibiendo cada cual una parte segun su mérito, y tampoco olvidé á los criados y mozos de cuadra. Queria yo estimularles para que en todo me sirvieran bien.

»Cobrando nuevo valor, me dediqué á mi coloso, que era la estatua de Marte, cuya armadura estaba formada de trozos de madera ingeniosamente entrelazados y cubiertos de yeso. Referiré una anécdota á que dió lugar esta estatua. Habia prohibido á mis operarios que llevasen muchachas á casa, pero la órden no se cumplia bien. Ascanio estaba enamorado de una jóven muy bonita que le correspondia, y una noche escapó de casa de sus padres, vino á buscarle y no quiso volver á su hogar. No sabiendo Ascanio qué hacer, le arregló con mucha habilidad una cama en la cabeza de la estatua, y de noche la hacía salir. Como la cabeza estaba muy adelantada, la habia descubierto, con algo de vanidad para que

la viese el público. Los vecinos subian á los tejados para contemplarla. Como hacía mucho tiempo corria el rumor de que un duende que yo no habia visto ni oido habitaba aquel antiguo palacio, y como la muchacha que estaba acostada en la cabeza la movia de tiempo en tiempo, el estúpido pueblo decia que el duende se habia apoderado ya de aquella colosal figura y que le hacía mover los ojos y la boca como si quisiera hablar: unos se asustaban, y otros, más astutos, se esforzaban en hacerlo creer, aunque ignoraban que existia en aquella cabeza un verdadero duende.»

XXI.

Por instigacion de la señora d' Etampes, el Rey le reconvino porque perdia el tiempo y su talento en hacer para otros vasos, saleros y diferentes objetos, descuidando los grandes trabajos que le tenía encomendados. La señora d' Etampes aconsejó riendo al Rey que mandase ahorcarlo, diciendo que lo habia merecido.

XXII.

Versátil y disgustado Benvenuto, dejó su palacio y talleres de Paris á Ascanio, y partió para Italia, pasando por Piacenza, donde le reconoció Pier Luigi, y poniendo á mal tiempo buena cara, fué á verle.

«Encontréle, dice, sentado á la mesa con los Landi, que le asesinaron despues.»

Pier Luigi le pidió perdon por las persecuciones

de que le hizo objeto en Roma, y le propuso que se quedase en Ferrara para trabajar en el embellecimiento de la ciudad.

«Admiremos la justicia de Dios, que nada deja sin castigar en la tierra, exclama Cellini. Aquel hombre me pedia perdon delante de los que poco despues me vengaron á mí y á tantos otros que habian sido asesinados por él. Que ningun mortal por grande que sea confie jamás en la impunidad de sus crímenes. Igual justicia se hará á muchos que me han perseguido. Y no me arranca la vanidad estas tristes reflexiones, sino que las hago para dar gracias á Dios, cuya poderosa proteccion nunca me ha faltado; porque siempre he acudido á Él en medio de mis angustias.»

Esta mezcla de maldad y sincera devocion da á aquel tiempo pintoresco carácter moral que en nadie brilla tanto como en este ingenuo malvado.

XXIII.

Desde Ferrara marchó Benvenuto á Florencia. Era entónces gran duque Cosme de Médicis, quien le recibió en Poggio, magnífica *villa* á pocas millas de la capital, encargándole una obra de escultura para la decoracion que estaba haciendo de la *Logia dei Lanzi* situada en la plaza del Gobierno, especie de anfiteatro cubierto, pero al aire libre, donde exponia á perpetuidad los obras inmortales de los artistas toscanos para admiracion y gloria del pueblo.

Esta fué la obra maestra de Benvenuto. La esposa de Cosme le dió mil disgustos por un diamante que queria hacer comprar á su marido y que Benvenuto despreciaba; al fin, para distraerse hizo un

viaje de artista á Venecia. Su objeto principal era ver allí al Ticiano y al famoso Sansovino, escultor florentino al servicio de la Señoría, recibiéndole los dos como compatriota y amigo. Habiendo encontrado á Lorencino, el ministro del duque Alejandro, en compañía de algunos republicanos proscritos, aconsejáronle que volviese á Francia, en vez de honrar con sus obras al tirano de su patria. Separóse de ellos sin contestarles, siendo á sus ojos los enemigos políticos feroces falsarios.

De allí volvió á Florencia á terminar su *Perseo* que fué en adelante la obra de su vida. Habia tomado por tipo de su héroe mitológico el momento en que levanta en la mano la cabeza de Medusa que acaba de cortar, y apoya el pié derecho en el ensangrentado tronco, palpitante aún.

Citaremos aquí, como hemos citado en nuestra biografía de Bernardo de Palissy, el trabajo y ansiedad de Benvenuto en la fundicion en bronce de aquella obra divina. ¡Cuántas veces, ántes de conocer la vida y procedimientos de Benvenuto Cellini, nos hemos parado en Florencia, ante la *Logia dei Lanzi*, para contemplar este milagro del genio humano! Allí se encuentran, fundidas en la misma expresion, la belleza, la cólera y la victoria de la venganza. Cosme quedó encantado, y el pueblo toscano la contó desde el primer dia en el rango de las obras que no tienen igual.

Hé aquí en qué términos refiere los febriles esfuerzos que le costó la fundicion del *Perseo*: parece que se presencia la germinacion de la vida.

XXIV.

«El éxito que habia obtenido en la fundicion de mi *Medusa* debía hacerme creer que triunfaria tambien en la de *Perseo*, cuyo modelo estaba terminado y revestido de cera; mas el Duque, despues de admirarlo, bien que le hubiesen prevenido mis enemigos, bien que lo imaginase él mismo, me dijo un dia: «Benvenuto, no creo que podais fundir en bronce vuestro *Perseo*: el arte no os lo permite.» Disgustáronme estas palabras, y le contesté: «Veo, Monseñor, que confiais poco en mí y que dais demasiado crédito á lo que os dicen, porque no entendeis de esto.—Creo que sí entiendo, me replicó, y que entiendo bastante.—Sí, Monseñor, pero no como artista; porque deberíais confiar en mí, despues de la cabeza de bronce que he hecho, despues del *Ganimedes* que he restaurado, y que me ha costado más trabajo que si lo hubiese hecho nuevo, y despues de la estatua de *Medusa* que teneis ante los ojos y que es obra sin ejemplo. Sabed, Monseñor, que todos los grandes trabajos que he realizado para el rey Francisco I han sido coronados por completo éxito; pero aquel príncipe me animaba con los medios que ponia á mi disposicion y con el número de obreros que me proporcionaba. Haga lo mismo Monseñor, procúreme auxilios, y seguro estoy de ofrecerle una obra digna de él; pero no me da para terminarla ni dinero ni valor.» Miéntras hablaba de esta manera, el Duque se volvia de un lado á otro como si me escuchase con disgusto, y yo me afligia pensando en la magnífica posicion que habia dejado en Francia. «¿Pero cómo ha de conseguirse, Benve-

nuto, me dijo, que quede fundida la cabeza de Medusa que tan alta está en la mano de Perseo?—Ya veis, Señor, que no comprendeis las dificultades. Si Monseñor tuviese conocimientos del arte, nada temeria por la cabeza, sino por el pié derecho de Perseo, que está muy léjos del otro y al que costará mucho trabajo hacer llegar el metal.» Al oirme, se volvió el Duque algo encolerizado hácia los señores que estaban presentes y les dijo: «Creo que este Benvenuto se ha empeñado en contrariarme en todo. Quisiera saber qué razones puede darme para convencerme y tener paciencia para escucharlas.—He aquí mis razones, dije, y Monseñor las comprenderá fácilmente.» Y se las expliqué con toda la claridad posible, omitiéndolas aquí en gracia de la brevedad. Despues de escucharme, se alejó moviendo la cabeza.

»Procuraba yo dominar mis disgustos y cobrar valor, á pesar de los recuerdos de Francia, donde habia encontrado más socorros que en Florencia, mi patria, y que en el fondo, solamente habia abandonado por acudir en socorro de mi pobre familia. Esperaba que si triunfaba en mi *Perseo*, todos mis disgustos se trocarian en gloria y satisfacciones. Hice, pues, acopio de buena leña de pino; revestí la estatua de tierra conveniente y la sujeté con excelente herraje; en fin, lo preparé todo para fundirla. En seguida mandé abrir la fosa, á la que la hice llevar con todas las precauciones posibles, y segun las reglas del arte y las que me dictaban mi experiencia y mi imaginacion; y cuando hube dado todas las instrucciones necesarias á los operarios, me dirigí al horno que habia hecho llenar de cobre y estaño con las proporciones convenientes. Hice prender fuego, que yo mismo dirigí con mil fati-

gas, viendome contrariado por el viento y la lluvia que venian del lado del jardin y que enfriaban el horno. Obligado á luchar con tantos obstáculos imprevistos, mis fuerzas no pudieron resistir, invadiéndome terrible fiebre, que me obligó á ir desesperado á arrojarme en la cama, despues de repetir las instruciones á los operarios, que eran diez, y sobre todo á Bernardino, mi primer oficial, á quien le dije:—Observa bien todo lo que te he mandado hacer, porque me siento mal como nunca he estado; creo que voy á morir. Entre tanto comed, bebed y preparaos para este gran trabajo.—Poco tiempo despues, un hombre acongojado, pálido y temblando como si le llevasen al suplicio, vino á decirme: «¡Oh, desgraciado Benvenuto! ¡Todo se ha perdido! ¡ya no hay remedio!» Al escucharle lancé tremendo grito, salté del lecho y me vestí. Nadie podia acercárseme, porque caia sobre él con piés y manos y me desolaba diciendo:—Aquí hay traicion, pero la descubriré, y ántes de morir, sabré vengarme.—En seguida corrí al taller, donde ví á todos los operarios consternados.—Escuchadme, les dije; y puesto que no habeis querido seguir mis consejos, obedecedme sin hablar palabra ahora que estoy con vosotros.—Al oirme, replicó un maestro fundidor llamado Alejandro Lastricati que queria yo hacer una cosa imposible. Tanto me enfureció aquella respuesta, que todos se intimidaron y me dijeron: «Mandad y os obedeceremos.» Hablábanme así porque me creian medio muerto. En seguida reconocí el horno, en el que el metal habia formado una especie de pasta; pero mandé traer leña de encina que produce fuego más intenso que la otra; llené el fogon y pronto ví que se ablandaba la pasta. Al verlo tambien los trabajadores, se animaron y me obedecieron

con más ardor. Hice echar en el horno cerca de sesenta libras más de estaño, que á fuerza de fuego y de movimiento licuaron muy pronto toda la masa. Este resultado me resucitó. Ya no pensaba en la fiebre, ni en mi temor de morir, cuando de pronto oimos una explosion que á todos nos asustó, y á mí más que á los demas. El metal se levantaba y extendia. Inmediatamente hice abrir los canales que debian llevarlo al molde, y viendo que corria con mucha lentitud, mandé traer todos mis platos, fuentes, vasijas y escudillas que eran de estaño, en número de doscientos próximamente, y los fuí echando en el horno. Cuando los operarios vieron salir el bronce con facilidad, saltaron de alegría y me obedecieron con más entusiasmo; yo, arrodillándome, exclamé:—¡Gran Dios, que resucitasteis y subisteis al cielo, haced que el molde se llene pronto!—Así sucedió, y dí mil gracias al Señor. En seguida me senté ante un gran plato que me habian servido sobre un mal banco, comí con apetito, bebí con todos los trabajadores, y como ya era tarde, fuí á acostarme alegre y contento sin cuidarme de la fiebre (1).

»Tenía yo entónces una criada excelente (2) que, sin decirme nada, me habia comprado un capon cebado. Cuando al siguiente dia me levanté á la hora de comer, me dijo: «¡Oh! ¡hé aquí al hombre que temía morir ayer! Creo que los puntapiés y puñetazos que nos dió asustaron tanto á la fiebre que no

---

(1) Muchos ejemplos existen de estas curaciones repentinas causadas por la alegría ó fuerte pasion. Al cónsul Fulvius, dice Plinio el viejo, le curó repentinamente la victoria que alcanzó sobre los Celtas.

(2) Esta criada, llamada Piera, fué más adelante su esposa y tuvo de ella muchos hijos.

se ha atrevido á volver. Sentéme á la mesa con mi buena familia, que había recobrado la alegría al mismo tiempo que yo y que habia reemplazado con utensilios de barro todos los objetos de estaño que habia arrojado en el horno. Despues de comer me visitaron todos los operarios, confesándome que les habia hecho ver cosas que nunca hubiesen creido posibles, lo cual no dejaba de halagar algo mi vanidad. En seguida saqué la bolsa, les pagué bien y todos marcharon contentos.

»El mayordomo Riccio, enemigo mio, estaba impaciente por saber cómo habían pasado las cosas. Los dos obreros de quienes sospechaba haberme hecho traicion, le dijeron que yo era más que un diablo; porque un diablo solo no hubiese conseguido hacer lo que yo habia hecho. En seguida escribió al Duque, que se encontraba en Pisa, y puso en la carta más aún de lo que le habian referido.

»Dos dias despues, cuando el molde se habia enfriado bien, comencé á descubrirlo poco á poco. Lo primero que ví fué la cabeza de *Medusa* perfectamente fundida, para cuyo efecto sirvieron mucho las ventosas de que habia hablado al Duque. No habia resultado ménos bien la cabeza de *Perseo*, lo cual me sorprendió más, porque el metal habia venido justo para llenarla completamente, considerando yo esto como favor del cielo. A medida que avanzaba, quedaba más satisfecho. Al fin llegué a pié de la pierna derecha, y encontré el talon lleno, cosa que me agradaba por un lado y me disgustaba por otro, porque habia predicho al Duque que no se fundiria bien; pero faltaba algo á los dedos, y esto me satisfizo, pudiendo ya hacerle ver que sabía lo que decia; porque el metal no hubiese llegado jamás hasta aquel pié, y hubiese quedado totalmente falto,

de no haber arrojado en el horno toda mi vajilla de estaño, cosa que nadie habia imaginado ántes que yo.

»Contento del resultado, marché á Pisa para ponerlo en conocimiento del Duque. Tanto él como la Duquesa me recibieron con suma amabilidad, y aunque el mayo domo les habia escrito cuanto habia pasado, quisieron oir los detalles de mi propia boca. Lo que más sorprendió al Duque fue ver realizada mi prediccion en cuanto al pié derecho de la estatua. Encontrándoles bien dispuestos en mi favor, les pedí permiso para dar una vuelta por Roma; concediéronmelo, pero haciéndome prometer el Duque que regresaria pronto para dar la ultima mano á mi *Perseo*, y al mismo tiempo me dió cartas de recomendacion para su embajador cerca del Papa, que á la sazon era Julio III.

»Despues de dar órdenes á los trabajadores de mi taller, marché á Roma, donde ví á Antonio Altoviti, cuyo busto en bronce habia hecho para adorno de su gabinete. Debo decir de paso que lo enseñó á Miguel Angel, quien, al verlo, le preguntó por el autor de tan hermosa obra. «Sabed, añadió, que esta cabeza está hecha segun la manera antigua, que es la buena, y que si la colocaseis mejor, produciría mayor efecto.» Sabiendo en seguida que habia salido de mis manos, me escribió esta carta: «Mi querido Benvenuto: Durante mucho tiempo os he conocido como el mejor platero que teníamos, y hoy os reconozco como el primer escultor. El señor Altoviti me ha enseñado su retrato en bronce, diciéndome que es obra vuestra: mucho lo he admirado, pero lo ha colocado á mala luz, lo que le impide producir el maravilloso efecto de que es capaz.»

»Lisonjeras palabras acompañaban á esta carta, que yo habia enseñado al Duque ántes de partir,

encargándome éste que, al contestarle, le invitase á volver á Florencia, donde le nombraria uno de los cuarenta y ocho miembros del Consejo, y que haria más aún; pero Miguel Angel no contestó á mi carta, que mostré al Duque ántes de remitirla: esto le puso de mal humor contra él.

»Encontrándome en Roma, fuí á ver á Altoviti, que me repitió las palabras de Miguel Angel, y en cuya casa tenía yo colocado algun dinero, cuyos intereres me debia, como tambien el precio del busto; pero cuando tratamos de esto se enfrió conmigo y me dió tan malas razones que me ví obligado á dejarle el dinero en renta vitalicia al quince por ciento, y á perder el precio del busto.

»En seguida fuí á besar los pies al Papa, de quien esperaba obtener algun trabajo; pero ya le habia prevenido nuestro Embajador. Desde allí marché á casa de Miguel Angel y le repetí los ofrecimientos del Duque que ántes le hice en mi carta. Contestóme que estaba empleado en Roma en la fábrica de San Pedro; y como le instaba para que accediese á los deseos del Duque y al amor que se debe á la patria: «¿Estais contento de él? me preguntó.—Mucho, le contesté.» Pero él sabia todo cuanto habia sufrido yo, y se negó absolutamente á ponerse á su servicio.

»Víctima de la mala fe de los comerciantes en mis relaciones con Altoviti, regresé muy disgustado á Florencia, donde mi primera visita fué para el Duque, que se encontraba en su palacio sobre el puente de los Rifredi. Allí encontré á su mayordomo Riccio, y cuando iba á saludarle: «¡Oh! ¡héos aquí de vuelta!» dijo batiendo palmas, y me volvió la espalda. No pude comprender lo que queria decir aquel hombre con tales demostraciones; pero lo

dejé marchar, y fuí en busca del Duque, que estaba en el jardin. Sorprendido al verme, su recibimiento fué indicarme con una seña que me marchase. Pregunté la razon al señor Sforza, que era íntimo suyo, y me contestó sonriendo con estas palabras: «Benvenuto, tened buena salud y burlaos de los demas.» Sin embargo, pocos dias despues me consiguió una audiencia. El Duque me recibió con mucha frialdad, y me preguntó qué había hecho en Roma. Habléle de mi asunto con Altoviti, y despues de Miguel Angel, de quien le referí una anécdota que había callado hasta entónces.—Monseñor, le dije, cuando propuse á Miguel Angel que viniese á Florencia, le invité á que confiase á su operario Urbino los trabajos que tuviese por concluir; pero éste comenzó á gritar con voz de campesino: «No quiero separarme de mi maestro hasta que me haya desollado ó yo le desuelle á él.» El Duque se echó á reir, diciendo: «¡Puesto que Miguel Angel no quiere venir, tanto peor para él!» Oidas estas palabras me despedí de S. E.»

XXV.

Despues del maravilloso triunfo de Benvenuto, previendo el Duque la guerra con Pisa, quiso utilizar en defensa de la capital á los eminentes artistas que habian contribuido á su decoracion, eligiendo á Benvenuto para fortificar las puertas principales de Florencia. Su irascible carácter estuvo otra vez a punto de costarle la vida.

«Mandaba la guardia de la puerta de Prato, dice Benvenuto, un capitan lombardo tan robusto y rudo como vanidoso é ignorante. Preguntóme qué pensa-

ba hacer, y con la mayor cortesía le enseñé el plano. Al verlo, movió la cabeza, volvióse de un lado á otro, agitó las piernas, se retorció el bigote, que era muy largo, y al fin dijo: «¡Lléveme el diablo si entiendo algo de eso!—Si nada entendeis, le contesté volviéndole la espalda, dejadme trabajar.—¡Hola, maestro! ¿acaso teneis gana de habéroslas conmigo?—Más fácil me sería eso, le contesté encolerizado, que fortificar esta puerta;» y al mismo tiempo pusimos mano á las espadas: pero multitud de honrados florentinos acudieron á separarnos, reconviniéndole, porque yo obraba en nombre de Su Excelencia; dejándome desde entónces tranquilo el capitan.

»Cuando terminé el baluarte en la puerta de Prato, fuí á la del Arno, donde mandaba un oficial de Cesano, sumamente cortés: parecia una mujer delicada, y era el más valiente del mundo. Tan perfectamente nos llevamos, que mi trabajo resultó mucho mejor hecho en esta puerta que en la otra. Habiendo hecho poco despues las gentes de Pedro Strozzi una incursion en el condado de Prato, fué tan grande la alarma, que todos los habitantes cargaban sus muebles en carretas y acudian á la ciudad. Tantas venian, que se tocaban unas á otras; y viendo tanto desórden, advertí á los guardias de la puerta tuviesen cuidado no sucediese como en Turin, donde igual confusion impidió bajar el rastrillo, que quedó levantado sobre las carretas y dió márgen á que se perdiese la ciudad. Mis advertencias desagradaron al capitan lombardo, que quiso neciamente comenzar de nuevo la riña; pero otra vez nos separaron, y terminado el baluarte, le abandoné, porque iba á recibir mucho dinero que no esperaba, con el cual podria concluir mi *Perseo.*»

Pero por esta obra maestra quedó más recompensado en honor que en dinero.

«Comenzaba, pues, dice, á poner mi estatua en condiciones de ser expuesta, y como me faltaba un poco de oro y algunas cosas para perfeccionarla, murmuraba, me quejaba, y maldecia el instante en que abandoné la Francia y su gran rey; no previendo aún todo lo que habia de ocurrirme con un príncipe que me dejaba trabajar para él á expensas de mi propio bolsillo. Cuando permití al público ver mi estatua, alzóse, á Dios gracias, universal clamor de aprobacion, que no dejó de consolarme. Aquel mismo dia ataron en derredor de mi *Perseo* más de veinte sonetos (1), y otros muchos hicieron en los dias siguientes en griego y en latin los profesores y estudiantes de la Universidad de Pisa, que habian venido de vacaciones. Pero los elogios que más me agradaron fueron los de los maestros del arte, del pintor Jacobo de Pustormo y del hábil Bronzino, que no se limitó á felicitaciones, sino que tambien hizo hermosos versos. Despues retiré la estatua de la vista del público y me dediqué á darle la última mano.

»Aunque fué testigo el Duque de la aprobacion de nuestra excelente escuela, no le impidió decir que se alegraba de que hubiese conseguido esta pequeña satisfaccion porque me excitaria para terminar la estatua; pero que cuando quedase descubierta y se viese por todo los lados, se le encontrarian defectos que aun no se habian notado, y que debia armarme de paciencia. Hablaba así por sugestiones de Bandinello, que le citó por ejemplos el *Cristo* y el *Santo Tomás* de bronce de Andres Verrochio, y el hermo-

(1) Es costumbre en Italia hacer sonetos en todos los acontecimientos y cosas extraordinarias.

so *David* del divino Miguel Angel, que solamente era perfecto por delante. Bandinello juzgaba mal del gusto público por todo lo que habia dicho de su *Hércules*. Un dia en que el Duque hablaba con él de mi estatua, viniendo Bernardone en apoyo de aquel envidioso, le dijo que era muy distinto hacer figuras grandes á hacerlas pequeñas; y con palabras preñadas de hiel y mentira trataba de perjudicarme y vengarse.

»Sin embargo, á Dios gracias, quedó terminado mi *Perseo*, y lo descubrí por completo al público un juéves por la mañana. Desde ántes de amanecer se reunió considerable multitud para contemplar la estatua, y todos la alababan á porfía. El Duque estaba oculto detras de una ventana, para escuchar lo que decian; y tanto se regocijó, que me envió al señor Sforza para decírmelo, lo cual añadido á las alabanzas que por todos lados me dirigían, fué de tanto contento para mí, que me mostraban con el dedo como cosa maravillosa.

»Entre los que más me felicitaron, se encontraban dos caballeros que el Virey de Nápoles habia enviado al Duque para negocios de Estado. Señaláronme á ellos cuando pasaba por la plaza, y se me acercaron precipitadamente con el sombrero en la mano, dirigiéndome discursos como si fuese yo el Papa. En vano me humillaba porque sus felicitaciones no concluian, y como se reunia mucha gente en derredor nuestro, encontrábame tan confuso que les supliqué pusiesen tregua á tantas ceremonias y que nos alejásemos. Propusiéronme en seguida que fuese á su país, donde me darian la pension que pidiese, diciéndome que Giovan-Angelo de Servi les habia hecho una fuente decorada con muchas figuras que estaban muy léjos de ser tan bellas como las mias,

y que le habian colmado de dones. Cuando terminaron sus largos discursos, les contesté que estaba al servicio del príncipe que más gustaba de los hombres de talento y en el seno de mi patria, que era la de las bellas artes; que si el interes me impulsase á obrar, hubiéseme bastado permanecer con el rey Francisco I, que me daba mil escudos de oro al año, sin contar el precio de mis obras, de manera que todos los años ganaba más de cuatro mil; que sin embargo habia renunciado á tantas utilidades y dejado en Francia el fruto de cuatro años de trabajo. Con estas palabras puse término á sus ceremonias, y les dí gracias por sus elogios, que eran el mejor precio de las obras bellas y que me animaban á emprender otras más bellas aún. Aquellos caballeros querian comenzar de nuevo las felicitaciones, pero les saludé con mucho respeto y me separé de ellos.

»Dos dias despues, viendo que los elogios seguian en aumento, me dispuse á ver al Duque, quien me dirigió estas amables palabras: «Querido Benvenuto, habeis satisfecho al público, y á mi vez os prometo dejaros contento de un modo que os asombrará, ántes de que pasen dos dias.» Estas hermosas promesas hicieron que se dirigieran á Dios todas las facultades de mi alma, y besé la orla del traje de su Excelencia con lágrimas en los ojos. En seguída le dije:—Glorioso Señor, remunerador verdadero de los talentos y de los que los ejercen, os pido ocho dias de licencia para hacer una peregrinacion con objeto de rendir gracias á Dios, que me ha ayudado dándome fuerzas para terminar mi estatua.—El Duque me preguntó dónde pensaba ir, y le contesté: —A los Camaldulenses de Valle-umbroso, y á los baños de Santa María, y quizá tambien á Sertila, don-

de creo podrán encontrarse bellezas antiguas; en seguida volveré por San Francisco de la Vernia, dando gracias á Dios por todo el camino. «Pues bien, marchad, consiento en ello, me dijo el Duque; pero dejadme un recuerdo en dos versos.» Un momento despues le hice cuatro, y rogué al Sr. Sforza que se los entregase, diciendo el Duque al recibirlos: «Mostrádmelos todos los dias, con objeto de que haga lo que he prometido, porque me mataria si lo olvidase.» El Sr. Sforza me repitió sus propias palabras, casi envidiando el favor de que gozaba con el Duque.

»Salí de Florencia é hice mi peregrinacion, sin cesar de cantar psalmos y oraciones en alabanza del Señor; agradándome tanto más, cuanto que el tiempo estaba hermoso y el país que recorria era extraordinariamente bello. Guiábame un operario mio que era de aquella comarca, y en cuya casa, cuando llegué á los baños, me recibieron cortésmente su padre y un su tio viejo ya, médico-cirujano que entendia algo de alquimia. Díjome éste que los baños tenian minas de oro y de plata, y otras muchas cosas muy curiosas, y cuando se familiarizó commigo, me dijo un dia: «Si nuestro Duque quisiera oirme, le daria á conocer un proyecto muy ventajoso. Existe cerca de los Camaldulenses un paso tal, que si quisiesen atravesarlo buques á pesar nuestro, no lo harian sin peligro.» Aquel buen anciano me enseñó un plano del país, hecho por su mano, en el que me mostraba la verdad de lo que decia. Cogí el plano y regresé á Florencia lo más pronto que pude, y sin detenerme acudí á palacio. En el camino encontré al Duque, que me dijo: «¡No os esperaba tan pronto!—Monseñor, le contesté, he venido en servicio de Vuecelencia; porque hubiese perma-

necido con gusto algun tiempo más en aquel hermoso país.» Llevóme á un gabinete secreto y le mostré el plano del anciano. Mucho lo celebró, y me dijo que se ocuparia de él, y despues de reflexionar algo: «En último caso, añadió, el Duque de Urbino y yo no nos hemos puesto de acuerdo y á él toca encargarse de eso; pero guardad el secreto; os agradezco vuestro celo.»

»Al dia siguiente me dijo el Duque, despues de algunas frases cariñosas: «Mañana sin falta despacharé vuestro negocio: descuidad en cuanto á eso.» Llegado el momento, acudí á palacio; pero como las malas noticias corren más que las buenas, el Sr. Jacobo Guidi, secretario de Su Excelencia, me llamó con su boca torcida, y en voz muy alta, manteniéndose tieso como una estaca, me dijo: «El Duque quiere saber cuánto pedís por el *Perseo*.» Estupefacto quedé al oirle, y le contesté que no ponia precio á mis trabajos para Su Excelencia y que aquello no era lo que me habia prometido dos dias ántes. Aquel hombre se irguió más, y con tono más elevado dijo: «Os pregunto de parte suya cuánto pedís, y os mando que me lo digais so pena de su desagrado.» Yo, que creia no solamente haber ganado sino merecido todo el favor del Duque por mis desinteresados trabajos, ante las insolentes palabras de aquel hombre monté de tal manera en cólera, que le dije que si el Duque me daba diez mil escudos, no me pagaria demasiado, y que no me hubiese detenido en Florencia á no esperar más que este precio. Guidi me contestó con palabras más necias que las primeras, que le devolví con usura, y habiéndome presentado al Duque á la mañana siguiente, me dijo encolerizado: «¿Sabeis que por diez mil escudos se hacen *villas* y palacios?—Muchos hombres encontrareis

que os los hagan, contesté bajando la cabeza; pero no un *Perseo*;» y me alejé. Pocos dias despues me llamó la Duquesa y me dijo que queria reconciliarme con el Duque y que confiase en ella. Con palabras corteses respondí que nunca habia pedido por precio de mis trabajos otra cosa que el favor de Su Excelencia; que me lo habia prometido y que no era necesario se interesase ella para que obtuviese yo una recompensa que no pedia, puesto que me contentaba con la menor, si el Duque continuaba dispensándome sus bondades. «Benvenuto, me dijo la Duquesa sonriendo y volviéndome la espalda, más os valdria confiar en mí.»

»Creí haber hecho bien hablando de aquella manera; pero resultó lo contrario de lo que esperaba, porque la Duquesa, aunque algo disgustada conmigo, tenía mucho talento y hermoso corazon. En aquel tiempo tenía yo amistad con Jerónimo Albizzi, comisario de infantería, que me dijo queria reconciliarme con el Duque, y que no debia llevar las cosas hasta el extremo de irritarlo en contra mia. Como no ignoraba que habian dicho al Duque que por un *quatrino* (1) haria pedazos mi *Perseo* y que todo terminaria así, confié en Jerónimo Albizzi, que me aseguró quedaria contento y conservaria la amistad del Duque. Este hombre, que entendia más de soldados que de cosas de arte, fué á hablar al Duque, quien por su parte confió en su juicio. Creyó entónces Albizzi que tres mil quinientos escudos bastarian para recompensar mi trabajo y que quedaria bien pagado, y me escribió sobre este particular una carta que firmó el Duque. ¡Júzguese del placer que experimentaria al recibirla! Habiéndolo sabido

(1) Moneda parecida á nuestros céntimos.

la Duquesa, no pudo ménos de decir que á confiar yo en ella, hubiese recibido cinco mil escudos de oro. El Sr. Alemani Salviati, que estaba presente, me repitió sus palabras y se burló de mí, diciéndome que me habia ocurrido lo que merecia.

»El Duque me daba cien escudos de oro al mes. Antonio de Nobili, que tenía el encargo de pagarme, me entregó cincuenta al principio, despues veinticinco, y con frecuencia nada. Viendo dilatarse de esta manera el pago de mi pension, me quejé, y alegó la penuria de dinero que habia en palacio, prometiendo darme á medida que recibiese, de manera que tuve con él palabras duras; pero á poco murió, y en el momento de que hablo me devolvió quinientos escudos de oro. Tambien se me habia dado algun dinero de la pension, cuando el Duque, atormentado durante cuarenta horas por una retencion de orina que no podian combatir los médicos, se convirtió á Dios y mandó pagar sus atrasos á todo el mundo. Solamente quedó olvidado mi *Perseo*.

»Habia decidido no hablar más del asunto; pero me veo obligado á volver sobre él y á dejar el hilo del discurso para tomarlo de más atras. Creia obrar bien al rehusar la mediacion de la Duquesa, diciendo que me contentaria con lo que el Duque quisiera ofrecerme, porque sabía que estaba irritado conmigo y queria calmarlo con mi sumision; porque habiéndome quejado á él de algunas injusticias que habian cometido conmigo, me contestó: «Con eso sucede como con vuestro *Perseo*, por el que me pedís diez mil escudos. Sois demasiado interesado; mandaré apreciarlo, y os pagaré segun el aprecio.» A esto contesté con demasiado atrevimiento para un Príncipe como él, diciendo: «¿Cómo apreciarán

mi estatua no habiendo en Florencia nadie que sea capaz de hacerla?—Alguien se encontrará que lo haga, replicó encolerizado.» Sin duda pensaba servirse de Bandinello. Entónces le dije: «Monseñor, me encargasteis un trabajo muy difícil, que he terminado, y ha merecido los elogios de esta divina escuela: no diré que el célebre Bronzino, que lo ha celebrado en prosa y verso, no hubiese podido hacer otro tanto si fuese escultor; tampoco digo que el divino Miguel Angel, mi maestro, no lo hubiese conseguido en los tiempos de su vigorosa juventud; pero solamente conozco esos dos en nuestra escuela. Vos mismo, Monseñor, habeis mostrado mucha satisfaccion, habiéndome prodigado entusiastas elogios. ¿Qué mejor recompensa podeis otorgarme? esa me basta, y de todo corazón doy gracias á Vuecelencia.—¿Acaso creeis, replicó el Duque, que no puedo pagaros? Pagaré más de lo que vale.—Solamente esperaba por precio de mi trabajo la aprobacion de esta escuela, dije entónces. Recobrad la casa que me disteis, porque no quiero volver á ella ni permanecer en Florencia.» Al escuchar estas enojadas palabras, me dijo con mayor cólera aún: «¡Guardaos de partir! ¿entendeis?» El miedo me obligó á seguirle á palacio, porque entónces nos encontrábamos cerca de *Santa Felicitá*. Cuando llegamos, encargó al Arzobispo de Pisa y al señor de la Stacca encomendar á Bandinello la tasacion de la estatua. Al pronto se negó éste á hacerlo, porque no estábamos en buena armonía; pero ante la reiteracion de las órdenes, y despues de examinarla durante dos dias, dijo que mi estatua valia diez mil escudos. El Duque se enfureció ante la tasacion, y cuando lo supe yo dije que no queria nada de lo que procediese de Bandinello. Entónces fué cuando me dijo

la Duquesa que confiase en ella, á lo que me negué por desgracia mia.»

Esta serie de vicisitudes quedó coronada por la felicidad de su familia que la Providencia reservó para la edad avanzada de Benvenuto, en recompensa de los tiernos cuidados que él mismo tuvo con su anciano padre, y del profundo cariño que profesó siempre á sus hermanas. La menor de ellas, casada y madre de familia en Florencia, le daba casa, le mantenia y le hacía gozar del cariño de sus sobrinos. Otro hubiese sido tan feliz cuanto se puede ser en el mundo, pero él pensaba en regresar á Francia al servicio del rey Francisco I. Hizo hablar de esto al Duque, y el Duque rechazó la peticion, continuando haciéndole encargos y dispensándole favores con cierta mesura, llegando á ser Benvenuto, despues de Miguel Angel, el escultor más grande de Italia. Perdió su principal protector en la corte con la muerte del cardenal Hipólito de Médicis, que sucumbió víctima de una fiebre contraida en las *maremmas* de Toscana, durante un viaje en que acompañó á su hermano el Gran Duque.

Benvenuto le sobrevivió poco, muriendo rico y honrado el 1.° de Febrero de 1570, siendo sus exequias dignas de Florencia y de él. La cruz monumental que habia concebido y ejecutado veinte años ántes, se alza sobre su tumba en la iglesia de la *Nunziata*, y allí se la admira aún. Parecido á esos grandes músicos que escriben en notas sus acentos fúnebres más sublimes para que se canten sobre su ataud, Benvenuto duerme bajo el mármol que él mismo se habia preparado. Aquella cruz, el *Perseo* y sus *Memorias* constituyen sus eternos monumentos, siendo el más imperecedero sus *Memorias*.

XXVI.

El carácter principal de su vida, escrita por él mismo tal como acabamos de referirla, fué la ingenuidad, algunas veces algo feroz, de sus sentimientos y acciones. Estos explican con exactitud el entusiasmo por todas las artes manuales que renacian bajo Leon X, el culto del genio, la libertad de las pasiones individiduales, á las que hasta los crímenes se perdonaban en gracia de una obra maestra de pintura ó escultura, y en fin, esa extraña mezcla de devocion sincera y de atroces atentados que la absolucion del Pontífice borraba de la misma mano del asesino. No existia falsa modestia. Alabábanse del mal como del bien. El genio era virtud, gloria el valor. Lanzábase la vida y la inmortalidad á *cara ó cruz*, con tal de que un Papa tuviese tiempo para perdonar y mandar desde la horca al cielo. Con santa jactancia se ostentaban mayores delitos de los que se habian cometido. Esta época explica á Maquiavelo en política y á Benvenuto Cellini en artes y literatura. Aparecieron los Médicis y cambiaron las costumbres puliéndolas. El comercio hizo de Italia lo que la religion habia hecho de ella en tiempo de los Romanos y bajo el cristianismo naciente: el modelo de Europa. Maquiavelo y Benvenuto Cellini fueron las personificaciones de aquella era en política y en artes, como los héroes enérgicos y semibárbaros que precedieron en la antigüedad fabulosa á las grandes civilizaciones.

MIGUEL ANGEL
BUONARROTI.

I.

Este hombre, demasiado grande para llevar un solo nombre, deberia ostentar cuatro, porque su genio y sus obras bastarian para cuatro famas eternas.

Si al salir de Parthenon cristiano, del templo de San Pedro en Roma, agobiados por la masa, majestad, grandeza y divinidad de este edificio, verdadero templo de lo infinito, que parece construido para hacer comprender y adorar dos de los atributos de Dios, el espacio y duracion hechos sensibles, si al salir de aquel majestuoso templo quereis resumir en un solo nombre de hombre vuestras confusas impresiones, para referir tanta maravilla á su principal autor, brota de vuestros labios el nombre de Miguel Angel, el arquitecto de Dios.

Si subís la escalera sin peldaños del Vaticano como colina allanada para que el anciano Pontífice pueda llegar sin perder aliento al santuario de sus oráculos; si entrais en la capilla Sixtina para com-

templar en sus muros y en sus bóvedas el cuadro del *Juicio final*, ese poema dantesco del pincel dibujado por un gigante, en el que la imaginacion, el movimiento, la expresion, la forma, el color parecen desafío á la creacion por su imágen, y si preguntais qué manos de Prometeo moderno ha arrojado aquellas gotas de aceite para formar hombres, ángeles, demonios, dioses, los muros y las bóvedas responderán: Miguel Angel.

Si en Florencia entrais en la capilla monumental de San Lorenzo, pirámide mortuoria de los Faraones de la Toscana, los Médicis; si alzais los ojos sobre aquel pueblo de piedra que parece salir de las catacumbas para velar eternamente sobre los sarcófagos; si las dos figuras el *Dia* y la *Noche*, una imágen viva de la vida, otra imágen viva tambien de la muerte, calman como por encanto vuestros pensamientos terrenos, y os hacen envidiar ser piedra como ellas para respirar eternamente la majestad desdeñosa de la vida y la serena melancolía de la muerte; si preguntais á aquellas estatuas: ¿Quién os ha tallado, ó más bien animado de un solo golpe en el mármol? os contestarán: ¿Qué otro escultor soberano podia, como Moises, herir las rocas para hacer brotar de ellas el pensamiento y la vida? Miguel Angel.

En fin, si hojeando en las polvorientas bibliotecas del Vaticano de Roma ó del palacio Pitti de Florencia los manuscritos del siglo XV, fijais vuestos ojos en algunas de aquellas poesías platónicas y á la vez amorosas en las que versos enérgicos como músculos de gigante, y pensamientos tiernos como sueños de mujer respiran la virilidad del busto de Bruto y la melancolía de los sonetos de Petrarca; y si preguntais: ¿Quién fué el poeta con quien la más

bella, casta y tierna de las mujeres de su siglo, Victoria Colonna, mantenia este comercio de sentimiento y de genio que consolaba al uno en su ancianidad y á la otra en su viudez de un héroe? aquellos versos escritos con la hiel de Dante, las lágrimas de Petrarca y los dorados sueños de Platon os dirán que eran el descanso, el rugido ó el consuelo de Miguel Angel.

Cuatro hombres en uno, y el menor igual á los más grandes de aquel siglo en que todo era grande: un hombre real y á la vez fabuloso, este es Miguel Angel. Referiremos brevemente su vida, que fué larga como la de aquellos á quienes la Providencia concede mucho espacio para lo que han de realizar en el mundo.

II.

Nació el 6 de Marzo de 1474, en el castillo de Casentino, provincia de Toscana, inmediaciones de Arezzo. Su padre, que pertenecia á ilustre familia de Florencia, era podestá ó gobernador por los Médicis de aquel distrito. Llamábase Ludovico Buonarroti Simoni, de la casa de Canossa. Tambien pertenecia su madre á raza noble y estimada en la provincia por la honradez de costumbre, y dignidad de vida. Cuando terminaron sus funciones anuales de podestá en Casentino, el padre de Miguel Angel marchó á habitar su casa de Settignano, donde poseia una finca plantada de higueras y viñedo, sobre una colina á las puertas de Florencia. En aquella colina brotó en Miguel Angel la vocacion por la escultura. Era Settignano, como antes Páros, como hoy Carrara, una cantera de mármol donde los escultores y arquitectos de Florencia acudian á buscar sus

bloques, haciendo que sus discípulos y operarios los desbastasen sobre el terreno. El niño tuvo por nodriza la mujer de un cantero de la aldea paterna, y el mismo Miguel Angel atribuyó más adelante su inclinacion á la estatuaria á las primeras piedras que veia labrar en casa de su nodriza y á las herramientas de escultor con que sus manitas jugaban en la cuna. Frecuentemente no tienen otro origen las vocaciones más irresistibles. Los rios más caudalosos toman direccion en su origen por efecto de un guijarro que les cierra el paso ó un surco que abrió la mano de un niño en la pendiente por donde han de correr.

«Giorgio, decia alegremente un dia á su amigo Vasari en la época en que llenaba ya Italia con su nombre y sus obras, si tengo alguna grandeza y espontaneidad en el genio las debo á haber nacido en la pureza y diafanidad de vuestro aire de las colinas de Arezzo, y allí tambien, en Settignano, extraje de la leche de mi nodriza el cincel y el martillo con que labro mis figuras.»

III.

Aumentada con los años la familia de Ludovico Buonarroti, gracias á la fecundidad de su esposa, el padre de Miguel Angel, para educar á su hijo, tuvo que ponerle en aprendizaje en las manufacturas de lana y seda de Florencia, á que los toscanos daban el nombre de Artes, y que, en un país gobernado por artesanos que habian llegado á príncipes, no degradaban la nobleza de las familias. Colocado Miguel Angel en la escuela de gramática de Francisco de Urbino, negábase á todo estudio que no fuese aquel á que le predestinaban la naturaleza y sus primeras

impresiones en casa de su nodriza. A todas horas se le encontraba con el lápiz en la mano dibujando figuras en sus libros. Su padre y sus tios, que querían violentar su vocación y que consideraban la escultura y la pintura como oficios innobles y mercenarios, indignos de su sangre, regañaban y castigaban en vano al niño para obligarle á los estudios, en su opinion más nobles del comercio. Como sucede siempre, la vocacion se robustecía é irritaba con la resistencia, cediendo al fin el padre, más por cansancio que por convencimiento, y el niño quedó colocado como discípulo en casa del célebre pintor Domenico Ghirlandajo, cuya escuela era á la sazon la primera de Florencia. Miguel Angel ingresó en ella á la edad de catorce años, no dejando duda alguna acerca de estos principios del grande artista una nota que los eruditos toscanos encontraron en los libros de cuentas de su padre.

«El primer dia de Abril de 1488, yo, Ludovico de Buonarroti he colocado á mi hijo Miguel en casa de Domenico Ghirlandajo y David Currado, por tres años, en las condiciones siguientes: el dicho Miguel Angel, mi hijo, deberá permanecer con sus maestros por el expresado tiempo, para aprender á dibujar y hacer cuanto le mandaren; y los maestros le darán en estos tres años veinticuatro florines, á saber: seis florines en el primer año, ocho en el segundo, y diez en el tercero; total, noventa y seis libras. (Sigue el recibo de los seis primeros florines.)—Firmado: *Ludovico Buonarroti.*»

IV.

Rápidamente se vengó la naturaleza con el prodigioso talento del niño de las resistencias que se le

habian opuesto. Muchas veces se atrevió á corregir con superioridad los bocetos de su maestro durante sus ausencias; y al terminar la pintura de la cúpula de Santa María Novella, obra en la cual Miguel Angel habia asombrado y ayudado á Ghirlandajo, exclamó: «Este niño sabe ya más que yo.»

Habiéndole preguntado un dia Lorenzo de Médicis que jóvenes serían capaces de dar nueva vida á la escultura que decaia en Toscana desde la muerte de Donato, Ghirlandajo le ofreció á Miguel Angel. Lorenzo de Médicis admitió al niño en la escuela de escultura que habia establecido en los jardines de su palacio, bajo la direccion de un anciano superviviente de la escuela de Donato. El cincel que Miguel Angel no habia manejado desde la casa de su nodriza igualó en pocos dias en sus manos los prodigios de su pincel en casa de Ghirlandajo. Testigo Lorenzo de Médicis de los juegos de aquel genio niño, que superaba en sus primeros vuelos los modelos de sus maestros, experimentó tierna y paternal admiración por Miguel Angel. Dióle habitación en su propio palacio y le admitió en su mesa, donde Lorenzo el Magnífico, rodeado de sus hijos, de los poetas, sabios, filósofos y artistas más famosos de la república, prolongaba por las noches conversaciones dignas del tiempo de Pericles. Para que las bondades que dispensaba á Miguel Angel alcanzasen á su padre, dió á Ludovico Buonarroti un empleo lucrativo en la república. El hijo tenía pension fija de quinientos ducados de oro al mes, y de tiempo en tiempo suntuosos regalos, entre los que cita Miguel Angel una rica capa bordada, parecida á las que daba Lorenzo á sus propios hijos.

La muerte de Lorenzo de Médicis, en 1492, interrumpió esta dulce familiaridad de Miguel Angel con

el Pericles de Italia y le hizo volver á casa de su padre. Las obras que el jóven escultor habia ejecutado durante aquellos cuatro años hicieron olvidar las de Donato. Gracias á él, Italia habia encontrado en el mármol un no sé qué ménos armonioso, pero más grande que la estatuaria griega y más griego que la estatuaria romana. El arte toscano habia nacido del pensamiento y la mano de aquel niño. El genio de la estatuaria etrusca, misterio en su pensamiento, misterio en su renacimiento, aparecia al mundo como fenómeno del espíritu humano que jamás se explicará. La belleza del mármol de Miguel Angel y de su escuela tiene más de la fábula que de la historia, de la divinidad que de la naturaleza. Fidias dibuja con más correccion y proporciona con mayor suavidad sus figuras al tamaño y contornos de los modelos perfectos que le proporcionaba el Atica ó la Jonia, aquellos dos países de la belleza viril y de la belleza femenina; Miguel Angel concibe, imagina, sueña siempre algo más grande, algo más bello que la naturaleza misma. La línea recta, base fundamental de sus estatuas, desde los dedos de los pies al vértice de la cabeza es más larga y esbelta que la línea griega; las inflexiones más atrevidas y extrañas de esta línea dan á las facciones, á las formas y movimientos de sus estatuas musculaturas, actitudes, arranques, majestades, atrevimientos que levantan al hombre sobre los pies y parecen hacerle escalar el arte hasta en el cielo: y sin embargo, esta ligera alteracion de la estatua etrusca no ha alterado la realidad ni la belleza, sino que la supera. Fidias humaniza la belleza ideal; Miguel Angel la transfigura y diviniza. Hé aquí el carácter de los dos escultores más perfectos de los dos siglos más grandes, el de Pericles y el de Leon X: el

uno es un hombre, el otro es un gigante; el uno tiene más perfeccion, el otro tiene más raza; el uno encanta, el otro deslumbra; el uno es la naturaleza, el otro es el milagro. Fácil es decir cuál de los dos es más completo; pero nadie se atreveria á decidir cuál es más grande sin temor de blasfemar, en el uno de la imitacion de la naturaleza, en el otro de la imaginacion de lo sobrenatural.

Así apareció, desde los primeros golpes de cincel Miguel Angel á los Médicis cuando exhumaban éstos por medio de sus agentes en Morea las obras maestras enterradas del arte griego: habian encontrado algo mejor que estatuas muertas; habian encontrado la estatuaria viviente en el niño de las canteras de Settignano.

V.

Pedro de Médicis, que acababa de suceder á Lorenzo el Magnífico, y que habia contraido amistad de jóven con el comensal de los jardines y salones de su padre, continuó favoreciendo á Miguel Angel, encargándole varios bajo relieves. Hízose juego de su genio, y un dia de invierno le invitó á ejecutar gigantesca estatua de nieve para decorar sus jardines. Un rayo de sol fundió aquella obra maestra; pero la fecundidad de Miguel Angel iguala la de la naturaleza, prodigando la concepcion como la naturaleza prodiga la materia: nieve ó bronce, todo le era indiferente, con tal de que diese vida á lo que habia concebido. Sin embargo, los florentinos lloraron la estatua de nieve, pero Miguel Angel les consoló con un Crucifijo de madera para el altar de la iglesia del Espíritu Santo. El prior de aquel monasterio, para facilitar al jóven artista la representacion de la

muerte divina, le dió las llaves de la sala en que depositaban los cadáveres de la parroquia ántes de sepultarlos. Encerrado en aquella fúnebre sala, estudiaba Miguel Angel durante la noche, á la luz de la lámpara mortuoria, aquella anatomía del cuerpo humano en todas las edades, que vino á ser como la armadura interior de sus estatuas.

Todo le prometia riqueza y gloria en su patria, bajo los auspicios de los Médicis, cuando los Médicis mismos, expulsados de Florencia por una revolucion, se llevaron con ellos la fortuna de su protegido. Temiendo Miguel Angel el furor del pueblo contra los familiares de los que llamaban tiranos de la patria, huyó, refugiándose primeramente en Bolonia y despues en Venecia. No encontrando en Venecia proteccion ni trabajo, regresó á Bolonia, donde le encerraron en prision como aventurero sin pasaporte ni fiador. Aldovrandi, miembro del Gobierno, se interesó por el jóven, le sacó del encierro, y durante un año lo hospedó en su palacio. En la familiaridad de Aldovrandi, apasionado por la literatura, se ensayó el jóven florentino en la poesía, leyendo á su huésped, encantado de su acento toscano, los versos de Dante y Petrarca, y la prosa de Boccacio. Aquel destierro, en que descansaba su mano y cultivaba su espíritu, cesó por el regreso de la fortuna de los Médicis, llamados otra vez á Florencia. Miguel Angel volvió con ellos. Una prueba ingeniosa é involuntaria de su talento le llevó poco despues á Roma. Habia labrado secretamente, para un rico milanés llamado Baldassari, un Amor dormido que admiró á su Mecenas. Encantado Baldassari con la obra, la llevó á Roma y la hizo enterrar en una viña suya cerca de la ciudad, y descubriéndola despues como por casualidad en

una excavacion, manchada y mutilada, la ofreció al Cardenal de San Jorge como estatua antigua. Engañado el Cardenal, no vaciló en dar por ella doscientos escudos romanos; pero enterado á poco de la verdad, perdió con la ilusion su admiracion á la estatua, que, con su verdadero nombre, se vendió al Duque de Valentinois, quien la regaló á la Duquesa de Mantua, en cuyo palacio se admiró más que una obra antigua. Los romanos se burlaron cruelmente del Cardenal, mal juez del mérito intrínseco de las obras, y que apreciaba por la fecha lo que debe apreciarse por el cincel. Rápidamente se difundió en Roma la fama de Miguel Angel, merced al ruido que produjo la superchería de Baldassari. El barbero del Cardenal de San Jorge, que se ocupaba en pintura, empleó el pincel del joven en corregir y perfeccionar sus miserables borrones, de los que el artista hizo obras notables, pagando el barbero generosamente su gloria usurpada.

El Cardenal de San Dionisio encargó á Miguel Angel un grupo en mármol representando Cristo muerto, bajado de la cruz por las santas mujeres. «Obra que nunca podrá igualar, dicen los artistas romanos, ningun escultor, en dibujo, gracia y blando manejo del mármol; la muerte, añaden, nunca estuvo tan muerta. Milagro verdadero es que en tan poco tiempo la piedra informe y bruta se haya transformado en tal perfeccion de vida, de actitudes, de expresion, de languidez y de patética piedad.»

Colocóse aquel grupo en el templo de Marte, trocado en santuario de la Vírgen (1). Los romanos y los extranjeros acudian en masa para admirarlo; y

(1) Encuéntrase hoy colocado en la primera capilla de la derecha en la Basílica del Vaticano. —N. del T.

Miguel Angel para estudiar en las impresiones de la muchedumbre las bellezas ó defectos de su obra, se confundia algunas veces con los grupos. Un dia oyó á dos extranjeros que, por ignorancia, atribuian la obra al cincel de otro escultor romano, y aunque el grande artista no acostumbraba á marcar sus trabajos con otro sello que el de su imposible imitacion, temió entónces que el tiempo ó el error popular le arrebatasen su gloria, y entrando de noche en la capilla grabó su nombre en pequeños caracteres en el estrecho cinturon que sujeta la túnica de la Virgen por debajo del seno.

VI.

Llamado en esta época por los magistrados de Florencia, enriqueció durante algunos años con inmortales mármoles los monumentos de su patria. Sin rival ya entre los escultores de su siglo, rivalizaba, como por burla, con los maestros de la pintura, indiferente al instrumento y á la materia, con tal de que reprodujese la forma, la actitud, el contorno ó el color de toda cosa creada ó pensada; pareciendo que la naturaleza le habia dado, en vez de palabra, el dibujo, jeroglífico viviente y universal de la creacion. Reservado le estaba igualar ó vencer sucesivamente á los dos artistas más inimitables é invencibles de los siglos modernos, Leonardo de Vinci y Rafael de Urbino. Habian llamado de Milan á Florencia á Leonardo de Vinci para que pintase al fresco la vasta sala del Consejo en el palacio del Estado. El gonfalonero de Florencia, Soderini, orgulloso de su compatriota, encargó á Miguel Angel la pintura de la mitad de la misma sala en competencia con Leonardo, y Miguel Angel pintó las escenas nacio-

nales de la guerra de los florentinos contra Pisa. El dibujo del cuadro principal que componia para luchar frente á frente con Leonardo, representaba una alarma imaginaria del ejército florentino, sorprendido por la aproximacion de los pisanos, durante un alto en la orilla del Arno, en el que se bañaban los soldados despues de larga jornada. Esta ingeniosa invencion de asunto proporcionaba á Miguel Angel ocasion y pretexto para sobresalir en la representacion del desnudo y pintar hombres en vez de pintar ropajes. Los escritores florentinos describen este carton de Miguel Angel como un poema nacional, preludio del poema universal de su *Juicio final*, y en nada inferior á este prodigio del lápiz y el pincel.

«Mientras los soldados salian apresuradamente de las límpidas ondas, veíase, dice Vasari, pintada por la *divina* mano de Miguel Angel, la figura de un veterano, quien, para resguardarse del sol durante el baño, se habia ceñido una guirnalda de yedra; y que, sentado en la arena para ponerse el calzado que la humedad de la pierna impide se deslice por la piel, y oyendo al mismo tiempo los gritos de sus compañeros y el redoble del tambor llamando á las armas, se apresura para hacer entrar por fuerza el pié en el zapato mojado. Todos los músculos y nervios del veterano, añade Vasari, se dibujaban en relieve por el esfuerzo, y todo su aspecto revelaba angustia, desde la boca hasta la extremidad de los piés. Veíanse ademas tambores, trompetas y otras innumerables figuras, con las ropas empaquetadas debajo del brazo, corriendo desnudos á la pelea. Las pintorescas actitudes se prestaban á todos los juegos del pincel; unos de pié, otros arrodillados, éstos plegados en dos, aquéllos levantándose del

suelo, y formando todos grupos admirablemente combinados para hacer brillar la superioridad del artista en esta expresion del arte. Así es que todos los hombres de la profesion quedaron estupefactos al contemplar aquel cuadro que Miguel Angel les descubria. Todos los que vieron aquellas figuras sobrenaturales confesaron unánimemente que jamás mano de artista, ni la misma de Miguel Angel, habia hecho nada que revelase, por el genio, tal divinidad del arte.

»Y puede creerse en verdad, continúa diciendo el comentador florentino; porque cuando quedó terminado el carton y expuesto como modelo en la sala del Papa, todos cuantos estudiaron aquella obra maestra y se esforzaron en copiar la naturaleza sobresalieron en su arte, San Gallo, Ridolfo Ghirlandajo, Bandinelli, Andrea del Sarto, y, en fin, Rafael de Urbino. Y por esta razon aquella maravilla, convertida en objeto de estudio y eterna reproduccion para los artistas del dibujo, llevóse al palacio de los Médicis, quedando colocada en el salon alto; y entregada allí con excesiva confianza á las manos de los artistas, olvidaron vigilarla durante la enfermedad de Julian de Médicis, y los mismos artistas rompieron en muchos pedazos el carton, llevándoselos como reliquias á todas las ciudades de Italia.»

VII.

De tal manera creció en Roma la fama de Miguel Angel por el grupo de la *Pietá*, y en Florencia por este cuadro y sus mármoles, que á la muerte de Alejandro VI y advenimiento de Julio II al pontificado, este Papa le llamó inmediatamente á Roma para encargarle la ejecucion de su propio sepulcro.

En aquella época era tan universal en Italia el gusto por las bellas artes, que una tumba de mármol, esculpida por mano de un Fidias moderno, parecia monumento suficiente para un reinado, y los Papas, á ejemplo de los Faraones, creian asegurar ellos mismos su memoria construyéndose desde la coronacion el sepulcro.

Miguel Angel, que solamente contaba entónces ventinueve años, acudió á Roma, gozoso de haber sido elegido para asociar su propio nombre en un monumento imperecedero al del soberano de Roma y pontífice de toda la cristiandad. Siguiendo la vida de Miguel Angel, vese que este sepulcro, concebido, comenzado, interrumpido, continuado, abandonado, casi terminado y nunca concluido, fué la obra capital y favorita del grande artista, el sueño, el despertar, la esperanza y la desesperacion de su vida: poema de mármol cuyas páginas rasgan las vicisitudes de la suerte, á medida que las componia y se esforzaba en reunirlas. Deslumbrado el mismo Papa ante el plan de aquel sepulcro monumental, animado con estatuas vivientes cuyo modelo le presentó Miguel Angel, sintió crecer su orgullo póstumo en proporcion del genio del artista. No le pareció la iglesia de San Pedro de Roma bastante grande ni bastante espléndida para contener aquella tumba, y desde aquel dia resolvió ensanchar el templo para guardar el sepulcro. Colocando sus cenizas junto á las de los apóstoles y bajo la conservacion del arte, creyó consagrarlas dos veces al respeto de la posteridad: y aunque muy jóven todavía, apresuróse á enviar á Miguel Angel á Carrara para que hiciese excavar y trasportar á Roma los bloques de mármol necesarios para el inmenso monumento. Miguel Angel pasó ocho meses en las montañas, deslumbrado ante las

masas y brillantez del mármol en que tallaba con la imaginacion poemas de piedra que, falto de dinero y tiempo, quedaron en las grutas de Carrara. Allí embarcó en el mar é hizo remontar el Tíber hasta Roma tal cantidad de mármol, que toda la plaza de San Pedro, más grande entónces que hoy, porque no existia la columnata, quedó cubierta como una cantera; preguntándose los romanos con asombro qué manos podrian mover y que pensamiento ordenar aquellos pedazos de montaña que yacian en el suelo á la sombra de la Mole de Adriano.

VIII.

En aquel campo de batalla se habia construido Miguel Angel un taller para labrar las estatuas por su mano. El Papa se complacia en contemplar el genio del artista más grande de Europa trabajando en su inmortalidad, y para llegar más comoda y familiarmente al sitio de los trabajos, se hizo construir un puente levadizo, cubierto, por el que pasaba sin ser visto desde el Vaticano al taller. La descripcion de la tumba de Julio II como Miguel Angel la concibió, sería todo un poema fúnebre y exigiria inmunerables páginas. Imagínese libertad de invencion en una cabeza como la de Miguel Angel, los tesoros del catolicismo á su disposicion, el cincel en sus manos y delante de él el Papa aplaudiendo su propia apoteosis.

La muerte de Julio II se adelantó al sepulcro, y el cincel cayó de manos del escultor. De las numerosas estatuas que debian coronar las cornisas y decorar las cuatro fachadas del sepulcro, doce solamente estaban bosquejadas, casi terminadas cuatro.

y dos concluidas, estatuas simbólicas que representaban, una, en San Pablo, la accion; otra, en Moises, la contemplacion ó la legislacion del hombre de Estado. La estatua colosal de Moises, cuya cabeza, reproducida por todas las lenguas del dibujo, ha quedado grabada en el pensamiento de los hombres como obra de la naturaleza, no necesita descripcion para ser inmortal. Aquel es el confidente de la sabiduria y del terror de Jehová, el Júpiter tonante del Olimpo bíblico, el temor de Dios hecho visible á los hombres, la autoridad de la ley confirmada por el lampo de la iluminacion, el mandamiento divino infalible y absoluto comunicado al hombre, pero conservando en su humanidad la majestad del Dios que se siente detrás de él. Sentado como la eternidad, en una mano tiene las leyes, símbolo de la sociedad; con la otra sostiene la abundante barba, símbolo de la fuerza. Esta barba desciende en ondas tan ricas, tan copiosas y armoniosamente rizadas sobre el pecho, que créese ver desarrollarse en la multitud de los bucles, de las hebras que la componen las innumerables generaciones del pueblo de Dios. Es evidente que en el pensamiento de Miguel Angel alude al orden en lo infinito. En cuanto á la radiacion del rostro, en cuanto á aquel terror de inteligencia que inspira á la mirada, en cuanto á aquel reflejo de divinidad que parece haber adquirido en el contacto con el fuego de la zarza, todo esto es de tal manera sobrehumano, que nos sentimos tentados á exclamar como los deslumbrados israelitas: «¡Poneos un velo sobre el rostro, porque no podemos resistir su resplandor!» Aquel es el Apolo hebraico, mas Apolo imperioso, terrible, que manda y que mata en vez de inspirar; jamás tomó el espíritu de la Biblia cuerpo mas imponente en un pedazo de mármol. Y es que

Miguel Angel mismo era profeta de la piedra; en otra edad, aquel hombre hubiese tallado dioses.

De tal manera encontraron divinizado á su legislador los judíos de Roma, que desde el momento en que quedó descubierta al público la estatua, no dejaron de acudir en el dia de sábado á contemplar á su profeta transfigurado en roca ántes del dia de la suprema transfiguracion.

Cuarenta estatuas dibujadas y talladas por Miguel Angel debían personificar, á continuacion del Moises, el Antiguo y Nuevo testamento evocados alrededor de la tumba del Pontífice.

IX.

El carácter de Miguel Angel participaba de la energía de su genio. Habiéndosele cerrado la puerta del Vaticano un dia en que el Papa había prohibido la entrada á sus familiares en sus departamentos, evadióse de Roma, mandó vender sus muebles y ropas, abandonó todos los trabajos, emprendidos, y se refugió en Florencia. Su reconciliacion con el Papa tuvo lugar en Bolonia, redoblando en crédito y valimiento con él, merced á algunas obras maestras que ejecutó en aquella ciudad durante la permanencia del Pontífice. «Necesario es que yo venga á tí, le dijo éste, puesto que te obstinas en no venir á mí.»

Los rivales de Miguel Angel, especialmente Bramante, arquitecto primitivo de San Pedro de Roma, estaban celosos del imperio universal que usurpaba sobre todas las obras monumentales del reino, y persuadieron al Papa para que suspendiese los trabajos del sepulcro y le encargase la pintura de la bóveda de la capilla Sixtina; esperando sin duda que su infe-

rioridad en pintura ante Rafael y su escuela destruiria la fama del gran escultor. Miguel Angel, que presentia la asechanza, dilató por mucho tiempo la ejecucion de las órdenes del Papa, no dejándole al fin excusa la cólera de su protector. Quince mil escudos romanos le fueron asignados para los gastos y recompensa de aquel inmenso trabajo.

Miguel Angel hizo venir de Florencia á Roma los mejores pintores al fresco de Toscana para que le ayudasen en su obra; pero descontento muy pronto de aquellos pinceles demasiado desiguales con su genio, les despidió á todos, y encerrándose en el vasto recinto, cuyas puertas mandó tapiar, exceptuando una estrecha salida cuya llave llevaba consigo, concibió, dibujó y pintó solo aquel poema de lo infinito que habia osado intentar.

El universo entero conoce esta capilla del Vaticano, cuyas paredes y bóvedas animadas y coloreadas por el pincel de un solo hombre, parecen haber sido cambiadas por un Verbo creador en mundo de vivos y en mundo de muertos, compareciendo en todas las actitudes de la tierra, del infierno y del cielo bajo las miradas de la Trinidad divina que evoca su obra para juzgarla.

Si alguna vez la imaginacion de un mortal jugando con formas y colores para reproducir la creacion por medio de la imágen, dió idea de la concepcion divina, desarrollándose en su potencia creadora de los tiempos, de los espacios, de los elementos, de los séres naciendo y desapareciendo ante sus ojos, hay que buscarla en aquel mundo del pincel de la capilla Sixtina, más bien que en la *Divina comedia* del Dante, esa divina comedia de lo infinito.

Cuando se pasea la mirada en derredor de aquella sala del *Juicio final*, de la base á los muros, de

las cornisas á las bóvedas, se experimenta vértigo de los ojos parecido á ese vértigo del alma que siente el pensamiento cuando en serena y profunda noche penetra en lo infinito del firmamento, cuyos espacios iluminan las estrellas alejando cada vez más el fondo. Comiénzase por la turbacion, se llega al entusiasmo y se concluye por el anonadamiento. Miguel Angel ha superado al hombre; allí se ha convertido en el Prometeo de la imaginacion; su pincel ha terminado el poema viviente que bosquejó el Dante. La bóveda entona mejor que los cantores del altar el *hosanna* visible y palpable de la creacion.

X.

Durante aquella larga gestacion de la obra maestra entre las maestras, de tal manera dominaba al artista el sentimiento del misterio, y por decirlo así, de la divinidad de su pintura, que no permitia ni aun al Papa que fuese á profanarla con curiosa mirada. Impaciente al fin el Pontífice con tan dilatada espera, violó el recinto, hizo demoler los andamios, rasgar los lienzos que ocultaban la bóveda y lanzó inmensa exclamacion de pasmo y regocijo. Bramante palideció de terror; Rafael, que se habia deslizado en la capilla confundido en la comitiva del Papa, olvidó todo cuanto habia aprendido hasta aquel dia, y comprendió que la fuerza formaba parte de la belleza en el arte como en la naturaleza. Artista soberano él tambien, no experimentó en toda su vida otra envidia que emulacion respetuosa hacia un genio que no eclipsaba el suyo, sino que lo iluminaba con nueva revelacion. Volvió á su taller y pintó sus profetas y sus sibilas, en los que se

oye, si podemos hablar así, el acento bíblico, viril y heroico de Miguel Angel. En vano quiso Bramante obtener del Papa que Rafael pintara en la capilla, no terminada aún, el muro opuesto al del *Juicio final*. Miguel Angel se indignó contra Bramante, que queria atenuar una gloria con otra; Rafael eludió modestamente el desafío, y el Papa no consintió en degradar el talento que daba brillo á su época.

En dos años terminó su obra Miguel Angel, y los siglos no la borrarán ni renovarán jamás. Allí perdió el grande artista su fortuna y sus ojos: durante muchos años tuvo debilitada la vista á consecuencia de la actitud forzada de la cabeza que necesitaba tener derribada hácia atras para pintar la bóveda. Todo grande obrero en filosofía, en religion, en política ó en artes, deja algo de su vida en sus obras. Pero la fama de Miguel Angel resplandece en la capilla Sixtina como una iluminacion del Vaticano. Italia y Europa quedaron llenas de su nombre; porque el milagro habia resultado mayor de lo que se esperaba.

XI.

Leon X, que poco despues sucedió á Julio II, era uno de los Médicis que Miguel Angel trató con familiaridad en la juventud. Este Papa, más ateniense que romano, era el Pericles natural de este otro Fidias. Por segunda vez hizo que Miguel Angel suspendiese los trabajos del sepulcro de Julio II, y lo envió á Florencia para construir y decorar la iglesia funeraria de San Lorenzo, esa tumba de su propia familia.

Ser sepultados en un templo y en sarcófagos decorados por mano de Miguel Angel parecia á los

Médicis una fortuna en la posteridad igual á su fortuna en el tiempo. La tierra da imperios; solamente el cielo da gloria á los reinos. Esta gloria consiste en los grandes hombres que los ilustran. El siglo de Leon X ó de los Médicis igualaba bajo este punto de vista al de Pericles. En lo concerniente á las artes, la Italia, bajo sus auspicios, tenía fecundidad primaveral superior á la de la época de Augusto. La Roma de Augusto imitaba pesadamente á Grecia: la Roma de Leon X y la Florencia de los Médicis inventaban un arte, una poesía, una filosofía más antiguas que la Roma de los Césares; y podriamos añadir, más italianas que antiguas.

Realizábase entónces exuberante florescencia del espíritu humano sobre ruinas; confluencia del paganismo resucitado con el cristianismo naciente, confluencia extraña y adúltera sin duda, pero productiva para la imaginacion, para el arte y la literatura. Como esas uniones ilícitas, más fecundas algunas veces que las legítimas, el vicio mismo, la licencia en las ideas y en las costumbres favorecian las libertades del genio, fenómeno extraño entre todos los grandes siglos en que la falta de idea fundamental y creadora y el desórden de ideas incoherentes tendian por su misma aberracion á engrandecer el espíritu humano. El eclecticismo pagano, deista, cristiano, universal, no teniendo por fe más que lo bello, ni más gloria que el arte, ni más culto que las pompas, por moral el placer, ocupando el Pontificado un hombre ilustrado que derramaba sobre la Italia renaciente los tributos de la riqueza del mundo; tal era el carácter del siglo de Leon X. Si el escepticismo se atreviese alguna vez á reivindicar su siglo, no podria negársele éste, que fué la bacanal del pensamiento italiano, ruido-

sa, brillante, escandalosa y corta como orgía entre tumbas; pero del seno de aquella orgía brotó inmensa luz sobre la tierra y dejó en las letras y en las artes más monumentos que los diez siglos de barbarie que le precedieron, y los cuatro de civilizacion disciplinada que le han seguido: argumento extraño, pero sin réplica, en favor de la libertad y hasta de las licencias del pensamiento.

XII.

De regreso Miguel Angel en Florencia, en todo el vigor de la edad, de la fama, de su crédito con los Médicis y de su genio, se dedicó por completo á sus sepulcros de San Lorenzo. Destino suyo era tener por monumentos sepulcros, desde el de Julio II, no terminado, los de los Médicis que iba á construir, hasta el del apóstol San Pedro que muy pronto habia de levantar.

La muerte de Leon X, su patrono en el arte, suspendió otra vez las bosquejadas concepciones de Miguel Angel para la construccion de las tumbas de los Médicis en San Lorenzo. Durante el corto pontificado de Adriano IV, desalentado el artista, no regresó á Roma, ocupándose silenciosamente en sus talleres de Florencia en labrar algunas de las cuarenta estatuas que bajo Julio II destinó al mausoleo de este Papa. Pero Clemente VII, tan entusiasta como Leon X por el embellecimiento de la capital del mundo cristiano, no tardó en llamar á Roma al hombre á quien la Providencia parecia haber marcado con su sello para ser el Esdras del catolicismo. El Papa, despues de largas conversaciones con él acerca del engrandecimiento de San Pedro de Roma, le permitió que fuese á madurar

sus ideas sobre este edificio mientras concluia en Florencia los comenzados sepulcros de los Médicis. Entónces fué cuando Miguel Angel esculpió para las tumbas de Julian y Cosme de Médicis las cuatro estatuas el *Dia* y la *Noche*, el *Crepúsculo* y la *Aurora*.

«Estatuas, dice Vasari, que por la perfecta belleza de las formas, majestad de las actitudes, carácter sobrehumano de los rostros y perfeccion del trabajo del mármol, convertido en carne y músculos bajo sus manos, bastarian para llevar el arte á su apogeo, si no existiesen los vestigios de la antigüedad.»

El que admira estas estatuas simbólicas, queda estupefacto al ver á su lado las dos figuras de Lorenzo y Julian de Médicis; llamada la una el *Pensador*, porque jamás se grabó en fisonomía humana con sombras más trasparentes y movibles la silenciosa melancolía de la meditacion; la otra, el *Guerrero*, porque nunca revistió la viril belleza del soldado expresion á la vez más fiera y tranquila. Muchas veces hemos experimentado nosotros tambien, contemplando aquellas tumbas en las diferentes horas del dia que modifican el efecto de las sombras y de la luz en aquellos mármoles, la magia del cincel de Miguel Angel. A excepcion de algunos restos de los mármoles de Fidias, dorados por el sol caliente del Atica sobre los muros del Parthenon, ninguna escultura trasmitió jamás como éstas á nuestros sentidos y á nuestra alma la vida inmortal del mármol y el pensamiento del artista inmaterializado en la materia. El que en San Lorenzo ha pasado solo una hora en la capilla de las tumbas á la salida del sol ó al declinar el dia, puede decir que ha respirado el alma de Miguel Angel, y que ha hablado con el gran muerto que vive eternamente en la vida de sus mármoles.

La incomparable estatua de la *Aurora* que despierta, y la de la *Noche* que sueña entre las sombras, inspiraron á los poetas apóstrofes líricos célebres en la literatura de aquella época. La poesía que busca sus imágenes en la naturaleza, encontró esta vez el arte bastante sobrenatural para tomar de él sus semejanzas. El coloso de Memnon en Egipto no inspiró á los poetas mas alusiones que las estatuas del *Pensador*, de la *Noche* ó de la *Aurora*.

Pocos dias despues de descubrirse estos mármoles se encontraron grabados en el zócalo de la estatua de la *Noche* unos versos cuyo pensamiento es el siguiente:

«La *Noche* que contemplas dormir en tan graciosa actitud, la esculpió en este mármol la mano de un semidios; y como duerme, respira; despiértala, si dudas, y te hablará.»

Cansado ya Miguel Angel de un arte mudo y comenzando á cultivar el que habla; consternado en aquel momento de guerras civiles y tiranías que desolaban su patria, contestó, en nombre de la estatua, á su interlocutor anónimo con estos otros que valen un golpe de cincel ó una puñalada:

»Dulce me es dormir y más dulce ser de piedra, mientras duran las desgracias y la vergüenza de Italia: gran dicha es no ver ni sentir; no me despiertes, te lo ruego, habla bajo!»

En esta época le nombraron sus conciudadanos uno de los nueve comisarios de guerra encargados de fortificar la ciudad, y en la ciencia de la fortificacion desplegó tanto genio y tanto celo como en la construccion de San Lorenzo ó en el monumento de Julio II. Aquel fué el instante de su vida en que el disgusto del espíritu de partido y el horror á las conspiraciones entre los Médicis y sus rivales la

llevaron á la pura pasion de la libertad republicana; pasion generosa que debia engañarle como á tantos otros, pero que al menos no le hacía solidario de los tiranos de su patria. Desde aquel dia puede decirse que palpita en sus versos, en sus cartas y en sus mármoles no sé qué acento de libertad clásica, recuerdo de la antigüedad reanimado por los males presentes. Su inacabado busto de Bruto, que se ve en el museo de Florencia, debe pertenecer á esta época; no es más que un boceto á grandes martillazos, pero boceto que respira libertad hasta la muerte, y patriotismo hasta la ferocidad. Aquel es el busto de la conspiracion.

XIII.

A la muerte del gran arquitecto San-Gallo, que con Bramante habia concebido, dibujado y vigilado los primitivos planos de San Pedro de Roma, creyóse que Miguel Angel era el único hombre capaz de rectificar y divinizar este Parthenon cristiano. Bajo otros tres Papas y durante diez y siete años consecutivos, hizo de aquel edificio el poema de su vida. En efecto, era el único monumento digno de contener su genio. No debe escasear la historia á San-Gallo y á Bramante la gloria de haber concebido, levantado hasta sus primeros asientos y fundado el más grande y magnífico templo del culto moderno; pero Miguel Angel lo afirmó, lo simplificó, lo iluminó y dió á sus pilares los músculos que le faltaban para elevar al cielo un panteon; lo decoró con la unidad, luz y armonía, esos tres atributos de la divinidad que encierra, y puso, por decirlo así, por primera vez el cristianismo en pleno dia y en pleno firmamento: en fin, hizo el modelo, comenzó las

primeras curvas de aquella inmensa y sublime cúpula que hundiria el suelo si no pareciese sostenida por el milagro del pensamiento que la alzó en los aires. Allí unió para siempre su nombre y su memoria al acto de fe más grande que la humanidad moderna ha realizado en piedra. Gracias á Miguel Angel, San Pedro de Roma es el relieve de una religion sobre el globo. Sus restos, como los de las pirámides de Thebas, de Palmyra ó de Balbeck, serán todavia admiracion hácia el hombre que de tal manera se atrevió á encarnar su dios.

Los grandes y continuos trabajos dedicados á San Pedro de Roma no bastaban á la actividad de su alma y de su mano. Esculpía, pintaba y cantaba al ruido de los millares de sierras, martillos y paletas que ejecutaban de dia en travertino, mármol y pórfido, el pensamiento de sus noches. Como su Moises, en medio de aquel edificio en construccion, buscaba la inspiracion en la soledad. Los grandes hombres, como las grandes cosas, buscan por instinto el aislamiento; los hombres les ofuscan, solamente necesitan su sombra. La conversacion de Miguel Angel consigo mismo necesitaba ese silencio en que el hombre se oye pensar; su único placer era encerrarse en el taller misterioso que el Papa Julio II le hizo construir en medio de sus bloques amontonados en la orilla del Tiber, ó vagar durante dias enteros por la campiña romana entre las tumbas de la Via Appia. Su vida, opuesta en todo á la de Rafael, ebrio de juventud, amor y lujo, era de cenobita.

En su juventud se casó perdiendo poco despues á su esposa que le dejó, á juzgar por algunas frases de sus cartas, amargo recuerdo del matrimonio. En su casa no habia mujer, niño ni pariente. Un solo criado florentino, llamado Urbino, por el lu-

gar de su nacimiento, formaba toda su servidumbre. Una carta conmovedora, conservada por su amigo Jorge Vasari á quien abria su alma en frecuente correspondencia, muestra el fraternal cariño que profesaba á aquel criado de tantos años.

«Mi querido Jorge, le dice en esta admirable carta, no tengo valor para escribir: sin embargo, debo costestar á la vuestra. Sabreis que ha muerto mi pobre Urbino, lo que ha sido para mí inmensa gracia de Dios y profundo é infinito dolor. La gracia de Dios consiste en que, queriendo que viva aún aquí bajo, me ha enseñado con esta muerte á morir, no solamente sin temor, sino con inmenso deseo de hacerlo. Veintisiete años he tenido en mi casa á Urbino, y siempre lo he visto fiel y admirable criado; y ahora que le habia enriquecido y lo consideraba como apoyo y descanso de mi vejez, me ha sido arrebatado, no quedándome otra esperanza que la de volver á verle en el Paraíso. Dios me ha hecho ver, con la bienaventurada muerte que ha tenido Urbino, que este verdadero amigo sentía mucho menos morir que dejarme presa de tantas angustias en este mundo traidor y perverso, si bien ha marchado con él la mejor parte de mí mismo, y solamente me queda infinita miseria. Que os guarde Dios.»

XIV.

La melancolía, que es la hiel de las almas profundas y la turbacion de los corazones sensibles, aumentó en Miguel Angel con la pérdida de aquel único amigo en Roma. Pero platónico y misterioso amor, más parecido á un culto que á una pasion, desde mucho tiempo antes le dejaba despejado un

poco de cielo en medio de las nubes de su vida. Registrando el alma de los grandes hombres, cosa rara es no descubrir en algun amor misterioso el vivo y oculto manantial de la inspiracion, de la tristeza ó de la felicidad. Cuando este manantial no ha corrido en la juventud, corre en la madurez y hasta en la ancianidad; pero entónces se trasforma en sentimiento exaltado y místico, que más tiene de piedad que de amor, y que se funde en una especie de devocion divina, para tener el derecho de ser eterno; sentimiento muy comun en aquella epoca en Italia. Concédesele al hombre sensible ó al genio avanzado en edad para consolarle por su juventud perdida y para que una la vida actual á la futura en un solo amor. Platon, Dante y Petrarca son los teólogos y poetas de este amoroso misticismo. Miguel Angel, maduro ya y envejecido, pero jóven siempre de savia y de corazon, discípulo de Dante y de Petrarca, habia encontrado para su felicidad, como aquellos grandes hombres, su Laura y su Beatriz; y ocupa demasiado lugar en su vida, en sus obras, en su fe y hasta en su misma eternidad, para poder separar dos nombres que por mucho tiempo no formaron mas que un alma.

XV.

Existia en Roma, en el momento en que Miguel Angel labraba el grupo de la *Pietá*, tallaba el Moises y descubria los frescos de la capilla Sixtina, una jóven de la noble casa de los Colonna. Era su madre hija del Duque de Urbino, uno de los proctetores de Miguel Angel adolescente, cuando siguió á los Médicis en su destierro fuera de Florencia. Llamábase la jóven Victoria Colonna, nombre que despues fué

inmortal por el amor, la poesía y la virtud. La naturaleza la habia dotado de esa belleza á la vez majestuosa y tierna, que parece han robado las modernas romanas á las estatuas griegas que decoraban sus templos y museos. Sus medallas, que aun poseemos, ostentan perfiles de la Vénus de Chipre velados por la púdica severidad del cristianismo. Modelada su alma por los tipos heroicos de la antigüedad, cultivado su espíritu desde la infancia por los filósofos, teólogos, poetas y artistas familiares de la opulenta casa de los Colonna, habian hecho de la hermosa Victoria el milagro de Italia.

A los diez y siete años casó con el jóven Marqués de Pescara, de la misma edad que ella, y al que estaba prometida desde la cuna. Los esposos eran dignos el uno de el otro, uniéndoles tierno amor más aún que la voluntad de sus familias. Pero el heroísmo arrancó al Marqués á los pocos años de matrimonio de los brazos de su esposa. General de los ejércitos españoles de Nápoles, ilustre desde las primeras campañas por sus proezas, hecho prisionero en 1512 en la batalla de Rávena, una correspondencia amorosa escrita en verso entre su esposa y él, les reveló talento poético, único consuelo en la cautividad y viudez.

Doce años de guerra le hicieron el primer general de su siglo y escudo de Italia. Los príncipes italianos, protegidos por su espada, le ofrecieron el reino de Nápoles, si queria volver sus armas contra el Rey su soberano. Enterada de la tentacion Victoria Colonna, le escribió la siguiente carta en que la virtud habla en aquellos tiempos corrompidos el digno lenguaje de la antigüedad:

«Recordad, le escribía, la virtud que os eleva sobre la fortuna y la gloria de los reyes. No por la

grandeza de los estados ó de los títulos, sino por la virtud sola se adquiere el honor que glorifica legándolo á los descendientes. Por mi parte, no deseo ser esposa de un rey, sino del gran capitan que supo vencer, no solamente por su valor durante la guerra, sino por su magnanimidad en la paz, á los reyes más poderosos.»

Herido en la batalla de Pavía en 1525, murió á poco en Milan. Su viuda, que acudía desde Nápoles para traerle á la vida, supo su infortunio en el camino. El dolor la tuvo muda durante siete años, no exhalando sus gemidos más que delante de Dios y de la imágen de su esposo, en poesías comparables á las *Tristes* de Ovidio, pero en las que el sentimiento iguala á la amargura de las lágrimas y á la uncion de la plegaria. Tan fuerte como Dante y ménos ingeniosa que Petrarca, Victoria Colonna exhala sus quejas y no las canta. Sus versos sollozan como su corazon; sus estrofas no tienen otra armonía que el lamento de la cuerda que vibra rompiéndose bajo el impulso. Aunque solamente contaba treinta y cinco años, y se encontraba en el esplendor de su belleza y de su vida, deseada por todos los príncipes de Italia, juró permanecer viuda. Su dolor, dulcificado por el tiempo, se había convertido en melancolía piadosa, que solamente buscaba reposo en las sombras del claustro. El sentimiento espiritualizaba sus poesías alzándolas cada vez más de la tierra. Aquel casto amor á las caras memorias había tomado el perfume, la impalpabilidad y trasparencia de las nubes de incienso del santuario flotando entre una tumba y el cielo, como las nieblas de la noche sobre campo de muerte.

Tal era la mujer á quien el entusiasmo por sus obras acercaba á Miguel Angel en la edad en que el

amor que se retira del corazon deja un vacío que solamente pueden llenar estas últimas y raras amistades.

XVI.

Las frecuentes ausencias de Victoria y los viajes de Miguel Angel á Florencia, interrumpían con frecuencia la deliciosa familiaridad de sus veladas en el palacio del Condestable Colonna; pero reemplazaban las conversaciones con cartas y poesías, de las que conservan muchos rastros las bibliotecas de Italia. Las poesías de Miguel Angel, elevadas por el amor al diapason místico y platónico de la mujer que purifica su alma al abrazarla, tienen en sus versos algo de viril, de rudo é inacabado que recuerda el golpe de cincel magistral y no terminado del busto de Bruto. Siéntese el primer vuelo, pero primer vuelo de pensamiento enérgico; y causa asombro ver que la fuerza del Titan del mármol y del pincel pueda plegarse, enternecerse y afeminarse hasta el deliquio místico y la devocion lánguida del amor divino.

Vese en aquel genio viril la influencia de una mujer cuyo tipo de belleza moral ha procedido insensiblemente de su tipo de belleza física, y que le arrastra con su ejemplo á las cumbres del pensamiento contemplativo, último reposo de los corazones amantes y de los espíritus cansados de la vida.

Solamente citaremos algunos versos de aquel diálogo poético que interrumpió la muerte de Victoria Colonna; muerte que oscureció para siempre el horizonte sombrío ya de la larga vida de Miguel Angel. La soledad de su alma fué en adelante conversacion póstuma con el *alma querida* con la que

ardía en deseos de reunirse en el Elíseo cristiano.

Pero antes de elevarse en pos de Victoria Colonna hasta las alturas místicas del amor divino que le reveló, Miguel Angel había amado en su juventud. El amor le hizo poeta; y podríamos decir, el amor engendra la poesía; porque el sentimiento más fuerte y delicioso del alma, busca naturalmente para expresarse el lenguaje más suave, armonioso y pintoresco de todos los lenguajes. La prosa nace de la inteligencia, el verso brota cuando se abre el corazon.

Un escritor que se equivocó de fecha al nacer, que debió ver la luz en el siglo de Leon X, cuyo celo y estudiosa curiosidad por las letras y las artes posée, el Conde de Circout, que tambien es el más literato de los eruditos, descubrió el objeto, hasta él desconocido, de los primeros versos de Miguel Angel. Misterio literario es este no menos curioso de sondear que el de Laura por Petrarca, ó el de Beatriz por Dante. Muchas veces el secreto del genio de un gran hombre se encuentra en su corazon. Pedimos al señor de Circout permiso para citarle: el tesoro pertenece en primer lugar al que lo encuentra, pero en seguida aprovecha á cuantos gozan de él.

XVII.

El estudio de la historia ofrece extraordinario encanto cuando lleva á levantar el velo que la falta de atencion ó el olvido suelen echar sobre figuras nobles y graciosas que merecieron excitar el interés, y á veces, hasta recoger los aplausos de la posteridad. En estos casos descúbrense las misteriosas fuentes de la inspiracion que admirábamos desde

mucho ántes. Remontámonos á las causas desconocidas ó mal interpretadas de acciones célebres de escritos clásicos y de resoluciones cuyo eco se propaga á través de las edades; lo vago de la pintura poética cede el puesto á formas positivas, y lo que solamente aparecia como brillante fantasma se transforma algunas veces en viviente realidad.

»Entre los títulos de gloria que tan alto ponen el nombre de Miguel Angel Buonarroti, el ménos popular es el que procede de sus obras poéticas; sin embargo, jueces competentes otorgan á estas composiciones no solamente profunda estimacion, sino que tambien muchas veces admiracion entusiasta. Miguel Angel vivió durante la edad de oro de la lengua toscana. Entre los poetas que llenan el espacio vacío entre la publicacion del *Orlando* y la de la *Aminta* (primeras en orden de fechas de las obras maestras de Torcuato) ninguno se eleva tal vez al nivel de Buonarroti. Estudiando sus escritos, reconócense en ellos todos los caracteres esenciales de su genio, tales como sus mármoles, sus frescos y los edificios que levantó su mano los han revelado al universo. Su poesía es exuberante, viril, enérgica, nutrida de elevados pensamientos, grave y severa en la expresion. Berni escribia con razon: «Esta dice cosas, otras dicen palabras.» El poeta aparece siempre en plena posesion de sí mismo: el entusiasmo le levanta y arrebata, pero no le extravía jamás. Admírase en aquel talento constitucion recta, sana y fecunda, constante equilibrio de las pasiones, de los deseos, de las concepciones, algunas veces ardor, nunca delirio. Ninguna de las cualidades necesarias al artista perjudica á las que forman el pensador y gran ciudadano; como en las leyes literarias de la antigua Grecia, en todo reina

consonancia y moderacion. En medio de las pasiones é ilusiones de su tiempo, Miguel Angel supo conservar el timon «de aquella preciosa navecilla que cantaba al bogar (1).» Cristiano sincero, humilde y con tendencias á la austeridad, consiguió mantenerse libre de toda superstición; republicano decidido, evitó todo fanatismo popular, soportando, durante el asedio de Florencia, la honrosa hostilidad de los *Arrabiati* (2); admirador de Savonarola, rechazó las enfermizas exageraciones del espíritu *piagnone*, y permaneció fiel al culto del arte; en fin, comensal de Leon X, escultor favorito de Julio II, jamás se dejó seducir por la embriaguez pagana del Renacimiento. Desde su primera juventud estaba irrevocablemente trazado el cuadro en que habia de fijar tantas concepciones sublimes.

»Pero en las obras poéticas de Miguel Angel, como en sus esculturas y dibujos, existe un lado gracioso y delicado; fuego de ternura viril y profunda circula, por decirlo así, por todos los miembros de aquel cuerpo maravilloso. Nunca fué puesta en duda su regularidad de costumbres, que desde muy temprano tuvieron carácter de severa austeridad. ¿Pero experimentó en sus juveniles años el poder de verdadero amor? Nada tendremos que contestar á quienes, despues de leer atentamente sus escritos, no vean en ellos otra cosa que juegos de espíritu, productos de vana fantasía. A los que pensando como nosotros que la claridad y energía de la ex-

---

(1) Dietro al mio legno, che cantando varca.
(DANTE.)

(2) El inepto y violento gonfalonero Carducci trató á Miguel Angel con irritante indignidad, haciéndole buscar momentáneo asilo en Ferrara.

presion suponen realidad y profundidad de sentimiento; á los que sobre el metal precioso de aquella versificacion clásica descubren huellas ardientes de pasion que dominó el pecho é imprimió nuevo rumbo á los pensamientos del escritor, les proponemos nos sigan algunos momentos y buscaremos los vestigios históricos que haya dejado el objeto de aquel afecto tan misterioso como permanente y sincero. Examinaremos en seguida de qué manera lo expresó Miguel Angel en sus *Rimas;* qué órden de ideas religiosas y filosóficas se desarrollaban en su espíritu enlazadas estrechamente con el ardor que penetraba su corazon, y en fin, qué influencia debió ejercer un amor cuyo objeto tan pronto abandonó esta vida, sobre la duracion de una carrera que se prolongó más de sesenta años aún con tan intenso resplandor (1).

»El conocimiento más ligero del carácter de Miguel Angel hace comprender que no podía, segun la frase de su época, «haber colocado su corazon sino en lugar muy elevado.»

»Así es que, cuando se hacen conjeturas se dirigen hácia la casa del primer ciudadano de Florencia y de Italia, en la época en que Miguel Angel entraba en la vida; hácia la familia del nieto de Cosme «padre de la patria,» del hombre á quien la desinteresada voz de los extranjeros y de la posteridad ha confirmado lo que sus contemporáneos le atribuían, á saber, el honor principal y más brillante en la grande obra del renacimiento científico y literario italiano.

»Lorenzo el Magnífico, nacido en 1450, casó con

1) Miguel Angel vivió hasta principios del año 1564, setenta despues de la muerte de Luisa de Médicis.

Clarisa Orsini en 1468, de cuyo matrimonio nacieron (además de los otros que perdió en la cuna) tres hijos y cuatro hijas. Pedro sucedió en dignidades á su padre en 1492 y las perdió en 1494. Juan subió al trono pontificio y fué el ilustre Leon X; Guliano murió Duque de Nemours y «príncipe del gobierno» de Florencia. De las cuatro hijas, Magdalena casó en 1487 con el Conde de Anguillara, Fráncisco Cybo; Lucrecia con Giacopo Salviati, y Contessina con Pietro Ridolfi. Luisa era la más jóven, segun algunos; pero el Conde Pompeyo Litta la coloca, en orden de nacimiento, inmediatamente despues de Magdalena. Clarisa Ortini murió en 1488, y Lorenzo permaneció viudo, reuniéndose en la tumba con su esposa cuatro años después. Carecemos de datos para fijar la edad de Luisa en la epoca de este funesto acontecimiento; pero como por entónces se trataba de su matrimonio, no podemos asignarle menos de quince ó diez y seis años. Nacido Miguel Angel en 6 de marzo de 1475, tenía diez y siete años menos un mes cuando perdió al generoso protector de su tierna juventud.

»En 1490 comenzó á vivir en casa de Lorenzo el Magnífico. Entrado en 1.º de Abril de 1488 como aprendiz en el taller del «maestro de pintura» Domenico di Tomaso del Ghirlandajo, asombró con sus rápidos progresos y el fuego de su imaginacion al sabio y reflexivo artista que le enseñaba. Viéndole Ghirlandajo disposiciones más pronunciadas para la escultura que para la pintura, se apresuró á recomendarlo á Lorenzo, que, en sus jardines situados cerca del convento de San Márcos, se esforzaba entónces en crear una escuela capaz de devolver á Florencia los glorioso dias de los Ghiberti y los Donatello. No fué cosa fácil al príncipe del gobierno

florentino arrancar aquel niño de genio á la avaricia de su padre Ludovico Buonarroti; pero un empleo en la administracion de hacienda del Estado concedido al padre y cincuenta ducados mensuales asignados al hijo, que Ludovico cobraría, vencieron los escrúpulos del viejo ciudadano, y Miguel Angel, adoptado, por decirlo así, entre los hijos de Lorenzo, pudo compartir agradablemente las horas entre el ejercicio de su arte favorito y las lecciones que Pedro, Juan y Julian recibian en la «Academia platónica» dirigida por el ilustre Policiano.

»Esta sociedad, cuyo fundador y alma era Lorenzo, contaba en su seno algunos hombres que han legado sus nombres á la posteridad, y otros muchos que, menos distinguidos ó menos afortunados, ejercieron sin embargo útil influencia en el renacimiento de los buenos estudios y en la propagacion de los conocimientos que pueden adquirirse en las obras de la antigüedad. En el número de los primeros ocupan los puestos más elevados Policiano, Pico della Mirándola, Leon Battista Alberti y Marsilio Ficino. Lorenzo hacía asistir á sus hijos á las doctas disertaciones de la Academia. Miguel Angel las escuchaba con Pedro y el Cardenal Juan, mostrándole Policiano cariñosa consideracion. Las sutilezas de la metafísica griega y el lenguaje técnico de la lógica repugnaban al espíritu claro y libre de Buonarroti; pero las sublimes concepciones y majestuosa expresion de la Abeja ática encontraban maravillosas afinidades en el jóven florentino. Estos estudios desarrollaron en Miguel Angel el genio poético de que ha dejado admirables pruebas en sus mármoles, en sus cartones y en sus escritos.

»No eran solamente el afectuoso interés de Lorenzo, la familiaridad de los hijos de éste y los

atentos cuidados de Policiano los que, en la casa de los Médicis, inflamaban el ánimo de Miguel Angel; en aquel mismo tiempo resonaban enérgicas enseñanzas en austero púlpito, muy inmediato á los deliciosos jardines de Valfondo. Girolamo Savonarola, célebre dominico de San Marcos, estaba en el apogeo de su reputacion y de su crédito en el pueblo de Florencia, y sin contrariar abiertamente el de Lorenzo, comenzaba á balancearlo. Miguel Angel leia con gran veneracion, dice el más exacto de sus biógrafos, los escritos de aquel fraile tan apasionado como elocuente, aprendiendo de él á buscar en las Escrituras las fuentes directas y purísimas de la elevada inspiracion. Durante toda su vida tuvo siempre Buanarroti en la mano el libro sagrado y el de Dante, que consideraba como especie de comentario de aquel, filosófico, teológico y especialmente poético. El ardiente amor al arte contenia en justos límites el efecto que las exhortaciones de Savonarola producian en el alma recta y grave del jóven escultor; no siguiendo al dominico ni en su guerra fanática á las obras del renacimiento artístico y literario, que desplegaba entónces toda la riqueza de su primavera, ni en las aberraciones políticas que, despues de la muerte de Lorenzo, tuvo la desgracia de hacer prevalecer en las plazas públicas de Florencia y hasta en el seno de sus Consejos.

»En medio de aquella vida tan ocupada y ya tan fecunda, que el crepúsculo de una gloria casi sin igual iluminaba de antemano con algunos rayos precursores, parece que Miguel Angel abrió su corazon á sentimientos de amor tan verdadero y elevado como las demás emociones que dominaban su alma y dirigian sus facultades: créese que Luisa de Médicis fué su objeto. Como ya hemos dicho, en las prime-

ras poesías de Miguel Angel deben buscarse los documentos imperecederos de aquella ternura, á la que ni aun las ilusiones propias de la juventud debieron dar jamás, ni por un solo momento, esperanza de la union que hubiese podido coronarla. La orgullosa timidez de Miguel Angel se combinaba con el respeto y gratitud para prohibirle hasta la más ligera designacion, ni siquiera indirecta, de la mujer á quien sus afectos ligaban con cadena que sólo la muerte podia romper; no veremos en las poesías de Buonarroti ningun artificio de los que Petrarca acostumbraba á usar para hacer inteligible el nombre de Laura; de los que más tarde se servia Camoëns para celebrar á doña Catalina, y de los que el desgraciado Tasso lamenta más adelante con tanta amargura haberse separado cuando, en la embriaguez de sus ilusiones, escribió al fin el nombre de Leonor. Rara vez y en forma muy ligera alude Miguel Angel á la excesiva juventud de la que ama (1); una sola vez habla de sus rubios cabellos (2). Nunca escribe una palabra que pueda recordar la diferencia de rango que existia entre ellos, el brillo que habia rodeado la cuna de una hija de aquel gran ciudadano que la Italia entera parecia haber nombrado árbitro de sus combinaciones políticas. Miguel Angel solamente habla de la encantadora belleza que le ha subyugado, con «su gracia serena, sello seguro de la nobleza é inocencia de su alma cuya consonancia con su Creador

(1) .... Al corpo umano
Mal segue poi... d' un' angeletta il volo.
(Soneto 5.)

(2) Sovra quel biondo crin.....
(Soneto último.)

tan perfecta es, (1)» y nunca deja sospechar que aquel amor haya recibido la más pequeña esperanza. Hase creido, sin embargo, que Luisa habia adivinado la pasion de aquel jóven cuyo genio no revelaba aún ninguna obra importante y que le recompensó con tierna amistad. Cierto es que en arrebato de profunda gratitud, Miguel Angel escribió este hermoso verso.

Unico spirto e da me solo inteso! (2)

y que en otra parte da gracias «á aquellos hermosos ojos que le prestan su dulce luz, al genio que levanta el suyo hácia el cielo, al apoyo que asegura su vacilante marcha (3).» Mas, deteniéndose en seguida en estas semirevelaciones, el poeta multiplica por el contrario las quejas que le arrancan la frialdad y aparente indiferencia de aquella cuya belleza celebra (4) y que sabrá hacer inmortal. Exclama tambien que rara vez ha gozado de su presencia estando encadenada á ella toda su felicidad:

«Vos lo sabeis, ni la ocasion ni la costumbre han servido á mi pasion; raro es que mis ojos se iluminen con el fuego que brilla en los vuestros, velados por una reserva á la que apenas osa acercarse el deseo (5); una sola mirada fijó mi destino, y solamente os he visto en realidad una vez (6).»

»Dicen algunos que la divina mano de Miguel An-

---

(1) Soneto 3.

(2) Soneto 16.

(3) Veggio co, bei vostri occhi un dolce lume.
(Soneto 12.)

(4) Véase especialmente el soneto 21:
Poiché d'ogni mia speme il verde é spento...

(5) ....gli occhi vostri
Circoscritti ov'appena il desir vola.

(6) Madrigal 5.

gel pintó el retrato de Luisa de Médicis. Y efectivamente, este nombre se daba en el pasado siglo á una cabeza de jóven «más agradable que verdaderamente bella,» escribe el padre Della Valle (1), obra en la que se creia reconocer el dibujo de Buonarroti, con color más vivo y dulce que sus otros cuadros de caballete. Uno de los rasgos más constantes del carácter de Miguel Angel era su repugnancia á pintar retratos; pero esculpió muchos, y conocemos positivamente como tales el de Julio II, que se perdió en el palacio de Ferrara, y el de Gabriel Faërne, que se conserva en el museo del Capitolio. Sabemos tambien que accedió á dibujar en tamaño natural el retrato del noble y agudo Messer Tomaso de Cavalieri; pero este fué raro favor: «Porque, decía, aborrezco la obligacion de copiar lo que en la naturaleza no tiene belleza infinita.» Por otra parte, en el soneto 19, dirigiéndose al objeto de su pasion, le recuerda que las obras de arte están dotadas de una vida, de una juventud, por decirlo así, eternas. «Tal vez, añade, podria prolongar mucho más allá de la tumba tu vida y la mia, empleando, si tú quieres, *los colores* ó los mármoles si los prefieres, para fijar las facciones de nuestros semblantes y la expresion de nuestro cariño (2).» En otra parte escribe:

«Mientras pinto sus facciones, ¿cómo no imprimir en su rostro la palidez que desfigura el mio, y que

(1) Quien cita ademas la autoridad de Richardson, autor de notas y teorías sobre bellas artes, muy estimadas en el siglo pasado.

(2) Forse ad amen due noi dar lunga vita
Posso, *o vuoi nei colori*, o vuoi nei sassi
Rossembrando di noi l'affetto e'l volto.
(Soneto 31: Con'esser, donna puote...)

procede de su rigor conmigo (1).» Pero en otras muchas poesías de Miguel Angel se habla de una estatua, ó más probablemente de un busto, en el que el jóven artista trabaja con entusiasmo y desaliento.

«Temo, dice, hacer brotar del mármol, en vez de su *imagen*, la de mis facciones abatidas y desgraciadas (2)...» Y cuando se acercaba al término de su obra: «Hé aquí, escribe, una piedra animada, que pasados mil años todavia parecerá respirar. ¿Qué deberia hacer el cielo por ella, por ella que es obra suya, mientras que el retrato es solamente mia; por ella, que el mundo entero, y no yo solo, considera como diosa más bien que como mortal? ¡Y sin embargo, la piedra queda, mientras que ella va á partir! (3).»

»Quizá tambien con ocasion de este trabajo escribia los mistériosos y encantadores versos cuyo sentido es difícil de interpretar de otra manera:

Qui risi e piansi...

«Aquí sonreí y lloré, aquí con infinito dolor vi

---

(1) In danno suo costei,
Sovrá la belle bella,
Mi fa doglioso... e spesso
Dicemi che'l palor mio dal cor viene.
Mentr'io dipingo lei,
Qual la faró s'afflitto ella mi tiene?
(Madrigal 23.)

(2) S'avvien talor che in pietra un rassomigli...
(Madrigal 21.)

(3) Si una pietra viva.....
....
E pur si parte, e picciol tempo dura;
Un sasso resta, e costei morte affreta!
(Madrigal 38.)

alejarse al fin de *esta piedra* la que me arrebató á mí mismo, y despues no me quiso» (1).

»El busto de Luisa de Médicis, si realmente salió de las manos de Miguel Angel, tuvo la suerte de tantas obras maestras de las que parece no hablaron con tanto entusiasmo sus contemporáneos sino para aumentar nuestro sentimiento por su pérdida, y que las investigaciones más perseverantes no han podido encontrar despues de su desaparicion, causada por los desastres de Florencia y por la culpable negligencia que siguió en toda Italia al periodo de que Buonarroti fué principal ornamento.

»Si el soneto diez y nueve de Miguel Angel se refiere efectivamente á Luisa de Médicis (2), necesario es creer que aquella alma altiva, tan sobria consigo misma de esperanzas como henchida de generosa ambicion, acarició por un momento la ilusion de felicidad duradera; pero golpe terrible tanto como imprevisto desvaneció en seguida sus pensamientos: Lorenzo el Magnífico, cuando apenas contaba cuarenta y dos años, sucumbió en su casa de Careggi, víctima de corta enfermedad, cuyo inevitable término conoció con resignacion desde el primer

---

(1) Qui risi e piansi, e con doglia infinita
Da questo sasso vidi far partita
Colei ch'a me mi tolse, e non mi volse.
(Soneto 20.)

(2) «Mas tal vez tu compasion contempla con más justicia de la que al principio creí mi amor leal y puro, y esta pasion que tus miradas han encendido en mí por las bellas acciones.

»¡Oh dichoso dia, si alguna vez llega para mí! ¡que en este instante se concentren mis dias ¡y mis horas! ¡que para prolongarlo olvide el sol su acostumbrada carrera!»

....

(Soneto 19: Se nel volto per gli occhi il cuor si vede...)

instante. Con Lorenzo de Médicis bajó á la tumba lo que aun quedaba de puro en su familia, lo que quedaba de sólido á la prosperidad de Florencia, y lo que tenía de firme la fortuna del jóven Buonarroti.

»Ninguno de los tres hijos que dejaba Lorenzo era capaz de reemplazarle. El cardenal Juan poseia cultivado talento, afables modales y vasta ambicion; pero, agobiado ya, á pesar de su juvenil edad, bajo el peso de sus beneficios y dignidades eclesiásticas, perseguia en la corte de Roma la alta fortuna cuya probabilidad comenzaba á entrever. Julian, nacido en 1478, era todavia un niño en el que se adivinaban cualidades amables y hasta generosas, bastardeadas por el orgullo, vicio hereditario de su casa. En cuanto á Pedro, el nuevo príncipe del gobierno (porque sucedió, sin oposicion en la autoridad mal definida, y más convencional que regularmente constituida que poseyeron su padre y sus antepasados), no revelaba más que ineptitud, imprevision y necia vanidad. De veintiun años de edad, encontrábase casado con Alfonsina Orsini, confiando equivocadamente en el apoyo que por medio de su matrimonio obtendria de una de las razas más guerreras y poderosas de la Italia meridional. Miguel Angel comprendió que le convenia abandonar la morada de los Médicis, en la que Pedro, con espíritu demasiado vulgar para apreciarlo, mostraba bastante bajeza para hacerle sentir duramente su proteccion. Volvió, pues, á la casa paterna, y aunque continuaba mostrando pronunciado afan por los intereses legítimos de los Médicis; aunque aun le empleaban algunas veces (pero no siempre de modo serio) los jóvenes de aquella familia, la separacion fué definitiva y desde entónces se desarrollaron en completa libertad las convicciones

republicanas del jóven artista. La coleccion poética de Miguel Angel nos muestra cuán cruel fué para su corazon el alejamiento de la casa donde Lorenzo de Médicis le dió tan grata hospitalidad, porque había de hacerle casi extraño al menos á las miradas y á la conversacion de la que amaba con tan profundo ardor.

«Separado de vos, ¿cómo he de tener fuerza para dirigir bien mi vida si, al partir, no puedo implorar vuestro socorro?

. . . .

»Por temor de que la ausencia condene al olvido mi leal abnegacion, en recuerdo de mis largas aflicciones, tomad, señora, tomad en prenda este corazon que ya no me pertenece (1).»

»Y en otro lugar:

«El que se aleja de vos no puede esperar ya luz: el cielo no está donde vos no estais (2).»

»Acercábase entre tanto el momento en que, segun las costumbres del país y las combinaciones de las familias, debia fijarse la suerte de Luisa. Discutiéronse proyectos de matrimonio para ella, vacilándose entre dos hermanos, descendientes de Juan de Médicis, tronco comun de la casa dominante, y de la que tomaba el nombre de su antepasado especial, Lorenzo. Hermano éste de Cosme el Viejo, tuvo de Ginebra Cavalcanti á Pier Francesco, quien á su vez fué padre de Lorenzo y de Juan, que ya se encontraban en edad madura y se les contaba entre los ciudadanos más importantes de Florencia. Sin embargo, no se verificó el matrimonio; diciendo algunos que Luisa supo dilatar la celebracion hasta

(1) Madrigal 11.
(2) Madrigal 9.

que una desavenencia, ocasionada por oposicion de intereses, alejó definitivamente á Pedro de los dos hermanos, con especialidad de Juan, en quien se habia fijado con preferencia. Otros han creido que los obstáculos á la union propuesta partieron solamente de Juan y de su hermano, quienes siguieron en efecto á los principales ciudadanos de la república en la oposicion que comenzaba á la torpe administracion de Pedro. Otros en fin han asegurado que Luisa quedó prometida á Juan, pero que no vivió hasta el tiempo señalado para la boda. Sea de esto lo que quiera, lo cierto es que de todas las hijas de Lorenzo, solamente Luisa cambió la casa paterna por la tumba.

»Los historiadores dicen que murió pocos dias antes de la catástrofe que derribó el gobierno de Pedro, condenando á toda la descendencia de Cosme el Viejo á destierro que duró diez y seis años: por consiguiente, muy avanzado ya el otoño de 1494 abandonó Luisa la vida. En medio de las apasionadas preocupaciones que prepararon y de las convulsiones que siguieron á la revolucion florentina, la extincion de aquella suave luz no produjo sensacion.

»En aquel momento no se encontraba en Florencia Miguel Angel, habiendo roto la muerte de Policiano el último lazo que le sujetaba á las obligaciones contraidas en su primera juventud. Su penetrante espíritu le hacía prever la caida de los Médicis, y no queriendo renegar de sus antiguas afecciones, ni hacerlas prevalecer sobre sus deberes de ciudadano de un Estado libre y que importaba sustraer á insensata direccion, decidió en esta alternativa alejarse por algun tiempo; yendo en primer lugar á Venecia, despues á Boloña, donde la buena acogida

de Aldobrandi le retuvo un año entero, y quizá algo más.

»Al salir de Florencia, conocía sin duda Miguel Angel la enfermedad de Luisa; así es que sus poesías nos muestran al jóven artista agobiado bajo el peso de sus lúgubres presentimientos:

«Estad ciertos, ojos míos, de que el tiempo ha pasado y se acerca la hora que debe cerrar el paso á vuestras miradas y hasta á vuestras lágrimas. Por compasion á mí, continuad, continuad abiertos mientras esa mujer divina se digna habitar la tierra. Mas cuando el cielo se abra para recoger esas bellezas únicas y puras, cuando suba á la mansion de las almas felices y gloriosas, cerraos entónces (1).»

»En Venecia (al ménos debemos creerlo así) supo la muerte de Luisa de Médicis. Expresion de dolor profundo y viril resignacion revelan las poesías que brotaron de su alma oprimida, aunque familiarizada ya con la amargura, porque sabia que «la muerte y el amor son las dos alas que elevan al hombre de la tierra al cielo» (2).

»En la coleccion de Miguel Angel existen cuatro composiciones que pueden considerarse como dedicadas á la memoria de Luisa de Médicis: en primer lugar el soneto (3):

Spirto ben nato...

en el que el poeta deplora «la ley cruel que no ha perdonado ternura, compasion, merced, tesoros tan

(1) Madrigal 40.

(2) .....Chi ama, qual chi muore,
Non ha da gire al ciel dal mondo altr' ale,
(Soneto: Dell' aspra piaga...)

(3) El 26 de la coleccion.

raros unidos á tanta belleza y á fidelidad tanta (1)»; despues los sonetos 28 y 30, en los que, como enardecido por la irreparable pérdida que le había herido, levanta el velo en que las circunstancias é ilusiones de su amor se habían envuelto hasta entónces para todos y casi para él mismo. «Ahora, exclama, este *primer amor,* que había fijado mis afecciones errantes agobia con peso insoportable mi alma fatigada (2)... Sí, el cielo me ha privado del esplendor de aquel incendio que alimentaba mi corazon consumiéndole; pero fecunda chispa queda, y no quisiera ser reducido á cenizas hasta despues de haber brillado noblemente á mi vez.»

XVIII.

Contínuemos:

Acento de juventud y vaga esperanza distingue las poesías en que Miguel Angel canta su primer amor, de los versos que, en edad más avanzada de su vida, le inspiró Victoria Colonna, versos que tienen, por decirlo así, el meláncolico desaliento de la tierra, y la santidad de los himnos que se cantan en el santuario á la luz de los cirios de la noche. Solamente citaremos algunos fragmentos. No son las obras sino el toque lo que el lector va á conocer en el grande artista.

El amante, el poeta y el estatuario se revelan á la vez en el tercer soneto de Miguel Angel, que vamos á intentar traducir:

---

(1) Amor, pietá, mercé.
.....Con tanta fede

(2) Quel primo amor, che mi dié posa é loco...
(Soneto 28.)

«El atractivo de ese hermoso rostro me eleva hácia el cielo, porque ningun otro encanto de la tierra deleita mi vista, y gracias á esa belleza, subo vivo todavía, entre los espíritus celestes, favor que á tan pocos mortales se concedió aquí abajo!

»La obra, divina en sí misma, como tal se muestra al obrero, arrebatándome hácia ella con impresiones tan sublimes, que allí encuentro como en manantial inagotable, mis ideas, inspiraciones, obras y palabras en el fuego en que me abraso ante el angélico modelo!

»Si no puedo separar mis miradas de sus ojos, es que solamente en ellos descubro mi verdadera luz, la luz que ilumina mi camino hácia Dios!

»Y si me consumo deliciosamente en su claridad, es que siento reflejar en mi propia llama la inextinguible alegría que dilata perpétuamente en el cielo el corazon de aquellos que gozan de la eterna belleza!»

Y en otra parte, indudablemente por Luisa de Médicis, cuando labraba su perdido busto:

«¿En qué consiste ¡oh mujer! que una imágen viviente escu'pida por el cincel en piedra ruda y áspera de las montañas, sobreviva á aquella de quien fué obra y que á su vez dura tan pocos dias?

»El efecto se sobrepone, pues, aquí á la causa, y la naturaleza queda vencida por el arte. Yo lo sé, yo, el amigo y confidente de la sublime escultura, yo que diariamente veo cómo huye el tiempo engañando mi confianza en él!

»Tal vez pueda yo, amor mio, darnos á los dos larga vida, sea en el lienzo, sea en esta piedra, grabando en ella nuestra alma y nuestras facciones!

»De suerte que mil años despues de nuestra partida de la tierra, se comprenda cuán hermosa fuiste y cuánto te amé y qué imposible hacía la naturaleza que no te amasen!»

La muerte de Victoria Colonna vino á ser texto habitual de sus últimos cantos.

«Cuando aquella hácia quien volaban todos y tantos suspiros mios, por voluntad divina fué arrebatada de la tierra al firmamento, la naturaleza, que nunca se admiró en rostro más hermoso, se mostró entristecida, y todos los que la habían visto lloraron.

»¡Oh destino cruel de todas mis aspiraciones engañadas! ¡Oh esperanzas desvanecidas! ¡oh alma libre de toda ligadura! ¿dónde estás ahora? ¡La tierra ha recogido tu hermoso cuerpo, y el cielo tus santos pensamientos!...»

. . . .

Su soneto 22 al *Dante*, demuestra que su culto al genio igualaba á su culto á la belleza, ó más bien, como se ve en su adoracion á Victoria Colonna, que el genio y la belleza eran para él un solo culto.

«Lo que habria que decir de él, jamás podrá decirse, porque su genio se enciende en esferas demasiado altas para los mortales; y es más fácil humillar al pueblo vil que lo ultrajó, que elevarse hasta el elogio de tal poeta!

»Bajó á los reinos del pecado para darnos leccion de nuestras faltas; despues nos levantó hasta el mismo Dios. El cielo no rehusó abrir sus puertas á quien la patria le cerró las suyas!

»¡Ingrata patria, que al hacer su desgracia labras tu propia vergüenza, y que muestras así otra vez

que para los más perfectos y fuertes reservas tus miserias más gloriosas!

»¡Que sirva su ejemplo á mil, puesto que nunca existió destierro tan indigno como su destierro, como jamás existió en la tierra proscrito tan grande como él!»

Vese que Miguel Angel esculpia con la pluma como con el cincel, y que su alma se construía para sí misma estatuas tan viriles como su busto de Bruto.

En el soneto siguiente vuelve á su amor y su luto, y reta al destino á disipar más aún sus esperanzas, en una imágen digna de los profetas.

«¿Qué pueden la sierra ó el gusano contra la encina reducida ya á cenizas? exclama. ¿Y no es grande infamia en tí, oh destino, cebarte en el que ha perdido ya el soplo de la vida?»

Otra invocacion al amor por el recuerdo, en el soneto 24, cambia en piedad aquel amor imperecedero que la muerte acerca á su posesion eterna.

«¡Vuélveme á los tiempos felices, amor! ¡Devuélveme el rostro angelical cuya desaparicion ha arrebatado su gracia y poder á toda la naturaleza!

»Y devuelve ardor para volar tras sus huellas á mis pasos, tan solos ahora y tan agobiados por el peso de los años. Devuelve á mi pecho los torrentes de lágrimas y los focos de llamas, si quieres que pueda llorar y arder aún.

»Y si es verdad que vives de los sollozos, á la vez dulces y amargos, de los mortales, ¿qué puedes esperar en adelante de un corazon esterilizado por la vejez? Ya es tiempo de que mi alma llegue á la

otra orilla, sangre de las heridas de otro amor y se consuma en fuego más eterno.»

El anciano, entero en su genio á los noventa años, quedaba como resto venerado de los reinados de cuatro Médicis en Florencia, y de siete pontífices en Roma, como para velar por la construccion del edificio de San Pedro, que solamente él habia sido capaz entre los hombres de imaginar y de ver concluir. Sus cartas á su amigo Jorge Vasari, en la declinacion de sus años, demostraban que vivia en Roma solo, sin más familia que sus discípulos y obreros. Por consejo de Vasari, Cosme de Médicis escribió al Papa para que cuidase de que los dibujos, modelos, bocetos y reliquias sin valor de la mano del grande artista se conservasen á su familia y al mundo, en el caso de que los extraños, abusando de su avanzada edad, tratasen de dilapidar aquellos tesoros en sus últimos dias ó despues de su muerte. Pero el mismo Miguel Angel, sintiendo llegar su última hora, escribió á su sobrino predilecto, Leonardo Buonarroti, hijo de un hermano suyo, para que viniese á Roma á principios de Cuaresma porque ya era tiempo de despedirse.

En efecto, apenas escrita esta carta, invadióle lenta fiebre que le extinguió dulcemente como lámpara nocturna que se apaga al despuntar el día. Llamó á su confesor, á su médico y á sus discípulos y les dictó en tres líneas su testamento: «Doy mi alma á Dios, mi cuerpo á la tierra y mis bienes á mis parientes. Cuidad, añadió, de recordarme en el momento de mi agonía los tormentos del Crucificado, para alentarme á la muerte con esta meditacion.» Pero no necesitó que le sostuviesen sus amigos, muriendo sin angustia y como si quedase dor-

mido el 17 de Febrero de 1564 al ponerse el sol.

Florencia y Roma se disputaron sus funerales, pero venció la patria. Su sobrino sacó secretamente el cadáver en un carro cubierto para no despertar la atención de los romanos y evitar un tumulto en la ciudad, y en seguida le condujo á Florencia. El relato de los honores que tributaron allí á sus cenizas atestigua hasta qué grado el culto de las artes, del talento y la maestría fanatizaba á los príncipes y á los pueblos en aquella época de renacimiento y de reacción contra la bárbara ignorancia de la Edad Media.

Los funerales de Miguel Angel en Florencia igualaron en pompa, concurso y solemnidad á un triunfo romano en el Capitolio. Alzaron su catafalco y colocaron su cuerpo bajo aquella cúpula de San Lorenzo, en medio de aquellas estatuas del *Día* y la *Noche*, del *Crepúsculo* y la *Aurora*, sus concepciones más divinas. Despues de aquel alto de algunos meses en su gloria, no creyendo los florentinos bastante grande aquel templo para su memoria, le labraron un sepulcro en la iglesia de Santa-Croce, panteon que guarda las tumbas de los grandes toscanos, entre los que Miguel Angel es el más grande.

Su amigo Jorgi Vasari esculpió y colocó en ella su busto. Vense en él las facciones del Fidias cristiano: frente prominente surcada por arrugas transversales, ojos hundidos en órbitas óseas, que dicen cambiaban de color según su pensamiento; sienes profundamente deprimidas por la vejez; pómulos salientes; labios sutiles y fuertemente apretados; barba escasa, corta y partida; cuello poderosamente enclavado en robustos hombros; aspecto mas rudo que noble; en suma, falta de belleza, pero energía superior á la natural: así era la envoltura de aque-

lla alma que contenía, como la de Sócrates, la belleza suprema. La naturaleza, que frecuentemente se complace en las analogías entre el espíritu y la forma, gusta algunas veces de los contrastes: misteriosa en todo, adorable en todo. Sin embargo, el fisonomista que descifra con inteligencia el jeroglífico del semblante humano, puede aquí penetrar fácilmente el misterio. El hombre de genio puramente literario, cuyo trabajo es sentir, pensar y reproducir sus sentimientos é ideas por la palabra, puede reconcentrar todas sus facultades intelectuales en el desconocido asiento de la inteligencia, y ofrecer á los ojos, en su rostro, el lúcido y casi inmaterial espejo de su pensamiento: frecuentemente la delicadeza é inmaterialidad de su cuerpo atestiguan la fuerza de su alma: la naturaleza es poco para él, y cuanto más se emancipa su inteligencia, más espiritual es. Pero el artista que maneja el sillar y talla el marmol participa á la vez del espíritu y de la maneria, del poeta y del artesano. Dios le dá en su estructura y en su rostro algo de la masa y del peso de sus piedras, y la fuerza que el filósofo ó el poeta solamente necesitan en los órganos del pensamiento, el escultor debe tenerla repartida en todos los miembros, desde la frente que concibe, hasta el brazo que mueve, y la mano que labra el mármol.

Esta es, sin duda, la explicacion de los dos bustos de Sócrates y Séneca, encontrándose en ella la razon de su rusticidad de formas: maniobras sublimes del brazo omnipotente, para hacer brotar de la materia rebelde la impalpable é inmaterial belleza.

BERNARDO DE PALISSY.

I.

«Mis numerosos años me han excitado al atrevimiento de deciros que un dia de éstos, viendo el color de mi barba, pensaba en los pocos dias que me quedan para terminar mi carrera, y esta idea hacíame admirar los lirios y trigos de los campos y muchas especies de plantas que cambian en blancos sus verdes colores cuando van á dar sus frutos. Muchos árboles se apresuran á florecer cuando sienten que va á cesar su virtud vegetativa y natural... Justo y razonable es que cada cual se esfuerce por multiplicar el talento que ha recibido de Dios... Por cuya razon yo me he esforzado en dar á luz las cosas que Dios se ha dignado hacerme comprender, á fin de ser útil á la posteridad.»

Así se expresa un pobre alfarero, llegado á los noventa años, en el prefacio de los escritos y diálogos consigo mismo, donde se ocupa de su oficio, de sus miserias y de su vida, para consuelo suyo y estímulo de los demas. Parece una página de las confesiones de San Agustin ó de Juan Jacobo Rousseau; parece un filósofo, un escritor, un genio de

corazon y de estilo. El escritor, el filósofo, el sabio es un obrero, envejecido entre su horno y sus pucheros y con las manos arrugadas por la arcilla que ha manejado toda su vida. Estudiando á este hombre insignificante, se comprende que la grandeza no está en la condicion, sino en el alma.

II.

Se llamaba Bernardo de Palissy. De jóven amasaba la tierra y cocia tejas en el tejar de su padre, en la aldea de la Chapelle-Biron, en el Perigord. Pero la pasion de hacer bien lo que se hace, que conduce al hombre reflexivo á hacer mejor lo que ve hacer, y acaba por darle dominio de todos los descubrimientos en los trabajos del espíritu ó de la mano, atormentaba á aquel jóven. Manejando la tierra grosera y contemplando la teja endurecida, enrojecida, trasformada por el fuego del horno, pensaba en las formas, en los relieves, en las asas, en los adornos, en las figuras de los vasos, modelados ya en su pensamiento, en la pasta y en el esmalte con que habia de colorear un dia sus obras maestras de alfarería.

El oficio de alfarero, es decir, el oficio de amasar, dar forma y cocer la tierra al sol ó al fuego, es uno de los primeros del hombre. La tierra humedecida, en que el pié deja su huella, se mostró naturalmente por sí misma, como un elemento preparado para el uso ó la industria de los primeros habitantes del globo.

Los vasos, las copas para contener los líquidos de que necesita la sed, desde que el hombre dejó de beber en el manantial como los ganados, reem-

plazaron á la cavidad de la mano, que acercaba la bebida á los labios. La alfarería más perfeccionada, destinada á la coccion de los alimentos, debió seguir de cerca á la invencion del fuego. Desde la primera jarra de arcilla, ó desde la primera copa de tierra hasta la pasta coloreada de los vasos etruscos, ó las porcelanas esmaltadas de la China ó del Japon, y hasta las pinturas indelebles, incrustadas por la llama en los costados de las ánforas de Sevres, se puede medir toda la inmensa escala que separa el rudo oficio del arte exquisito... La más remota antigüedad nos manifiesta que este oficio empleaba innumerables manos. Babel era una montaña de ladrillos.

Moisés libertó á su pueblo de los egipcios porque no daban á los hebreos, condenados á este trabajo servil, toda la paja necesaria para liar los ladrillos que construian para las pirámides.

Los griegos, que no tenian en el fondo más culto que la adoracion de lo bello, en todas líneas y bajo todas las formas, y que se resúmen en Platon, el adorador de la idea, estimaban en tanto el arte, en apariencia vulgar, del alfarero, que erigieron estatuas y acuñaron medallas en honor de los primeros que habian trabajado la arcilla. Coræbus de Atenas, inventor de la alfarería; Dibutades de Sicyone, inventor de la tierra cocida al fuego; Talo, inventor de los tornos con que se redondeaban los piés de los vasos, deben su fama á este oficio. El mismo Fidias, el divino escultor, dió modelos de copas á los alfareros de su tiempo.

Hubo sin duda en este género obras maestras en Grecia; pero el tiempo, las convulsiones sociales, las invasiones, los incendios, las destruyeron. Han vuelto á la tierra de donde han salido. Los únicos

monumentos usuales de la alfarería conservados han sido descubiertos en las tumbas; los sepulcros son los mejores guardianes de todas las cosas.

Los etruscos, pueblo que habitaba la Etruria, hoy Toscana, llevaron este arte á tal perfeccion y multiplicaron de tal modo los vasos, las copas, las ánforas y las urnas cinerarias, que el suelo en que vivieron las vuelve todavía hoy por millares en las excavaciones, y no parece sino que aquel pueblo, que proveia de tierras cocidas á todas las naciones, era una nacion de alfareros.

Los romanos los imitaron sin igualarlos. Todavía se enseña en las puertas de Roma un montecillo artificial, llamado el *Testaccio*, formado enteramente por los desperdicios de la alfarería romana, cuyos fragmentos eran arrojados en montones en aquel sitio, como para ser testimonio en lo venidero de la inmensidad de la capital de aquel pueblo y de la eternidad de su duracion.

A la caida del imperio romano, el arte de amasar, de modelar, adornar, esculpir, barnizar y pintar la tierra cocida desapareció con todos los demas. El cristianismo al principio rechazaba las artes demasiado ligadas con la idolatría. Templos, estatuas, urnas, vasos, copas profanas, todo lo proscribió para volver á crear un mundo nuevo. Los griegos de Bizancio fueron los únicos que conservaron por tradicion algunos procedimientos de esta industria de sus padres; los ejercian en Damasco, la primera entre las ciudades manufactureras del Oriente, cuyos vasos, barnizados y pintados, circularon por el mundo como un lujo regio. Aquellas tierras cocidas eran, sin embargo, groseras y sin gracia; se advierte en ellas decadencia de una industria perdida.

Pero miéntras el Occidente creaba, perdia y se esforzaba para recobrar la alfarería, el viejo Oriente fabricaba sin que la Europa lo supiese, desde hace millares de años, las porcelanas trasparentes pintadas y coloreadas, lujo secular de los chinos y de los japoneses.

Habia llegado á tal perfeccion de pasta, de formas y de colores en esta industria, que apénas podemos rivalizar con ellos imitándolos, y si se tomara por medida de la civilizacion material la prioridad del arte de dar formas á la arcilla, habria que humillar al Occidente ante el Oriente. Los anales más remotos de la China han perdido hasta la fecha de la antigüedad de las porcelanas.

Hay misterios de antigüedad en una taza de té ó en una figura de dios ó de diosa del Celeste Imperio. Los primeros geógrafos árabes que hablan de la China, apénas entrevista hace mil años por los navegantes de los mares de la India, refieren que en las ciudades de aquel imperio maravilloso «no hay ningun arte más estimado que el de alfarero y dibujador de paisajes sobre porcelana, que inundan la India, la Persia y la Arabia con vasos de tierra trasparentes, de inimitable belleza, y que algunos millones de hombres no tienen más ocupacion ni otra gloria, desde tiempos inmemoriales, que fabricar la porcelana... El Japon sobrepuja á los chinos en un barniz que se llama laca, y que se desprende de un árbol cuya corteza se raja en la primavera para recoger la savia en conchitas. Despues se deseca sobre hilos de algodon; se oprime entre piedras apretadas; se deja en fusion en aceites purificados; se extiende y se pule hasta que tiene el brillo de cristal. Entónces se pinta este barniz con figuras ó flores de oro, y se cubre la pintura con otro

barniz trasparente que desafía á la accion de la llama.

Las formas de estos vasos, las figuras, las esculturas y las pinturas que los adornan manifiestan imaginacion, gusto, gracia, ingenio y habilidad en las manos, así como la pasta de que están hechos, invencion y paciencia. Las asas de las tazas son unas veces arbustos cubiertos de follaje, otras animales, cariátides animadas cuyas patas sostienen los costados y cuya cola se enrosca en el pié de la copa. Ora es una gata y su cria, recostadas sobre una roca hendida, cuya cavidad contiene aguas ó perfume líquido. Ora un mendigo que canta para implorar la compasion y la gota de té que caerá del vaso en la mano del hombre acomodado; ora un pájaro acostado, cuyo pico destila el líquido, ó una mujer rodeada de sus hijos, en medio de frutos y hojas; un mono jugando con una naranja que se escapa de sus dedos; una taza, en forma de flor entreabierta, cuyo tallo es el asa, ó un viejo parecido á Tántalo, que eleva la cabeza al borde de la copa, cuya agua se desborda sin caer nunca sobre sus labios, ú otros mil caprichos de adorno, que hacen de un aparador del Japon ó de la China un verdadero museo de arte y de imaginacion, en que todos los caprichos de la naturaleza están reproducidos en porcelana. ¡Cuántos siglos se han necesitado para que un oficio tan vulgar en apariencia llegase á ser el lujo y la industria principal de tantos millones de hombres!

Estas maravillas del Oriente eran todavía desconocidas para el Occidente en el siglo XIV. El barro barnizado se presentó por primera vez en los pavimentos de la Alhambra de Granada y en las mezquitas de los moros en España. La Arabia es la que

introduce este arte en la Europa. Hasta un siglo más tarde no se dió á conocer el famoso Lucca della Robie, el Palissy toscano, por sus trabajos de alfarería esmaltada en Italia. Escultor de tierras cocidas, llegó, despues de tareas oscuras, á dar color y barniz á sus grupos de esmalte blanco, impermeable á los elementos que roen la arcilla.

Las ciudades industriosas de Florencia y Faenza le debieron su exportacion y su renombre. La pintura se apoderó en seguida de aquel esmalte como de un lienzo imperecedero, y los cuadros de los más grandes maestros fueron copiados, calcinados y perpetuados en estas placas de arcilla. La escultura quiso rivalizar con la pintura, y agrupó sus estatuas y sus bajos-relieves alrededor de los vasos, de las copas y de los platos de la arcilla endurecida.

III.

El arte del alfarero encontrábase en este estado cuando Bernardo de Palissy fabricaba sus tejas, sus ladrillos y sus vasijas para contener el agua, el vino y el aceite en su tejar. ¡Pero qué podia saber de estos secretos del artista el pobre trabajador, ignorante, sin modelos, sin libros y sin guías, en una cabaña de campesinos tan rudos como él, en medio de los pantanos y de los bosques de la Saintonge! Y sin embargo, el arte que se dedicó en todas partes al culto de los dioses, como si quisiera volver á su orígen y divinizarse á sí mismo mezclándose con las cosas santas, se presentó al jóven alfarero á traves de todos los esplendores de los dibujos góticos de los cristales pintados de su iglesia.

Comprendió que el cristal, que dejaba pasar los rayos del sol hasta el templo y que incrustaba las maravillosas escenas de la Biblia y del Evangelio, no era más que una tierra y una arena más amasadas por la mano del hombre, más endurecidas por el fuego y que han adquirido la trasparencia del cristal de roca por procedimientos que parecen una magía del trabajador. Desde aquel dia la tierra que manejaba tan bien le pareció fango; en su imaginacion se presentó una magia que imitar y otras que describir. Dejó el tejar de su padre y empezó su aprendizaje en los talleres de artistas vidrieros, asemejados entónces con la nobleza por la ciencia y la dignidad de su oficio.

El arte de la vidriería no consistia solamente en formar el cristal, sino en recortarle para los dibujos de la ojiva de las catedrales ó de las capillas, y cubrirle con pinturas que representaban los paisajes, los animales, los personajes, los misterios del cielo cristiano. Los cristales eran el poema de la vista para el pueblo que frecuentaba las iglesias. Cantaban á las miradas de los campesinos la creacion del mundo, las delicias del paraíso terrestre, los rios, los árboles, los leones, los corderos, los pájaros compañeros del hombre, los milagros de la revelacion, los suplicios del Calvario, los martirios del circo, las resurrecciones de las víctimas de la nueva fe, los cielos abiertos, el Padre Eterno, el Hijo, verbo y misericordia del Padre, el Espíritu, bajo la forma de la paloma que vuela del uno al otro para construir la unidad y que esparce desde su pecho rayos que siembran por todas partes la luz y el amor; en fin, las almas felices, figuradas por innumerables rostros alados, que forman círculos semejantes á las estrellas escalonadas en el firmamento y

que gozan el reflejo divino en la morada del Padre.

Bernardo de Palissy, para hacerse capaz del arte que habia adoptado, aprovechó horas de la noche y lo superfluo de su salario para instruirse en todas las ciencias del cálculo y de la mecánica que tenían relacion con su oficio. Su espíritu, á la vez ardiente é infatigable, se formó al mismo tiempo que sus dedos. Aprendió rápidamente la geometría, el dibujo, la pintura y escultura elemental. Los asuntos de sus dibujos le llevaron pronto á los libros sagrados y los libros profanos, hojeados para buscar en ellos escenas, cuadros, alegorías. Se hizo, sin notarlo, literato, poeta, teólogo, filósofo, político. Estudiando un solo oficio, con la pasion de perfeccionarlo hasta donde pudiera, no dejó nada que no tocara: no queria formar en sí mismo más que un artesano, y formó un hombre. Es carácter de todo verdadero genio aspirar siempre á ser universal: los supuestos límites que separan á un oficio de otro son límites del pensamiento. El genio los atraviesa casi siempre para llegar á lo infinito, verdadero campo del espíritu humano. El este infinito se contiene el todo y se completa todo. En universo no es más que un arte inmenso que esculpe, que dibuja, que pinta, que escribe, que canta, que revela lo bello, es decir, Dios. Así comprendió Palissy el suyo. Al fin de sus dias daba forma á su idea en su espíritu, así como cuando era jóven la daba á la arcilla en sus manos; y su estilo, modelado sobre la naturaleza, no tenía ménos colores, ni ménos relieve, ni ménos colores, ni ménos vigor y gracia que sus grupos ó sus cuadros. Haciéndose alfarero se había hecho poeta y escritor.

Un instinto desconocido conduce al niño de genio y al artesano que ambiciona la perfeccion á dejar

su país natal y viajar. Creen, sin duda, así el uno como el otro, que encontrarán más allá de su horizonte material otro horizonte moral en que se les aparecerán cosas desconocidas. El cambio de sitios satisface la inquietud natural del alma, que busca un no sé qué más perfecto; y además cada ciudad y cada país se incorporan, por decirlo así, más especialmente una parte distinta del arte de la industria, de los oficios del hombre. Aquí se forja mejor el hierro, allí se hace mejor el cobre, en el Mediodía la seda, en el Norte el lino, en el Oeste las lanas, en los Pirineos el cristal, en Lyon las fábricas. El clima, las producciones, las costumbres de las localidades se prestan más ó ménos á cada una de estas industrias humanas; el hijo conserva el secreto de su padre, el arte se localiza, y el que quiera alcanzar su perfección debe ir á estudiarlo en su sitio respectivo. De aquí la costumbre de dar una vuelta por el mundo ó dar una vuelta por Francia, que ha hecho desde Homero y Pitágoras que cuando un trabajador de cualquier oficio empieza la vida de filósofo, de poeta y de artesano, se dé á sí mismo, de ciudades en ciudades y de pueblos en pueblos, el espectáculo del mundo ántes de darse á sí mismo en espectáculo y como modelo á su arte.

Bernardo de Palissy fué á trabajar de ciudades en ciudades hasta Tarbes, situada en un llano enfrente de los Pirineos, y en donde florecia entónces la pintura sobre cristal. Pronto, encantado por la escena pintoresca que tenía á la vista, se sintió pintor al aspecto de aquel cuadro de la naturaleza; dejó para otro tiempo la arcilla y el cristal, y recorrió las gargantas y las cimas de aquellas montañas en que el artista supremo parece que ha formado juegos con odas las cumbres, todos los valles,

todas las fuerzas y todas las gracias de la creacion.

Si Bernardo de Palissy no era más que un trabajador al entrar en el laberinto de los Pirineos, salió de él pintor y poeta. Se fastidió de la uniformidad del taller de Tarbes, y viajando como dibujante y trazador de imágenes, ganó así su vida perfeccionando su mano y dando ensanche á sus ideas. Recorrió pintando todas las provincias de Francia, desde Marsella á Fländes y las orillas de Rhin; sus correrías por las montañas de los Pirineos y de los Alpes y la particular atencion que dedicaba á las diferentes cualidades de la tierra, de las rocas, de las arenas, de las aguas, para hacer aplicacion de todo á su primera profesion, le habian hecho naturalista.

Empleaba sus ocios en examinar el lecho de los manantiales, en sorprender en sus juncos y en las elevadas hierbas acuáticas los reptiles, los escarabajos, los insectos que pueblan las orillas de los arroyos, en ascender por las montañas, en penetrar en las gargantas inaccesibles y en las cavernas para espiar en ellas los secretos de Dios. Los vastos horizontes que se descubren desde los sitios elevados, los límites variados del cielo, la vida de las hojas, de los prados, se pintaban y se incrustaban deliciosamente en sus ojos para reproducirse más adelante bajo su mano. Hijo solitario de la naturaleza, ésta era su maestro y su paleta al mismo tiempo. Se embriagaba con el éxtasis, con la verdad, con el candor de sus impresiones, y de esta falta de maestro en este comercio de Palissy con la naturaleza, debia brotar un arte nuevo.

Pero si un instinto aleja en la primera juventud de su país al trabajador, otro instinto le vuelve á él cuando ya ha visto lo que tenía que ver. Aunque el

hombre sea un sér nómada, tiene, sin embargo, como el árbol, raíces invisibles en el corazon y en la memoria, que le retienen en su cuna ó le hacen volver á ella. Estas raíces son los recuerdos, las ternuras, los pesares, los disgustos, las gratitudes que ligan al hombre al tronco que se llama familia y patria. Allí está el suelo que le alimenta; allí recuerda un padre, una madre, hermanos, hermanas, compañeros de infancia, rostros, voces, sonrisas que ha amado ántes de recorrer el mundo, y que nada ha podido borrar de su memoria. Estos sueños del viajero y del obrero concluyen por ser una enfermedad dulce de su pensamiento, cuya curacion no está para él sino en el país de sus amores; le atraen sin que lo note y por un círculo cada vez más estrecho hácia la aldea ó la casa de su nacimiento. Concluye por volver á ella y por dar descanso á su corazon. Este deseo es tanto más sensible, cuanto más sensible el hombre que lo experimenta. Las imágenes se convierten en pasiones en el alma de los poetas ó de los artistas.

Palissy había llevado de su país natal, al partir para dar su vuelta por Francia, una de esas imágenes vivas que le llamaban á la patria. Su alma recogida, religiosa, no era de las que dejan evaporar una primera flor de amor al viento del mundo. Se casó y fundó una familia sobre escasos bienes, sobre un trabajo asiduo.

Esta felicidad fué en aquellos primeros años de descanso la distraccion de su genio. El hombre que posee lo que ama, olvida fácilmente la gloria. La ambicion no es más que el vacío; un corazon lleno no se agita. Pero los hijos fueron tan numerosos, que los años y la ambicion muertos en él renacian para ellos y con ellos. Era preciso atender á las ne-

cesidades de una vida que se multiplicaba en otras tantas vidas como hijos tenía alrededor de su mesa y como ancianos habia en torno de su hogar. Trató primeramente de atender á ella empleándose como geómetra en la medicion de tierra de la Santonge, en servicio de los hombres del fisco, que iban en nombre del rey á poner límites y medir las herencias para los impuestos. Este trabajo no le separaba del objeto de su constante estudio: la tierra. Al medir sondeaba la arcilla, pesaba la arena, pulverizaba el pedernal, meditaba esas mezclas y esas combinaciones de elementos propias para producir los descubrimientos fortuitos de materia, de pasta, de color, de barniz que agitaban su pensamiento desde su primera edad. Un fragmento de alfarería de Luca della Robia que habia recogido en las barreduras de alguna quinta durante sus viajes, hacía trabajar su espíritu como la manzana al caer del árbol hizo trabajar el de Newton; como la rama florecida, flotando sobre el Océano, hizo que los primeros navegantes, compañeros de Cristóbal Colon, presagiaran un nuevo continente.

Cansado del oficio lucrativo, pero temporal y estéril de agrimensor, volvió á su casa y al lado de su mujer, decidido á intentarlo todo por ella y por sus queridos hijos: y á inventar ó morir en el trabajo. Débese leer en sus mismas páginas, apasionadas con la fiebre de su amor y de su voluntad, la relacion de sus meditaciones, de sus dias y de sus vigilias, de aquel período de vida comparable con los dolores de un parto.

IV.

«¡Ah!—dice en su libro titulado *Del arte de la tierra*—es verdad que no tenía muchos bienes; pero tenía fama de trazar bien los planos y me llamaban para dibujarlos en las particiones y en los pleitos. Sabía algo en el arte de vidriería, y no me dediqué al arte de la tierra hasta depues de haber ganado bastante para vivir algun tiempo sin trabajar. Pasé muchos disgustos y pobreza ántes de conseguirlo, cargado como estaba de mujer é hijos. No tuve medios para ir á aprender dicho arte en ningun taller, ni para sostener ningun criado que me ayudara... Hace veinticinco años me fué presentada una copa de tierra, torneada y esmaltada, de tal belleza, que desde entónces entré en disputa con mi propia imaginacion para encontrar un esmalte, y me dediqué á buscar los esmaltes sin saber de qué materias se componian, como hombre que anda á tientas.

»Reunia todos los materiales que se me ocurrian, y despues de reunirlos compraba una cantidad de vasijas de tierra, y despues de haberlas hecho pedazos los frotaba con los materiales que habia preparado; apuntaba en la memoria las drogas que empleaba en cada ensayo, y despues de hacer un horno segun mi idea, cocia en él dichos trozos para ver si mis drogas podian dar algun color. Pero como no habia visto nunca cocer tierra, no conseguia nada, aunque mis combinaciones fuesen buenas, porque unas veces habian cocido demasiado, otras muy poco... Y viéndome así chasqueado con repeticion con grandes gastos y trabajos, volvia todos los dias á reunir y preparar nuevos materiales y á construir

nuevos hornos con gran gasto de dinero y consumo de combustible y de tiempo.

»...Despues de vacilar y andar así á tientas varios años con tanta imprudencia, con tristeza y suspiros, compré nuevamente vasijas de tierra, y habiéndolas roto en pedazos, cubrí trescientos ó cuatrocientos con ensayos de esmalte y los llevé á una alfarería que distaba legua y media de mi residencia, suplicando á los alfareros que me permitiesen cocer aquellas pruebas.

»Dios quiso que empezase así á perder valor, y para la última tentativa, habiendo llevado conmigo un hombre cargado con más de trescientas pruebas, resultó que una de estas pruebas se fundió antes de las cuatro horas despues de haber sido introducidas en el horno, lo cual me causó tal alegría que creí haberme transformado en otro hombre y pensé haber alcanzado la perfeccion en el esmalte blanco. Pero aquella prueba, si habia sido muy afortunada por una parte, era por otra muy desgraciada: feliz porque me dió entrada á lo que he llegado á ser, é infeliz porque no habia sido hecha en dosis ó proporcion suficiente. Fuí tan torpe entonces, que en cuanto hube hecho dicho blanco, que era muy hermoso, me dediqué á hacer vasijas de tierra como si jamás las hubiera visto, y despues de emplear siete ú ocho meses en hacerlas, trabajé en construir un horno como el de los vidrieros; en cuya fabricacion pasé indecibles trabajos, pues necesitaba hacer por mí mismo los ladrillos y preparar la cal y conducirlo todo sobre mis espaldas, pues no tenía medios para pagar á ningun hombre que me ayudase en esta tarea.

«Hice cocer las basijas por primera vez; pero al querer darles la segunda coccion tuve pesares y

trabajos tales, que nadie querrá creerlos. Porque en vez descansar de las pesadas fatigas, tuve que trabajar más de un mes para preparar las materias con que habia confeccionado el expresado blanco, y luego que las tenía preparadas, cubria con ellas las vasijas que había hecho. Despues de esto las puse al fuego en mi horno de dos bocas, como había visto hacer á los vidrieros; pero esto es muy desfavorable para mí, pues aunque estuve seis dias y seis noches delante del horno sin dejar de quemar leña por sus dos bocas, no me fué posible hacer fundirse el esmalte, y estaba como un hombre desesperado, y aunque agobiado por el trabajo, comprendí que en mi esmalte había poca materia de la que hace fundir las demas, y empecé á recoger y moler dicha materia sin dejar enfriar mi horno. De este modo tenía doble trabajo, moler y calentar el horno.

»Luego que tuve compuesto mi esmalte me ví obligado á ir nuevamente á comprar pucheros para experimentarlo, pues habia perdido todos los que habia hecho, y habiéndolos cubierto con el esmalte los metí en el horno, continuando fuerte el fuego. Pero sobrevino otra desgracia que me hizo penar mucho, y es que, habiéndoseme concluido la leña, me ví precisado á quemar los palos que sostenian las plantas de mi jardin, y despues de quemados éstos tuve que quemar las mesas y el piso de la casa para hacer fundirse la segunda composicion. Sentia tal angustia que no la puedo describir, pues estaba yerto y seco á causa del trabajo y del calor del horno; hacia más de un mes que no me mudaba la camisa. Además, para consolarme se burlaban de mí, y hasta los que debian socorrerme iban á decir por la poblacion que estaba quemando las tablas de

la casa, y de este modo me hacian perder mi crédito y me juzgaban loco.

»Otros decian que yo trataba de hacer moneda falsa, lo cual me hacia estremecer, é iba por las calles con la cabeza baja como un hombre malvado. Tenía deudos en diferentes sitios y mantenia por lo ordinario dos hijos en casa de sus nodrizas por no poder pagar sus salarios. Nadie me socorria, sino al contrario, se burlaban de mí, diciendo: «Debe morir de hambre, porque abandona su oficio.» Todas estas cosas llegaban á mis oidos cuando iba por la calle.

»Sin embargo, me quedó todavía alguna esperanza, que me animaba y sostenia, porque las últimas pruebas habian salido bastante bien, y por esto pensaba saber ya bastante para ganar la vida, de lo cual me hallaba aún muy distante, como verás más adelante; y no te debe molestar que sea un poco largo, pues quiero llamar tu atencion hácia cosas que te podrán servir.

»Luego que hube descansado algun tiempo, con sentimiento porque nadie tenía piedad de mí, dije á mi alma: «¿Por qué estás triste, si has encontrado lo que buscabas? Trabaja ahora, y avergonzarás á tus detractores.» Pero mi alma podia contestarme: «No tienes nada para proseguir tu tarea; ¿cómo podrás mantener á tu familia y comprar lo necesario para pasar cuatro ó cinco meses que necesitas pasar antes de poder disfrutar de tu felicidad?» Por esto me hallaba en tal tristeza y abatimiento; pero la esperanza me dió algun valor, y habiendo considerado que habria sido demasiado prolijo hacer toda una hornada por mí mismo, para abreviar y ganar tiempo y para hacer aparecer de repente el secreto que habia encontrado del esmalte blanco, tomé un

alfarero cualquiera, le ocupé en hacer vasijas, segun mi idea, y miéntras él hacía esto, yo me entretenia con algunas medallas. Mas sucedia una cosa lamentable; porque estaba precisado á mantener á dicho alfarero en un meson, de fiado, por no tener medios en mi casa. Despues de trabajar por espacio de seis meses, y cuando hubo que cocer lo hecho, tuve que construir un horno y despedir al alfarero, al que, á falta de dinero, me encontré en la necesidad de darle vestidos mios por su salario.

»Y como no tenia materiales para mi horno, emprendí deshacer el que habia hecho á imitacion del de los vidrieros, para servirme de sus fragmentos. Mas como este horno habia sido tan fuertemente calentado por espacio de seis dias y noches, la cal y el ladrillo se hacian liquidado y vitrificado de tal modo, que al deshacerlo me corté los dedos por mil partes y tuve que comer mi potaje con los dedos envueltos en trapos. Cuando tuve deshecho el horno empezé el otro, que no construí sin gran trabajo, pues tenía que buscar la cal y la piedra sin auxilio de nadie y sin ningun descanso.

»Despues hice cocer en primera coccion las obras trabajadas, y prestados ó de otros modos encontré materiales para los esmaltes con que habia de cubrirlas. Y entónces empecé un trabajo que pudo costarme caro, pues despues que por espacio de muchos dias estuve preparando y calcinando dicho material, lo molí sin ayuda de nadie en un molino de mano que se necesitaban ordinariamente dos hombres de fuerza para moverlo. El deseo que tenía de llegar á conseguir mi objeto me hacía hacer cosas que habria en otro caso creido imposibles.

»Cuando los colores estuvieron molidos, cubrí

con su esmalte todas mis vasijas y medallas; despues, habiéndolo puesto y arreglado todo dentro del horno, empecé á encender fuego, esperando que la hornada me produciria trescientas ó cuatrocientas libras. Continué avivando el fuego hasta que tuve indicio y esperanza de que los esmaltes se habian fundido y mi hornada iba bien. Al dia siguiente, cuando fuí á sacar mi obra, despues de quitar e fuego, mis tristezas y mis dolores se aumentaron tan abundantemente que perdí todo tino. Pues aunque mis esmaltes fueran buenos y mi trabajo tambien bueno, habia ocurrido un accidente que lo habia echado á perder todo; y á fin de que lo precavas te lo diré, y despues te diré otros muchos para que mis pérdidas sean ganancias para tí. La mezcla de cal y arena con que habia amasado el material de mi horno estaba llena de guijarros que al sentir la vehemencia del fuego, se rompieron en muchos pedazos, los cuales saltaban contra mi esmalte, que ya se habia liquidado, y se impregnó con aquellos pedazos, y los unió en todas las partes de mis vasijas y medallas, que á no ser por esto habrian quedado bien.

»Quedé tan entristecido como no te puedo describir; y no sin causa, pues mi hornada me costaba más de ciento veinte escudos. Habia tomado prestada la leña y los materiales, y tambien parte de mis alimentos, esperando pagar á mis acreedores con el dinero procedente de las piezas de aquella hornada, lo que fué causa de que muchos acudieran desde por la mañana cuando empezaba á sacar del horno: así fué grande mi vergüenza y confusión. Porque todas las piezas estaban sembradas de trozos pequeños de guijarros, que se habian adherido con tal fuerza al esmalte, que cuando se les pasa-

ban las manos por encima cortaban como navajas de afeitar; y aunque el trabajo habia quedado perdido de aquel modo, algunos querian, sin embargo, comprar lo cocido á bajo precio. Pero como hubiese sido para mí un descrédito, hice pedazos todo la hornada y me acosté lleno de tristeza, pues no tenía medios para mantener á mi familia. No habia para mí en mi casa más que reconvenciones; en vez de consolarme me dirigian maldiciones: mis vecinos, que se habian enterado de todo, decian que estaba loco, y que habria sacado más de ocho francos de lo que habia roto. Y todo esto aumentaba mis penas.

«Despues de estar algun tiempo en cama y de considerar que el deber de un hombre que se hubiera caido en un pozo sería tratar de levantarse, me dediqué á hacer algunos dibujos, y por varios medios y con trabajo recobré un poco de dinero: despues me dije á mí mismo que todas mis pérdidas y azares habian pasado, y que no habia ya nada que pudiera impedirme hacer buenas piezas, y me puse como ántes á trabajar en el mismo arte.

»Hice que algunos alfareros me construyeran gran número de vasijas, á propósito para encerrar dentro de ellas las mias cuando las metia en el horno: la invencion resultó bien y me ha servido hasta hoy. Pero tenía tan poca experiencia, que no podia distinguir cuándo cocia poco ó demasido: cuando lograba evitar un peligro, me encontraba con otro en que no habia pensado nunca. ¡Por fin, encontré medio de hacer algunas vasijas de diferentes esmaltes, entremezclados en forma de jaspe; esto me dió para comer por algun tiempo. Pero despues de hacer cierto número de cacharros y de haberlos hecho cocer, mis esmaltes se encontraban tan her-

mosos los unos y bien fundidos, y los otros tan mal, á causa de que estaban compuestos de diferentes materias, que necesitaban para fundirse diversos grados de calor: el verde de los lagartos estaba quemado ántes de que se fundiera el color de las serpientes; el color de las serpientes, tortugas y cangrejos se fundia ántes de que el blanco recibiera ningun brillo.

»Todas estas faltas me han causado tanto trabajo y tanta tristeza, que ántes de lograr que mis esmaltes se fundieran con un mismo grado de fuego, estuve hasta en las puertas de sepulcro: trabajando en aquellas tareas me encontré con que habia trascurrido por mí el espacio de diez años, haciendo tal estrago en mi persona, que no tenía forma ni apariencia de carnes en los brazos ni piernas; mis piernas habian quedado tan iguales de arriba á bajo, que las ligas con que sujetaba mis medias caian en cuanto andaba algo sobre los talones con los restos de mi calzado. Iba á menudo á pasearme por la pradera de Xaintes, reflexionando sobre mis miserias y disgustos. En mi misma casa no podía hacer nada que fuese guzgado bueno. Era despreciado por todor, y todos se burlaban de mí. Sin embargo, seguía haciendo algunas vasijas de diferentes colores que me producian para vivir. La esperanza que tenía me hacía proceder en mi tarea con tanto vigor, que muchas veces, para conversar con las personas que iban á verme, hacía esfuerzos por reirme, aunque interiormente estaba muy triste...

»Pasaba todas las noches expuesto á las lluvias y á los vientos, sin tener auxilio ni consuelo sino el de los gallos que cantaban por una parte, y los perros que aullaban por la otra; á veces estallaban vientos y tempestades, que soplaban de tal modo

sobre mis hornos, que me veia obligado á dejarlo todo, con pérdida de mi trabajo. Y me sucedió muchas veces que dejándolo todo y yendo enteramente mojado á causa de las lluvias que habian caido sobre mí, me retiraba á acostarme á media noche ó al rayar el dia, sucio como un hombre á quien se hubiera arrastrado por todos los basureros de la poblacion, y andando á tientas y tropezando como un hombre que estuviera borracho, y lleno de tristeza por ver que despues de trabajar tanto se habia perdido mi trabajo. Y al retirarme así sucio y mojado, encontraba en mi habitacion otra persecucion peor que la primera: ahora me maravillo de no haber sido consumido por la tristeza.»

V.

Dios y el arte, que quieren ser vencidos, el uno por la paciencia del hombre, el otro por el trabajo, le cedieron al fin, á una edad ya avanzada, la victoria. Su nombre se extendió con sus obras, y el precio de sus libras de tierra esmaltada y de sus esculturas de arcilla, volvió á levantar su casa y su familia. La gloria y la fortuna visitaron á un mismo tiempo, aunque tarde, sus hornos. Sus obras, al principio imperfectas, pero en las que se sentia el vigor de un nuevo arte, producto de sí mismo y no de ninguna rutina, adornaron las quintas y los palacios. Paris, á donde Catalina de Médicis habia llamado al genio y á las artes, le atraia como habia atraido á los grandes escultores de aquel siglo, Juan Cousin, German Pilon y Juan Goujon, todos de las familias de Rafael y Miguel Angel. Los grandes le acogieron, los pequeños le envidiaron, el mariscal

de Montmorency le protegió: Catalina de Médicis le dió un local para sus hornos en una parte del solar que ocupa hoy el palacio de las Tullerías, é iba á verle trabajar á ejemplo de los príncipes de su familia en Florencia, que vivian en el taller y en familiaridad con los artistas, que son los príncipes de la naturaleza, del trabajo y del genio.

En aquella época feliz y honrada de su vida fu cuando hizo sus innumerables obras maestras de alfarería en relieves, y de vasijas adornadas con figuras de animales, reptiles, insectos, escarabajos, plantas y flores, que despues de haber estado tres siglos sumidas en las catacumbas domésticas de las casas ricas, vuelven á salir hoy de ellas á precio de oro, como tesoros de dibujo y de gracia, para ser colocadas en los museos de los palacios y en los aparadores de los hombres opulentos, que ennoblecen la riqueza haciendo de sus casas los archivos del arte.

Una sala del Louvre está dedicada casi entera á las minuciosas maravillas de Palissy. La cercanía de los lienzos de Rafael y de los mármoles de Miguel Angel no oscurece la gloria del alfarero. El espectador se detiene, atraido por la suavidad y la verdad de los dibujos de las vasijas esculpidas ó de las culebras en relieve, con sus espirales de escamas que hacen crispar los dedos, que atraen por la belleza del colorido y que rechazan por la verdad y exactitud de lo representado. Al lado de la culebra dormida, que descansa su cabeza doblando el cuello sobre los anillos de su cola, se ve al negro cangrejo, que es la araña del agua, extender sus largas sierras como para hincarlas en los escollos é incrustarse en los costados de la roca. A su lado los pescados argentados, con las bocas abiertas, lanzán-

dose como por resorte á través de los juncos, con un pequeño estremecimiento de su cola, timon de aquella nave viva. La rana, contrayendo sus miembros elásticos, se tiñe de verde para confundirse con las plantas que crecen al lado del arroyo; abre sus grandes ojos, levanta la cabeza y parece pronta á huir para librarse de la culebra. Sobre los costados del artefacto, lagartos con patas extendidas y larga cola sinuosa, como los laberintos de plantas entre que se deslizan, inclinan la cabeza para escuchar el ruido de la hierba ó de los granos de arena. El fondo del agua y de los bordes están tapizados de musgo húmedo ó de anchas hojas de hierbas acuáticas, aplastadas sobre el suelo por el peso de las gotas de rocío, cuya trasparencia se refleja sobre su barniz.

Es esto el mundo sub-fluvial de las aguas, sorprendido por la mirada del hombre, separando las hojas, los tallos, los juncos de los pantanos, y trasladado sobre la arcilla; tan exacto en las formas, tan matizado en las escamas, tan brillante de colores, como si una aldeana, al lavar su aparador, hubiera sumido una de sus tablas en el lavadero y la hubiera vuelto á sacar llena de arena, de conchas, de restos de hierbas y de animales acuáticos. La red de un pescador vaciada, palpitando y corriendo todavía sobre la arena y trasvasada á la arcilla, esto son las vasijas de Palissy.

A veces esculpe y pinta, en grupos coloreados, escenas de la historia, de la fábula, de la Biblia ó del Evangelio; á veces escenas sencillas de la vida del campo; la nodriza que da su seno y sonrie al niño, embriagado y regocijado por el manantial vivo de toda la vida; ora la Vénus jugando con los Amores; ora una jóven que ha sorprendido la cama

de unos perritos y los lleva en su delantal para hacerlos admirar; sus cabecitas admiradas salen por arriba del lienzo, y la madre, tierna, inquieta, muerde, siguiendo á su hijos, los pliegues del vestido de la jóven. Pero ésta la mira y tranquiliza con una sonrisa.

Las obras maestras de Palissy, que llegó á ser artista consumado por la contemplacion de los grandes cuadros y de los grandes mármoles durante su residencia en Paris, en tiempo de Catalina de Médicis, adornan los museos domésticos del príncipe Soltikof en Paris, de Mr. Rothschild en Lóndres, de Mr. Souvageot, de Mr. Rallier y de Mr. Selliers, que ha tributado un culto especial á la memoria de aquel gran artista y ha hecho de su casa un museo de sus obras. En el palacio de Mello, propio de Mr. Selliers, es donde se admira la gran taza de los elementos, en que la tierra ha imitado las delicadezas del metal; el combate de los centauros y de los lapitas, monumento único del taller de Palissy; el relieve de Perseo y Andrómaca, el de la mujer adúltera, el de la vendimia y el de los platos festoneados de arabescos, cuyos bordes esmaltan y parece que perfuman margaritas en flor, divisa elocuente de algun amor real ó caballeresco inspirado al artista. Es bello ver la pasion desinteresada del arte en los hombres opulentos, y cómo pagan precios enormes por pedazos de tierra cocida, que conservan únicamente la huella de los dedos de un pobre artesano. El oficio se convierte así en oro, y el oro se convierte en arte, con gloria del hombre de gusto y con provecho para el trabajador; cambio mutuo entre el lujo y el trabajo y la fortuna, que los ennoblece á los dos.

VI.

Pero aquella gloria, aquel favor de las cortes, aquella popularidad de sus obras en toda la Francia y hasta en España é Italia; aquella fortuna, descanso de su ancianidad y herencia de sus hijos, no satisfacian al obrero. Sentia que tenía dentro de sí mismo otra cosa que formar: su alma. Como Sócrates, estatuario en mármol, se esforzaba por tallar en sí mismo su propia estatua, por la semejanza con el divino modelo de toda perfeccion, por la santidad de su vida, y si era necesario, por el martirio. La vida inmortal, á medida que avanzaba en años, le ocupaba más que la vida mortal.

Desde su infancia y durante todo el curso de su aprendizaje, de sus viajes y de sus luchas cuerpo á cuerpo con la tierra, la pasion de Dios le habia conducido, sostenido y consolado. Satisfacia esta pasion en la soledad de los bosques, sobre la cima de las montañas y en las playas de los mares. Ella le hacía buscar los sitios desiertos para abismarse más en silencio en la contemplacion de las formas y de la vida de las rocas, de la estructura y de la vegetacion de las plantas, de la organizacion y de las costumbres de los animales... En este punto sabe secretos maravillosos para gloria de aquel á quien llama el gran mecánico, el gran constructor, el gran animador de los mundos. Esta contemplacion piadosa y apasionada de las cosas de la tierra debia conducir necesariamente á un alma tan completa á la adivinacion de las cosas del cielo. Todo verdadero genio sub sin cesar, y subiendo encuentra á Dios.

Palissy creia haberle encontrado y vivia en un perpétuo comercio con el espíritu invisible, único que le daba cuenta de las cosas visibles. En aquella época la Reforma, nacida de los abusos introducidos por los Médicis en la Iglesia católica, preludiaba la libertad de pensar, aunque queriendo permanecer fiel al dogma principal del cristianismo, y la fe de autoridad y la fe de raciocinio luchaban con el hierro y el fuego, la una por conservar, la otra por conquistar el mundo de las almas. La familia de los Palissy, y él mismo, eran de la religion reformada, y sufrian las persecuciones de la religion dominante. Hay en el hombre una tiranía natural: cuando no puede tiranizar en nombre de los príncipes, quiere tiranizar en nombre de Dios. No aprende á respetar la libertad ajena sino despues de haber sufrido mil veces en la suya. Los predicadores del culto nuevo en las provincias del Mediodía y del Oeste eran tratados como bestias feroces, y adoptaban diferentes disfraces y oficios para ocultar el suyo de cosechadores de almas, espiados, aprisionados, encerrados y conducidos de ciudades en ciudades para acabar en ser quemados: preludio siniestro de la San Bartolomé.

Rasgos sublimes de fe, de resignacion y de esperanza señalaron aquella persecucion. Uno, escapado de su prision la víspera de su suplicio y viendo que no era seguido por sus compañeros de cautiverio, ménos diestros que él, volvia á entrar para consolarlos hasta la última hora. Otro, en la madrugada del dia de su muerte, despertaba á su amigo, acostado sobre la misma paja, y mostrándole con la mano una espléndida aurora de estío sobre el horizonte, le decia: «Regocijémonos. Si el espectáculo de la naturaleza y de la luz renaciendo es tan her-

moso sobre la tierra, ¿qué será mañana, cuando veremos tantos pabellones eternos!»

Los más afortunados se refugiaban á los escollos y á las islas de las costas de Saintonge, é iban á traves de las tempestades y desafiando la muerte, á llevar la palabra evangélica á sus correligionarios.

Palissy, que se alimentaba con sus doctrinas, describe con admiracion su celo é intrepidez.

«Aquellos ancianos—dice—no llevaban espada en su cintura, sinoun solo baston sencillo en su mano, é iban así solos y sin temor, segun la palabra del Maestro: «Anunciaréis mi ley al ir, al venir, al co»mer, al beber, acostados, levantados, sentados al »borde de los caminos.» Llevaban su alimento en su camisa, porque habia pocos ricos en nuestra congregacion y no teníamos con qué pagar su salario.»

«Los pintores, relojeros, dibujantes, carpinteros, libreros, impresores,—dice un autor católico de aquel tiempo,—y todos los demas que en sus humildes oficios tienen, sin embargo, algun ejercicio de espíritu, fueron los primeros en adoptar las ideas nuevas.»

El alma poética y musical de Palissy estaba muy seducida por la poesía y por el canto de los Salmos que los predicadores enseñaban al pueblo de los campos. «Al escucharlos—dice—me parecia estar paseando á lo largo de las arboledas de hayas y de fresnos que ocultan el cauce de las aguas de los arroyos, y que oia murmurar las aguas del que corria al pié de las mismas alboledas, y por otra parte oia la voz de los pajaritos que estaban en las ramas, y me acordaba del salmo 104, sobre cuyo plan habia dibujado un jardin, y en el que el Pro-

feta dice que «los arroyos pasan y murmuran por »los valles;» y más adelante, «que los pájaros hacen »resonar su voz sobre los arbustos plantados en el »borde de las aguas corrientes.» Me parecia además oir la voz de muchas vírgenes que guardaban sus rebaños, y de los pastores que tocaban melodiosamente sus flautas.»

Pero en seguida describe la persecucion religiosa y política que disipa aquellos rebaños. «Me retiré secretamente á mi casa—dice—por no ver las matanzas, las apostasías, los saqueos de las ciudades y campos; pero en dos meses que estuve en ella, creí que el infierno se habia desbordado y que todos los demonios habian salido de él para asolar la tierra. Desde mi casa veia á los soldados corriendo por las calles, con la espada desnuda, gritando: «¿En dónde están?...» Hasta los niños se reian en una plaza que yo veia desde la casa en que trabajaba en mi oficio de alfarero; imitaban las blasfemias, las batallas y las matanzas de los hombres. A veces sentia deseos de tomar venganza; pero recitaba en mi corazon el salmo de misericordia.»

VII.

Palissy regresó á Paris huyendo de aquellos espectáculos: su genio le preservó de la matanza del San Bartolomé, y tal vez tambien la humildad de su condicion y la dulzura de su carácter. Juan Goujon, el Miguel Angel de la Francia, más envidiado porque era más célebre, fué atacado sobre su andamio de escultor, trabajando en las cariátides del Louvre; cayó con su cincel en la mano al pié de la estatua á que daba su vida. Las protecciones de la corte

salvaron á Palissy: ocupó sus ocios primeramente, y más adelante su cautividad, en escribir sobre su arte, sobre su alma y su fe, las cosas extrañas en la mano de un obrero que hemos citado de él. El estilo se engrandecia en él con la experiencia y los años. No reconocemos ninguno en francés más bíblico y más moderno al mismo tiempo. Se sienten en él los primeros hervores de un manantial que va á romper: de una lengua que se modela sobre el alma, y no sobre la antigüedad. Los ignorantes son los que crean los idiomas; los sabios no hacen más que exhumarlos.

El principal libro de Palissy en su edad madura, es una coleccion de meditaciones filosóficas, religiosas, artísticas, y sobre todo agrícolas, que titula su *Jardin*. Es el Salomon de los obreros, descansando á la luz del sol poniente de su penosa y santa vida, recordando las cosas de la naturaleza, del arte y del alma que han dejado huella en su imaginacion y su corazon miéntras ha hecho su peregrinacion terrestre. Se conoce en él al trabajador, al fabricador de ladrillos, y al fabricador de sueños; se conoce sobre todo al adorador del Supremo obrero. El amor de la naturaleza le da la inteligencia de la naturaleza, y la inteligencia de la naturaleza le revela las leyes, las fuerzas, las gracias de la creacion.

Se imagina que para ponerle al abrigo de las persecuciones y de las guerras civiles de su tiempo, Dios le ha permitido construirse un jardin inaccesible á los ruidos, á los trastornos, á los estragos del mundo; una especie de Eden, de que es el Adan: sueña que despues de haber dibujado, plantado y sembrado este asilo, da á la sombra de sus verjeles y al borde de sus fuentes lecciones de cultura, de sabiduría, de piedad y de felicidad á los hombres.

Se pintaba á sí mismo estas imágenes de felicidad y de reposo dentro de los muros de la Bastilla de París, en la que el mariscal de Montmorency y sus otros protectores del partido opuesto le tenian encerrado para su seguridad y para obligarle á convertirse.

Como el mismo Criador hizo con su obra, Palissy derrama su alma en toda creacion imaginaria, y convida á todos los animales vivientes é inteligentes á la habitacion y á la felicidad del hombre. Asocia á ella hasta las plantas, que pinta como susceptibles de cierto grado incompleto de inteligencia y amor.

«Sobre las paredes de las cavernas de mis rocas,—dice, pensando en los objetos que ha reproducido tantas veces en sus composiciones de arcilla y esmalte,—muchas especies de hierbas y de musgos, y por debajo muchos lagartos é insectos, que recorrerán las rocas, unos hácia arriba, otros á traves, otros hácia bajo, haciendo gestos y contorsiones, y todos ellos estarán esculpidos y coloreados con tanta verdad, que los otros insectos, lagartos y culebras naturales irán muchas veces á admirarlos, como tú sabes que hay un perro esculpido en mi obrador de alfarero, contra el cual se han puesto á ladrar muchos perros creyéndole vivo: y desde la roca saltarán varios arroyos de agua que caen en el estanque, en el que habrá pescados naturales, ranas y tortugas. Y sobre esta gruta, abierta por arriba para que reciba la luz del cielo, plantaré en forma de cornisa arbustos cuyos frutos sean sustento para los pájaros, para que éstos acudan á ellos, y los que paseen por allí tengan el placer de oir las cancioncitas de dichos pájaros. Habrá dos razones para que los pájaros digan sus canciones en aquel sitio. La primera es el sol, que desde la ma-

drugada lanzará sus rayos sobre los arbustos: la segunda es que los pajaritos encontrarán siempre algo que comer sobre las ramas. Para acostumbrarlos más á que vayan á mi jardin, esparciré en tiempo de invierno granos sobre la tierra, para que encuentren qué comer cuando la estacion haya dejado estériles los árboles.

»Y los que se paseen por aquellas galerías, y se apoyen sobre la barandilla para contemplar, tendrán los arbustos y los pajarillos sobre su cabeza; y queriendo ver la hermosura del jardin y lo que en él sucede, percibirán el olor de las violetas, jazmines y otras hierbas abrigadas por las rocas de los frios del Norte y del Oeste. Aquellas montañas expuestas al Mediodia y al Levante, calentadas todo el dia por el sol, darán por la noche su calor á los plantas, hierbas y árboles, y sus frutos serán más sabrosos y de mejor gusto... Además, las que quieran humedad, serán plantadas á lo largo de los arroyitos, que saldrán de las rocas y montañas, y los arroyitos harán, andando, un arroyo grande; ciertas circulaciones farmarán islas propias para alimentar hierbas acuáticas, y para regarlas abriré una hendidura en muchos troncos, que se unirán uno á otro, y presentaré su extremo en las caidas de las rocas, y los sostendré sobre horquillas de madera plantadas en tierra, que conducirán mis canalitos á todos los sitios que se quieran regar. Y para que el pié de los hombres un pisotee y eche á perder las hierbas, entre la roca y las plantas, á que conduciré el agua, mis acueductos de madera estarán llenos de agujeritos, que lloverán como un rocío perpétuo sobre las hierbas.»

Despues de una larga y cariñosa descripcion de sus montañas, cavernas, rocas, jardines y verjeles,

entremezclada con reflexiones maravillosamente piadosas y de éxtasis del alma hácia Dios, exclama..

«Al retirarme de los trabajos de esta tierra no habré encontrado en este mundo otro deleite que el de construir y cultivar mi jardin; así como desde hace mucho tiempo no he hecho más que soñar en su construccion... La semana pasada, estando dormido sobre mi lecho, me pareció que mi jardin estaba ya formado como ya he dicho, y que ya empezaba á comer sus frutos; y me parecia que al pasar por la mañana por dicho jardin, contemplaba las maravillosas cosas que el soberano Maestro ha empezado á hacer.»

De aquí Palissy pasa á consideraciones más sobrenaturales, pero más verdaderas, sobre las leyes morales de toda la creacion, visibles para un genio religioso y filosófico en las leyes físicas de la vegetacion y del mundo animal. Da expansion á su caridad hácia los animales, presta su inteligencia á los vegetales, á las mismas rocas, á las fuentes, al Océano; fraterniza en su alma con el alma universal, cuyos actos ve, cuya sensibilidad siente, cuya voz oye en toda la naturaleza.

«Ninguna naturaleza—dice—produce su fruto sin mucho trabajo ó dolores. Lo mismo sucede en las naturalezas vegetativas que en las sensibles y racionales. Si la gallina se pone flaca para dar vida á sus huevos, si la perra sufre al parir sus hijitos, te aseguro que las plantas sufren al producir sus frutos...

»Estaba en cierta ocasion en las islas del Saintonge; ví una viña más cargada de frutos que todas las demas; preguntando la causa, me contestaron que estaba cargada á punto de morir. Quise saber lo que esto queria decir, y entónces supe que se le

habia dejado más ramas que de costumbre, porque se la queria arrancar del suelo despues de hacer la cosecha: y que en otro caso no se habria permitido que estuviese tan cargada. Es decir, que si dejase á las viñas que hiciesen lo que quisieran, se matarian, á causa de la abundancia de los frutos que se esforzarian por producir... Muchas veces he contemplado árboles y plantas que se sentian próximos á morir, y que se apresuraban á florecer y á producir granos y frutos ántes del tiempo acostumbrado... Y ¿qué sería si me refiriera á los hombres?»

Más adelante contempla en su jardin «las ramas de las viñas, que parecen en consonancia con su débil naturaleza; pues no pudiendo sostenerse á sí mismas, echan unos como bracitos al aire, en los que se apoyan y suspenden... A veces tambien, al pasar por los jardines, veia muchas de aquellas ramas que no tenian en donde apoyarse, y lanzaban sus bracitos al aire, pensando que cogen algo en que sostenerse. Entónces iba á tenderles otras ramas para ayudar su debilidad; y habiéndolo hecho así una mañana, encontré por la tarde que las plantas habian entremezclado sus brazos con los apoyos. Y maravillado de la Providencia de Dios, recordaba aquella sentencia de que hasta los pájaros van y vienen, y no caen sin su voluntad...

»Ví tambien algunos árboles frutales, los cuales parecia que tenian algun conocimiento, porque cuidaban de guardar y proteger á sus frutos, como la mujer á su hijo. Entre aquellas plantas, las viñas se habian adherido ciertas hojas, con que cubrian sus frutos, temiendo que el frio los echase á perder. Los rosales y los groselleros, con objeto de defenderse contra los que quisieran arrebatarles sus flo-

res, habian colocado delante armaduras y espinas. Vi el trigo y otros frutos, á los que el Omnipotente habia dado la ciencia de vestir sus frutos tan bien, que Salomon con toda su sabiduría no estuvo nunca tan bien vestido. Todas estas cosas me daban ocasion para caer de rodillas y adorar al Sér de los séres, que ha hecho estas cosas para utilidad y servicio del hombre.

»La tierra sería bendecida si el hombre la trabajase.»

El alfarero llega hasta el lirismo, y el cántico del Profeta se mezcla con el trabajo de sus manos:

«No hay tesoro igual á las hierbecitas de los campos, aun las más despreciadas.»

Si la naturaleza que llamamos inanimada, por ignorancia sin duda ó por debilidad de vista, inspiraba á Palissy tales himnos, júzguese de las impresiones que le causaba la contemplacion de los animales, de los campos y de las maravillas de la inteligencia del hombre.

«Cuando salia del jardin—dice—para ir á pasearme al prado, que bajaba por la ladera hasta el rio, veia jugar y retozar á algunos carneros, corderos, ovejas, cabras y cabritos, que saltaban, triscaban y hacian gestos y figuras extrañas; y hasta me parecia tener gran placer en ver á los carneros, que se separaban uno de otro á largo trecho, y despues iban á herirse con los cuernos uno contra otro. Veia tambien cabras que, alzándose sobre las dos patas de atras, se golpeaban con los cuernos con gran violencia; veia tambien á los pollinitos y á los becerrillos, que jugaban al lado de sus madres... Todas estas cosas me tenian tan contento, que exclamaba dentro de mí, que los hombres eran bien locos al despreciar los sitios campestres y el arte de

la agricultura, que nuestros antepasados, y hasta los profetas, ejercieron por sí mismos, y áun el guardar sus rebaños...»

VIII.

¡Ah! Palissy estaba dentro de los muros y de los fosos de una prision, separado de su mujer por la tumba y de sus hijos por el cautiverio, de los horizontes del Sena por la proscripcion, del trabajo de su oficio por la vejez, de sus hermanos de religion por el martirio, cuando escribia esto, y se consolaba en su pensamiento de su ruina, de la prision y de su muerte cercana. Aquellas páginas esparcidas, por mucho tiempo dadas al olvido, por fin recogidas, forman dos volúmenes, verdaderos tesoros de sabiduría humana, de piedad divina, de genio eminente, de sencillez, de fuerza y de colorido de estilo. Es imposible, despues de haberlas leido, no proclamar á aquel pobre trabajador en arcilla uno de los más grandes escritores de la lengua francesa. Montaigne no le excede en libertad, ni J. J. Rousseau en vigor, ni la Fontaine en gracia, ni Bossuet en energía lírica. Sueña, medita, llora, escribe y canta como ellos.

Tocaba entónces á esas últimas horas de la vida en que la voz del alma toma más melancolía y solemnidad, como los rumores de la tarde en una naturaleza que va á extinguirse y callar. Su antiguo patrono se compadecia de aquel anciano, próximo á morir en las cadenas y á cambiar únicamente de sepulcro. El rey Enrique III fué á visitarle á su prision, deseoso de ponerle en libertad, concediéndole

perdon á trueque de una ligera condescendencia respecto de su fe.

—Buen hombre,—le dijo el Rey,—hace cuarenta y cinco años que estais al servicio de mi madre y al mio; hemos sufrido que hayais vivido en vuestra religión entre los fuegos y las matanzas. Ahora estoy tan apremiado por los de los Guisas y por mi pueblo, que me veo obligado á entregaros en manos de mis enemigos, y mañana sereis quemado si no os convertís.

El anciano se inclinó enternecido por la bondad del Rey, humillado de su debilidad, pero inalterable en la fe de sus padres.

—Señor,—contestó,—estoy pronto á dar el resto de mi vida por el honor de Dios. Me habeis dicho muchas veces que os compadeciais de mí, y yo á mi vez os tengo compasion á vos, que habeis pronunciado estas palabras: *¡Me veo obligado!* Eso no es hablar como rey, señor, y son palabras que ni vos, ni los Guisas, ni vuestro pueblo podrán jamás hacerme pronunciar. ¡SÉ MORIR!

Los cortesanos que acompañaban al Rey, en vez de admirarse, se indignaron.

—¡Insolente!—exclamaron;—parece que ha leido á Séneca, y que parodia las palabras del filósofo: «El que sabe morir, no puede ser obligado contra su voluntad.»

Enrique III, mejor que su corte, en consideracion de la hermosas obras de Palissy que adornaban sus palacios y en memoria de su madre, no consintió en cederle á los Guisas, y dejó á la vejez y á la nanuraleza que concluyeran con el condenado. Espiró mártir voluntario, en los calabozos de la Bástilla, y no recobró su libertad sino con la muerte.

Su gloria pareció por mucho tiempo enterrada con

él; no fué exhumada del olvido con sus obras hasta el último siglo por Faujas de Saint-Fond, Fontenelle y Buffon, y en éste, por M. Cap, que recogió, clasificó y comentó sus obras; y en fin, muy recientemente, por un joven cuya alma é imaginacion se apasionaron por semejanza de naturaleza, por el arte, la poesía y el martirio de Palissy, M. Alfredo Dumesnil. Le debemos los materiales para la estatua de arcilla del alfarero.

Bernardo de Palissy es el modelo más perfecto del obrero. Por su ejemplo, más que por sus obras, ha influido en la civilizacion, y ha merecido un sitio aparte entre los hombres cuyos nombres han engrandecido á la humanidad. Si hubiese continuado desconocido y rutinario en el tejar de su padre haciendo tejas; si no hubiese nunca purificado, modelado, esmaltado su puñado de barro; si sus grupos sencillos, sus reptiles arrastrándose, su ranas húmedas, sus traviesos lagartos, sus hierbas y sus musgos empapados en lluvia no hubieran adornado nunca el fondo ó los bordes de los platos, de los saleros, de las vajillas, adornos tan extraños como minuciosos de las mesas y aparadores del siglo XVI, nada seguramente habria faltado al arte de Fidias y de Miguel Angel, á la porcelana de Sevres, de la China, de Florencia ó del Japon, pero habria faltado su vida á la admiracion y á la imitacion del obrero. Es el patriarca del taller, el poeta del trabajo manual de los tiempos nuevos; el alfarero de la Odisea, de la Biblia, del Evangelio; la parábola hecha hombre para ennoblecer y divinizar toda profesion, áun la más trivial, siempre que tenga al trabajo por mérito, al progreso y al arte por modelo, á Dios por fin.

IX.

Tal fué Palissy. Hijo de sus propias obras, siente un genio en el extremo de sus dedos; no desprecia la tierra que rueda bajo sus piés; no mira con desden la vil materia que su condicion ha puesto en sus manos; estudia por purificarla y ennoblecerla, impregnándola en su alma; recorre el país con su paleta en la mano, ganando su vida honradamente de horno en horno; y cuando su profesion no tiene ya nada que enseñarle, va á las soledades á interrogar al maestro de los maestros, la naturaleza, robándole sus misterios; concibe hácia ella amor y entusiasmo, á fuerza de contemplarla; la iguala en sus formas, en sus colores, en sus juegos; traslada la hoja, la hierba, la mosca, el reptil, el insecto, el arroyo, el rocío, la humedad, la frescura, el barniz de la luz á un pedazo de tierra: buscando la perfeccion del arte, que se oculta siempre para ser descubierta, y que se niega para ser arrebatada, encuentra la miseria, la incredulidad y la burla de sus contemporáneos; se obstina, se encarniza, quema su casa para dar alimento á su último horno; violenta al genio de la invencion, manifiesta la locura de la esperanza, el heroísmo del trabajo; es recompensando, triunfa, se ilustra y enriquece á sus hijos. Pero estas recompensas terrestres, de que da gracias á la Providencia, no son nada para él; el obrero está satisfecho; el hombre no lo está; tiene sed de la belleza y de la gloria eternas. Lo que ha descubierto de más precioso en sus contemplaciones solitarias de la naturaleza, no es su arte, sino Dios, fin y objeto de todo arte perfecto. Escribe en sus ocios

sus maravillosas contemplaciones; da expansion á su inteligencia en los cánticos, obras de su piedad, mil veces más que sus vasijas, obra y juego de sus manos. Su alma se inspira, sin estudio y sin idioma, en un santo entusiasmo. Abraza con fe filial el culto entónces perseguido de sus hermanos; da su juventud por su oficio, da su casa por su vejez, su libertad, su vida por su Dios: se lanza desde su calabozo al cielo sobre las alas de la santa esperanza; deja en pos de sí obras maestras, sin duda fútiles, que parecen á los edificios de arcilla, de arena ó de concha que los niños dejan olvidados en el sitio en que han jugado con otros niños de su edad; pero deja elocuentes lecciones de inmortales ejemplos de trabajo, de paciencia, de lucha con los obstáculos, de victoria sobre la materia, de elevacion dulce, de piedad y de virtud á los artesanos de todos los oficios. Su vida quiere decir trabajo, su obras invenciones, su muerte martirio. Su libro es el catecismo, no sólo del oficio de alfarero, sino del oficio más sublime de bien decir, de bien obrar, de bien vivir; su nombre el patrono de los oficios trabajosos, obstinados y vencedores. Palissy conquista así legítimamente en la oscuridad un puesto entre los grandes hombres.

Algunos dirán: «Pero no manejó más que arcilla.»

¿Qué importa? La grandeza no está en el oficio, sino en el carácter. Si este hombre es pequeño, ¿quién es grande?

FIN.

ÍNDICE.

	Páginas.
Cristóbal Colon	1
Guttenberg	121
Jacquard	161
Benvenuto Cellini	201
Miguel Angel	287
Bernardo de Palissy	341